

BOLETÍN
DE LA
ACADEMIA ARGENTINA
DE LETRAS

Tomo LII - Julio-Diciembre de 1987 - Nº 205-206



BUENOS AIRES

~~1988~~

BOLETÍN DE LA ACADEMIA ARGENTINA
DE LETRAS

Director: académico JORGE VOCOS LESCANO

Comisión de publicaciones: académicos RAÚL H. CASTAGNINO, AN-
GEI J. BATTISTESSA, JORGE CALVETTI, CARLOS ALBERTO RONCHI
MARCH Y JORGELINA LOUBET.

SUMARIO

CALVETTI, JORGE, <i>Bernardo González Arrili (1892-1987)</i>	257
SÁNCHEZ GARRIDO, AMELIA, <i>Bibliografía de Don Bernardo González Arrili</i>	261
Recepción de la Académica de Número Doña Jorgelina Loubet:	
CASTAGNINO, RAÚL H., <i>Discurso de bienvenida</i>	265
LOUBET, JORGELINA, <i>Notas sobre la novela</i>	283
Homenaje a Juan Carlos Dávalos:	
CASTAGNINO, RAÚL H., <i>Juan Carlos Dávalos y la Academia Argentina de Letras</i>	301
ARÁOZ ANZOÁTEGUI, RAÚL, <i>Obra y figura de Juan Carlos Dávalos</i>	307
CALVETTI, JORGE, <i>Juan Carlos Dávalos, poeta</i>	319
CASTAGNINO, RAÚL H., <i>Luis Federico Leloir (1906-1987)</i>	329
<i>Bibliografía de Don Luis Federico Leloir</i>	333
ANDERSON IMBERT, ENRIQUE, <i>Max Beerbohm en nuestra bi- blioteca</i>	335
CASTAGNINO, RAÚL H., <i>Ocho días en Israel</i>	341
CALVETTI, JORGE, <i>Ricardo Palma, poeta</i>	369
DERISI, OCTAVIO N., <i>La obra y la fisonomía del Padre Rodolfo M. Ragucci</i>	381

(Continúa en retiración contratapa)

**BOLETÍN
DE LA
ACADEMIA ARGENTINA DE LETRAS**

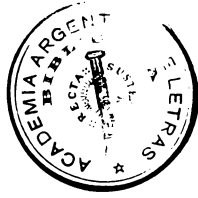
BOLETÍN
DE LA
ACADEMIA ARGENTINA
DE LETRAS

Tomo LII - Julio-Diciembre de 1987 - Nº 205-206



BUENOS AIRES

1988



INVENTARIO N°	006493
PROCEDENCIA	DONACION

(c) 1988 ACADEMIA ARGENTINA DE LETRAS
IMPRESO EN LA ARGENTINA

*Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723
Inscripción en el Registro Nacional de la
Propiedad Intelectual N° 88.105*

ACADEMIA ARGENTINA DE LETRAS

ACADÉMICOS DE NÚMERO

Presidente: DON RAÚL H. CASTAGNINO

Vicepresidente: DON JORGE CALVETTI

Secretario general: DON JUAN CARLOS GHIANO

Tesorero: DON JORGE VOCOS LESCANO

Don Fermín Estrella Gutiérrez

Don Ángel J. Battistessa

Don Ricardo E. Molinari

Mons. Octavio N. Derisi

Don Carlos Villafuerte

Don Federico Peltzer

Don Enrique Anderson Imbert

Don Carlos Alberto Ronchi March

Don Elías Carpena

Doña Alicia Jurado

Don Antonio Pagés Larraya

Don Marco Denevi

Don Roberto Juarroz

Doña Jorgelina Loubet

Don Adolfo Pérez Zelaschi

Don Horacio Armani

Doña Ofelia Kovacci

ACADÉMICOS CORRESPONDIENTES

- Don Aurelio Miró Quesada (Perú)
Don Julio César Chaves (Paraguay)
Don Luis Beltrán Guerrero (Venezuela)
Don Pedro Grases (Venezuela)
Don Pedro Lain Entralgo (España)
Don Rafael Lapesa (España)
Don Alonso Zamora Vicente (España)
Don Juan Draghi Lucero (Mendoza, Rep. Arg.)
Don Roberto García Pinto (Salta, Rep. Arg.)
Don Emilio Carilla (Tucumán, Rep. Arg.)
Don Paulo Esteveo de Berredo Carneiro (Brasil)
Don Alberto Wagner de Reyna (Perú)
Don Arturo Uslar Pietri (Venezuela)
Don Ramón García-Pelayo y Gross (Francia)
Don Dámaso Alonso (España)
Don José Manuel Rivas Sacconi (Colombia)
Don Rodolfo A. Borello (Mendoza, Rep. Arg.)
Don Franco Meregalli (Italia)
Don Diego F. Pró (Mendoza, Rep. Arg.)
Don Adolfo Ruiz Díaz (Mendoza, Rep. Arg.)
Don Rodolfo Oroz Scheibe (Chile)
Don Léopold Sédar Senghor (Senegal)
Don Austregésilo de Athayde (Brasil)
Don Arturo Sergio Visca (Uruguay)
Don Horacio G. Rava (Santiago del Estero, Rep. Arg.)
Don Daniel Devoto (Francia)
Don Gianfranco Contini (Italia)
Don Paul Verdevoye (Francia)
Don Juan Bautista Avalle-Arce (Estados Unidos de Norte América)
Don Juan Filloy (Río Cuarto, Córdoba, Rep. Arg.)
Don Federico E. Pais (Catamarca, Rep. Arg.)
Don Guillermo L. Guitarte (Estados Unidos de Norte América)
Doña Emilia Puceiro de Zuleta (Mendoza, Rep. Arg.)
Don Germán García (Bahía Blanca, Bs. Aires, Rep. Arg.)
Don Domingo A. Bravo (La Banda, S. del Estero, Rep. Arg.)
Don Gastón Gori (Santa Fe, Rep. Arg.)
Don Oscar Tacca (Resistencia, Chaco, Rep. Arg.)
Don Alfredo Veiravé (Resistencia, Chaco, Rep. Arg.)

**Doña María B. Fontauella de Weinberg (B. Blanca, Buenos Aires,
Rep. Arg.)**
Don Roque Esteban Scarpa Straboni (Chile)
Don Luis Rosales (España)
Doña Elena Rojas Mayer (Tucumán, Rep. Arg.)
Don L. Eduardo Brizuela (San Juan, Rep. Arg.)
**Doña Ángela B. Dellepiane de Block (Estados Unidos de Norte
América)**
Don José Antonio León Rey (Colombia)
Don Luis Alberto Sánchez (Perú)
Don Roberto Paoli (Italia)
Don Jorge Hurmuziadis (Grecia)



Amiata

BOLETÍN
DE LA
ACADEMIA ARGENTINA DE LETRAS

Tomo LII - Julio-Diciembre de 1987 - Nº 205-206

BERNARDO GONZÁLEZ ARRILI •
(1892-1987)

Cumplo con el deber de despedir los restos mortales de don Bernardo González Arrili, en representación de la Academia Argentina de Letras, Corporación de la que fue miembro de número y Tesorero.

Lo hago también, y con profundo dolor, en mi propio nombre porque a lo largo de muchos años me han unido a la vida y a la obra de este ilustre argentino, firmes lazos de afecto, de amistad y si se me permite la expresión —porque es la justa— de amor, porque en alguna medida fui su discípulo, su amigo, y él fue un hombre digno de ser amado.

Otros oradores, otros amigos y colegas se han ocupado o se ocuparán de su obra: ingente, pródiga en excelencia, numerosa en títulos y siempre de levantada idealidad.

Yo sólo quiero decir aquí, en el momento en que lo único que vale y merece decirse es la verdad, que Bernardo González Arrili, en cuanto yo lo viví, como es-

* Palabras pronunciadas en nombre de la Academia Argentina de Letras en el sepelio del académico fallecido el 31 de julio de 1987.

critor, como periodista, como académico, fue un ejemplo de hombre, o mejor fue un hombre ejemplar que cumplió con su quehacer con una solvencia, con una altura, con una prestancia, que obligan a este testimonio que doy de admiración, de afecto y de gratitud.

Permítaseme también, ahora, un testimonio personal.

Allá por los años 20 don Bernardo vivió en Salta y fue protagonista de una aventura poético-periodística-política como director del diario *Norte*, creado para apoyar el Gobierno de Joaquín Castellanos.

Cumplida la misión, se radicó en Jujuy. Allí se conocieron con mi padre. Y, como corresponde a hombres de la misma laya, se hicieron amigos, muy amigos. Don Bernardo, siempre acompañado por su esposa, enamorado de su esposa, vio, miró, con ojos enamorados a mi querida provincia natal, a mi querencia.

Fruto de ese amor fue un libro, para nosotros los jujeños, inolvidable, titulado *Deliciosa Jujuy*.

Casi cuarenta años después, yo bajé de Jujuy a esta Capital para trabajar en el diario *La Prensa*, donde también trabajaba don Bernardo. Sabedor de que un jujeño había llegado a la redacción, me hizo llamar y fui a verlo.

Una hora de conversación fue suficiente para que retomara yo la llama sacra de una amistad que heredaba. Desde entonces iniciamos una relación que llevo en el recuerdo como un esplendor, como un resplandor.

Bernardo González Arrili fue uno de los espectadores más lúcidos, brillantes e importantes de la vida de casi un siglo de nuestra patria. Más que un filósofo fue un moralista. Renan, La Rochefoucauld, Montaigne. fueron sus maestros, con ellos aprendió a pensar, a ver, a contemplar. Miraba al mundo como si fuera un objeto curioso que incitaba a la claridad del observador.

Con el tiempo se comprobará que pasadas y gastadas las repütaciones nacidas de esas nefandas invenciones de hoy, la promoción, la buena prensa, el aplauso circunstancial, pasado el tiempo, digo, se comprobará que la obra escrita por Bernardo González Arrili, tendrá —porque lo merece— la adhesión y la admiración de los argentinos.

Dedicado, pródigo y múltiple, será recordado como historiador, como biógrafo, como novelista, como periodista y como hombre de bien.

Yo sólo digo que libros como *Corrientes entre Esmeralda y Suipacha* o como *Buenos Aires, 1900* ostentan una calidad que muy contados escritores han alcanzado en nuestro país.

A medida que avanzaba en su edad don Bernardo fue comprobando —como lo hacemos todos cuantos aspiramos a *vivir*, no a patinar sobre la vida, sobre el tiempo— que la entraña de la vida es cruel, dolorosa y prodigiosa en injusticia, pero no se amilanó sino que abrazó la más noble de las actitudes mentales. Fue un estoico. Aceptó a la humanidad como apta sobre todo para el sufrimiento. Y lo hizo con una sonrisa. La tranquila firmeza de su espíritu le animó para que no llegara a la mansedumbre de la resignación.

No era cuestión de querer sino de poder, y él pudo, por eso su innata serenidad le llevó en sus últimos días a decir “cuánto tarda el tiempo, qué largo es el día”. Pero jamás se amilanó su ecuanimidad. Yo creo que con el último deslumbre de su conciencia debe de haberle dicho a la vida: “No me engañaste. Sé que tu entraña es injusta y si me siento confortado y no decaído es porque estaba preparado para esto. Por eso me voy hacia la Paz”. Don Bernardo, viva Ud. su paz.

BIBLIOGRAFÍA

DE DON BERNARDO GONZÁLEZ ARRILI

NOVELA

- Protasio Lucero: un porteño de provincias*, Salta, Monerris y Cía., 1919.
- El ladrón de Trigo Limpio y Cía.*, Buenos Aires, "La Novela Semanal", 1923.
- La Venus calchaquí*, Buenos Aires, "Nuestra América", 1924.
- La invasión de los herejes*, Buenos Aires, Jesús Menéndez, 1926.
- Los charcos rojos*, Buenos Aires, Edén, 1927.
- El pobre afán de vivir*, Buenos Aires, Jesús Menéndez, 1928.
- La botica del pueblo*, Buenos Aires, "La Novela Gratis", 1929.
- La Virgen de Luján*, Buenos Aires, Jesús Menéndez, 1930.
- La ciudad reconquistada* (Publicada en folletín en *La Razón*, 1932).
- Andasolo*, Buenos Aires, Francisco A. Colombo, 1969.

CUENTO

- Tierra mojada*, Buenos Aires, H. A. Tommasi, 1923.
- Mangangá* (Cuentos criollos), Buenos Aires, Edén, 1927.

TEATRO

- Los afincaos* (en colaboración con Enzo Aloisi), Buenos Aires, "Teatro del Pueblo", vol. 6, 1940.

BIOGRAFÍAS

Mariano Moreno: su vida narrada a la juventud, Buenos Aires, "La Obra", 1935.

Belgrano: su vida narrada a la juventud, Buenos Aires, "La Obra", 1937.

Sarmiento, Buenos Aires, Jesús Menéndez, 1938.

Leandro N. Alem: una vida atormentada, Buenos Aires, Sopena, 1939.

The Life of General San Martín / translated by Margaret S. de Lavenas, Buenos Aires, I.C.A.N.A., 1940.

Vida de Lisandro de la Torre, Buenos Aires, ed. del autor, 1940.

Lavalle: paladín de la libertad, Buenos Aires, Luis Lasserre, 1942.

El Deán Funes, Buenos Aires, Kapelusz, 1944.

Saavedra, Buenos Aires, Sociedad Impresora Americana, 1944.

San Martín, Buenos Aires, Sociedad Impresora Americana, 1945, 2a. ed.

Rivadavia, Buenos Aires, Sociedad Impresora Americana, 1945.

Mitre, Buenos Aires, Kapelusz, 1947.

Vida de Rufino de Elizalde, Buenos Aires, Francisco A. Colombo, 1948.

Vida de José Martí, Buenos Aires, Kapelusz, 1948.

Mujeres de nuestra tierra, Buenos Aires, "La Obra", 1950.

Guido, Buenos Aires, Kapelusz, 1951.

Vida de Ameghino, Santa Fe, Castellví, 1954.

Vida y milagros de Mr. Morris, Buenos Aires, La Aurora, 1955.

El diputado de la libertad: Marco Manuel de Avellaneda, Buenos Aires, Edit. Buenos Aires, 1957.

Pío Baroja, Santa Fe, Castellví, 1959. (Folleto).

El General San Martín (para niños), Barcelona, Araluze, s.f.

Adolfo Posada, Buenos Aires, Centro Asturiano, 1959. (Folleto).

Lucio V. López, Miami, University of Florida, 1963. (Folleto).

Luis José Chorroarín, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 1968. (Folleto).

Estanislao S. Zeballos, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 1970. (Folleto).

Renán, México, Cajica, 1971.

Manuel Didimo Pizarro, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 1972. (Folleto).

Cupertino del Campo, Buenos Aires, Artes Gráficas Chiesino, 1973. /

MEMORIAS

La escuela vieja: discursos, Buenos Aires, Ex-Alumnos de la Escuela "Catedral al Norte", 1926.

Calle Corrientes entre Esmeralda y Suipacha, Buenos Aires, Kraft, 1964.

Buenos Aires, 1900, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1967.

Tiempo pasado: semblanzas de escritores argentinos, Buenos Aires, Academia Argentina de Letras, 1974.

Ayer no más, Buenos Aires, Academia Argentina de Letras, 1983.

HISTORIA

El magistrado Vidaurré y su "Plan del Perú", Barcelona, Araluce, 1928.

Historia argentina y americana (curso secundario), Buenos Aires, Estrada, 1940.

Historia argentina (curso elemental), Buenos Aires, Estrada, s.f.

Sesenta años de república, Buenos Aires, Imp. Ferrari, 1945.

Guión de historia nacional, Buenos Aires, "La Obra", 1947.

Hombres de Mayo, Buenos Aires, Crespillo, 1960.

Los indios pampas, Buenos Aires, Stilcograf, 1960.

Historia de la Argentina: según las biografías de sus hombres y mujeres, Buenos Aires, Nobis, 1964, 10 v.

EDICIONES ANOTADAS (Selección, prólogo y notas)

José Martí, *San Martín, Bolívar, Washington*, Buenos Aires, Sopena, 1941.

Tomás Guido, *Epístolas y discursos*, Buenos Aires, Estrada, 1944.

José María Paz, *Cartas de la prisión*, Buenos Aires, Estrada, 1946.

Lucio V. López, *La gran aldea*, Buenos Aires, Eudeba, 1960.

Bartolomé Mitre, *Episodios de la Revolución*, Buenos Aires, Eudeba, 1960.

Vicente Fidel López, *La gran Semana de Mayo*, Buenos Aires, Eudeba, 1960.

Epistolario íntimo de Sarmiento, Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas, 1961.

Pastor S. Obligado y Víctor Gálvez, *Tradiciones de Buenos Aires*. Estrada, 1965.

VARIA

La República Dominicana y los Estados Unidos, Buenos Aires. "La Revista Semanal", 1919. (Folleto).

Deliciosa Jujuy, Jujuy, B. Buttazzini, 1926.

Retratos a pluma, Buenos Aires, Jesús Menéndez, 1937.

La Revolución cubana desde Buenos Aires, La Habana, Academia de la Historia, 1953. (Folleto).

Sarmiento y la Casa-escuela de Catedral al Norte, Buenos Aires, Comisión Pro Escuela de Catedral al Norte, s.f. (Folleto).

La tiranía y la libertad (Juan Manuel de Rosas según 127 autores). Buenos Aires. Ediciones Libera, 1970.

AMELIA SÁNCHEZ GARRIDO

*Recepción de la Académica de Número
Doña Jorgelina Loubet **

DISCURSO DE BIENVENIDA

En nombre del Cuerpo académico, me cabe el honor y la inmensa satisfacción de recibir a la profesora Jorgelina Loubet en calidad de miembro de número de la Academia Argentina de Letras y darle la bienvenida en nuestra Corporación como destinataria del sitial número dieciséis, puesto bajo la advocación de Bartolomé Mitre y para cuya titularidad fue electa en la sesión del 26 de junio de 1986.

Estas palabras casi rituales no responden a un convencional formulismo. Conllevan la sincera expresión de un personal sentir, avalado por mi antiguo conocimiento de los méritos y saberes de la distinguida intelectual que se incorpora en nuestra Academia y por una compartida amistad afirmada en la frecuentación de comunes intereses docentes y literarios.

* La crónica de este acto realizado el 10 de setiembre de 1987, puede leerse en NOTICIAS del presente volumen.

Con Jorgelina Loubet ingresa en el claustro académico otra ilustre mujer, la undécima en una nómina que es honra de nuestras letras. Es del caso recordar que entre las Academias afines del mundo hispano, la Argentina de Letras fue una de las que tempranamente acogió en su seno personalidades femeninas de sobresaliente actuación en el campo de las Humanidades. Desde 1959, la serie arrancó con la elección de María Rosa Lida de Malkiel y sucesivamente se amplió con las de Juana de Ibarbourou, Victoria Ocampo, Alicia Jurado, Emilia P. de Zuleta, Berta Elena Vidal de Battini, María Fontanella de Weinberg, Celina Sabor de Cortazar, Elena Rojas Mayer, Ángela Dellepiane de Block, Jorgelina Loubet y, recientemente, Ofelia Kovacci.

Como establece el protocolo, en esta sesión pública, la octingentésima cuadragésima séptima de las convocadas por la Academia desde el comienzo de sus actividades, Jorgelina Loubet tomará oficial posesión del sitial para el que fue designada y pronunciará su discurso de recepción sobre el tema: *Notas sobre la novela*.

Aunque su nombre, personalidad y obra son sobradamente conocidos y tornan obvio el panegírico, un sumario repaso de sus antecedentes, méritos y trabajos corroborará el acierto de la elección.

La producción literaria de Jorgelina Loubet transita alternadamente los campos de la creación y de la crítica. En uno u otro, las calidades de sus escrituras se hallan certificadas por galardones y premios justamente cosechados, confirmatorios de sus valores intrínsecos y extrínsecos. Su actividad intelectual comenzó en menesteres aparentemente ajenos a la literatura, ya que sus primeros intereses se orientaron hacia la ciencia matemática. Obtuvo el título de Profesora de la especialidad en el Instituto del Profesorado Secundario y durante

algunos años ejerció cátedras de dicha asignatura. Pero simultáneamente atraída por la literatura, se acerca a la Facultad de Filosofía y Letras para cursar la carrera de Letras, de la cual egresa con honores.

La latente vocación por la literatura pronto encuentra en ella cauce decisivo. Deja de lado ecuaciones y logaritmos y se aplica de lleno a la creación artística por medio de la palabra. Desde entonces al presente irá publicando sucesivamente: cinco novelas, un libro de cuentos, un ejercicio teatral, numerosos ensayos y notas críticas: cada uno acompañado de propias resonancias y distinguido con lauros y honores. Así *La breve curva*, novela de 1961, merecerá el Segundo Premio Municipal y la Faja de Honor de la Sociedad Argentina de Escritores. *El biombo*, novela de 1963, será distinguida con Mención Especial en el certamen de la Municipalidad de Necochea. *La complicidad*, novela de 1969, la destacará entre las escritoras locales de primer nivel por su criterio innovador. *La victoria*, novela de 1974, obtendrá el Primer Premio Municipal. El ensayo *Una aproximación al itinerario de Horacio Oliveira en "Rayuela" de Julio Cortázar* gana en 1975 el "Premio Eugenio María de Hostos" en Puerto Rico. *Mi barrio, mi país, el mundo*, único libro de cuentos de 1978, inaugurará en nuestra prosa narrativa los juegos espaciales de la horizontalidad. *Los caminos*, novela de 1981, recibirá el Primer Premio «Plaza y Janés» de Novela Argentina.

Antes de dar apretada descripción de estos diversos trabajos, tal vez convenga señalar, en líneas generales, los rasgos salientes que, a modo de común denominador, avalan significado y trascendencia de los mismos. En tal sentido cabría señalar: 1º) La absoluta independencia de criterio de que hace gala la autora. Independencia en relación con cánones preceptísticos y con posibles ataduras a convenciones sociales e ideológicas.

2º) Las búsquedas de lo original y auténtico. No de lo extravagante o exótico sino de aquello que concierta con su personalidad profunda y su individualidad creadora. 3º) La preocupación constante por plasmar una prosa fluida, rica en logros expresivos.

Sobre la base de esta fisonomía común, cada obra introduce su variante específica y suma sus valores. *La breve curva*, por ejemplo, tiene propia historia. Fue publicada en 1961, por Editorial Losada, con el auspicio del Fondo Nacional de las Artes, de acuerdo con la recomendación de un jurado integrado por Rafael Alberto Arrieta, Enrique Banchs y Eduardo González Lanuza, firmas cuyo aval entrañaba, de por sí, el espaldarazo que de inmediato puso el nombre de la autora y la novela primigenia de Jorgelina bajo la atención de la crítica y del público lector en una prueba de cuyas exigencias salió airosa y fortalecida.

La breve curva, novelísticamente, aborda temas de la actualidad sociopolítica de comienzos de la década del 60 y pormenores de inquietudes, desconciertos y contradicciones vividas en los medios universitarios y entre estudiantes del secundario. En su trama, lo real y la ficción se entrelazan. La observación directa del medio, las vivencias profundas colorean y caldean los episodios urdidos y el lector se siente participe de ellos. La "breve curva" del título nombraría, metafóricamente, el recorrido parabólico del trecho que aún resta recorrer a la humanidad. ¿Rumbo a qué? ¿Hacia la histeria total y el caos? ¿Hacia el orden y la comprensión? Breve curva es el recorrido de cada existencia sobre la tierra. La vida misma es tal.

La primera novela de Jorgelina Loubet está estructurada como obra abierta. Ninguno de los problemas vividos por los seres ficticios, ninguno de los que el lector se plantea como interrogante alcanza respuesta. Pero

cada receptor del texto se siente participe de ellos y los reconoce propios y familiares.

El discurso narrativo no altera la linealidad del relato ni los elementos tradicionales del género. Su originalidad se desprende del tema en sí, del momento evocado y, especialmente, del tratamiento estilístico de la prosa pulcra, pulida y rica en matices sugerentes.

El biombo, segunda novela de nuestra recipiendaria, fue caracterizada por la autora como "crónica de una relación sentimental". Su denso desarrollo tiene todas las características de un ejercicio que, sin prolegómenos, introduce en los juegos verbales de una sofisticada dialéctica. En su texto no hay antesalas de presentación de los personajes; tampoco descripción de espacios que anticipen la instalación de las creaturas o temporalidades acotadas. Apenas la desnuda presencia de la palabra, las sutiles fintas de una extendida esgrima entre dos seres, a través del *continuum* de un discurso que sólo consiente, para respiro del lector atrapado, tres tajos en su estructura. Tres cortes que no son capítulos ni partes, sino el alivio de la progresiva tensión a que tironea la habilidad narradora de la novelista. Muy gráficamente la autora, que tiene conciencia del estado de ansiedad y de curiosidad que va creando en el receptor, lo reconoce en estos términos: "Apresar a un ser en una novela es una manera de beberlo" (p. 18). De hecho, al compartir encuentros y desencuentros de los dos seres que transcurren en las páginas de *El biombo*, el lector los bebe de un trago que, más que saciar la sed de su curiosidad, la acucia.

Dos seres: una muchacha joven, activa; un hombre maduro, de costumbres ordenadas. Poco más se sabe de estos personajes. Ni siquiera los respectivos nombres. A pesar de ello, *El biombo* resulta novela intimista, si cabe el adjetivo a una narración que recorre el vivir de una

pareja y adquiere formas de duplicadas y paralelas introspecciones, plenas de vericuetos e intrincamientos.

Pero la autora de *El biombo* no se queda en lo plenamente narrativo. Busca caminos diferentes, modos personales. Deja la clara sensación del acto creador que subyace en la labor del novelista y sabe que, en cuanto tal, es acto poético. Sabe también que en la urdimbre de ese acto poético va ahondando en la esencia de lo humano. Así lo dejó sentado en una entrevista que, con motivo de la aparición de *El biombo*, le fue requerida, al manifestar acerca de su obra: "Ansío rescatar —para la lucidez del hombre— su fondo cada vez más traducible. No es mi propósito la crónica de una desesperanza sino el ideal de una restauración de valores".

La complicidad, tercera novela de Jorgelina Loubet, ofrece un discurso menos directo que las anteriores. Su linealidad se entrevera y complica. Deliberadamente apunta hacia la caotización. El resultado es una intensificación de los efectos poéticos de la prosa, de las apariencias de espontaneidad con que lo narrado —aun alterando secuencialidad y razones de causa-efecto— se instala en la mente receptora. Y si el eslabonamiento de las actancias a veces ocurre a saltos, la reconstrucción de la narratividad operante en la imaginación del lector llega perfectamente trabada y consecuente.

La historia de la ruptura de un matrimonio, la intervención —anterior y posterior— que en ese hecho cupo a los allegados de la pareja deshecha, es relativamente simple. Pero los juegos que en lo literario la impregnan de resonancias líricas, la tornan densa y compleja. Porque en *La complicidad*, el lenguaje va más allá de lo comunicativo y de lo consignativo. Por momentos busca la posibilidad de ayudar a las imágenes que sus referencialidades suscitan con una especie de diseño casi visual

sugerido por la escritura en cuanto grafía que refuerza lo poético dentro de su pertinente creatividad.

Por lo dicho, es fácil colegir que *La complicidad* no es novela de acción intensa; sí, de líneas deliberadamente intrincadas en las que se descubre otra instancia de lo experimental. En ella —tanto como el entrecruzamiento de los hilos argumentales— practica la minimización de los actantes principales, la esfumatura de los héroes absorbentes. Consecuentemente con ello, en *La complicidad* se advierte cierta afinidad con el objetivismo de la llamada “novela de la mirada”. Novela donde, también, no se escatiman juegos dialécticos y sobreentendidos; donde, sintácticamente, abundante presencia de anacolutos y elipsis exceden lo retórico y cumplen tanto la finalidad de transcripción de un ritmo expresivo cuanto el remedo de la dinámica de un modo operativo del pensamiento apoyado en la intermitencia, en enfoques variables, en distancias crecientes de agrandados horizontes, en efectos cambiantes de una mirada ora envuelta, ora dispersa en la complejidad de lo humano.

Todo ello pone de manifiesto que, en *La complicidad*, Jorgelina Loubet también ha utilizado el lenguaje con cierta intención experimental. Lo cual intensifica el sentido poético del texto producido, verificable en el hecho de que —como en los poemas— resulta difícil recontar su argumento.

En 1974, el Centro Argentino del PEN Club Internacional publica la cuarta novela de Jorgelina Loubet: *La victoria*, a la que es justicia describir como dechado de ternura y verdadera femineidad. Cabe anticipar, asimismo, que ya se consideren los componentes narrativos implementados por la autora, o ya se atienda a su montaje estructural, en ambos sentidos continúan en *La victoria* los juegos de intimismo, aunque, esta vez, no

entre una pareja como en *El biombo*, sino entre una madre y su hija en el trance de dar ésta a luz.

Dos líneas iniciales de un pre-texto sintetizan —a modo de acápite— ámbito, personas y razón de ser del todo novelístico que desarrollará *La victoria*. La madre, en vísperas de ser abuela, monologa: “Querida mía, acaban de llevarte a la sala de partos donde estás sola, oh sin duda bien atendida, pero estás sola porque se está siempre sola frente al difícil aprendizaje de la maternidad. Revivo la mía y trato de no pensarte en la camilla respirando según el ritmo que has practicado durante estos meses; sobre todo, no debo imaginar qué ocurrirá si acaso llegaras a descontrolarte”.

El desarrollo novelesco de *La victoria* es un ir y venir de la reflexión a la evocación y viceversa; un enjuiciamiento de las relaciones madre-hija, de los modos con que la madre ha cumplido o incumplido sus funciones de mentora; el balance tanto de obligaciones como de franqueza en las relaciones. En fin, todo cuanto desfila por la mente materna mientras aguarda el alumbramiento del futuro nieto.

El relato se articula en una especie de soliloquio, paralelo a la inminencia del parto que ha de producirse en el vecino quirófano. “Un alma vuelta a sí misma —explicará Julieta Gómez Paz, prologuista de *La victoria*— tensa por la incertidumbre, es capaz de recapitular en poco tiempo —el infinito tiempo de la conciencia— largos años de vivencias y meditaciones. En una sala próxima, sin conflictos espirituales, llega al mundo un nuevo ser. Los dos planos, reales y simbólicos a la vez, configuran los rieles por donde va a llevarnos este libro”.

Otras sagaces apreciaciones deslizan las palabras introductorias de Julieta Gómez Paz, cuya finura interpretativa y agudeza crítica cabe recordar en esta oportu-

tunidad. Abre sus reflexiones con este aserto: "*La victoria* nos acerca a una experiencia nunca abordada en la narrativa". Nunca abordadas, en efecto, las alternativas formales entre monólogo y soliloquio, entre diálogo interior y memoria, entre evocación y presente, que Jorgelina Loubet despliega en su discurso. Indiscutiblemente original el ángulo de enfoque de la temática elegida y el tratamiento de los juegos temporales y espaciales, de presencias y ausencias, de lo objetivo distanciado y de lo subjetivo vivencial que la acompañan. Por todo ello, Julieta Gómez Paz enjuicia *La victoria* como "un libro alucinante por lo que tiene de rara aventura espiritual, libro comprometido en un quehacer esencial humano". De ahí que, tras la lectura de la narrativa total de Jorgelina Loubet, al recalar en *La victoria*, ineludiblemente se coincidirá con su prologuista en que "la autora despliega en sucesivas etapas toda una psicología de la relación madre-hija con la misma sagacidad que en anteriores obras descubrió otras complejas y oscilantes relaciones humanas".

Como de todas las prosas creativas de la autora de *El biombo*, también de *La victoria* se desprende una suerte de encantamiento que impide abandonar su lectura. Los sondeos anímicos, la memoria materna que opera a la vez como memoria de la especie y memoria colectiva, son los afluentes de un tenue río subterráneo que regresa a los ancestros. Así lo manifiesta la narradora al cierre de su texto: "De tu vientre —dice la madre a su hija, ahora madre también— acaba de partir la criatura llevándose parte de la sangre que ha compartido contigo que compartiste conmigo que compartí con mi madre. Y así. Y así. Las mujeres trasladamos a cuestas el río de la especie, pero sólo somos usufructuarias del manantial peregrino...".

A todo ello, en elaborado arte combinatorio, se suman los aciertos en los diversos planos temporales del relato, tan vívidos y penetrantes como las alternativas de la relación madre-hija profundizadas en la temática, envueltas en hálito poético de controlada sentimentalidad y traducidas con cálida prosa. *La victoria* constituye un alarde de creación: por contenida y lúcida; porque exhibe un idioma dúctil, a la vez familiar y artístico, cuya lectura subyuga.

Entre 1974, año de la publicación de *La victoria*, y 1978, fecha de su siguiente libro de prosa creativa, Jorgelina Loubet publica cuentos y ensayos en *La Nación*, *Clarín*, *La Gaceta* y *La Prensa*. De 1975 es su aporte didáctico del estudio, notas y antología para la edición escolar de los *Comentarios reales* del Inca Garcilaso. También de 1975 es el ensayo *Una aproximación al itinerario de Horacio Oliveira en "Rayuela" de Julio Cortázar* que recibió el "Premio Eugenio María de Hostos" y fue publicado en Puerto Rico.

En 1978, bajo el título *Mi barrio, mi país, el mundo*, Jorgelina Loubet congrega diecinueve relatos, cuya singular factura, al servir simultáneamente a la unidad y a la diversidad, reclaman detenida consideración. A través de ellos —como señala Antonio Requeni, su presentador— "desarrolla una parábola que se inicia en nuestro tiempo y realidad geográfica más próxima para concluir en el perturbador universo de los siglos futuros. La autora fija espacios y caracteres en los que ejercita sus lúcidas dotes psicológicas y expone de manera implícita su transido amor por la criatura humana".

Los relatos de *Mi barrio, mi país, el mundo*, llegan al lector como calibrados artefactos de relojería, cuyos detonantes se descubren, unos calculados para operar con sus cierres; otros, con acción retardada sobre mente y sensibilidad de los lectores. Según el título común y co-

bijador lo anticipa, se desarrollan e integran en expansiva y articulada serie de círculos concéntricos, desde cuyo epicentro la personalidad y el quehacer creador de Jorgelina irradian la complejidad de sucesivos microcosmos y de cuya conjunción emerge su universo narrativo, uno y múltiple a la vez.

Barrio, país, mundo; tres áreas geográficas y humanas, tres dimensiones espaciales. El barrio —entidad en vías de transformación—, con individuos cercanos, reconocibles. El país, con abstracciones desdibujadoras de lo individual y difuminadas en lo multitudinario. El mundo, subsistente más allá del hoy y aquí de los individuos hasta el límite mismo de un presentido derrumbe apocalíptico, que para Jorgelina, sanamente, no proyecta pesimismo sino, apenas, alternativas para recomenzar; para pasar a otra extrapolación, a otras secuencialidades de círculos concéntricos, donde reinician la ronda de su perennidad.

Con *Mi barrio, mi país, el mundo*, Jorgelina Loubet ensayó, dentro de las pautas de nuestra literatura de imaginación en prosa, el *horizontalismo*, antes insinuado en *La complicidad*. Ismo propuesto por el filósofo norteamericano Maurice Natanson, el *horizontalismo*, en cuanto técnica creadora y en cuanto hecho estético resultante, propone un modo de captación del entorno a partir de lo individual para remontarse a lo universal. Hace pareja con otro ismo: *cocleísmo*, nacido para describir el estilo narrativo de Kafka. Pero mientras *horizontalismo* extiende espacios en superficie, *cocleísmo* indica efecto de penetración espiriforme en un solo punto, como el taladro. *Horizontalismo*, círculos y curvas que crecen en expansiva apertura radial. *Cocleísmo*, curva también con recorrido de tirabuzón.

El *horizontalismo* sería el modo expresivo de lo *horizontal*. Estos términos llegan al español como adap-

tación de sendos tecnicismos de la fenomenología literaria norteamericana, acuñados por el filósofo Maurice Natanson en el ensayo *Literature, Philosophy and the Social Sciences*, publicado en Copenhague, en 1962. Dan idea espacial de la extensión de sucesivos límites, de crecientes círculos, que se ensanchan progresivamente. Ilusión de horizontes cada vez más amplios; la piedra que cae en aguas tranquilas y expande ondas concéntricas.

El término español *horizontal* se formó con las voces inglesas: *horizont* y *zone*. Resulta, desde luego, un anglicismo. Al acuñarlo, Maurice Natanson se hacía estas reflexiones: "Es un lugar común hablar de la obra literaria —pongamos por caso poemas, novelas, cuentos— como de un microcosmos. Pero el verdadero significado de este lugar común está lejos de ser claro, porque tampoco el significado de microcosmos es claro. La creación literaria, suele decirse, presenta un pequeño mundo del cual se afirma que, en algún sentido, es reflejo del mundo, espejo de la vida real, figuración de la sociedad".

Reflejo del mundo, espejo de la vida, representación de la sociedad son variantes léxicas analógicas. Metáforas para valores centrales de nexos entre dos órdenes, de los cuales se sostiene que, en ciertos aspectos, son isomorfos: vida y arte.

Para Natanson, un rasgo básico de todo posible mundo ha de ser su carácter *horizontal*. No es el mundo el que se da, sino sus horizontes. Hacia ellos, hacia los horizontes de curvos entornos cada vez más amplios, apuntan los cuentos de Jorgelina Loubet.

"Cosas, sueños, estado de los problemas —sigue diciendo Natanson— están en el mundo. Esta silla, esta mesa, se hallan en este cuarto. Este cuarto está en el edificio, el edificio en la ciudad, la ciudad en el país, el país en el mundo que también contiene lo otro".

En el ejemplo de Natanson, el movimiento, la dinámica, en zonas parciales de órbitas cada vez mayores, ha sido *horizontal*: zonas sucesivas de horizontes cada vez más dilatados, a partir de un epicentro. Movimientos no hacia arriba, tampoco hacia lo profundo u oscuro, como los del *cocleísmo*. Ni cielos, ni infiernos. Dilatación horizontal, en tiempo o espacio.

Los cuentos de *Mi barrio, mi país, el mundo*, proponen una dinámica *horizontal*. Zonas y horizontes: los que se dejan atrás y los por venir. Y en tal dinámica amalgaman tiempo y espacio. He aquí, en apretado inventario, algunas de sus situaciones engendradoras de acción: desde lo individual del tío Roberto, pasando por la transferencia a una muñeca de trapo del sentido materno posesivo antes ejercido sobre la hija que se casa; por la muerte del pececillo Insólito, el suicidio de la abuela, hasta la soledad de la inválida con su televisor, se ve crecer el horizonte físico y mental del presente del barrio. Y el lector no puede menos que traer a su memoria aquel pensamiento del poeta Günter Eich: "yo escribo poemas para orientarme en la realidad. Los considero como puntos trigonométricos o como boyas que indican el rumbo en una superficie desconocida".

Jorgelina escribe cuentos y desde ellos nos hace percibir una dimensión inédita del barrio. Luego amplía la *horizontalidad* del barrio al país, al país de un ayer cercano a través de fantasmas evocados que, fechadamente, recupera entre 1945 y 1966. Fantasmas que nos vuelven a erizar, como nos crispó la realidad puntualizada por las fechas; fantasmas desde los que reaparece el horizonte del ayer argentino.

Finalmente, catapultada al lector hacia más dilatados horizontes: los del mundo y los mundos. Pluralidad de mundos: el actual y los venideros. Reales, intuitivos, posibles... o soñados. Pluralidad de mundos en el sentido

que cantó Paul Eluard: "Sí, hay otros mundos, pero están en éste". Y nuestra autora confirma al poeta, al instalarnos mentalmente, con juegos de ciencia-ficción, en siglos futuros y en estremecedoras realidades posibles.

Confirmando aquella verdad de León Tolstoi: "Piensa en tu aldea y serás universal", la prosa narrativa de Jorgelina Loubet en *Mi barrio, mi país, el mundo*, desde lo doméstico e individual, proyecta hacia lo universal; desde lo presente, recuerda las experiencias dolorosas del pasado y extrapola lo por venir incierto.

El sistema cuentístico elaborado por Jorgelina Loubet en *Mi barrio, mi país, el mundo*, confirma, en cabal medida, la posesión de la artesanía narrativa. Artesanía que si, anteriormente, se la vio señorear en la novelística, aquí se la ve mover con igual dominio y autonomía en los vericuetos y secretos de la épica menor, aunque con alguna diferencia de actitud. En la épica menor, "figura de narrador" y autor marchan por carriles independientes y muestran a Jorgelina distanciada en relación con personajes, situaciones y temas. En la épica mayor se la percibe sufriente al par de las criaturas ficticias; participe de sus tribulaciones y comprometida con sus destinos. Ella explica la espaciación de su producción novelesca con esta razón personal: "Con la novela se sufre".

Solo en 1981 vuelve a la novela con *Los caminos* para enfocar un instante de la realidad argentina de los alrededores del año 1975. Como ocurre en nuestro medio literario, donde —si no se cuenta con el aliado de la publicidad— será fugaz y breve la permanencia de una creación contemporánea, aun la de mayores quilates, la novela de Jorgelina Loubet tuvo su cuarto de hora de éxito. Sin embargo, repasándola hoy, a más de un lustro de su aparición, se advierte cuántos elementos que re-

claman rescate y justa reubicación en la serie histórica de las experiencias narrativas, hay en ella.

En esa perspectiva, es justo dejar sentado que, en más de un sentido, *Los caminos* fue novela precursora. Su argumento se relaciona con el episodio estudiantil conocido como "la noche de los bastones largos", con las agitaciones universitarias de la década del 70 y la prolongada crisis de la democracia. También vibran en ella los estados anímicos de los argentinos a quienes las circunstancias sociopolíticas obligaron a irse del país, a forzosa emigración. Los motivos de desarraigo, aun en casos de triunfo económico, ponen emotividad al desarrollo de su tramado novelesco. Los problemas del trato a los adolescentes del secundario, los entretelones de ciertos conflictos universitarios, las cuestiones de la vida literaria, la intimidad de algunos represores están planteados con verdad y acierto.

Pero el espectro temático que abarca *Los caminos* es mucho más amplio de lo que podría colegirse del hecho de subrayar su carácter precursor al tratar estas cuestiones en horas difíciles y oscuras para el país. En *Los caminos* están presentes los problemas educativos, un buen sondeo psicológico de los sentimientos femeninos en tales circunstancias de la vida nacional, el diario convivir de la gente en un medio nada fácil. Mientras que en otras novelas —por ejemplo *La breve curva* o *La complicidad*— la narradora urdía su desarrollo acompañando y reflejando juegos ideológicos, actividades políticas, conatos revolucionarios, en *Los caminos*, sin abandonar estos aspectos que son el telón de fondo de la época convivida por la autora, se extiende a otros aspectos de lo argentino, que también bosqueja con mano firme. Así la productividad en distintas esferas de la economía, el trabajo y la ciencia; las duras experiencias de los exilios forzosos; las faenas agrícola-ganaderas,

como índice contradictorio entre una realidad ubérrima y el desinterés de los terratenientes. Precisamente, cuando la pluma de Jorgelina Loubet se detiene en la naturaleza campesina se convierte en diestro pincel y su discurso descriptivo se irisa de frescas vivenciaciones. La mención de un breve intercambio de palabras entre dos personajes, Julia y Fernando, es buen ejemplo de ello, y contiene la clave ambiental:

—Qué reconfortante es sentir que aquí en el campo la vida continúa. Ya saben ustedes cuánto quiero a Buenos Aires. Pero en este momento es una sopa espesa, agria, que está perdiendo todo su encanto.

—¿Cómo? ¿Vas a hablar de política, vos?

—No, sólo quiero decirte que allá la vida parece detenida. Buenos Aires en estos momentos está enferma, histérica, asustada, paralítica. Y aquí, en cambio, la vida continúa. (pp. 160-161).

En *Los caminos* se desarrollan varias historias convergentes: la de jóvenes militares y jóvenes intelectuales desencontrados, las de jóvenes campesinos que confían en la naturaleza y jóvenes decepcionados que marchan a la deriva. Jorgelina Loubet ha orquestado esas voces individuales y el resultado ha sido esta conjunción polifónica con andadura de novela que, con toda justicia, ha sido galardonada con el Primer Premio "Plaza y Janés" de Novela Argentina y que en el momento de su aparición abrió perspectivas renovadoras en la narrativa vernácula.

Para perfilar cabalmente esta presentación oficial de Jorgelina Loubet en calidad de miembro de número de nuestra Academia, quedarían aún muchos otros rasgos por puntualizar. Sin embargo, dado que el tiempo dis-

ponible está por cumplirse y puesto que sus aportes al patrimonio literario vernáculo se han canalizado principalmente en la épica, sería del caso inducir de sus textos narrativos su personal teoría del hecho novelesco, los objetivos que orientan su ejercicio literario y las perspectivas que vislumbra en relación con el género de su predilección. Pero en esta ocasión se da la oportuna circunstancia de que Jorgelina Loubet ha propuesto como tema de su discurso de recepción, el exponer su concepción y ejercicio del *epos*. Ella será, pues, la más indicada para abordar ese análisis.

Señora académica Jorgelina Loubet:

En nombre del Cuerpo académico y en el propio, me complazco en reiterar las expresiones de bienvenida a nuestra Institución. Como testimonio de la elección recaída en su persona, le entrego el diploma que la acredita en calidad de académica de número, titular vitalicia del sillón número dieciséis, puesto bajo la advocación de Bartolomé Mitre. Y le ofrezco la medalla recordatoria que lleva grabados la columna jónica y el lema *Recta sustenta*, cuyos sentidos emblemáticos expresan las aspiraciones y la trayectoria de la Academia Argentina de Letras.

RAÚL H. CASTAGNINO

NOTAS SOBRE LA NOVELA

Sucedo en el sitial puesto bajo la advocación de Bartolomé Mitre a Celina Sabor de Cortazar. Con nostalgia evoco a la erudita entregada a trabajos de responsabilidad intelectual que dijo en lengua pulcrísima.

Colaboró con Isaías Lerner en la edición crítica de *Don Quijote de la Mancha*, que lleva prólogo de Marcos Morínigo, propiciada por la división Clásicos Huemul de la Editorial Abril. Es este un notable aporte a los estudios cervantinos, abundante en referencias heurísticas y de literatura comparada, así como en indagaciones del idioma y de su evolución. Densos trabajos sobre la poesía de Quevedo y de Garcilaso de la Vega, sobre la estructura del *Guzmán de Alfarache* de Mateo Alemán, así como la edición, introducción y notas a la *Gatomaquia* de Lope de Vega conforman otros tantos estudios cuidadosos de Celina Sabor de Cortazar, especialista notable entre nosotros del Siglo de Oro español.

Evoco también a la generosa donante de su biblioteca, que entró a formar parte del patrimonio de esta Academia.

Y evoco, por último, a la mujer fina de corazón, al que el dolor pareció quebrar para nuestro desconsuelo.

Me siento profundamente honrada al suceder en el sillón "Bartolomé Mitre" a Celina Sabor de Cortazar, para quien solicito el homenaje de ponerse de pie.

El sillón "Bartolomé Mitre" recuerda el nombre del político, historiador, gobernante, y hombre de estado, de letras y de armas que intervino en momentos decisivos de la vida de nuestro país.

Mitre es autor de una novela breve, *Soledad*, escrita en el destierro y en sus años mozos, cuando formaba parte del círculo de amigos del presidente de Bolivia, General Ballivián, mayor que él apenas. El panorama grandioso de la cordillera, que río y grácil vegetación domestican en Cebollullo, es el cuadro de los románticos amores contados por Mitre, y que se publicaron en 1847 —hace ciento cuarenta años— en el Folletín del diario *La Época*, de La Paz, donde Mitre era destacado redactor.

El prólogo de la novela muestra al joven periodista interesado en cuanto puede beneficiar intelectualmente a las nuevas comunidades de América. En ese orden coloca Mitre a la novela, que califica de "la más alta expresión de la civilización de un pueblo". Concluye: "Es por esto que quisiéramos que la novela echase profundas raíces en el suelo virgen de América" ¹.

El deseo de Mitre se ha cumplido. Los nombres reconocidos de Joaquín Machado de Asís, Teresa de la Parra, Rómulo Gallegos, Miguel Ángel Asturias, Alejo Carpentier, María Luisa Bombal, Juan Rulfo, Joao Guimaraes Rosa, Julio Cortázar, Gabriel García Márquez, Clarice Linspector, entre muchísimos otros, muestran a lo largo del tiempo, desde fines del siglo pasado y hasta

1. Bartolomé Mitre. *Soledad*. Ediciones Puerta del Sol. La Paz. Bolivia. s.f.. pp. VIII y IX.

hoy, las profundas raíces que echó la novela en América, y muestran también su renovación.

De rápido y dispar desarrollo, la novela incita por esto mismo a la reflexión sobre ella. Me propongo un breve repaso de algunas cuestiones que la conciernen.

La novela primitiva nació para distraer, y hoy el hombre se distrae sobre todo con imágenes visuales. Las novelas de entretenimiento se han visto así desplazadas en buena parte por el cinematógrafo, la televisión. Además, las novelas que persiguen búsquedas expresivas desalientan a muchos lectores. No se necesita más para que las campanas toquen anunciando la muerte de la novela, como ayer anunciaron la muerte de la poesía.

El tesoro novelístico no está agotado. Tampoco el poético. Un novelista diferente se dirige cada vez a un lector diferente a quien la novela habla en lengua actualizada y en un contexto humano que no cesa de modificarse. Pero, además, cada criatura inaugura las pasiones del hombre. Cada criatura celebra por primera vez el amor: nadie jamás amó antes como ella ama hoy. Cada una conoce una forma distinta de traición: nadie jamás fue traicionado antes así. Cada criatura consagra al misterio que la rodea su propia y balbuceante perplejidad, su temblorosa esperanza o la alta ola de su incoercible náusea. Cada criatura es única, no sólo para sí y para quien la ama —o para quien la odia—, sino también para la especie.

Esa criatura única no cesa de repasar sus experiencias únicas, de las que se ocupa la novela en su vasto teclado de reflexiones, sentimientos, goce estético y provocación. Poco importa si se lee hoy menos que hace treinta años. Se lee. Y, paradójicamente, se escribe y —aquí es-

tá quizá lo verdaderamente alarmante— se publica, hoy, más que treinta años atrás.

Mientras cambian a gran velocidad las condiciones del hombre en el cosmos, algunas necesidades varían lentamente y hasta producen efecto de inmutabilidad. No parece pronta la desaparición de la novela: quedan aún lápices que marcan párrafos y subrayan experiencias; quedan aún manos que vuelven atrás hojas para el reencuentro significativo. Queda aún la necesidad del silencio y de perder la mirada en el silencio. El alma preserva así la lumbre tan bien conocida por el buen lector de novela.

No toquemos a muerte por la novela. No hagamos como aquellos que, a fuerza de pensar en la muerte, se olvidan de vivir. La novela vive sobre todo de su propia libertad. Como ignora todo rechazo, no desprenderá fácilmente de sí el género adventicio que pueda sepultarla. Un peligro exterior a ella sin embargo la acecha: la comercialización. La historia, escrita con intenciones segundas —su acomodo para el cinematógrafo, la televisión, la propaganda o la venta masiva—, lleva en sí un germen perverso. Los productos que se disfrazan de novela con fines comerciales atentan larvadamente contra la limpia evolución del género.

Si la novela comenzó hace cuatro siglos o bien con Homero, si la novela y el cigarrillo son los únicos vicios modernos ignorados por la antigüedad, no son opiniones que pretenda apoyar o rebatir ahora. Sí recordaré que la novela nació para entretener a través de copiosas aventuras, antes de presumir de imitadora de la vida para, por fin, lanzarse a escudriñar el alma del hombre, antes de Freud.

Pero la psicología que caracteriza a un individuo acabó conocida hasta por los niños. Había aflorado, incluso, pálidamente, en las primeras novelas de acción. Más lejos aún en el tiempo, los personajes de Homero mostraron matices que la posteridad simplificó en mitos. (Algo, que no queremos recoger, ha procurado decirnos Penélope, la reina de Itaca). La escena clásica griega dotó a los protagonistas no sólo de pasión, sino también de sutileza. El hombre ha intentado siempre descender al propio subsuelo donde por fin Freud paseó su linterna para legislar en seguida sobre los fantasmas allí acurrucados.

A partir de un momento natural, las secretas motivaciones del individuo parecen extenuadas para el rastri- llo de la novela. Pero, además, el diván del psicoanalista, paralelo a la novela, se precipita sobre el mismo y jugoso material.

El novelista, que ve consumida por sus precursores la psicología del personaje y, además, escabullírsele del lado de la ciencia lo que de ella queda, resuelve buscar al personaje en otro lugar, tan ilustrativo como la caverna ahora profusamente alumbrada por el psicoanálisis.

Ese lugar no será ya el mundo interior del personaje, donde el personaje atiende a la resonancia de su vida. Ese lugar será la vida, aunque no ya para copiarla a la manera de Balzac, sino para recortar en ella una encrucijada donde el protagonista deba actuar. La revelación sobre sí mismo vendrá al personaje desde afuera, a través de un acto decisivo, como respuesta a una situación externa. No se trata ahora del mero ir y venir donde la aventura se desvanece sólo para recomenzar en el capítulo siguiente, según la fórmula de la novela que apuntaba a entretener. Se trata, para el personaje, de des-

cubrir el acto con el cual responde a una situación nueva para él.

Así, el hombre "en situación" realiza un acto que lo define. No se ha buscado a sí mismo en el nido caótico de su interioridad. Se ha encontrado en el mundo concreto de la acción y en el margen estrecho de su libertad. Al "¿quién soy?" del hombre caviloso, sucede el "¿cómo vivir?" del hombre frente a su entorno. El acto que concierne decisivamente al personaje, y se plantea fuera de él, el acto que lo modifica, el acto después del cual ya no será el que era antes, es un acto que ilumina al mundo de manera particular. Una vez consumado el acto, sabrá al fin el personaje si fue tramposo u honesto, si fue valiente o cobarde, generoso o egoísta. Lo sabrá sólo provisoriamente, porque un nuevo acto lo aguarda para obligarle a ajustar su visión del mundo. No se enuncia nunca definitivamente tramposo, valiente o egoísta. Fuera del hombre, cada situación plantea un problema a la libertad del hombre.

La novela va modificando perspectivas, sin abandonar por eso perspectivas anteriores. Entretejer, reflejar la realidad inmediata, ahondar en la cala psicológica, reconocer estados concretos de la existencia, son estaciones de la novela que, a partir de un momento, ya raramente se dan aisladas. Cada vez, en cambio, con mayor frecuencia, los materiales se combinan. En particular, la componente psicológica, más o menos laxa, aparece con regularidad. Como bien se ha dicho, ¿qué sería de la novela que no fuera psicológica?

Estas consideraciones atañen sobre todo a la substancia novelística en general. Pero existen novelas nacidas de ciertas exigencias de la substancia novelística y que conciernen también a la substancia expresiva. Un año

clave —1857— resplandece brillantemente en la historia de la novela: Gustavo Flaubert edita *Madame Bovary* e inaugura la novela como hecho estético. A pesar de sus multiplicadas hazañas, la novela no había alcanzado hasta entonces esa categoría. Después de *Madame Bovary*, el cuidado expresivo, más audaz que la simple corrección de la prosa, puede echar a volar tan imaginativamente como la propia substancia de la novela. Es la gran lección de Flaubert.

Más tarde, cuando Freud se incline sobre el inconsciente; cuando Bergson discuta las limitaciones de la inteligencia discursiva; cuando, por fin, Einstein enuncie su Teoría de la relatividad, la realidad inmediata parecerá estallar. La pintura pierde sus contornos definidos, la música ciertos apoyos tonales, la escultura sus volúmenes acostumbrados. Como ellas, la novela intenta un lenguaje que testimonie de esta explosión. Sólo se dará en una fina línea de la novelística: allí ha de procurarse no sólo contar una historia —y esto será relativamente secundario— sino recoger, junto con ella, la desmigajada realidad. Por momentos, estas migajas de realidad lograrán más peso que la compacta realidad traducida en lenguaje lógico y discursivo.

El fecundo principio del punto de vista formulado por Henry James quiebra la visión única de un hecho. Marcel Proust, que siguió cursos de Bergson en la Sorbona, entrega en 1913 el primer tomo de *En busca del tiempo perdido*, donde largas frases musicales enlazan memoria y tiempo en nuevas experiencias subjetivas. Produce así una revolución novelística comparable a la de Flaubert con *Madame Bovary*. En 1922, *Ulises*, el audaz proyecto novelístico de James Joyce, consigue pulverizar el reflejo del mundo en una conciencia y devolverlo a través del presunto fluir, de esa conciencia, atrapado por una desconcertante creación expresiva.

La novela muestra así la ambición de ir más allá del originario deseo de divertir al lector o del ulterior propósito de copiar a la vida. Aquellas experiencias no son numerosas, pero la delgada corriente que conforman procura constituirse en manera de acceder a una realidad más profunda que aquella que ha estallado y cuyos fragmentos unidos ya no conducen a la misma realidad. Como la poesía, esta delgada corriente cultiva una forma de conocimiento y, sin confinarse en el principio del arte por el arte, se reconoce sin embargo objeto estético. En estas buscas personalísimas intervienen principalmente Joseph Conrad, Virginia Woolf, André Gide, Luigi Pirandello, Thomas Mann, Franz Kafka, Herman Broch, Robert Musil. Estamos ahora lejos del positivismo. Quizá, sobre todo, estamos lejos de su vehemente suficiencia. La visión del mundo aparece trastornada. Y también la esperanza del hombre sobre el hombre.

El vacío que dejan las guerras alerta a las conciencias acerca de los obstáculos para que el hombre se comunique con el hombre. El establecimiento de una forma de diálogo parece inexcusable, pero también parecen arduas de superar las dificultades.

La novela puede invitar indirectamente al diálogo. A eso se limita su contribución porque, en verdad, no puede hablarse de diálogo entre novelista y lector a través de la escritura —o la lectura— de una novela. El diálogo es la más alta forma de intercomunicación humana. Pero diálogo es el encuentro fecundo entre dos, entre dos que hablan ambos, el uno con el otro, entre dos que entregan recíprocamente, el uno para el otro, la íntima substancia. El diálogo necesita el establecimiento de un campo humano de fuerzas, región secreta aún no estudiada científicamente. Sólo allí puede fluir. Y ese campo se instaura *in praesentia*.

Cuando el novelista escribe, cuando el lector lee, novelista y lector no dialogan entre sí, salvo retóricamente, como lo hacía Quevedo: "Retirado, en la paz de estos desiertos, / con pocos, pero doctos libros juntos, / vivo en conversación con los difuntos / y escucho con mis ojos a los muertos"². "Conversar con difuntos" y "escuchar con los ojos a los muertos" muestran los límites del encuentro. El presunto diálogo a través de la escritura o la lectura ignora lo fundamental de todo diálogo auténtico: la libertad de la réplica.

Pero, además, no hay creación sin impulso irracional. El diálogo, en cambio, tiende a ser racional. Cada interlocutor se esfuerza en él por apresar experiencias a través de la razón. El diálogo es el intercambio de esas experiencias.

El novelista, en tanto escribe, no dialoga, pues, con el lector. Está solo mientras sufre —o goza— con su novela, como el lector está solo con el propio gozo o el sufrimiento propio que le depara la lectura de una novela. Como toda obra de arte, la novela es puente entre dos soledades, quizá cobijo para dos soledades. Podría hablarse del encuentro de dos soledades. Este encuentro abstracto pertenece al puro imaginar.

No quiero decir con esto que el lector permanece en estado pasivo frente a la novela. Creo, con Sartre, que el lector es colaborador, e incluso creador en segundo grado de la obra de arte.

Una suerte de diálogo, con todo, se cumple en el interior del monólogo sin pausa donde el novelista se hunde. Miríadas de conciencias embrionarias lo sitian al pie mismo de lo que estima su refugio seguro, y que no es sino delirio penitencial. Como Dante en el Purga-

2. Francisco de Quevedo. *Poemas escogidos*. Clásicos Castalia, Madrid. 1974, p. 97.

torio, el novelista no enlaza primero sino sombras, pero cuya voz ni siquiera alcanza a distinguir. Este fingido diálogo es el único diálogo que el novelista cumple mientras escribe. A él intenta dar peso a partir de su esquizofrenia primera.

El novelista no dialoga en tanto escribe. Pero sí transfiere su cosmovisión hecha de perplejidades, de angustia de existir y de deslumbramiento de vivir, pero hecha sobre todo de un imaginar que nace con el lenguaje donde busca matriz y nido antes de acunarse en él.

El lenguaje, a modo de reactivo, revela la imagen latente en la cámara oscura que es la vida psíquica del narrador y donde surge, ya clara, ya borrosa, ya informe, la substancia novelística que habrá de escindirse en personajes, objetos, afecciones, pensamientos, actos, símbolos, forma. El novelista, febril fotógrafo, enciende focos y desvía luces persiguiendo fantasmas y efectos.

La imagen latente en la vida psíquica del novelista puede ser altamente ambigua. Cuanto más lo sea tanto más privilegiará el narrador el proceso que cumple el lenguaje donde la imagen se transforma en realidad objetivada. Un estímulo ha hecho reverberar en la vida psíquica la imagen. El lenguaje, aquietando a su vez todo espejear, la inmoviliza con su abrazo de palabras. En ese abrazo, que la perfecciona y define, la imagen cruza el tiempo. Hay abrazos que han desafiado los siglos.

Además, existe en el lenguaje una virtud creadora que induce a su vez imágenes, más ambiguas que aquellas generadas por el mundo. Así, no sólo es el lenguaje revelador de imágenes, sino provocador de imágenes a las que arrebatada apenas estremecen ellas su promesa.

A un tiempo hijo y padre, engendrado y engendrador, el lenguaje puede caer en pecado de desmesura e imaginar que no necesita de soporte alguno fuera de su

propia materia. La primitiva humildad de súbdito acabaría transformándose en arrogancia de soberano. A la modestia primera de estimarse por debajo de la imagen en su misión de fidelidad, sugerencia, originalidad y belleza, se opondría la soberbia de su autismo. Esto ocurre cuando la novela intenta el albur de reducirse a lenguaje ensimismado que vuelve la espalda a toda necesidad externa a él y acaba en puro reflejo de sí. Este es el peligro que acecha a la novela desde su interior.

No es fácil para la novela escapar a ese embeleco. El seductor cuenta con virtudes y artes que vencen resistencias. Sobre todo, es tan hermoso. Con astucia pondrá el lenguaje a la novela una aventura de texto donde puede ella olvidar al burgués texto de la aventura. Si la novela acepta, su ligereza ha de costarle caro. En cuanto se reduzca a juego mañoso, la novela trocará su libertad en servidumbre, cuando la libertad es el propio respirar de la novela. Como toda obra de arte, se somete la novela a restricciones. Pero la libertad es el reino de su encanto. Libertad de imaginación, de memoria involuntaria y de recuerdo provocado entretejen representaciones donde lo natural y lo compuesto intentan acomodar un equilibrio que exigen, además, de la substancia expresiva. En cuanto, a costa de la substancia novelística, medra el lenguaje, la novela se degrada naturalmente, como se degradan esas hermosas mansiones que todo lo pierden, desde el sótano al altillo, cuando se las saquea buscándoles un destino para el que no nacieron. Pero, además de la libertad, cuando la novela es avasallada por el lenguaje, pierde el espesor propio de la existencia y se reduce a fina lámina que, enroscada sobre sí, vara por fin en un ramal muerto de la literatura. Grandeza y miseria del lenguaje cuando destruye aquello que nació consigo precisamente para ser rescatado. Ciñendo la libertad de imaginación sobre su frente, pue-

de la novela jugar a ser lenguaje. Pero no debe el lenguaje jugar a ser novela.

En aventura de lenguaje culminan experiencias que insisten en vaciar de su mundo interior al hombre, y a la novela de contenido. Resultan así novelas también escritas, quizá, con intenciones segundas: apuntan no ya a la comercialización sino, acaso, a cierta crítica literaria. Es este un nuevo peligro que acecha a la novela, esta vez desde la trampa de la objetividad.

No hay objetividad en la novela. El novelista elige un espacio en el mundo; elige material y personajes para ese espacio; y elige también la mirada que posará sobre ellos. Todavía le falta elegir de qué modo entregará la substancia novelística dispersa e insegura, donde sólo algunas condensaciones vagas y provisionarias indican la posible constitución de un universo. Es necesario dar forma a la nebulosa. Pero toda nebulosa termina teniendo la forma que sus leyes internas definen. Por eso Flaubert decía "Cada obra tiene su propia poética, que hay que encontrar"³.

Existe, pues, interacción entre la substancia novelística y la forma. Ninguna de las dos es autónoma. Cada una influye sobre la otra, la revierte y se revierte por ella, como probablemente actúen los átomos de una nebulosa. Puede ocurrir que personajes de novela o episodios muchas veces ensayados, deban finalmente abandonar el relato por el juego de fuerzas tan complejas e imperativas como las que determinan el exilio de la estrella que cambia de galaxia.

Creo que ese coordinar forma y substancia de la novela constituye su momento más exquisito. En él se origina la *manera* del novelista, íntimamente asociada a la visión musical de su quehacer. Masas y movimientos so-

3. *Correspondance*, Carta a Louise Colet, 23-24 en. 1854.

noros —inducidos por la fluctuante substancia novelística— animan climas sinfónicos donde las melodías se enlazan a las melodías, se apoyan o refutan mientras van pasando de solos a conjuntos instrumentales. En ese fraseo más o menos rápido, más o menos acentuado, más o menos ligero o dramático se manifiesta una vez más la subjetividad del autor.

No hay objetividad en el novelista cuando selecciona espacio, personajes, material y mirada; no la hay cuando atiende a la forma de la novela. No la hay cuando la impregna, finalmente, en su manera. En resumen, no la hay cuando aborda y realiza su creación.

Se resiste cierta crítica a emplear la palabra “creación” en consonancia con la obra escrita, y la reemplaza por la frase “producción de textos”. Es esta una querrela sin sentido que no ilumina el acto de crear o de producir, y no llega al carozo de la artesanía que logró la obra. Los biólogos conocen en detalle la anatomía de la mano humana, pero ignoran cómo llega a producirse la mano, cómo se afina en dedos y se remata en uñas⁴. Así, el crítico literario desmonta la obra, la compara con otras obras, señala sus temas, la estructura, la forma, su motivación profunda, individual o social, pero ignorará siempre —lo ignora también el novelista— cómo se llega a la obra desde la página en blanco. Pertenecen estos *cómo* —cómo llegar a la mano, cómo llegar a la obra— a un espacio de misterio que continuará substrayéndose respectivamente al crítico literario y al investigador. Es bueno recuperar misterios; la soberbia del hombre —que suele ponerlos entre paréntesis— encuentra en los misterios una lección de modestia.

4. Ver François Jacob, *El juego de lo posible*. Grijalbo, Barcelona, 1982, p. 91.

El misterio escapa a la razón, pone en guardia contra el dominio exclusivo de la razón. Para Maurice Blanchot “La razón pura, una vez autónoma, es aun más maligna que lo irracional, porque introduce su propia disolución: el individuo se pierde entre fantasmas de razón que continúa considerando certidumbres superiores”⁵. Y advierte Emmanuel Mounier: “La voluntad, bastante común, de reducir la realidad del yo a la suma de las actividades conscientes, es origen de un desequilibrio permanente”⁶.

No intento menoscabar atributos de la razón, sino, y precisamente gracias a ella, prevenir sus posibles estragos. Con claridad enfoca la controversia François Jacob: “El siglo XVII tuvo la sabiduría de considerar a la razón como una herramienta necesaria para tratar los asuntos humanos. El siglo de las luces y el siglo XIX tuvieron la locura de pensar que la razón no sólo era *necesaria*, sino *suficiente* para resolver todos los problemas. En la actualidad, aún sería mayor demostración de locura decidir, como quieren algunos, que, con el pretexto de que *la razón no es suficiente*, tampoco es *necesaria*”. Añade Jacob: “La ciencia se esfuerza ciertamente en describir la naturaleza y distinguir el sueño de la realidad, pero no hay que olvidar que los seres humanos tienen tanta necesidad de sueños como de realidades”⁷.

En esa necesidad de sueños, en esa “necesidad de las cosas innecesarias” aguarda la novela, colocada en el espacio que determina el cruce de la razón con la irracionalidad y tomando al tiempo como ordenada vertical. Porque, ¿acaso los conflictos más dramáticos no son aquellos donde la razón enfrenta a cuanto la elude? Procurar

5. *Le livre à venir*. Gallimard, Paris, 1963, p. 138.

6. *Traité du caractère*. Seuil, Paris, 1947.

7. Op. cit., p. 132.

la inteligibilidad del mundo aun cuando el absurdo dispare su resorte en reiterada burla; iluminar corredores aun cuando vientos sorprendivos apaguen toda luz, son aspiraciones de la novela, que participa tanto de la razón como de la sinrazón porque sabe que ninguna de ellas es suficiente para el hombre, pero que ambas le son necesarias.

Ahora bien, la tensión así creada, ¿no es acaso la tensión propia de la poesía?

“Poema”, llama Ricardo Güiraldes a su texto *Don Segundo Sombra*. También Malcolm Lowry, a propósito de *Bajo el volcán*, habla de poema. Existen en ambos relatos pasajes líricos, donde el sentimiento personal prevalece sobre la acción y sobre el inventario de la realidad inmediata. Pero los pasajes líricos por sí solos no aproximan principalmente un texto a la poesía. Lo hacen, sobre todo, cierto ritmo, la musicalidad que impregna la frase, la libertad de lenguaje felizmente empleada; la deflagración de lo cotidiano, el repentino estallido de luz. El texto, así diapreado, tiembla en poesía y se alza hasta un espacio expresivo distinto de aquel donde suele confinarse la novela.

Al observar que “el canto” de una obra de arte no depende tanto de la materia (volúmenes arquitecturales, sonidos musicales, palabras poéticas) sino de un cierto acomodo de esa materia, del ritmo que recibe de su creador, R. M. Albérès sostiene: “Ninguna diferencia en ese sentido entre novela y poesía. Para Anatole France como para Michel Butor, el poeta emplea las palabras de todos los días, pero las agrupa de una manera particular que les da ‘un sentido nuevo, un brillo nuevo’. Combinándolas de manera inédita, llega a expresar gracias a ella lo que el lenguaje común era incapaz de ex-

presar”⁸. Por eso parece justa la observación de Maurice Blanchot: “El escritor pertenece a un lenguaje que nadie habla”⁹. Ese lenguaje, que nadie habla, revela a su vez al escritor.

Los ejemplos de Güiraldes y de Malcolm Lowry muestran que la novela puede acercarse tangencialmente al poema, como una curva a su asíntota. El movimiento curvo parece el propio de la novela, como probablemente el movimiento rectilíneo —acaso la verticalidad— lo sea del poema. No toda novela se acerca al poema. Pero ¿acaso todo poema se acerca al poema?. “El habla de la prosa nada tiene de prosaico. Por eso la verdadera prosa es tan rara como la alta poesía”¹⁰. Palabras son de Heidegger.

La alta poesía que interroga al ser es, sobre todo, interrogación del ser y, quizá, atisbo del ser. El roce sobre la frente, el relámpago que nos inmoviliza, nos dejan transidos de una posibilidad. Estamos a punto de. No más allá de ese punto. Borges lo dijo admirablemente: “(La) inminencia de una revelación, que no se produce, es, quizá, el hecho estético”¹¹. La coma —entre “revelación” y la oración siguiente— es una coma dramática. Si no existiese, si el texto de Borges pudiera leerse “La inminencia de una revelación que no se produce, es, quizá, el hecho estético”, cabría la esperanza de ir más allá de la inminencia. Pero Borges levanta la valla de esa coma, y allí se detiene toda esperanza. La

8. R. M. Albérès. *Histoire du roman moderne*. Albin Michel, Paris, 1967, p. 132.

9. Citado por Gérard Genette en *Les chemins actuels de la critique*. Union Générale d'Éditions, Paris, 1968.

10. *Exercices de la patience*. Obsidiane, Paris, 1982, p. 145.

11. “La muralla y los libros” en *Otras inquisiciones*. Emecé. Buenos Aires, 1964, p. 10.

revelación no se produce. Queda, de su inminencia, el hecho estético.

Los caminos del encuentro deseado no pasan por la literatura. Pero la literatura puede imaginar caminos en el espejismo que genera el lenguaje. De esos caminos se apodera la novela cuando se hace arpon y trascendencia. En el amplio espacio que la novela se arroga, existe una constelada base de despegue para aquella novela que quiere ser búsqueda, como quiere ser búsqueda el poema. Con medios análogos a los del poema, la novela alza entonces su vuelo en el intento de aliviar la sed de la criatura, la sed que la palabra no puede saciar pero sí gritar, como grita inútilmente —y también lo sabe— un hombre en el suplicio. Interroga al ser. Está a punto de. No más allá de ese punto.

Los caminos del encuentro deseado no pasan por la literatura. Queda el hecho estético. Un absoluto dentro de lo relativo es para mí el ejercicio novelístico.

JORGELINA LOUBET

*Homenaje a
Juan Carlos Dávalos **

JUAN CARLOS DÁVALOS Y LA
ACADEMIA ARGENTINA DE LETRAS

Damos comienzo a la octingentésima quincuagésima primera sesión de la Academia Argentina de Letras de las convocadas desde su creación y cuarta de carácter público de las llevadas a cabo en este año de 1987.

Nuestra Institución ha resuelto dedicar esta última sesión pública del año a recordar la personalidad y obra de uno de sus miembros fundadores: el escritor salteño don Juan Carlos Dávalos, con motivo de haberse cumplido el centenario de su nacimiento.

La relación de Juan Carlos Dávalos con la Academia configura interesantes antecedentes que, como apertura de este homenaje, y a modo de introducción, creo oportuno reactualizar y divulgar. Sobre todo porque los mismos se vinculan con el origen y con los pasos primeros y constitutivos de nuestra corporación.

* La información sobre este homenaje, realizado el 12 de noviembre de 1987, se encuentra en NOTICIAS de este número.

La Academia Argentina de Letras, creada por decisión gubernamental el 13 de agosto de 1931, celebró su sesión inaugural el 11 de septiembre de dicho año. En el acta de la misma consta que el señor Juan Carlos Dávalos —desde su Salta natal— había aceptado la distinción académica; consta también que adhería a los fines originantes de la Institución y a las resoluciones adoptadas en la reunión constitutiva.

Traigo a colación estos lejanos antecedentes de las horas iniciales de la Academia Argentina de Letras porque fueron comienzo de una serie de episodios que tuvieron a Dávalos por protagonista y que, cabalmente, confirman la hidalguía y probidad intelectual del ilustre cofrade salteño, cuya memoria hoy honramos.

En 1921, una de sus obras —*El viento blanco*— reputada como un clásico de nuestra literatura regional, había sido distinguida con el Segundo Premio Nacional de Literatura. En 1928, tres años antes de su designación académica, Dávalos decidió competir nuevamente en ese certamen y presentó el volumen *Los valles de Cachi y Molinos*, aun a sabiendas de que, reglamentariamente, su participación y posibilidades estaban muy limitadas porque habiendo ganado anteriormente un segundo premio, ahora sólo podía competir por el primer lugar.

El trámite del certamen, por contingencias de la vida política del país, quedó relegado y durmió largo tiempo en una oficina de la Comisión de Cultura del Ministerio de Instrucción Pública. De modo que cuando tres años después a Dávalos le llega la designación de académico, prácticamente había olvidado aquel concurso sustanciado en Buenos Aires y del que no había tenido más noticias. Sin embargo, al recibir el acta de la sesión constitutiva de la Academia, advirtió que los nombres de algunos de sus nuevos colegas correspondían a personalidades que también formaban parte de la Comisión Na-

cional promotora del Premio por el que su libro competía. Dávalos sintió que se le planteaba un problema de honradez intelectual.

Ante tal circunstancia, de inmediato presentó su renuncia como académico; renuncia cuyo texto, fechado el 14 de octubre de 1931, según consta en nuestros archivos, relaciona una de las finalidades fijadas fundacionalmente a la Academia con el hecho ocasional que la origina y dice en un texto conciso y categórico: "Siendo una de las atribuciones de la Academia la adjudicación de los premios nacionales de literatura y, habiendo el suscrito presentado en 1928 dos libros al concurso del Ministerio de Instrucción Pública, creo hallarme en el caso previsto por el art. 10 de los Estatutos, por cuya razón presento ante V. H. mi renuncia como miembro de la Academia Argentina de Letras".

Con fecha 3 de noviembre del mismo año, a pedido del cuerpo académico retira tan digna renuncia y algún tiempo después, cuando se fija la definitiva estructura académica y se establecen las nominaciones de los sitios, a Dávalos se le asigna el sillón "Olegario V. Andrade".

Las obligaciones retienen al autor de *Cuentos y relatos del Norte argentino* en su Salta natal. Por tal motivo, cuando se aprueba el Reglamento que ordena funciones, actividades y jurisdicciones de los académicos y queda establecido que para ser miembro de número de la corporación se ha de tener residencia en Buenos Aires, el 9 de junio de 1938 Juan Carlos Dávalos pasará a revistar en la categoría de académico correspondiente, categoría que conservó hasta su muerte ocurrida el 6 de noviembre de 1959.

Pero, sin abandonar su provincia, Dávalos mantuvo permanente contacto epistolar con los colegas de Buenos Aires. Respondió consultas lexicográficas, propuso temas

de investigación lingüística, envió colaboraciones para el *Boletín* académico. En esta publicación, llevan su firma dos artículos titulados: "Lexicografía de Salta", de 1934 y 1936; otro referente al "Origen del cuento popular", de 1941, y el que recoge "La leyenda del guía blanco", de 1943.

No obstante esa real vinculación con la Academia, las facetas íntimas de su personalidad, las sabrosas anécdotas, van mucho más allá, e indudablemente sus coterráneos las conocen mejor, por haberlas entrevisto de cerca y por haber significado Dávalos una presencia patriarcal en toda Salta y en el Norte argentino.

En una hermosa semblanza que, en 1933, el periodista Juan José de Soiza Reilly —luego de visitar en Salta a Dávalos y de alternar con él unas semanas en su hogar— publicó en la revista *Caras y Caretas*, hace estas consideraciones: "Dávalos es una leyenda viviente de Salta. Conoce todos los rincones de la ciudad; se sabe de memoria, yuyo por yuyo, todo el valle de Lerma; no ignora ni un solo misterio de las cumbres nevadas, ni de las peripecias de las grandes travesías en mula, porque gusta de saborear las emociones en su propia salsa... Dávalos cumple su misión de poeta con rectitud apostólica. Inspirándose en la belleza típica de su propio terruño ha logrado darnos con su literatura localista una literatura universal. Criollo de pura ley lo entienden hasta los gringos, porque canta en el idioma nacional de los pájaros...".

Un hálito de poesía y de leyenda envuelve la memoria de Dávalos. Como se comprenderá, todo esto sólo pueden evocarlo los poetas, y si son sus coterráneos mejor. Por tal razón la Academia Argentina de Letras convocó para el caso a dos artistas del Norte argentino: al salteño Raúl Aráoz Anzoátegui y a don Jorge Calvetti,

jujeño de origen; dos hombres del Norte argentino para que extraigan de sus recuerdos la imagen vívida del autor de los *Cantos agrestes*. Permítaseme, pues, para finalizar esta introducción, breves palabras de presentación de los oradores de esta tarde.

Jorge Calvetti, Vicepresidente de la Academia, avezado periodista, poeta, cuentista, crítico y ensayista ha acumulado en su foja curricular una decantada producción en la cual obras como *Fundación en el cielo*, *Libro de homenaje e Imágenes y conversaciones* lo muestran a la vez tradicional y renovador, dando voz a lo telúrico. Valores de excelente cuño que le significaron la obtención, entre otros, del Premio Municipal de la ciudad de Buenos Aires y el Premio Nacional a la Producción Regional del Norte Argentino. Su poema *La Juana Figueroa* está inspirado en motivaciones salteñas y es autor de un estudio crítico sobre *Juan Carlos Dávalos*, de ineludible consulta para el conocimiento de este autor.

Nuestro invitado especial Raúl Aráoz Anzoátegui, poeta, prosista y también activo periodista lleva realizada una importante obra literaria cuyos méritos ha reconocido la crítica y le han valido importantes galardones. Poemarios como *Tierras altas*, de 1945; *Rodeados vamos de rocío*, de 1963; *Poemas hasta aquí*, recopilación de 1967, y *Obra poética*, antología de 1985, le han ganado un lugar preeminente entre los cultores líricos de inspiración regional; posición reconocida con lauros importantes, como el Premio Regional de Poesía (NOA) 1945-1947, el Premio Regional de las Direcciones de Cultura del NOA de 1968, el Gran Premio de Honor de la Fundación Argentina para la Poesía de 1981.

A ellos, pues, hemos confiado la tarea de evocar y memorar vida y obra de Juan Carlos Dávalos en el centenario de su natalicio.

Cedo ahora la palabra a los oradores invitados. En primer lugar Raúl Aráoz Anzoátegui disertará sobre *Obra y figura de Juan Carlos Dávalos* y luego cerrará este acto Jorge Calvetti, quien se referirá a *Juan Carlos Dávalos, poeta*.

RAÚL H. CASTAGNINO

OBRA Y FIGURA DE JUAN CARLOS DÁVALOS

Para una sistematización de la obra de Juan Carlos Dávalos dentro del contexto literario nacional, es preciso deslindar el influjo de su medio al que tenazmente vivió aferrado. Al hablar de los poetas que dejaron huella profunda, Cesare Pavese dice que a ellos se vuelve cuando el tiempo ha hecho de sus producciones “casi un objeto, una creación de la naturaleza...”¹. En nuestro caso, y por razones que alejan ya a Dávalos de otras corrientes más actuales, podemos tomar suficiente perspectiva para creer que su presencia tipifica una época y un rostro que definen un perfil particularísimo. Y, más que nada, que nos identifica como si fuera parte inescindible de un pasado en el que, sin reiterar la receta, es saludable abreviar.

¿Es Juan Carlos Dávalos entonces, un escritor y un poeta regional? Sobre el tema tengo cada vez mayores dudas surgidas de un tratamiento que parece encasillar-

1. Cesare Pavese: “Poesía y libertad”, en revista *SUR*, nº 225, noviembre-diciembre de 1953, p. 140, en traducción de Mario Cuevas.

le. El término de *regional* o *regionalistas* aplicado a estas disciplinas, ha tomado un sesgo peyorativo al dividir a los escritores en nacionales y del interior. A su paso cierta crítica parecería circunscribir el hecho a un contexto de centralización urbana, que embrionada en la organización de la República se conecta con un proceso histórico cuyo predominio fue haciéndose más riguroso a medida que la decisión del poder opera por gravitación de los acontecimientos y se instaura donde la concentración poblacional decide la suerte del país. Desde Martínez Estrada y otros pensadores no menos lúcidos se debate este problema.

Pero ese ya ha sido el motivo de mi preocupación en ensayos anteriores. Por ahora retomo el curso de mis reflexiones para marcar con plena convicción que nada puede determinar en literatura la palabra *regional* o que puede determinarlo todo. No obstante debo sí aclarar que estoy convencido de la impronta que la *región* deja en la obra, no tan sólo en sus incitaciones sino inclusive en el lenguaje que cada lugar imprime en el estilo, sin necesidad de que el mismo se ampare en la forma dialectal. Hace tiempo, en 1982, contestaba yo sobre el particular a una encuesta del diario *La Nación*, entre otras opiniones manifestando: "Por ello insisto en lo que no hace mucho afirmé en relación a que, si bien existen *regiones*, lo que tiende a llamarse *regionalismo* no hace sino limitar su proyección. De ahí que el arte de un determinado contorno que responde a características geográficas, sociales y culturales, cuanto más legítimo sea de ese determinado lugar, se transforma en más universal. En cuanto a la piedra de toque de un arte nacional está referida a dichas condiciones, y pienso que en este punto lo más importante es la intensidad con que cada zona se haga presente, no sólo por su mayor o menor densidad demográfica. Así resultan gra-

vitantes, dadas las circunstancias, las obras del uruguayo Horacio Quiroga en el marco misionero, de Juan Carlos Dávalos o Manuel Castilla en Salta, de Juan Draghi Lucero y José Pedroni en Mendoza y Santa Fe, de Roberto Arlt o del propio Jorge Luis Borges aun en sus concepciones más subjetivas y sobre todo en aquellos aspectos en que procura expresar una identidad rural o porteña. Aunque entre paréntesis respecto de este último no sé a ciencia cierta si el arrabal de Buenos Aires es un reflejo de ese medio o un juego que se debe en gran parte a la inventiva borgiana”².

Mi visión de ese Juan Carlos Dávalos que conocí y con quien tuve discrepancias fundadas en ópticas distintas y a la vez en una entrañable disposición afectiva, se asienta en algunos de los conceptos que acabo de vertebrar someramente. Nadie como él supo respetar las posiciones de los demás aunque persistiera en actitudes que entendía inconmovibles. Me refiero a sus convicciones éticas y estéticas, que no le permitieron en cierto modo la evolución de sus gustos e ideas muy acendrados, una suerte de tradición heredada y nutrida en el viejo hogar provinciano y en la biblioteca de su padre (y que fue de su abuelo) donde según su declaración, “había leído a Lope, Calderón, Góngora, el marqués de Santillana, Manrique, Fray Luis de León, etcétera, y así, mi catecismo se sublevaba —agrega— contra el aparatoso palabrerío y la manera afectada de simbolistas y decadentes”. Tal el encuadre con que se iniciaba su culto por lo tradicional, y cómo cree entenderlo a ultranza. Daniel Ovejero —en cita de García Pinto— lo estima desde parecido ángulo y, luego de sobrados elogios por el cuñado y amigo que admiraba, le insta a ensanchar el

2. Raúl Aráoz Anzoátegui: “La literatura en el interior”, respuesta a una encuesta del diario *La Nación* en la p. 2 de su suplemento literario, Buenos Aires, 4 de julio de 1982.

cauce de sus conocimientos literarios (inclusive con el aprendizaje de otros idiomas) para concluir aseverando: "Su reducida cultura si bien ha restado profundidad y universalidad a su obra, le ha dado un carácter propio y marcada originalidad"³.

Estas causas y otras le traen aparejado a Dávalos lo que parecería un contrasentido: por un lado hay un notorio desconocimiento o acaso un desinterés general por su obra dentro del movimiento cultural del país y en panoramas que al pretender abarcarlo olvidan con frecuencia su nombre; por otro, el *mito-Dávalos* —llamémoslo así— es un fenómeno remarcable en su ámbito local donde en cuota no desdeñable actúa el cautivante poder de su personalidad poco común que pudo establecer fuerte correspondencia entre lo que es su obra, y su pueblo. Sus libros al momento de su muerte, en 1959, estaban prácticamente agotados y muchos de sus "admiradores más fervorosos" sólo tenían de ellos fragmentarias referencias. Aún hoy, aparte de la reedición completa de su poesía y de cuentos agrupados en un tomo no muy voluminoso debidos a la iniciativa de la Fundación Michel Torino, poco hallables son las muestras impresas de su talento. Pueden éstas encontrarse en bibliotecas comunes, no muy especializadas, mediante la presencia de sus *Cuentos y relatos del Norte argentino* en la colección "Austral" de Espasa-Calpe (8 ediciones desde 1946), en *El viento blanco y otros relatos* de Eudeba (1963) o en la más reciente publicación de *La muerte de Sarapura* del Centro Editor de América Latina (1980). Estas recopilaciones espigan en lo más notable de su producción repitiendo títulos de composicio-

3. Roberto García Pinto: "Semblanza y recuerdo de Juan Carlos Dávalos", en apéndice de *El sarcófago verde y otros cuentos* del mismo Dávalos, Ed. Fundación Michel Torino, Salta, 1976, p. 150.

nes en su mayoría breves e incluyen —como es de rigor— su extraordinaria narración signada por aquel grupo de arrieros enfrentados a la más inclemente naturaleza: *El viento blanco*, página memorable también incorporada por Eudeba en 1963 a gran formato a sus *Diez cuentistas y diez pintores* (donde a Dávalos le corresponden 4 hermosas ilustraciones de Antonio Berni).

En definitiva, sobre los extremos en que fluctúa la obra de Dávalos considerada en el favor del público —tendencias que termino de esbozar—, pienso que ambas le son desfavorables si se tiene en cuenta su necesaria valorización. No puede encontrarse el justo equilibrio en la indiferencia que denota su falta de ediciones —lo cual se reproduce por aparte al pensar en muchos escritores nacionales—, ni en el mito que ilumina la escena con luces resplandecientes que se demoran en homenajes por demás alegóricos sin urgir el estudio medular de su creación.

Entré en contacto directo con Dávalos en los días de mi adolescencia. Formaba parte de su persona algo de lo que dije párrafos atrás de su literatura, relativo a su formación clásica. Podía repetir y comentar —cualidad que siempre conservó— larguísima textos a los que él añadía ya sean jocosas o emocionadas observaciones impregnadas de honda sensibilidad. Era ese su estado natural. Sus objeciones formales, en aquellos primeros días, sobre la necesidad de suprimir las asonancias internas dentro de un mismo verso, lo que en su apreciación molestaba a la libre fluencia del estilo, fueron para mí por ejemplo de menos preocupación que su agudo sentido universal en el tratamiento de los temas tan caros a su realidad inmediata, hecho evidente con meridiana claridad sobre todo en su narrativa, y que su conocimiento de la naturaleza o de “su literatura clásica y tradicional” que como acabo de señalar recordaba recitando trozos

enteros sin perder una pausa, en inverosímiles reuniones. Juan Carlos Dávalos se ofrecía en toda su estatura sin despreciar a los auditorios menos avisados o desprevénidos. No sé por qué extraño encanto la obra de arte alcanzaba en su palabra, matizada de repentinas ocurrencias y sesudas observaciones, tanta magia. Tengo presente un ocasional almuerzo en la otra banda del río Xibi-Xibi en Jujuy, en octubre de 1941, cuando junto con Juan Alfonso Carrizo agotaron en toda una jornada, que se prolongó por esa noche al filo de una próxima y mitológica madrugada, el material que hubiese cabido en varios volúmenes. Cuando Carrizo ya no le dejaba lugar a la interrupción tras de repasar de memoria, es posible todo el repertorio de sus *Cancioneros* sin repetirse, Dávalos en hilarante alusión al contorno físico del amigo, reflexionaba: “—Es que este Gordo tiene la panza llena de coplas”. Tal era, entre bromas que hacían no tan solemne el simple acto de estar con ellos, la increíble tesitura de quienes nos prestan todavía su salud espiritual, su juventud de alma. No es sólo que fueran generosos, sino que sabían administrar esa generosidad para que nada se desperdiciara.

Por aquel entonces vislumbrábamos nosotros en la literatura del noroeste tres figuras principales: Juan Carlos Dávalos, Bernardo Canal Feijóo y Luis Franco. No obstante nuestra temprana e incontenible irreverencia nos llevó a afirmar en el prólogo de la *Muestra colectiva de poemas* de La Carpa (1944), redactado por Raúl Galán con el premeditado asentimiento del grupo, una de esas frases que en tales ocasiones se lanzan a mansalva: “Tenemos conciencia de que en esta parte del país la Poesía comienza con nosotros”. Nada de ello inquietaba, por cierto, el escéptico discurrir del buen poeta que escanciaba sus horas con infinita sabiduría. Dávalos había cimentado a esa altura su fama más señera, y ya de

nada dudaba o de nada le importaba. Tenía la certeza de sus alcances y sus limitaciones que años antes le indujeron a confesarle a Federico Gauffin, para estimularle a escribir novelas, que debía él intentar “la obra de aliento que, por mi falta de dominio del asunto —señalaba—, yo no me había sentido nunca capaz de llevar a término”⁴. Evidente es que a nuestro autor le seducía principalmente la prosa y que su ambición tal vez fuese el incursionar en el género novelístico al que no se le animó, ya sea por las razones que daba o porque con ellas encubría su falta de disciplina y su natural contemplativo. Aunque sabía bien de su instintiva facilidad para la descripción, el dominio de un lenguaje que se adaptaba cada vez más al habla oral pero alcanzando gran destreza a través de la admirable simplificación de sus elementos. Por eso el ejercicio del verso en el aspecto más divulgado de su producción, sólo le permitió contar algunas leyendas que en su prosa alcanzan mayores dimensiones y —hasta diría— trascendencia. A pesar, desde luego, de notorios aciertos donde el poeta asume su protagonismo reaccionando ante la muerte del animal que se desangraba, o atisbando a lo largo de los siglos la fragilidad humana encerrada en el barro de su urna funeraria. Era además su indagación perenne del destino frente al misterio metafísico, cuya constancia se corporiza en el núcleo de sus más bellos sonetos que él llamó “místicos”, uno de los cuales tiene este magistral remate: “Pero un día, Señor, cansado y triste, / como asno remolón, junto a la senda / me he de echar con la carga que me diste”. Mas el molde en que vaciaba el material ardido en sus entrañas casi siempre era el mismo: es decir, un impulso proclive a recrear modelos universales que él mismo aun en sus títulos denunciaba, como en su

4. Juan Carlos Dávalos: Prólogo de la novela *Alma perdida* de Federico Gauffin, edición del autor, Buenos Aires, 1936, p. 6.

Paráfrasis del Ecclesiastés o aquella otra paráfrasis del poeta chino Li-Po, una especie de libre interpretación que demuestra su intención de dar testimonio profundo y a su manera, basado en la versión original. Un genuino afán, en suma, de experimentar el placer de su propia reencarnación. Así llegó a confiarles a Roberto García Pinto y Xavier Abril en una noche de expansivo coloquio, hasta dónde había apelado —con verdadera maestría, no puede negársele— a la cadencia de las serranillas del marqués de Santillana para trasegar, utilizando además palabras arcaicas, sus impresiones volcadas en su *Tata Sarapura*, método idóneo para descubrir el personaje al balanceo de su flaca cabalgadura⁵. Un caso bastante aproximado se da en sus sonetos *La muerte del toro* donde a un hecho distinto traslada expresiones que guardan muy advertible parentesco con la *Corrida de toros*, otro soneto de José Zorrilla. Es claro que la música que le bullía por dentro y que conocía de memoria en asidua frecuentación, le iba dando su tono a motivaciones muy inmediatas. Fiel a su clima y a su antigua raza se reconocía a sí mismo en ella. Recuerdo que en una última entrevista radial que le hice, casi un testamento por la forma en que hablaba de su vida, me expresó algo así como lo siguiente: “Yo ya no tengo escritorio, ni pluma ni plumero, sólo soy un castellano viejo...”. Volvía a lo que muchos años antes era convincente justificación en el prólogo de *Cantos agrestes*: “Con la voz castiza sayal o sayo —manifestaba—, designan los indígenas las cumbres más altas de los montes, donde no crece ni una hierba, y donde las rocas se desmenuzan, por la acción del sol y del hielo, en infinitos fragmentos movedizos de piedra suelta. Esa voz no ha sido inventada por los indios. Esa voz metafórica, fue aplicada por extensión, para designar una cosa nueva, por los primeros

5. Roberto García Pinto: Ídem (3), pp. 134 a 136.

españoles, quizá buscadores de oro, que recorrieron la montaña. Y si el público argentino los entiende a ciertos provincianos que suelen pensar en francés, aunque verifiquen en castellano, ¿por qué ese público no le ha de entender a un provinciano que piensa en salteño y escribe en español? No está de más añadir que el indio que me enseñó el nuevo sentido de aquel vocablo se llama don Mateo Barbosa, y es propietario de un pedazo de cerro. En la composición que titulo: *El molino del valle* encontrará el lector el moyuelo, el salvado, la tolva, el rodezno: una tecnología castiza del molino. ¡Y esa tecnología castiza me la enseñaron los indios del valle, y el diccionario la corrobora! Como que fueron nuestros antepasados españoles, fundadores de aquellos molinos, los que a los indios les enseñaron esos términos, junto con la industria de moler”⁶.

Nos vamos acercando ya, entiendo, a razones que explican ese modo que Dávalos consideró apto al desarrollo de su literatura. Ello dio —insisto— mayor prevalencia a su prosa, y esto que es recurrencia señalada por varios críticos vale en cuanto demuestra hacia dónde se orientaban sus condiciones de escritor. No era la imaginación, precisamente, su facultad más fuerte o, por el contrario, Dávalos la supeditaba a los datos normales indicados por la naturaleza y la vida. Tengamos en cuenta asimismo cómo en el desarrollo de su discurso es el narrador el que por lo general marca el movimiento: sus protagonistas intervienen cuando él los convoca manejando tensiones calculadas a la perfección y, aunque sus actuaciones son necesarias, resultan parcos en vocablos y a la vez sentenciosos. Ahí están su Antenor Sánchez de *El viento blanco* y hasta los peones que le acompañan

6. Juan Carlos Dávalos: *Obras poéticas*, Ed. Fundación Michel Torino, Salta, 1974, p. 72 (tomado de su prólogo de *Cantos agresivos*).

como un dios mayor y otros menores, héroes no obstante indiscutibles en la acción y el sacrificio. Ahí están su Cruz Guíez y su Amadeo Alzogaray de *Los Gauchos*, cazadores de tigres y empinados a la categoría de seres casi sobrehumanos que más parecieran moverse de la mano de su autor como si no quisiesen romper en alta voz el conjuro de sus concentradas reflexiones. El reverso de la medalla se hace evidente cuando el personaje descende de nivel y es un verdulero de Vaqueros empecinado en desafiar el río en *La creciente* o un hombre condenado a ser empleado público en *La cola de gato*, dos piezas de finísimo humor y trabajadas con maestría pero constreñidas en los límites de su brevedad. Como para que uno piense que el asunto no daba para más.

Otra modalidad destacable son sus cuentos venidos de quién sabe de qué lejanas comarcas —“persa, hindú o hebreas” aventura García Pinto al referirse a *Los tres consejos del sabio Moisés*— y cuyo éxito en su tiempo le trajo traducciones al francés, alemán, inglés y chino; el sucedido le había sido contado a Dávalos por un comisario de San Lorenzo⁷. También recoge de igual manera —acaso haciendo jugar en mayor o menor grado su inventiva para el género—, enredos como los del *Varoncito y la espada de siete quintales*, *Un punto más que el diablo*, *El cuyuyo y el crespín* o los que en un claro de la espesura en el Chaco salteño les transmitían, a él y a Ricardo Güiraldes en breve temporada pasada en la estancia El Rey, Cruz Guíez y otros gauchos como *Los casos del tigre y el zorro*, *Magre del monte*, etcétera. Lo interesante está en señalar aquí lo que, por lo general, resulta su técnica narrativa donde el escritor se da de cuerpo entero mediante su poderoso lenguaje literario elaborado sobre la base de sus clásicos, tratando de con-

7. Roberto García Pinto: *Ídem* (3), p. 127.

servar sólo el tono natural de la región; no por el sistema también eficaz aunque distinto empleado por otros cultores, como es el de mezclar frases y giros del decir popular en la exposición, tal el ejemplo del excepcional libro de Juan Draghi Lucero: *Las mil y una noches argentinas*.

No siempre, debe subrayárselo, la transferencia de los motivos de la región —regionales genéricamente en muchas partes del mundo como el mito de la salamanca, la flor del ilolay, etcétera— obtiene un punto de reelaboración que la jerarquice. Sin embargo, esas influencias e interinfluencias son a menudo fuente de inspiración y quienes tienen el privilegio de arrimarles talento están haciendo obra de arte con la que marcan un diálogo indispensable a la cultura lugareña y universal. Los casos del *zorro*, sin ir más lejos, narrados por Juan Carlos Dávalos, Bernardo Canal Feijóo o Fausto Burgos en el norceste argentino, demuestran la comunicación establecida entre el escritor y su medio. “Cuando Dávalos escribe su *Viento blanco* o algunos de sus mejores cuentos y relatos —decía yo en nota publicada en el diario *El Tribuno* de Salta por 1971—; cuando recuerda y recrea cosas que las gentes de su comarca creen y sienten apasionadamente, todo empieza a ser distinto. Existe la certeza de que algo más hondo y verdadero se fue aglutinando en el fondo de nuestras costumbres y creencias. Augusto Raúl Cortazar en su prólogo de una edición de Eudeba, indica de qué modo Dávalos ha captado vivencias folklóricas pero a la vez tiende a enriquecer el caudal narrativo del *folk*”⁸. A poco de explicar estas razones, un hecho real vino a confirmármelas: al tomar un taxi, el conductor salteño comenzó a referirme uno de aquellos casos del *zorro* que, según lo corroboraba, le solía contar

8. Raúl Aráoz Anzoátegui: “Recordación de Dávalos”, diario *El Tribuno* (sección literaria), Salta, 14 de noviembre de 1971.

su padre. Y lo hacía con tales visos de verosimilitud como si él hubiese sido testigo presencial. Era la casi exacta versión tomada de Juan Carlos Dávalos, con detalles que la hacían ubicable, lanzada nuevamente por la inventiva popular al más absoluto anonimato.

Para determinar por último precisiones que servirían a la fundamentación de la obra de Dávalos con el afán de actualizarla metodológicamente, vienen muy a mano declaraciones de Enrique Anderson Imbert, complementarias a lucubraciones estructuralistas. Anderson responde de tal modo a un cuestionario: "Habíamos comenzado con Ferdinand de Saussure, que hay diferencias entre la lengua y el habla. Yo agregaría a esa definición de Saussure algo que él no dio y es que el estilo es el habla, pero en su expresión estética. Porque el habla es siempre lo individual, de la lengua, pero a veces, el uso individual de la lengua no tiene valor estético. Cuando el habla individual adquiere valor estético entonces el habla se ha convertido en estilo". Y define: "*El estilo es la dimensión estética del habla*"⁹. Nos damos así, de pronto, con que esta sutileza introducida en la primera concepción de la cosa, es lo que concretamente nos sirve para aseverar que, un estilo que representa un cúmulo de sensaciones auténticas, es la esencia de una literatura inserta en su región en la obra de Juan Carlos Dávalos. O sea dicho en criollo —con ese criollismo que pudo haber tenido Alberto Gerchunoff, autor de la frase—, que nuestro escritor y poeta supo "escribir con tonada".

RAÚL ARÁOZ ANZOÁTEGUI

9. Enrique Anderson Imbert: Entrevista con Ángela Colombo en el diario *La Prensa* (suplemento literario), Buenos Aires, 13 de agosto de 1978.

JUAN CARLOS DÁVALOS, POETA

Tal vez sea el norte argentino —y de modo más preciso el Noroeste— la región del país donde permanece más intensamente viva nuestra verdadera tradición cultural: la del idioma. Perviven hoy, en labios del pueblo, cantares del siglo de oro español; aún es posible escuchar temas poéticos medievales entremezclados en los versos que entona algún cantor. No olvidemos que fue allí donde se posó la copla, esa paloma ideal que trajo consigo una ramita todavía verde del Romancero, que habría de arraigar y crecer y florecer aquí en nuestra tierra, como lo demuestran los monumentales cancioneros que recogió don Juan Alfonso Carrizo.

Quizá la distancia y la difícil comunicación con otros pueblos permitieron que en el Noroeste se acendrarán más estas tradiciones y que el idioma se conservara más castizo, más rico, más puro.

Pues bien, hacia 1900, en aquella región del país, casi no existían escritores. Las inteligencias de la época se dedicaban con marcada predilección a la historia, a la jurisprudencia y no a la literatura. Se puede considerar, por ello, como un suceso muy feliz la aparición de Juan Carlos Dávalos en una provincia que ofrecía,

tal vez como único antecedente literario visible, la obra de Juana Manuela de Gorriti. Pienso que nuestro autor era en ese momento necesario, y en Salta todo estaba preparado para su advenimiento. Podríamos afirmar que su presencia obedeció a "necesidades psíquicas" de su época y de su pueblo.

Situémonos imaginativamente en aquel tiempo. Salta, lo mismo que Jujuy, o Catamarca, o La Rioja, eran comarcas de remansado vivir... Existían casi a orillas del tiempo... En sus casas hondas, bajo cielos mansos y entre gentes muy sencillas, se hacían y deshacían los nudos de la vida. El rumor de sus días sería, me lo imagino, como el de sus acequias, siempre igual...

Salta posee un paisaje ofrecido, sus valles son fuentes para las estrellas, con sus extensas pampas verdes rodeadas por cerros altos. En la campaña, junto a los montes y a las selvas, vivían los gauchos, esos señores de la soledad, y en los cerros, sólo los indios, callados como piedras; lejos ya, es cierto, de su adorado sol, pero siempre buscando su caricia de oro... ¡Mas qué solidez, qué seguridad en todos los destinos! ¡Qué firmeza en sus vidas! Erguido sobre sus valores tradicionales, el pueblo salteño ya había afirmado su personalidad hasta hacer de sus hijos criaturas definidas, con un estilo propio para vivir, con rasgos diferenciados y precisos. Pues bien, a este paisaje humano, terrestre y celeste a que me refiero, le era necesario en grado sumo —insisto—, el artista que lo salvara del abismo de sombra y de silencio que lo amenazaba y en el que se habría hundido, de no aparecer el autor de *Cantos agrestes*. Pero si fue importante que el advenimiento de este poeta se produjera tan oportunamente, mucho más lo fue, a nuestro entender, que él hubiera sabido descubrir —como lo hizo— cuál era su deber como escritor nacido en ese lugar y en esa época. Hacemos esta afirmación pensando que Juan

Carlos Dávalos, primero por un saber intuitivo felicísimo y luego intelectivamente, por razonamiento, comprendió que se debía a Salta y a su gente. Por eso dedicó su vida a escuchar las voces más profundas de su tierra y de su pueblo y logró descubrir y describir personajes arquetípicos con curiosidad vivaz y sentimiento cariñoso.

Quizá sirvió para que el artista volviera los ojos hacia su tierra, su permanencia en Buenos Aires. Creo que el escritor del interior del país, asume conciencia de su condición de tal, cuando llega a la Capital Federal. El enfrentarse con la ciudad multitudinaria y oscura, con gentes de muy distinta psicología, con distinta concepción del mundo, otros hábitos, otras aficiones y otra actitud hacia la vida, hacen que el escritor de provincias adopte una posición reflexiva en la que no son ajenas la comparación y un sincero interés valorativo de las virtudes y defectos del prójimo. Esto es inevitable. En provincias —hago esta afirmación como provinciano— todos somos iguales. Es necesario alejarse, tiene el escritor que dejar su hábitat y venir a Buenos Aires para convertirse; de hecho, en “el salteño” o “el jujeño” o, con expresión más abarcadora, en “el provinciano”. Gide dijo de Maurice Barrés, cuando éste publicó *Les déracinés*: “Si no hubiera ido a París, no habría podido ser capaz de escribir el libro en el que aconseja a los demás que se queden en su tierra”. He aquí la opinión de Dávalos sobre esa época en que vivió en Buenos Aires y durante la cual frecuentó redacciones y cenáculos literarios: “Ninguno de los poetas que empezaban a brillar entonces me satisfacía, ni yo me sentía capaz tampoco de igualarlos ni de imitarlos, porque en la niñez, en la biblioteca de mi padre había leído a Lope, Calderón, Góngora, al marqués de Santillana, Manrique, Fray Luis de León, etcétera y así, mi catecismo se sublevaba contra el aparatoso palabrerío y la manera afectada de

simbolistas y decadentes. En consecuencia, desengañado de mis dotes creadoras —siempre me ha gustado más pensar que trabajar y más leer que escribir— convencido de la poquedad de mi ánimo para las grandes construcciones, salí de aquel devaneo, que en el fondo era la búsqueda de mi propio yo, y regresé a Salta”.

Es a través de sus propias palabras, como mejor podremos apreciar esa actitud consciente y reflexiva con que nuestro autor retorna a su pueblo. En una conferencia pronunciada el 6 de agosto de 1921, en el Jockey Club de Buenos Aires, Dávalos dijo: “Yo estoy hecho a las cordilleras donde reinan en toda su majestad salvaje las fuerzas eternas y ciegas del mundo. Estoy acostumbrado a contemplar, más que a pensar (y a pensar más que a trabajar, recordemos su afirmación anteriormente citada). Soy esta cosa sencilla: un buscador de belleza en el paisaje natal y en las almas ingenuas de mis comprovincianos. Yo admiré la Naturaleza, un inmenso afán de ser, de realizar todas las formas y todas las posibilidades, la tradición y la leyenda son el pasado mismo que subsiste, no en la letra muerta ni en el grabado oscuro, ni en el vestigio arqueológico, sino en el alma de los hombres como intuición de lo ancestral, como recuerdo traslúcido de los tiempos heroicos, como afirmación evidente de un arraigo inveterado y tenaz sobre la tierra. La tierra, como la mujer, no entrega su alma al propietario, sino al poseedor”. “Yo admiré en la Naturaleza un inmenso afán de ser. . .” ; Qué lejos está este hombre sano y vital de sentir, de compartir las teorizaciones en ese momento en boga, en Europa, sobre este tema! Contemporáneamente, Worringer afirmaba: “el instinto primordial del hombre no es la devoción, sino el terror, frente a la abigarrada anarquía y caprichosidad del mundo de los fenómenos” y agregaba: “La incierta imagen del mundo, no deja nacer ninguna re-

lación de confianza con la naturaleza". Considero innecesario destacar cuánto influirían luego, en las literaturas de la época, estas ideas (éstas y otras parecidas concepciones del mundo) de donde nace, creo, esa actitud de atención subjetiva, de culto de la "interioridad" característico de la poesía de hoy. Seguramente, Dávalos habría suscripto con gusto aquella afirmación de Suárez citada por Julien Benda: "El mundo es un espectáculo en el que el pensamiento sólo está presente para aniquilar la alegría...". O se sabría bien, la antigua lección de Baruj Spinoza: "Le advierto que no atribuyo a la Naturaleza ni hermosura ni fealdad, ni orden ni confusión. Pues las cosas sólo respecto a nuestra imaginación pueden llamarse hermosas o feas, bien ordenadas o confusas".

En otra conferencia pronunciada en Tucumán dirá: "Mi literatura constituye una tentativa de acercamiento a la naturaleza física del mundo nuevo; un esfuerzo de conquista por el espíritu, y de asimilación por el estudio, a la tierra. Necesitamos, sobre todo, arte que arraigue en la tierra nuestra. Un arte que siendo universal por su alcance, pueda ser argentino por su inspiración. A eso tiende en gran parte, mi labor poética". Y en la página liminar de su libro *Los valles de Cachi y Molinos* (1937) dedica la obra a su padre, Arturo León Dávalos, con estas palabras: "Devotamente dedico este libro a la memoria de aquel poeta de honrado y manso corazón —tronchado por prematura muerte— y en quien conocí vivos, siendo niño, el gran amor y el gran deseo de expresión que alientan en mi obra". "El alma de un lugar, dice en otro ensayo, casi tanto sino más que el alma de la criatura humana, es compleja y evasiva. Sólo el amor, la constancia y la paciencia pueden contribuir a descubrir sus encantos secretos". He aquí, clarísimamente expresada, esa toma de conciencia a que me he referido,

esa razonada comprensión de que, como escritor, se debía a su tierra y a su gente. Podemos recordar aún, otra afirmación al respecto: en una autobiografía publicada en la revista *Nosotros*, el poeta expresaba: "Los libros que más tarde publiqué no son sino reflejo de mis inquietudes espirituales más profundas, en un ambiente que ni me vitupera ni me estimula y al que estoy vinculado por viejas raíces raciales, sentimentales y hasta telúricas, puesto que las selvas y montañas de mi tierra y los indios, me inspiraron las páginas mejor y más intensamente vividas".

Dávalos estaba signado por el destino para que llegara a ser el cantor más elocuente de Salta. El destino le deparó una profunda cultura clásica. Digo profunda, aludiendo a una profundidad en el tiempo, porque si bien es cierto que la adquirió a lo largo de su existencia, nació a la vida del arte y de la cultura, en la infancia; digámoslo con sus palabras: "En la niñez, en la biblioteca de mi padre".

Esas lecturas impresionaron vivamente el alma del niño y se proyectaron a toda su obra. No fue casual, por supuesto, esta predilección infantil. Gravitaban sobre ella, su sangre, su pasado y esto importaría vitalmente a su destino de escritor. Para pocos hombres de letras podían resultar más gratos y más actuales (por así decir), que para Dávalos, el marqués de Santillana, Manrique, o Lope, o Góngora. . . Piénsese que en su Noroeste, el poeta pudo encontrar, hechos cultura viva entre sus propias gentes, los elementos, los personajes, las expresiones con que estos autores hicieron poesía. Seguramente, Dávalos vería pasar todas las mañanas, frente a la puerta de su casa, a una vaquera que le recordaría a la Vaquera de la Finojosa, que podía ser la Vaquera de la Finojosa y ¡de veras! no tenía por qué ser otra. Alfonso Reyes habría

opinado así: “una necesidad esencial —superior a toda contingencia temporal— se lo aseguraba...”.

Desde que el poeta descubrió esta cultura al lado suyo, que era en gran medida su circunstancia, que formaba parte de su hábitat, la persiguió con ojos y baquía de rastreador por todos los pueblos y caminos de su provincia e hizo su obra con los elementos que ella le ofrecía... De ahí proviene la autenticidad, la legitimidad de su arte y en ello estriba, creemos, su perennidad y su grandeza. En otro escritor que no hubiera descubierto este vínculo unitivo esencial, los elementos culturales que he citado no habrían podido existir con esa naturalidad, con esa tensión emocional y con esa energía espiritual. Pero Dávalos convivió con sus paisanos con sinceridad y con cariño, quiso a la Naturaleza que le rodeaba como a una gran madre, y estaba culturalmente dotado y provisto para captar esa realidad humana y terrestre, por eso su obra es representativa y permanecerá. Es un fruto de nuestra tradición cultural más profunda, captada con felicidad y expresada con gran dignidad artística.

Los idiomas son tan sensibles como los hombres. Igual que a los seres humanos, el tiempo gasta a las palabras. Carlos Mastronardi, con su habitual talento, expresa en un ensayo titulado “La doble fuente del lenguaje literario”: “El creador de orbes literarios y en especial, el que destila poemas, está sometido a una especie de oscilación o vaivén que es connatural a su oficio ya que no puede prescindir de una dicción personal que sea al mismo tiempo una dicción compartida, comunicable”, y Charles Bally, en *El Lenguaje y la Vida*, afirma: “Todas las artes tienen una materia y procedimientos bien propios. Nadie, que yo sepa, disputa al músico los sonidos ni al pintor los colores para hacerlos servir constantemente a usos diarios y burgueses. Solamente el poeta.

que quiere expresar lo que no se podrá decir dos veces, y que sin embargo debe hacerse comprender, pliega su ideal a palabras, es decir, a signos convencionales, intelectualizados, socializados”.

La sobriedad es el atributo más firme de la prosa del autor de *Salta*. Despojada de metáforas y deliberadamente llana, está regida por un criterio de economía y de necesidad. Es justa, estricta y eficaz. El idioma que hablan sus personajes es auténtico y constituye el lazo que lo arraiga en el tiempo y que otorga singular brillo a su obra. Esta circunstancia le asegura, a mi entender, un lugar preeminente en nuestras letras. Ricardo Rojas, en su *Historia de la Literatura Argentina* hizo un esquema de nuestra evolución filológica a lo largo de los cuatrocientos años de historia vivida. Uno de los puntos de su esquema —el 6º, p. 120, tomo I, op. cit.— se refiere al “castellano vulgar de los conquistadores que sobrevivió como idioma gauchesco en las campañas”. La aventura idiomática que intentó Dávalos —creo que con éxito— fue la de fijar el idioma de los conquistadores que sobreviviría —que sobrevive hoy en el habla de los gauchos.

Asaz pocos son, es necesario reconocerlo, los autores argentinos que han influido en la vida del idioma nacional, y esto porque —en verdad— el país ha tenido y tiene pocos escritores. Pienso que es su acción, su labor en el idioma más que con él, la que caracteriza y define a un escritor. La aparición de una verdadera personalidad conmueve todo el ámbito del idioma. Este sufre un temblor en su estructura más íntima y un movimiento de oscilación, de “desacomodo” y de retorno a la normalidad se cumple.

Por supuesto que otro tanto ocurre en el alma del escritor. Uno y otro se interinfluyen, se conmueven. Tenemos muchos hombres muy inteligentes que “hacen” literatura, muchos agudos y reflexivos ensayistas, muy

imaginativos cultores del verso, no cabe duda, pero ¿cuántos escritores verdaderos? ¿Cuántos Sarmiento, Hernández, Lugones, Borges? ¿Cuántos Dávalos? Vocablos y modos expresivos profundamente españoles (y probablemente nortños a la vez), abundan en sus obras. He aquí algunos: “alquería”, “dehesa”, “jáquima”, “gañanes”, “troncho”, “soto”, “vega”, “mojicones”, “tuno”; “devuélveme los mis sueños”, dice en el “Romance del Viento”; “¿cuya hija es?” pregunta un paisano; “a furto de” expresa otro. En el poema “La leyenda de Coquena” puede leerse: “Tú viste a Coquena. Yo nunca le vide, pero sí mi agüelo, repuso el pastor”. Esa expresión “Yo nunca le vide” no es un arcaísmo, ni una necesidad métrica. Las gentes de la campaña de Salta, como las de Jujuy, dicen hoy “vide” y dicen “la color” como podían hacerlo Quevedo, o Fernando de Herrera... Su estilo comunicativo y veraz le permitió integrarse, comunicarse verdaderamente con su pueblo y constituye la base concreta sobre la que se alza su destino de escritor. Cualquiera de sus personajes, pues casi todos han existido en la vida real, podría leer el relato que protagoniza en la versión de Juan Carlos Dávalos y reconocerse. Encontraría que su imagen es fiel a la verdad de su vida. No considero necesario encarecer este alto mérito del autor de *Otoño*, obtenido, creemos, porque vivió una existencia que puede considerarse un paradigma de aquella idealidad que enunció Ernest Hello, como la ley suprema para tener “un estilo”: “vivir en la verdad, pensar como se vive y hablar como se piensa”.

Deseo destacar que su actitud artística sin afectaciones, su “naturalidad” para escribir fue, en su época, excepcional en nuestros medios literarios. Fue la suya —como la de Sarmiento otrora— una personal manera de ver y de enfrentar la realidad. No tuvo, ni sintió, ni se dejó convencer por el respeto convencional con que

la mayoría de los escritores argentinos ha creado sus personajes o urdido sus argumentos. En la obra de Dávalos aquellos pueden ser —o pueden no ser— héroes y éstos pueden narrar —o pueden no narrar— hechos hermosos, acontecimientos felices. Creo que esta aceptación plena de la vida real tal como se presenta, es más rica que aquella que se empeña en ver y describir una sola cara de la realidad. En arte también son válidas las estrofas de la ronda de las brujas de *Macbeth* (acto 1º, escena segunda) “Lo lindo es feo. Lo feo es hermoso”. En arte, con horribles elementos pueden construirse hermosísimas realidades. Lo han demostrado Shakespeare, Rabelais, y tantos otros grandes maestros de todos los tiempos. . .

Creemos que pocos escritores argentinos han sido tan conscientes de sus méritos, de sus virtudes y de sus defectos como Juan Carlos Dávalos. Evidentemente, su obra en prosa es más importante que su poesía. En una oportunidad se lo confesó a su mujer: “para ti que eres leal y misericordiosa y amas mis malos versos más que mi buena prosa. . .”. Sabía que no se puede lograr una obra de arte verdadero cuando se improvisa, que no puede existir el arte donde reinan la inexactitud, la ignorancia, o la vana suficiencia. . .

JORGE CALVETTI



Lee Harvey

LUIS FEDERICO LELOIR *
(1906-1987)

En nombre de la Academia Argentina de Letras, vengo a dar el postrer adiós al Dr. Luis Federico Leloir, quien fue miembro de número de nuestra Institución desde el 24 de mayo de 1979, como titular del sillón "José María Paz", sitial —ocupado sucesivamente por ilustres figuras como Francisco Romero y Miguel Ángel Cárcano— desde el cual continuó la labor que, tanto dentro de la Academia de Letras como en el laboratorio, desarrolló y orientó el Dr. Bernardo Houssay, su maestro.

Aunque la especialización profesional del Dr. Leloir —lo mismo que en el caso del Dr. Houssay— parecía ajena a las Letras, sin embargo siempre estuvo interesado en ellas y a nuestra Academia prestó inestimable colaboración en materia de precisiones semánticas en los vocabularios científicos, asesoramiento para el cual se le requería con frecuencia y que brindaba generosamente.

* Conceptos del Presidente de la Corporación en el acto de sus exequias, realizado el 3 de diciembre de 1987, en el Cementerio de la Recoleta.

Su fecunda tarea de investigador, reconocida en el mundo entero, y galardonada con el Premio Nobel, máximo homenaje para un sabio de la talla del Dr. Leloir, jamás le movió a soberbias o pedanterías; por el contrario, la humildad y el silencio recoleto fueron los rasgos inconfundibles de su personalidad señera. Desechaba ampulscidades y grandilocuencias, eludía palabras vacuas. Sólo en el trabajo paciente y silencioso encontraba el medio que, naturalmente, congeniaba con su modo de ser. Ni los mayores logros científicos ni los más altos honores, que, de todas partes, acompañaban su obra fecunda y renovadora, le apartaron jamás de una línea ejemplar de laboriosidad y de alejamiento de las vanaglorias.

Cuando en 1970 la Real Academia de Ciencias de Suecia otorgó al Dr. Luis Federico Leloir el Premio Nobel de Química, la Academia Nacional de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas y la Facultad de Ciencias Exactas, instituciones en las que el Dr. Leloir fue miembro activo, tributaron un homenaje consistente en una publicación que reunió tributos de colegas y algunos de los trabajos del homenajeado, a través de los cuales, aun el profano advierte la continuidad de la aplicación del Dr. Leloir en el esfuerzo investigativo, el modo cómo su escuela iba creciendo y cómo el equipo de colaboradores se perfeccionaba junto a él. Todo con naturalidad y calidez vital.

Con mucha razón el propio Dr. Leloir pudo escribir al comienzo de un opúsculo escrito en inglés que con reminiscencias literarias tituló: *Far away and long ago*: "La Bioquímica y yo nacimos y crecimos casi al mismo tiempo. Antes del cambio de la centuria algunos químicos orgánicos y fisiologistas habían sentado las bases de la Bioquímica. En 1906 (año del nacimiento del Dr. Le-

loir) aparecieron dos periódicos relacionados con ella . . .". En pocas líneas el memorialista sintetiza la historia de la disciplina recién nacida, recuerda su producción en Buenos Aires hacia 1932, para detenerse en la evocación del Instituto de Fisiología del Dr. Houssay, quien le inspiró el trabajo de tesis y le inició en los campos de la investigación. La pluma evocadora del Dr. Leloir se refiere sucesivamente a su iniciación en la bioquímica, su especialización en el laboratorio de la Universidad de Cambridge, sus hallazgos en el problema de los ácidos grasos, su estada en los EE. UU., el regreso y la formación del grupo porteño de la Fundación Campomar y la mención de sus arduos trabajos. Pero sienta también una lección de humanidad cuando cierra esos recuerdos, fijados en 1983, con estas palabras aleccionadoras: "Han transcurrido cerca de cincuenta años desde que comencé a investigar. Han sido años de fuerte trabajo, con muchos momentos agradables. La investigación tiene muchos aspectos que la tornan atractiva aventura. Uno es el placer intelectual del descubrimiento previo de desconocidos hechos. También ofrece aspectos humanos de valiosa mención. Algunos de los más agradables períodos en mi carrera fueron aquellos en los cuales trabajé con entusiastas e inteligentes colegas que tenían buen sentido del humor. La discusión de los problemas de la investigación con tales gentes es siempre la más estimulante experiencia . . .".

Admirables palabras, plenas de humanidad y estímulo que pintan cabalmente al sabio cuya desaparición hoy lloramos; palabras que he querido recordar como una prueba más de su ejemplaridad.

La ciencia argentina pierde uno de sus hombres ilustres; la cultura nacional llora al igual la irreparable desaparición. En otros aspectos la definitiva ausencia del Dr. Leloir afecta no sólo a discípulos y colegas especia-

listas. Toca de cerca a cuantos le conocimos, tratamos y pudimos ver en él un ejemplo de hombría de bien y de sabiduría.

Por eso en este postrero adiós sólo nos es posible expresar nuestro doloroso sentir en breves evocaciones que traducen el unánime pesar de amigos y colegas académicos y con ellos elevar humilde plegaria: fervientes votos para que el Señor acoja al maestro entre los bienaventurados y conceda a su alma eterno descanso y paz.

RAÚL H. CASTAGNINO

BIBLIOGRAFÍA DE DON LUIS FEDERICO LELOIR

Las constantes colaboraciones del doctor Leloir en las revistas de mayor jerarquía científica del mundo y el crecido número de sus trabajos de investigación, que sería indispensable enumerar, exceden las características temáticas de este *Boletín*.

Las referencias bibliográficas sobre dicho material especializado pueden consultarse en la Biblioteca de la Academia.

MAX BEERBOHM EN NUESTRA BIBLIOTECA

Allá por 1945 ó 1946 Patricio Gannon llegó a la Facultad de Filosofía y Letras de Tucumán para dar una conferencia sobre literatura inglesa. En seguida nos hicimos amigos. Nos unían devociones comunes. Una de ellas: Max Beerbohm. No me sorprendí, pues, cuando a través de los cristales de la estantería vi el lomo de un libro suyo entre los que Gannon donó a la Academia Argentina de Letras. La sorpresa vino después, cuando lo abrí: *The Works of Max Beerbohm with a bibliography by John Lane*, London, The Bodley Head, 1896.

Un título tan pretencioso —“las obras de. . . con una bibliografía por. . .”— hace creer que se trata de un volumen que cierra, si no una larga carrera literaria, por lo menos un período en la producción de un fecundo escritor.

No hubo tal. Max Beerbohm, en 1896, no había cumplido todavía los veinticuatro años y se iniciaba con esa recopilación de sus primeras notas periodísticas. Fue una travesura. Ni él ni John Lane, el autor de la bibliografía, se tomaban en serio. En broma resolvieron parodiar el formato y las pompas de las “obras completas” lanzadas por los veteranos de la literatura.

En la tendencia esteticista de la década de los noventa y tantos —tendencia que reconocía como maestro a Oscar Wilde— la prosa de Max Beerbohm deslumbró por el ingenio, la ironía y la insolencia. Un ensayo celebraba el buen vestir de los “dandies”. Hubo aristocráticas evocaciones históricas —“A good prince”, “King George the Fourth”— y la divertida anécdota de un mal actor: “Poor Romeo!”. “The pervasion of rouge”, más que una defensa de los cosméticos, fue la exaltación del artificio sobre la naturalidad. Con alegre inmodestia se sonrió ante las elegancias de la generación de 1880 advirtiendo que “para reseñar con exactitud ese período se necesitaría una pluma mucho menos brillante que la mía”. Pero las páginas que resultaron definitivas y definitivas fueron las que con el título “Diminuendo” mostraron al petimetre Max Beerbohm en el acto de mirarse al espejo. Allí contó su desilusión como estudiante en la universidad de Oxford y terminó con el despampanante anuncio de que, habiendo conseguido publicar en el prestigioso periódico *The Yellow Book*, seguir escribiendo sería un anticlímax y, por tanto, se retiraba del oficio:

El esfuerzo de la creación pronto me anonadó. [...] Yo, que no ambiciono ser consagrado, no escribiré más. No escribiré más. Ya me siento un poco pasado de moda. Pertenezco a la generación de Beardsley. Hombres más jóvenes, con meses de actividad por delante, con ideas y proyectos más frescos, con más nuevo entusiasmo, han pujado desde entonces. *Cedo junioribus*. En verdad me aparto sin lamentaciones porque estar pasado de moda es ser un clásico, si uno ha escrito bien. He accedido a la jerarquía de los buenos escribas y me gusta ese nicho.

¡La desfachatez de ese chico de veintitrés años que al publicar su primer librito ya se considera un clásico y se retira para “ceder el lugar a la juventud”! No fue vanidad, porque lo dijo burlándose de sí mismo; y tampoco frivolidad, porque de veras Max Beerbohm fue un niño precoz que envejecería sin dejar de ser un niño precoz. Su precocidad dio a quienes lo conocieron entonces una perturbadora impresión de juventud y senectud. Rudyard Kipling exclamó: “¡Tan joven y ya con estilo!” y Oscar Wilde comentó: “Los dioses le han concedido el privilegio de una perpetua vejez”. Escribirá, sí, obras más importantes —por ejemplo, su novela *Zuleika Dobson*, 1911— pero ya en su primer libro están en potencia los rasgos desdeñosos de su obra posterior.

El ser la primera edición del primer libro de uno de los más originales ensayistas y narradores ingleses bastaría para destacar el valor de *The Works of Max Beerbohm*, pero hay más. Este ejemplar de nuestra biblioteca había pasado de las manos de H. G. Wells a las de Patricio Gannon. Cuando Patricio Gannon visitó a Max Beerbohm en la villa italiana de Rapallo —allí vivía desde 1910 y allí morirá en 1956—, éste inscribió la dedicatoria que a continuación traduzco:

Setiembre de 1953

Querido Patricio Gannon:

Aquí está su libro. Me es muy grato que usted lo tenga. Nadie mejor que usted para apreciar su forma (que se ajusta exactamente a su contenido). Y me alegra que H. G. Wells parece haberlo tenido también. Wells fue siempre muy amable conmigo, a propósito de mis escritos y dibujos, a pesar de que yo solía hacer caricaturas de él más bien devastadoras, y a pesar de que una vez lo hice

llorar. No puedo fechar la ocasión, como no sea diciendo que fue muy poco después de la publicación de *Love and Mr. Lewisham* (1900). Al entrar al comedor del Club Savile, a la hora del almuerzo, descubrí a H. G. Wells (quien acababa de ser elegido) solo, sentado a una mesa cerca de la ventana. Fui derecho hacia él e inclinándome le dije que su libro me parecía muy hermoso y que me había conmovido profundamente. Entonces, para gran incomodidad mía, vi que los ojos de Wells lagrimeaban. Me dijo que yo era la primera persona que había elogiado su libro. Supongo que Wells, *porque* lo hice llorar (no *aunque* lo hice llorar) desde entonces (pese a ser en sus últimos años intensamente peleón y vengativo), fue siempre cordial conmigo y en todo lo que se refiere a mí. Elisabeth Jungmann se suma a mis esperanzas de que usted visite otra vez Europa... y Rápido. Muy sinceramente suyo, *Max Beerbohm*.

Max Beerbohm fue sincero al felicitar a Wells por esa novela. Todavía en un artículo del 29-VI-1907 hablará de Wells y de "su hermosa novela *Love and Mr. Lewisham*" (*Last Theatres: 1904-1910*, London: 1970, pág. 301). No obstante, no estimaba ni su socialismo ni su científicismo. En una de las caricaturas que le dedicó se burló de sus utopías: "H. G. Wells, profeta e idealista, hace aparecer a su predilecto Futuro". Wells está señalando a una fea mujer de anteojos que sostiene en una mano, en vez de una mamadera, un símbolo geométrico, y en la otra, a un crío raquítico, cabezón y también anteojado.

Todavía me queda por contar otra de mis sorpresas al abrir nuestro ejemplar de *The Works of Max Beerbohm*. Y es que encontré el borrador, en cuatro cuarti-

llas, de una carta de Patricio Gannon. Traduzco unos pocos párrafos:

Londres, 23 de agosto de 1954

Querido "Sir Max":

Había pensado escribirle deseándole un feliz cumpleaños cuando de pronto advertí que nunca le agradecí la preciosa carta que el año pasado usted inscribió en ese rarísimo ejemplar de *The Works* que en un tiempo perteneció a H. G. Wells. [...] Otro *mea culpa* es que, la primera vez que lo vi, usted me pidió, muy cortésmente, que yo jamás debería escribir ni una línea sobre usted. Creo que le aseguré que no lo haría, pero si se lo aseguré esa promesa fue quebrantada retrospectivamente porque yo, en 1945, ya había escrito, en una revista literaria argentina, un artículo que titulé: "La singularidad de Max Beerbohm"¹. Otra atenuante es que quizá usted pensó en extender la prohibición a los periodistas ("periodistas —como dijo Oscar Wilde— en el mal sentido de la mala palabra") que degradan la lengua de Shakespeare, y no a los que escriben en la noble lengua de Cervantes. Sin embargo, le incluyo el artículo que publiqué en el suplemento literario de *La Nación*. [...] ². Ha sido bien apreciado y bien recibido, y creo que estimuló un poco el creciente interés, en nuestros países latinos, por los escritores y artistas del milagroso período de 1890 y tantos. Para mí, es comparable con el Siglo V

1. No he encontrado este artículo en las colecciones ni de *Sur* ni de *La Nación*. Habrá que buscarlo en otras revistas del año 1945.

2. "Ochenta años del incomparable Max Beerbohm", *La Nación*, 14 nov. 1952.

de Pericles. [...] En Londres, donde permaneceré unas pocas semanas, me ocupo estudiando y coleccionando toda la información que puedo sobre los años 1890 y tantos. No es fácil resucitar algunos de estos fantasmas. [...] ¿Ha oído alguna vez de un poeta y actor muy "Enochsoamesiano" [...] llamado William Theodor Peters? Es mucho menos real que el mismo Enoch Soames.

¿Quién es este Enoch Soames? Es el protagonista del mejor cuento fantástico que conozco: "Enoch Soames". Max Beerbohm lo publicó en *Seven Men*, 1919. Imposible resumirlo sin estropear su delicada trama. En 1897 Enoch Soames es un poeta sin lectores. No existe. Para averiguar si, cien años más tarde, su nombre figura en la Biblioteca del Museo Británico, vende su alma al diablo y se transporta a 1997. De regreso comunica a Max Beerbohm que existirá, sí, pero no como poeta sino como protagonista del cuento "Enoch Soames".

Un destino semejante al de Enoch Soames le fue deparado a Patricio Gannon. Así como el nombre de Enoch Soames no quedó registrado, como poeta, en las bibliotecas, el nombre de Patricio Gannon tampoco quedó registrado, como colaborador, en las hemerotecas. Cuando quise leer el artículo sobre Max Beerbohm al que se refiere en su carta de 1954, Jorge Cruz y yo fuimos a buscarlo al Archivo de *La Nación*, donde se había publicado. Estaban los sobres correspondientes a todos los colaboradores del diario. A todos... menos al "enochsoamesiano" Patricio Gannon.

ENRIQUE ANDERSON IMBERT

OCHO DÍAS EN ISRAEL *

La comunicación que expondré tiene por objeto llevar a conocimiento del Cuerpo Académico, alternativas, pormenores y experiencias vividas en mi reciente visita al Estado de Israel e informar acerca del uso de la representación de nuestra Academia Argentina de Letras, que me fuera conferida al partir.

A modo de rendición de cuentas, mi informe tratará de reflejar la intensidad de las jornadas y actividades cumplidas, que fueron muchas, arduas, sin tregua y, por momentos, agobiantes, aunque siempre prietas de enseñanzas y utilidad. Razón por la cual anticipadamente pido excusas a los señores académicos por la extensión y detallismo, difíciles de obviar en un balance como el presente, que intenta transmitir vivas impresiones y reacciones frente a una realidad no muy conocida en nuestro medio, pero verdaderamente ejemplar.

A través del entonces Primer Secretario de la Embajada de Israel en Buenos Aires, Dr. Guira Becher, el 5 de junio de 1987, el Instituto Central de Relaciones Cul-

* 20/VII/87 al 28/VII/87. Comunicación leída en la sesión 845a. del 13 de agosto de 1987.

turales Israel-Iberoamérica-España y Portugal, me hizo llegar como Presidente de la Academia Argentina de Letras, formal y personal invitación para participar en el "Segundo Encuentro de Escritores de América Latina-España" que habría de celebrarse en Israel, junto con colegas hispanoparlantes de dicho país, entre el 21 y el 27 de julio de 1987.

El Cuerpo Académico me concedió la reglamentaria autorización para ausentarme y delegar compromisos y obligaciones del cargo presidencial en el señor Vicepresidente. Cumplidas las formalidades del caso, partí de Buenos Aires el pasado 18 de julio, vía Roma, con destino final al Aeropuerto "Ben Gurion" de Tel-Aviv.

La organización y el enlace de vuelos nos retuvo en Roma un día y una noche. Por la tarde del lunes 20, reanudamos viaje y arribamos a Tel-Aviv en el ocaso de la misma jornada.

Con alguna prevención por entrar en lo desconocido del Estado de Israel rodeados de seguridades militares y oír hablar sólo hebreo, pusimos pie en tierra. Pero fue fugaz recelo, porque apenas nos acercamos a los mostradores donde actuaban los funcionarios de "Inmigración", reconocimos dos personas que agitaban visibles cartelones con mi nombre y el de mi esposa para que nos identificáramos y saliéramos del compacto grupo de recién arribados y nos dirigiéramos hacia ellas.

Así lo hicimos con un respiro de alivio. Nos acercamos y presentamos. Dos distinguidas personalidades israelitas constituidas en comité de recepción, en un español impecable con levés inflexiones rioplatenses, nos dieron la bienvenida y se presentaron como el Dr. Moshé Liba —diplomático, poeta, pintor, escultor y coronel—, Director General del Instituto Central de Relaciones Culturales, y el señor Iosef Arad, colaborador técnico de la organización, ex teniente coronel y sociólogo. Am-

bos con nutridos *curricula* y lauros, con alternadas carreras diplomáticas y militares; ambos con sendas venas líricas y producción libresca, artística y técnica; ambos de fácil facundia y elocuente expresividad; ambos con directos conocimientos de la Argentina y con amigos comunes en Buenos Aires. Todo lo cual, de inmediato nos vinculó en familiaridad de charlas con análogos puntos de referencia y sobreentendidos.

Acto seguido, el Dr. Moshé Liba nos acompañó en el coche preparado de antemano para nuestro traslado, a través de los 62 kms. de carretera que unen Tel-Aviv y Jerusalén, lugar del inmediato destino. Arribamos allí alrededor de las seis de una tarde de verano tremendamente calurosa. Pero, conmovidos por pisar Tierra Santa, admirados por las bellezas —naturales unas; otras producto del empeño humano— que habían comenzado a desfilar ante nuestros ojos, la alta temperatura nos pasó casi inadvertida.

El alojamiento que en Jerusalén nos había sido asignado bien merece un párrafo. Era una residencia “para huéspedes distinguidos” enclavada en el centro de la ciudad, junto a la Escuela de Arte y a un bien cuidado parque. Armónica integración arquitectural de piedra y verdor, a la vez muy moderna y fiel a la tradición edilicia local, se denomina “Mishkenot Shaananim” —“El albergue tranquilo”—, como recuerdo del nombre de un antiguo caserío donado a principios del siglo XIX por el filántropo Barón de Montfiore para alojar a algunos inmigrantes desvalidos y ahora modernizado con buen gusto, sobriedad y *confort*.

Instalados en el acogedor departamento con vistas a la muralla antigua de la ciudad que nos fue asignado, empezamos a tomar contacto con los colegas con quienes compartiríamos el “Encuentro”, algunos viejos conocidos y otros cuyos nombres evocábamos desde particula-

res lecturas: Alfonso Romano de Sant'Anna (Brasil), Enrique Lafourcade (Chile), Daniel Gallegos Troyo (Costa Rica), Edmundo Ribadeneira (Ecuador), Carlos Balaguer (El Salvador), Magdalena Guilló (España), Oscar Acosta (Honduras), Cayo Claudio Espinel y Manuel Mora Serrano (Santo Domingo), Salvador Puig (Uruguay), José Balza (Venezuela).

El programa del "Encuentro" comprendía varias actividades: 1º) la estrictamente literaria; 2º) los intercambios profesionales entre los intelectuales latinoamericanos; 3º) un Seminario Móvil de directo contacto y conocimiento de la realidad del Israel actual. Las dos primeras llevaron el trámite habitual de cualquier "Encuentro" de escritores, resultando interesantes las perspectivas abiertas en relación con posibilidades de mutuo conocimiento de las producciones y de traducción y edición de obras de los participantes. Esta faz del "Encuentro" culminó en una velada literaria llevada a cabo en la Academia de Ciencias de Israel, durante la cual cada uno de los asistentes debió exponer acerca de las características de la propia creatividad, de la respectiva trayectoria intelectual y académica.

La segunda de las actividades enunciadas, los contactos con escritores israelitas, se fue realizando en varios lugares y oportunidades. El primero de ellos ocurrió el martes 21 de julio en el "Museo Tijó", que honra la memoria de la pintora Ann Tijó y donde se acoge su legado patrimonial. En él predominó el conocimiento de poetas y novelistas locales. El segundo ocurrió el jueves 23 en la "Casa del Escritor" de Tel-Aviv, donde se tomó contacto con la plana mayor de la "Asociación de Escritores", encabezada por su presidente, el poeta J. Orlando y por el vicepresidente, el novelista S. Daxlia y otros miembros conspicuos. El tercero se cumplió el viernes 24, en el despacho del Alcalde de Haifa y estuvo

centrado en la persona de Alex Iehoshúa, novelista rebelde e ideólogo, cuestionador de muchos aspectos de la realidad israelí actual.

En estas aproximaciones predominaron los contactos e intercambios directos, puesto que buena parte de los intelectuales entrevistados se expresaban en español y lo entendían y sólo unos pocos requerían la mediación de intérprete traductor. De lo captado en cada oportunidad se pudo inferir la abundancia de producción y consumo de literatura creativa en hebreo y el interés del público lector por sus escritores, detalle verificable en los elevados tirajes y reediciones de ciertas obras.

La tercera de las actividades programadas —el “Seminario Móvil” sobre la realidad israelí— sin dudas fue la más atractiva y novedosa, porque desplegó ante nuestros ojos pasado, presente y futuro de Israel; nos permitió recorrer universidades y centros de estudio, promovió el contacto con personalidades e instituciones políticas, religiosas o sociales y con funcionarios-claves de la organización estatal, muchos de los cuales procedían de la Argentina.

Este “Seminario” comenzó desde el momento en que arrancó el adecuado vehículo puesto a nuestra disposición por el Instituto Central de Relaciones Culturales e iniciamos la recorrida del Estado de Israel de norte a sur y de este a oeste, durante ocho días.

Por la mañana del martes 21 de julio, el itinerario se pone en marcha en la misma ciudad de Jerusalén. Ya con los primeros pasos de la recorrida advertimos las señales de recientes guerras tanto como las notables demarcaciones de las llamadas “fronteras verdes”, testimonio del intenso tratamiento y utilización de tierras áridas por parte de ingenieros, científicos y geólogos israelitas, cuanto los signos del desinterés agrícola de

otros grupos humanos no judíos, instalados más allá de los límites fijados tras la guerra.

En Israel, las "fronteras verdes" ganan constantemente terreno al desierto. Y pensar que en nuestra Argentina ubérrima hemos talado bosques milenarios y nos hemos olvidado de intensificar la reforestación como reaseguro ecológico para nuestros descendientes.

La primera visita nos permitió recorrer, por fuera y por dentro, el "Memorial del Holocausto" (*Yad Va Shem*), símbolo de la tragedia vivida por los judíos bajo el régimen nazi. Al "Memorial" se accede por la llamada "Avenida de los Justos" que enfrenta con un muro negro y una llama de crematorio permanentemente encendida, ambos anticipo de los luctuosos recordatorios que allí se guardan. Antes de penetrar en el recinto de los horrores, el Dr. Liba leyó el poema "Auschwitz" del poeta español León Felipe.

Los pavorosos documentos allí exhibidos renuevan los horrores de la atroz barbarie que los engendró, con el agravante de que los testimonios fotográficos reunidos fueron hallados en los archivos de los sadistas torturadores. Los ojos desorbitados del niño conducido a las cámaras letales y el macabro cuadro de "El violinista de Auschwitz", obligado a ejecutar el instrumento al frente de cada grupo de víctimas destinado a las cámaras letales, resultan sobrecogedores. Un milagro salvó de la muerte al músico, llamado Jacques-Yaacov Strwnsa, de Salónica. Conocimos a este sobreviviente de los horrores, pues cada día concurre al "Memorial del Holocausto" a orar. El doctor Liba, en su homenaje, compuso un poema en español, que tuvo la gentileza de obsequiarnos. Dice así:

EL VIOLINISTA DE AUSCHWITZ

*Cada mañana
aun cuando
no he tenido pesadillas
cuando el sudor frío
no me ha despertado,
cuando no me levanto
con espanto
aterrorizado por el SS.
Cada mañana.*

*Me pregunto
¿Adónde iré hoy?
Me visto, tomo el té
pongo en marcha el carro
empiezo a manejar
¿Hacia dónde?*

*El motor hace ruido
el panorama cambia
el semáforo, la avenida
la ascensión a la loma,
al monte,
la puerta abierta.
Cada mañana
Yad Va Shem—
Museo del Holocausto.*

*El mismo rumor
las mismas voces
las mismas notas
la misma melodía
la marcha
arde, el pueblo en llamas.
La melodía dirige mi carro*

*me atrae como el imán
a un cable de acero,
a una cadena en la roldana
a Yad Va Shem.*

*La Llama Eterna
en la Tienda del Recuerdo
velas,
Recinto de los Nombres.
Fotos, imágenes,
ojos, dientes de oro arrancados, cabello,
las cámaras de gas, los hornos,
los crematorios,
y los judíos en uniforme rayado
empujando cadáveres.*

*Mujeres tratando,
desnudas, al borde de la fosa,
de cubrirse las vergüenzas.
Faltan sólo el olor, el humo
y las melodías.*

*Qué significa el ruido,
la cadencia de los pasos
¡“Links”, “izquierda, izquier”!
El látigo, el disparo,
“El trabajo libera”
dice el letrado
sobre el portón.
Alrededor muros, perros
y alambre de púas.
Hay también nombres y números.
He aquí una mano, manos.
Y en este desfile
¿quién viene, va,
de adónde, hacia qué?*

✓ Yo toqué allá,
fui seleccionado para
formar parte de la orquesta
que acompañaba cada día
con música a los arriados
hacia la cámara de gas,
hacia el umbral de la nada
al lugar del cual
ya no se sale, no hay regreso,
sólo se saca cadáveres
a los crematorios.

Ya no es menester correr,
no hay a quién temer,
pero aquella música, todavía
en mi cabeza, cada día.
Así estoy llegando
aquí, hoy, ayer, mañana,
frente a la imagen de los músicos,
la orquesta acompañando
a la fila de los que marchan
por el Valle de la Matanza.

Oh sí, ya soy abuelo
mis cabellos blancos,
quedó de mí muy poco,
pero mis rasgos todavía
se parecen, hoy
a los del violinista, yo,
ahí, en la foto de Auschwitz.

A pesar de ello, sucede
que un visitante a Yad Va Shem
me mira,
se fija en el muro,
y se asombra

*como al ver una aparición
del otro mundo—
que para él, es el mundo
del más allá;
y para mí, es el mundo
que ya pasó.*

*Llegaré acá
cada mañana, cada día
con aquella melodía en la cabeza
a las imágenes de los muros
y al olor que sólo yo puedo sentir.*

*Aquí pertenezco,
no soy “una estatua viviente”
sino vivo.
De este monumento
formo parte.
Es Yad —mano, señal
Va Shem— y nombre
y cuerpo
míos.*

Jacques-Yaacov Strwnsa sobrelleva hoy sus 74 años de vida, ha vuelto a su profesión de ingeniero y es inventor de un sistema de alumbrado ciudadano, aplicado en varios conglomerados urbanos y sobre las murallas de Jerusalén. El que vivió sumido en las tinieblas de Auschwitz, el aún dolorido por el fuego que estampó en su brazo el número infamante —121097— de identificación como prisionero, ha dado a sus hermanos de fe posibilidades de luz en las rutas de la patria recuperada.

Como un salto a un pasado más remoto, desde el “Memorial del Holocausto”, bajamos a la Iglesia de

la Natividad, en Belén. Visitamos el lugar donde nació Jesús, con verdadera unción. Reparamos en sus por menores agrestes intentando retroceder imaginativamente los dos mil años corridos desde aquel hecho básico que la Cristiandad venera y que cambió la historia del mundo.

Desde Belén avistamos el Seminario Ecuménico, el Camino de los Patriarcas, la tumba de Raquel y la Iglesia de Santa Catalina. La mañana del primer itinerario cerró con la ascensión al "Bosque de la Paz", donde cada uno de los asistentes a este "Seminario Móvil" plantó un árbol recordatorio. En nombre del grupo y como Presidente de Academia, me fue requerido el pronunciar palabras alusivas al acto que cumplíamos, e improvisé estos conceptos:

"Frente a las fronteras de guerra hasta ahora vistas y desde lo alto de esta colina que al propio tiempo nos permite abarcar la visión conjunta de maravillas antiguas y modernas de Jerusalén, no puedo menos que expresar cómo, con la escasa distancia de minutos, hemos presenciado horrores de injustas muertes en la última guerra mundial, los orígenes de la Cristiandad, el ayer y el hoy. Con todo ello en nuestras retinas y corazones, al plantar estos retoños no podemos menos que sentir que acabamos de llevar a cabo un acto de fe en la vida y en la necesidad de paz y democracia entre los hombres. Este verde vital que Israel ha sabido hacer crecer en las arideces del desierto y de la piedra es testimonio de esperanza y de futuro, realidad ante la cual cada uno de nosotros nos sentimos partícipes en este sencillo acto de plantar un árbol entre guijarros y areniscas, que el cuidado del hombre israelí hará crecer y florecer. Gracias por esta fe en la vida, de que se nos permite participar fraternalmente".

Tras el almuerzo con escritores de Jerusalén en el "Museo Tijó", recorrimos por la tarde la Ciudad Antigua. Desfilaron ante nuestra vista y suscitaron emociones recónditas: el Monte de los Olivos, el Huerto de Getsemaní, la Vía Dolorosa, el Gólgota, el Santo Sepulcro. También, con otras vibraciones, el llamado Muro Occidental, la cúpula dorada de la Mezquita de Asch. Y las pétreas construcciones actuales de la Universidad y el Parlamento.

Ese filme multidimensional de un Israel pasado, presente y futuro que íbamos viendo, oyendo, palpando y gustando continuó en proyección la tarde siguiente, pues en la mañana del miércoles 22 de julio cumplimos dos visitas de particular interés. La primera a la Universidad Hebrea de Jerusalén, en el Monte Scopus. La segunda a la *Kneset*, Parlamento de Israel.

Tras recorrer, interna y externamente, la Universidad, admirar su pétreo estructura, belleza arquitectónica y pulcritud física sin *graffiti* ni inscripciones proselitistas; tras remansar la gira en la ascética sinagoga, pasar luego a la Biblioteca y pedir a la computadora de la Biblioteca mención de nuestros libros allí registrados, participamos de una reunión del Claustro de Profesores del Departamento de Hispanoamérica, donde, personalmente, experimenté el halago del reencontro alborozado con varios exdiscípulos, ahora docentes de dicho Departamento. Este episodio se repitió varias veces con diferentes exalumnos durante las jornadas del "Encuentro". Y un gratisimo sentimiento se suscitó en mi ánimo ante el crecido número de exalumnos universitarios que fui reencontrando a lo largo de ellas, no sólo en las universidades, sino en cada uno de los lugares e instituciones visitados. Con el agregado de que a la mayoría de los reconocidos —docentes, funcionarios, auxiliares técnicos y científicos— los vi ocu-

pando ~~expectables~~ cátedras, cargos de responsabilidad o posiciones directivas en el Estado.

No menos impresionante resultó el paso por la *Kneset* (Parlamento de Israel). El moderno edificio que ocupa, el imponente *hall* con murales y decoraciones de Chagall reclaman, aunque sucinta, su mención. Los trabajos de Chagall que ocupan tres de los muros recuerdan, sucesivamente, la redención del pueblo de Israel, su vínculo con Dios y el ansia de retorno a Sión. Los adornos y columnas, con mármoles que conservan restos fósiles; los tapices, también de Chagall, con el sueño de Isaías, el Éxodo y el sentido del Libro de los Libros: todo se corresponde con la monumentalidad del entorno. Los mosaicos, también diseñados por Chagall, con temas del amor; las taraceas recordatorias de etapas históricas, de la diáspora a la redención, aparecen elaboradas con piedrecillas de colores extraídas de canteras locales y aplicaciones de vidrios de Murano.

Por la condición de “visitantes distinguidos” que generosamente nos fue asignada, asistimos a una sesión del Parlamento y el Presidente de la Comisión de Educación, miembro del Parlamento —señor Najman Raz—, nos concedió una prolongada entrevista, durante la cual nos interiorizó sobre detalles de la organización y marcha de la educación y cultura en Israel.

Tras el almuerzo ofrecido por el señor Shmuel Hadas, Consejero del Ministro de Relaciones Exteriores, a cargo de las Relaciones Culturales y Científicas, por la tarde del miércoles 22 nos trasladamos al “Museo Israel” y nos detuvimos especialmente en el “Recinto del Libro”. Creo conveniente intercalar aquí algunas consideraciones sobre este “Recinto” y sobre la función cumplida en la historia israelí por los textos sagrados y por el idioma hebreo, adoptado como lengua nacional

y adaptado sin alteraciones a los usos de la vida moderna sin menguar sus antecedentes religiosos.

En primer lugar, debe recordarse que en la tradición hebrea los Libros Sagrados, cuando el uso y el tiempo los deterioran, no se destruyen. Se guardan en lugares secretos para preservarlos de tratamientos hostiles o sacrílegos. De ahí lo incurable del agravio inferido a los judíos por aquellos atacantes —como los seguidores de Hitler— que violaron lugares secretos de las distintas sinagogas y mancillaron y destruyeron por el fuego esos textos.

En cuanto preocupados por cuestiones lingüísticas, sabemos en qué medida para cualquier pueblo, su lengua básica es código de identidad y de comunicación; deriva en elemento de coherencia social y de política, en instrumento de comercio y, también, de poder y dominio; es vehículo de continuidad de tradiciones y valores ancestrales. Sabemos el papel cumplido por el latín en la imposición de la *pax romana* y en el crecimiento, afirmación y unidad del Imperio. Y cómo las distorsiones de la lengua imperial contribuyeron al desmembramiento de su hegemonía. Sabemos de análogas alternativas corridas por la lengua francesa en tiempos modernos, por el predominio del inglés en lo contemporáneo y por el despegue del español como vínculo comunicativo en encuentros internacionales.

Estas digresiones vienen al caso para asociar semejanzas y diferencias con lo ocurrido idiomáticamente con el hebreo y el moderno Estado de Israel. El "milagro" israelí —identidad, unidad de dirección y propósitos, miras comunes puestas en el progreso y en el futuro— tiene que ver con el reestablecimiento del hebreo como lengua nacional. No obstante, tanto como la unidad lingüística

actual ha contribuido en el moderno Israel al mentado "milagro", no ha de olvidarse el hecho de que, en lo religioso y en todas las diásporas, el hebreo conservó el carácter de nexo, de elemento mantenedor de un espíritu, de una tradición, de una religión y su culto, aun en casos en que otras lenguas y dialectos reclamaran a algunos núcleos dispersos para lo cotidiano.

No hay que olvidar tampoco —según antes quedó dicho— que la religión prohíbe al judío destruir los libros sagrados, aun los más deteriorados. De ahí el significado trascendente de los llamados "Rollo del Mar Muerto", hallados en ese lugar en cuevas ancestrales, entre huesos de muertos por los romanos. Esos "Rollo" dan cuenta de la vida religiosa y jurídica de aquel momento: contratos de matrimonio, venta de tierras, reclamos de elementos celebratorios para la fiesta de las cosechas, historias sentimentales, etcétera.

Con todo, es del caso apuntar un detalle marginal observado. Hay quienes instalados en Israel desde otros países, por lo general, se han desentendido de la lengua natal que antes les fue familiar. Por el contrario, hay quienes sienten la nostalgia de su lengua natal y temen perderla, éstos son, en buen número, los intelectuales argentinos. Hay varias publicaciones en las que se advierte el sabor idiomático del español rioplatense. Hay "Asociaciones de Escritores" y revistas literarias —como la llamada *Alef*— que plantean la cuestión del escritor inmigrante. Por ejemplo, en el N° 4 de *Alef* (otoño de 1985), el escritor Samuel Pecar efectúa dramático planteo de la cuestión del hebreo, en el ensayo "El derecho a expresarse como un hombre maduro" y confiesa: "No estoy arraigado al idioma de este pueblo, pero estoy arraigado al pueblo que habla este idioma... Me considero un escritor israelí... El que les habla, un escritor en castellano, cree profundamente en su oficio. No puede

prescindir de él sin violarse a sí mismo". Se ha dicho que el que escribe en un idioma y escucha otro, le falta el aliento de la frase sabrosa, palpitante de la calle, del café, del mercado. Y en los Nros. 5/6 de la misma revista (verano de 1986) dedicado a Borges, otro argentino Luca Ofer, retoma la cuestión en el artículo: "Escribir en castellano en Israel ¿aporte o desarraigo?", donde extiende el problema a otros inmigrantes rioplatenses como Gabriel Lerner, Fabiana L. Heilfetz, José Luis Najenson, Arnoldo Kiersenbaum, Víctor Isidoro Pomerans y Carla Isaak. Todo lo cual retrotrajo a mi memoria el recuerdo de otro "encuentro" llevado a cabo en agosto de 1986 en el Centro Cultural San Martín de Buenos Aires sobre el tema: "Pluralidad e identidad judía: en torno a lo judío en la literatura argentina", en el cual el escritor Santiago Kovadloff cerró su exposición con estos conceptos que cito para que se comprenda cómo este problema de la nostalgia idiomática de los argentinos residentes en Israel, los actualizó: "La literatura escrita en idioma español por judíos argentinos contribuye tanto a perfilar la especificidad de ese uso argentino de la lengua castellana, como a infundir a la perpetua reivindicación de los valores universales el acento de una tradición que es propio de los judíos. No escribimos, necesariamente, como judíos; somos, en cambio, siempre, judíos que escribimos".

Hasta aquí el paréntesis. Retomando las referencias al "Recinto del Libro" diré que en el espacio central del mismo se conservan y se mantienen, en desplegado permanente para observación, los "Rollos del Mar Muerto". Las estructuras para exhibirlos y protegerlos en caso de ataque bélico son de interesante factura. Como se diera la feliz coincidencia de que nuestro guía, señor Arat, excombatiente y teniente coronel retirado, participó en

el diseño y construcción de los mecanismos centrales de protección de la pieza clave del "Recinto", tuvimos sobre el particular claras y precisas informaciones sobre su complejo e ingenioso funcionamiento.

Importa señalar que en la concepción arquitectónica del "Recinto" y en sus detalles, los elementos simbólicos y religiosos aparecen vitales. Comienzan con los efectos de bóvedas blancas y muros negros y se eslabonan en la distribución de las literaturas de "Hijos de Luz" e "Hijos de Sombra", en la mayor fidelidad con las Escrituras.

El jueves 23 dejamos Jerusalén rumbo a Rejovot y Tel-Aviv. En Rejovot renovó los motivos de nuestra admiración el Instituto Científico Weizman. Nos recibió el Director de Relaciones Públicas del mismo, el argentino David Mushin quien, con la proyección de un bien montado audiovisual de 30 minutos de duración, previo a la recorrida por las diversas instalaciones, brindó idea general de las actividades que en ellas se desarrollan. No se trata de una universidad, sino de un centro interdisciplinario. Está organizado sobre el principio de que "la ciencia, actividad humana la más universal, no puede trabajar aislada". Opera con un presupuesto calculado en alrededor de 60 millones de dólares anuales. Goza de plena autonomía y mantiene contactos con comités afines de todo el mundo. El gobierno no interviene en su funcionamiento y sus programas son independientes. Sus miembros piensan que las miras deben ser el futuro, pero saben "entrar al futuro mirando atrás". Corroborando estos criterios, en el momento de nuestra llegada, concluían las deliberaciones de una reunión "sobre el envejecimiento y educación para envejecer". En Israel, en todos los órdenes y niveles, la educación es primordial. De ahí que uno de los principios del Instituto señale que "sin educar, sin promover la investigación y la ciencia, no hay futuro".

Toda suerte de experimentos e investigaciones se llevan a cabo en el Instituto Weizman. Pero, entre otros, se destacan los trabajos en Genética, cuyos felices resultados se advierten en la adaptación de especies botánicas que producirán dos y más cosechas al año; en los estudios sobre cáncer y S.I.D.A., que merecen especial concentración por parte de los científicos; las investigaciones sobre energía solar y fertilización, cuyos resultados están transformando a Israel.

La estadía en el Instituto Científico concluyó con la visita a la Torre Solar, donde se centran estudios sobre transformación de las radiaciones solares en todo tipo de energía. Construcción de 64 mts. de altura, la rodean un sinnúmero de espejos colectores que, por computación, son orientados, dirigidos y controlados.

Del Instituto Científico Weizman pasamos a conocer la "Central del Movimiento Obrero de Israel" (*Histadrut*). Nos recibió y atendió el Director General de la División Ibérica Internacional de la *Histadrut*, profesor Asher Wolkowicz, rosarino, graduado en Historia en la Universidad del Litoral. También en este lugar un bien compaginado audiovisual en pocos momentos nos interiorizó de la organización de la Central Obrera y de los modos cómo en ella, lo mismo que en el Instituto Científico, "educar e informar son las bases sobre las cuales se cimienta el conocimiento de los derechos y obligaciones laborales y su defensa".

La Central Obrera es agrupación social, apoya la familia. Tiene menos carácter reivindicatorio que cooperativo y constructivo. En ella se constituyen fondos de huelga, pero los paros obreros requieren aprobación de la *Histadrut*, que se considera responsable en la marcha de la economía general del país, al que entiende como una democracia industrial. Sostiene, asimismo, un colegio obrero donde funcionan, aparte de seminarios de

educación sobre legislación del trabajo, los tres ciclos escolares habituales. En el momento de nuestra visita, obreros becarios latinoamericanos estaban alojados y estudiaban en la sede central.

En la misma Central, en un amplio comedor colectivo de amplias mesas compartidas, se nos invitó a un reparador almuerzo en el que abundantes legumbres, verduras y variedad de frutas de Israel fueron deleite y obligado comentario de los huéspedes. En otro aspecto, no fue poca la sorpresa del grupo visitante al enterarse de que la *Histadrut* también funciona como empresaria y administra las cooperativas de las empresas de transporte público, que mueven 1.500 autobuses.

Por la tarde seguimos viaje a Tel-Aviv para visitar el "Museo de las diásporas" (*Beit Hatfutzot*), donde se reúnen en infinitas maquetas y admirables escenografías la historia de todas las experiencias de los judíos por el mundo, fuera de Israel y antes de la constitución del Estado. Nos dio la bienvenida el director del Museo, también exalumno de Buenos Aires.

Tras la visita, el consenso unánime de los visitantes se tradujo en elogios hacia este ejemplo de moderna museología, capaz de albergar todas las presencias y avatares de la cultura judía a lo largo de 3.000 años de historia.

La tarde de Tel-Aviv concluyó con una tertulia literaria con escritores locales en la "Casa del Escritor". Se habló con ellos en términos de aproximación, posibilidades de intercambio de traducciones recíprocas y mutuo conocimiento.

Tras la tertulia, un paseo por Tel-Aviv nos reveló una ciudad moderna y pujante. He de dar cuenta de un episodio interesante en cuanto concierne al Presidente de la Academia Argentina de Letras. Al instalarnos en

el Hotel "Tal" de dicha ciudad para pernoctar, encontré en la habitación que tenía reservada un grato recuerdo del Ministro Plenipotenciario de Argentina en Israel, el escritor Abel Posse, quien había sabido de mi paso por el lugar. Y se dio con este episodio una feliz coincidencia, pues al comentar a los colegas durante la cena el recuerdo y atención de nuestro Ministro Plenipotenciario argentino, un periodista israelí que nos acompañaba informó a los comensales: "Hace una hora llegó a mi agencia un cable en el cual se informa que al señor Abel Posse se le acaba de otorgar, en Venezuela, el Premio 'Rómulo Gallegos'".

En la mañana del viernes 24 nos encaminamos hacia Haifa. Nos recibió el señor Arie Gur-El, alcalde de la ciudad, quien nos entregó sendas insignias de "visitantes distinguidos" y nos invitó a recorrer la ciudad. Previo a ello, mientras aplacábamos la sed y el calor con deliciosa colación de frutas, se hizo presente el escritor Alex B. Iehoshúa, novelista de éxito, ideólogo agresivo, ingenioso dialéctico y contrario al *establishment* quien, en hebreo que vertían los intérpretes, disertó sobre la identidad judía, compaginando un discurso que —sin entender el idioma y antes de oír la traducción— adivinábamos era de disenso y cuestionador de filosofías predominantes sobre el tema de la identidad judía. En algún modo su intervención, en la antesala del Alcalde, fue muestra de la libertad de expresión y de pensamiento que fundan la democracia en el Estado de Israel.

Tras un almuerzo árabe, en un lugar típico, por la tarde viajamos a Nazaret. Visitamos la Basílica de la Anunciación levantada en el lugar donde a María le fue anticipada la inmaculada concepción. Hay muchos recuerdos y testimonios relacionados con la Sagrada Familia. Y en dicho templo, entre tantos murales donados por diversos países para recordar los modos de venera-

ción a María, uno —realmente hermoso— de Raúl Soldi, dice de la presencia argentina en el culto mariano.

La etapa concluyó en Tiberíades, ciudad junto al lago Kinneret, antes conocido como Mar de Galilea, donde Jesús multiplicó peces y panes. Dentro de los asombros vividos en este “Seminario Móvil”, en todo sentido inolvidable, dentro de la sobriedad general que caracterizó sus alternativas, la estadía de una tarde y una noche en Tiberíades nos puso frente a una nota aparentemente frívola, cuya mención no quisiera omitir.

El programa que cumplíamos incluía nuestro alojamiento en el “Club Hotel” de Tiberíades, lujoso establecimiento construido escalonadamente junto al lago, en la falda de una colina, en el que cada invitado del Instituto Central de Relaciones Culturales fue alojado en un suntuoso apartamento, con propia terraza frente al lago. Con el primer claror del día, ver la salida del rojo sol, seguir su ascenso y reflejo sobre las aguas fue un espectáculo inolvidable. Pero lo que nos esperaba muy de mañana, al bajar a desayunar, para luego seguir nuestro itinerario, tampoco puede dejar de ser consignoado. Una inmensa mesa central con 64 fuentes que contenían infinita variedad de peces del Lago con todo tipo de aderezos, frutas de todas clases, variados alimentos lácteos, nos transformó en niños ávidos que no se cansaban de probar cada una de las exquisiteces puestas a nuestra disposición. Este espectáculo se constituyó en predominante tema de conversación durante el resto del viaje.

El sábado 25, de mañana, recorrimos los Lugares Santos a orillas del Lago: Tabja, lugar donde Jesús dio de comer a una multitud, hecho conmemorado por la Iglesia de la Multiplicación; Cafarnaum, centro del ministerio de Jesús en Galilea, donde se señala el lugar de la

casa de Pedro; el Monte de las Bienaventuranzas y del Sermón de la Montaña.

Acto seguido nos predispusimos a viajar hacia la llamada Buena Cerca (*Good Fence*), lugar fronterizo que permite vigilado acceso a puestos militares. Mientras estuvimos en cercanías de las fronteras con Jordania y observábamos las instalaciones, oímos disparos de prevención. Dos centinelas de guardia en una garita, al escucharnos hablar español, se identificaron como argentinos y entablaron conversación, inquiriéndonos detalles sobre Buenos Aires. Salimos luego hacia la meseta de Golan, divisamos la frontera libanesa, el Comando de las Naciones Unidas. Recorrimos el valle del Jordán, para hacer una visita y almorzar en el *kibbutz* "Ein Guev" en compañía del escritor Muky Tzur, miembro de dicha comunidad. El plato básico de la comida en el restaurante que regenteaba la gente del *kibbutz*, masivamente concurrido por turistas, era el llamado "pescado de Pedro". Ya de regreso, por la vía del valle del Jordán, entramos en las aguas en *Iardenit*, lugar de Bautismo cristiano en un remanso del río. Tras duro trajinar, con temperaturas elevadísimas y sol abrasador, por zonas desérticas sólo recorridas por beduinos y nómades, entrevimos el oasis de Jericó, la ciudad bíblica, desde la cual luego de breve estancia reparadora, reemprendimos el retorno a Jerusalén y al albergue de "Mishkenot Shaananim", donde hallaríamos buena cena y reparador descanso.

En la citada "Casa de huéspedes", el domingo 26 de julio, por la mañana, se llevó a cabo una intensa jornada de estudio. Varios oradores, entre ellos el Dr. Netanel Lorch y los señores Israel Eldar, Zvi Iaron y Natán Lerner (argentino) expusieron problemas sociopolíticos, filosóficos y culturales relativos a Israel. Por la tarde, previo almuerzo compartido con la Directora General Adjunta del Ministerio de Relaciones Exteriores,

señorita Colette Avital, asistimos a la audiencia concedida por el Primer Ministro Shimón Peres. En un aparte de la conversación, el gobernante tuvo la personal deferencia de darme el anticipo de una posible próxima visita del Presidente argentino, Raúl Alfonsín, al Estado de Israel. Asimismo, me fue conferido el honor de agradecer al Primer Ministro, en nombre de los huéspedes, la gentileza de la atención prestada. En la ocasión, improvisé estos conceptos: "Señor Primer Ministro Alterno y Ministro de Relaciones Exteriores: Esta visita a Israel nos ha resultado de múltiple interés y sumo provecho. Estamos aquí atendiendo invitaciones individuales en cuanto escritores de Latinoamérica y España, en cuanto representantes de entidades culturales de nuestros países. Como intelectuales con afinidades de origen y lengua, la invitación israelí, lo que nos fue dado compartir y los descubrimientos comunes operaron el hechizo de aglutinar las individualidades transformándonos en un conjunto homogéneo de participantes de la unidad cultural de Latinoamérica, que, al observar de cerca al Israel actual, coinciden también en un sentimiento de admiración por los esfuerzos cumplidos y logros alcanzados. Israel ha desplegado ante nosotros su pasado, presente y futuro sin ocultamientos. Nos ha permitido visitar instituciones y centros de estudio. Ha promovido nuestro contacto con personalidades, el encuentro con los colegas de la pluma. Hemos asistido a un diálogo sobre el pueblo judío; hemos oído voces acordes y disensos. De todo ello sacamos en consecuencia que el país que nos ha acogido posee dinámico impulso progresista y miras clavadas en el futuro.

Señor Primer Ministro Alterno: agradecemos la deferencia que funcionarios y autoridades han tenido para con nosotros y he de repetir que, al partir, llevaremos en nuestros espíritus y en nuestras retinas la imagen del verde que metafóricamente hemos asociado con Israel

y con su realidad: frontera verde, como signo de fertilidad, producto de ciencias aplicadas. Verde como código de esperanza y señal de vida surgida de la tierra. Verde como símbolo de futuro promisorio y optimista. ¡Muchas gracias, en nombre de todos!

A la audiencia en el despacho del señor Shimón Peres siguió una sesión pública en la Academia Nacional de Ciencias de Israel. Una sala colmada recibió cálidamente a los visitantes. Cada uno de ellos expuso acerca de sus obras ante un auditorio familiarizado con el español. La velada literaria se prolongó por casi tres horas en un clima de simpatía intelectual.

El lunes 27 de julio por la mañana el grupo se encaminó hacia el sudoeste del país para conocer las vecindades del Mar Muerto y visitar las alturas de Mazada, lugar histórico, último bastión de la resistencia judía frente a las legiones de Roma. La visita a Mazada, con calor y sol intensos, requirió prudencia en movimientos y exposiciones solares sin debida protección. Equivalentes precauciones suscitó el advertir la proximidad de los confines del país y el reconocer panoramas étnicos diferentes y variadas geografías. A lo largo de la carretera paralela a la frontera con Jordania, entre montañas, arena y desierto calcinante, se mueven árabes nómades, con sus tenderetes precarios, vestimentas tales como elemental protección para soles y vientos, mientras fantasmalmente trasladan las majadas con las que recorren las soledades.

Entre Mazada y Jerusalén, en medio de arena y piedra, emerge el milagro de dos *kibbutzim* de llamativa fertilidad y riqueza de producción agrícola y frutal. Tan llamativa como el hecho de que, al recorrer las cercanías del Mar Muerto, el visitante se entere de que sus aguas reciben tratamiento de potabilización y de que un moderno sistema de explotación industrial extraiga de ellas

minerales como potasio, bromo, sodio y otros que, transformados en demandados productos de exportación, vitalizan las finanzas de Israel.

Las jornadas vividas en Israel con tanta intensidad como disponibilidad de información concluyeron el martes 28 de julio. Entrevistas periodísticas, radiofónicas y televisivas precedieron al almuerzo de despedida en "Mishkenot Shaananim". Oficial y particularmente expresamos a nuestros anfitriones la gratitud por las atenciones, trato y facilidades que nos habían prodigado.

A media tarde, abandonamos la residencia rumbo al Aeropuerto "Ben Gurión" de Tel-Aviv, desde el cual volamos, otra vez rumbo Roma, de retorno al hogar.

Ha transcurrido algún tiempo desde los días en que me tocó vivir las experiencias que comunico al cuerpo académico. Tan penetrantes e indelebles han sido las impresiones acumuladas por la visita a Tierra Santa que sobreviven intactos asombros y reaflorescentes emociones. Me sigue refrescando espiritualmente el baño cultural que, desde Jerusalén, desplegaron ante mi vista milenarias y concurrentes civilizaciones.

Sedimentos de arqueología e historia, vivencias multiseculares; piedras y arenas sobre cuyas arideces el hombre fundó sueños e ilusiones, conversó con Dios, honró a sus difuntos, encaminó su descendencia. Símbolos de eternidad. Monumentos y documentos cuyos ancestros testimonian continuidad de presencia humana y acercan orígenes casi míticos. Junto con ellos, signos recientes que proyectan para lo actual otras formas de trascendencia plasmadas por sufridos moradores de un suelo inhóspito y conflictuado. Dos horizontes superpuestos, dos visiones integradas, dos universos correlativos. Sobre Jerusalén, los signos condensados: ciudad antigua, ciu-

dad nueva, la síntesis que se ofrece como un vergel. Se la puede visitar con ánimo turístico pero, inevitablemente, el visitante la abandona impregnado de tradición y de las emociones genuinas que siempre despierta un regreso a las fuentes.

Señores Académicos: la presente es la apretada síntesis de las actividades cumplidas durante mi reciente visita a Israel, como personal invitado del Instituto de Relaciones Culturales Israel-Iberoamérica-España-Portugal. Visita para la cual fui autorizado por el Cuerpo y se me concedió licencia en el desempeño de las funciones presidenciales. La invitación señalaba la intervención en el "Segundo Encuentro en Israel de Escritores de América Latina y España" y, de hecho, durante el desarrollo del mismo participé de tareas de orden individual en mi carácter de escritor, interviniendo en debates, intercambio de obras y cuestiones técnicas del "oficio"; y en actuaciones derivadas del "Seminario Móvil". En éstas, de acuerdo con las atribuciones que me fueron otorgadas al partir, actué en representación de nuestra Academia y así quedó consignado en cada caso.

Ahora, al rendir cuentas y someter a consideración del cuerpo lo actuado, debo agregar que nuestra Academia y su representante tuvieron permanente reconocimiento y la consideración debida.

Finalmente, algo que deseo quede como motivo de reflexión. Por lo visto y oído, creo que Israel es un país atípico. Como alguien dijo: "El más antiguo y el más nuevo del mundo". Entre los varios millones de habitantes provenientes de todas partes, viven en él cerca de 50.000 argentinos, todos de alto nivel intelectual. Muchos no olvidan su país de origen y les duele perder las inflexiones rioplatenses de su español. Como Estado, Israel aún no tiene medio siglo, como centro cultural tiene la antigüedad de nuestra civilización. Pero es ejemplo de

lo que pæde el tesón y el esfuerzo del hombre cuando lo anima un ideal.

La Academia Argentina de Letras debería incorporar a su Biblioteca obras y materiales impresos en español de origen israelí y de autores argentinos que escriben en aquel medio, en el que el hombre aprendió a vencer y a superar a la naturaleza. Y debería, asimismo, enviar a las secciones españolas de las tres principales universidades el *Boletín* académico y los *Acuerdos sobre el idioma*.

RAÚL H. CASTAGNINO

RICARDO PALMA, POETA *

Ocupo esta ilustre tribuna en representación de la Academia Argentina de Letras como un acto de adhesión a los festejos del centenario de la Academia Peruana de la Lengua.

Quiero —ante todo— hacerles saber que me unen a la República del Perú fuertes lazos de gratitud y de cariño, pues en el siglo pasado mi abuelo, don Federico Calvetti, vivió en este país varios años de exilio político.

El hecho de que me encuentre aquí en este momento, me lleva a pensar que, tal vez, la obediencia a profundos instintos de la continuidad de un destino me ha traído a esta hermosa Patria.

Todos los países de la América Hispana viven actualmente situaciones críticas. Formulo mis votos más sinceros y fervientes para que puedan vencer estas dificultades circunstanciales y alcanzar el destino de grandeza que merecen y, sin apartarse nunca más de la democracia institucional, sus respectivos pueblos puedan vivir con paz, justicia y libertad.

* Ponencia leída en el encuentro sobre "Lenguaje y Comunicación Social en Hispanoamérica", realizado en Lima, Perú, en el mes de octubre de 1987.

Mi relación con Ricardo Palma viene de muy lejos. Cuando era niño, en aquella época en que la mente “es arcilla para recibir y mármol para retener”, según las expresivas palabras de Alexander Pope, todas las noches nos leían —hasta que nos hundíamos en los mares del sueño— cuentos, leyendas, consejas, y si nos portábamos muy bien, “sucedidos”. Llevo desde aquellos años, como una joya, en mi memoria, “El alacrán de Fray Gómez” que nos impresionó hondamente.

Soy, pues, desde aquel lejano entonces, fervoroso admirador de la obra del gran tradicionista. Pasado el tiempo, por razones profesionales, me acerqué más a la persona de Ricardo Palma. Supe así que nació un 7 de febrero, como mi hijo, y murió un día como hoy, 6 de octubre, como mi padre. Y que, como mi padre, fue diputado y senador de la Nación.

Sé que estas coincidencias tienen importancia sólo para mí. Lo cierto es que, como me acercaron más a Palma, me es grato recordarlas.

No puede enorgullecerse mi país —ni ningún otro de la América hispana— de contar con un tradicionista de la jerarquía de Ricardo Palma.

Hemos tenido en la Argentina buenos cronistas, buenos evocadores, buenos memorialistas. Pastor Servando Obligado, por ejemplo, que escribió las *Tradiciones de Buenos Aires*, publicadas en 1888, en cuatro gruesos tomos, el último de los cuales fue prologado por Ricardo Palma.

También cultivaron el género Manuel Bilbao, Alberto del Solar, Bernardo Frías, Mario López Osonio, Martiniano Leguizamón, José Antonio Wilde, Sebastián Calzadilla y otros.

Pero basta detenerse un momento en la consideración de algún título, para adivinar la índole del libro. Verbigracia: *Las beldades de mi tiempo* del nombrado Sebas-

tián Calzedilla, título que refleja o informa sobre su contenido con transparente claridad.

He hecho esta mínima enumeración para traerles una prueba de la trascendencia que tuvo en mi argentino país, la obra de vuestro tradicionista, ya que todos los nombrados fueron, en mayor o menor grado, sus discípulos, sus seguidores.

Y ya que hablamos de títulos, permítaseme decir que el título de esta conferencia, de esta conversación que mantengo con ustedes: “Ricardo Palma, poeta”, puede inducir en error a quien lo lee.

No es mi propósito —no puede serlo—, hacer aquí, en Lima, un estudio crítico-literario de la poesía de Palma. Es otra mi intención.

Todos sabemos que el gran tradicionista tenía en poco a sus versos. Los llamaba con ostensible indiferencia: “renglones rimados” y aseveraba, además, con seguridad solar: “mi nombre es hijo de mi prosa”.

Mis palabras tienen, a partir de este instante, el propósito de justificar el título de esta conferencia y, si me es posible, precisar su significado. Para ello voy a esbozar, modestamente, una “Teoría de Palma”.

Quiero imaginarme a ese hombre, evocarlo en sus intensidades más hondas y definidas, a ver si lo alcanzo, así:

Niño travieso, vivaracho, que crece al lado de la famosa tía Catuca.

Jovencito lector de Hugo, Byron, Heine, Espronceda, Zorrilla.

Periodista a los 18 años. Luego, autor teatral abominable (el adjetivo pertenece a Palma).

Oficial de Marina, conspirador, crítico, polemista, versificador, cónsul, viajero, político, parlamentario, filólogo

(a medias, dijo él), creador fundador de la *Academia Peruana de la Lengua* y altamente admirable tradicionista.

Tan singular, propio y distinto es el género literario creado por Palma —género de grande originalidad, lo llamó Pedro Henríquez Ureña— que fue necesario crear una palabra, adecuar una palabra que lo definiera cabalmente, por eso no es un tradicionalista sino un tradicionista.

¿Por qué tradicionista y no tradicionalista? Vamos a conversarlo pausadamente.

“La tradición puede ser heredada” afirma T. S. Eliot, en su famoso ensayo “La tradición y el talento individual”. Quien quiera poseerla —agrega— tendrá que realizar un gran esfuerzo para lograrlo. Cuando las formas que se heredan son utilizadas sin que las modifiquen las nuevas percepciones, pierden la agudeza y el vigor que tuvieron originariamente. Se convierten, entonces, en nuevos “clichés”, vale decir, en una nueva conformidad a las normas convencionales. Este es el filón —si puede decirse así—, éste es el campo del tradicionalista.

Pero ocurre que si ese autor es un escritor de raza, si es un poeta, sabe y distingue lo que del pasado es pasado y sabe también de su presencia.

Cuando leía la forma en que se refirió siempre Palma a sus *Tradiciones* no podía dejar de afirmarme en mi teoría o en mi convicción de que Palma fue un gran poeta y cabe esta afirmación: aun no teniendo en cuenta sus versos.

Él mismo lo reconoce. En una carta a su discípula Clorinda Matto de Turner —autora de las *Tradiciones del Cuzco*, le dice: “El tradicionista tiene que ser soñador y poeta”.

En otra ocasión manifiesta: “Las tradiciones *escritas* —hago hincapié en esta palabra— las tradiciones *escri-*

tas, deben tener algo y *aun algos*, de mentira, y tal cual dosis de verdad por infinitesimal u homeopática que ella sea”.

Con estas palabras confiesa que en sus creaciones pone verdad, es cierto, pero además, pone imaginación, invención. Y el resultado, para el lector es real en su totalidad.

Y tiene razón. Palma es un poeta, un artista y como tal, sabe que todo lo que siente es real, que todo lo que imagina es real y que todo lo que sueña es real.

El gran poeta portugués a quien todos ustedes conocen: Fernando Pessoa, también lo descubrió, también lo supo y lo expresó así: “Toda la literatura consiste en un esfuerzo por tornar real a la vida. Como todos saben, la vida es absolutamente irreal en su realidad directa. Los campos, las ciudades, las ideas, son absolutamente ficticias, hijas de nuestra compleja sensación de nosotros mismos. Todas las impresiones son intransmisibles, salvo si las convertimos en literarias. Los niños son muy literarios porque dicen cómo sienten y no cómo debe sentir quien siente según otra persona”. Hasta aquí Pessoa. Yo agrego: Las cosas nunca son las mismas. Cada espectador las ve según su propia óptica, ve las cosas de una manera diferente, las ve de un modo distinto, insisto.

Me acuerdo de Shakespeare. En el *Rey Lear* —acto V, escena III— Lear le dice a Cordelia: “. . . y tomaremos sobre nosotros el misterio de las cosas, como si fuésemos espías de los dioses”: sólo Dios puede ver las cosas como son.

Se habla ahora de la cambiante naturaleza del lenguaje. Pero la vida también es cambiante. La aprehensión de la realidad, de la vida, es un acto unívoco, personal y cada escritor vence la naturaleza cambiante del lenguaje, en la medida en que posee un estilo, esto le da la posibilidad de ordenar el caos según su estilo. Porque

el lenguaje dominado por su estilo, se constituye en su expresión, es la manifestación sensible de su ser.

Y esto es cierto como es cierto para mí, que todo lo visible es sólo un aspecto de la realidad: justamente el aspecto visible, porque la Realidad con mayúscula va mucho más allá. Está también, *existe*, donde no se la ve.

Ustedes saben muy bien cómo fueron las relaciones de Manuel González Prada con Ricardo Palma. Palma —según mi leal saber y entender— actuó siempre como un hombre superior, seguro de su valor, consciente de su destino.

Me permito recordarles que cuando el poeta Manuel González Prada abandonaba la vida sonó el teléfono en casa de Ricardo Palma y alguien dijo que González Prada deseaba, necesitaba hablar con Ricardo Palma. Cuando Angélica sorprendida respondió que su padre estaba en cama, la comunicación se interrumpió. Lo refiere Clemente Palma, hijo del tradicionalista, quien agrega: “¿Será una de esas raras cosas que ocurren entre el cielo y la tierra al decir de Horacio en el Hamlet?”.

Don Ricardo actuó con la altura y la dignidad de siempre. Cuando, al día siguiente, agobiado por el peso de sus 80 años se hizo leer el diario y se enteró de la muerte de González Prada, movió melancólicamente la cabeza y dijo: “Pobre Prada. No creí que se me adelantara en el viaje... Hasta en *eso* ha tenido emulación. Fue injusto y apasionado conmigo, pero tenía talento”.

Vuelvo a la consideración de las tradiciones como género literario. Procuró explicarlo: Palma está escribiendo, está contando un caso. De pronto recuerda otro o imagina una variante o lo cambia totalmente. Abandona aquel inicial y continúa su relato *inventado* y lo refiere como real, con afabilidad, con airecillo burlón y zum-bón, con gracia natural y espontánea.

En arte lo que interesa es el resultado. Si él necesitó inventar para que todo fuera menos vulgar *pero creíble*, lo que hizo está justificado. Además para su mayor gloria, lo dijo del mejor modo, con una sonrisa:

“...Para mí el mundo pícaro es poético”.

El Palma de las *Tradiciones* miraba el mundo con piedad, con ternura. Su obra es una efusión cordial.

Recuerdo ahora a Eupalinos, el arquitecto de Paul Valéry. En uno de los diálogos platónicos o socráticos de esa obra inolvidable, *Eupalinos o el arquitecto*, éste dice: “Es necesario que mi templo mueva a los hombres como los atrae un objeto de amor”. Y luego, en el curso de la conversación, agrega: “Paseando por la ciudad ¿no has observado que de los edificios de que está poblada, unos son mudos, otros hablan y otros, en fin, los más raros, cantan?...”.

Yo pienso que el pasado, el inamovible, el inconvencional pasado, para Palma, de algún modo estaba vivo y presente, o él, viejo taumaturgo lo resucitaba. En algún momento el pasado le cantaba y lo encantaba. Entonces, en estado de encantamiento, —como todo verdadero poeta— creaba una realidad y se recreaba en ella.

Ciertamente, fue un realista del mundo como es. Y también un realista del mundo como es y no se ve. Y también un realista del mundo como no es, pero como convendría que lo fuera en bien de la Belleza.

El poeta es un elegido. “Como al profeta Isaías, le han quemado la boca con un carbón encendido y esa quemadura le ha cambiado el sabor del mundo”. Por eso descrito y narrado por Palma el mundo tiene otro sabor.

En las *Tradiciones*, su actitud frente al arte fue sana, regocijada. De allí su salud, su vitalidad, su fuerza.

Él lo dijo muy claramente: “Yo no dicto un curso de Historia Nacional. Yo narro antiguallas como el pueblo y las viejas cuentan cuentos”.

Me permito pedirles que piensen y recuerden la hermosa lección de humildad que encierran estas palabras.

Esa actitud de humildad frente a sus temas creo —digo creo— le permitió escribir una obra que —como pocas del siglo pasado de la literatura hispanoamericana— merece ser considerada “clásica”. No es clásica porque abreva en el pasado sino porque su obra, hecha de pasado, presente, imaginación y arte, ostenta una imbatible lozanía. La misma que mostrará dentro de 50 años.

Bien sabemos que un clásico tiene que ganar su eternidad todos los días.

Pero cuando hablo de naturalidad y espontaneidad no se piense en ligereza.

El escribir como al desgaire, de Palma, ha costado mucho trabajo. Recuerdo sus palabras de una carta a Vicente Barrantes: “Para mí una tradición no es un trabajo ligero, sino una obra de arte. Tengo paciencia de benedictino para limar y pulir una frase”.

Palma era tradicionista no sólo al recrear o inventar episodios del pasado: también lo era cuando usaba muy conscientemente su buen idioma, que enriqueció con dichos, frases coloquiales, giros populares espléndidamente colectados por él. Al mismo Barrantes le dice, en la referida carta: “Mientras en España se cree enriquecer la lengua con voces flamencas, nosotros admitimos o creamos palabras para la clara expresión del pensamiento”.

Mi paisano y cofrade en la Academia, Enrique Anderson Imbert, refiriéndose a Juan Montalvo y a su preocupación por el lenguaje, afirma: “Montalvo pensaba más con las palabras que con las ideas”.

Yo creo que Palma pudo descubrir y describir tanta realidad del pasado porque lo evocaba o lo imaginaba con una sonrisa, tal vez irónica o escéptica, pero sin

a priori, sin pre-conceptos; la miraba con el alma y la sentía con el pensamiento.

Contemplaba, en fin, la vida de los demás como un espectáculo humorístico que merecía su curiosidad indulgente. Y por eso la rodeaba de caridad y simpatía.

Pienso en Palma y leo y releo lo que se ha escrito sobre él y lo pondero debidamente:

“Era un liberal y sólo tomaba en serio los derechos de la conciencia libre y de la soberanía popular y los valores morales de bondad, honradez y justicia”.

“Situación la obra de Palma dentro de la literatura colonialista no sólo es empuqueñecerla sino también deformarla. Las ‘Tradiciones’ no pueden ser identificadas con una literatura de reverente y apologética exaltación de la Colonia y sus fastos. Palma traduce el criollismo, el mestizaje, la mesocracia de una Lima republicana que en nuestro tiempo revisa su propia tradición, reniega de su abolengo colonial, condena y critica su centralismo, sostiene las reivindicaciones del indio y tiende sus dos manos a los rebeldes de las provincias”.

Son palabras de José Carlos Mariátegui que suscribo con el mayor entusiasmo.

Insisto en hablar sobre el poeta Ricardo Palma. Su actitud estética como autor de las *Tradiciones Peruanas* coincide, es similar a la de calificados autores de hoy. Me explico: el italiano Ítalo Calvino, el polaco Witold Gombrowicz, el rumano-francés E. M. Ciorán opinan, hoy, en nuestro presente, que el escritor debe escribir para contentarse y explicarse; para encontrarse a sí mismo, para descubrir su propia realidad porque escribir para uno mismo es la mejor manera de escribir para los demás. Con admirable sentido de su arte el poeta es conducido por la palabra a la aventura de tomar conciencia de sí. Tiene la evidencia de que la palabra es creadora

y así se le vuelve al poeta autónoma su obra en cuanto sale de sus manos.

Tengo la certeza de que Palma escribía para entretenerse, para divertirse, para sonreír, para reír. Con instinto profundo fue fiel al *genius loci*; al espíritu del lugar donde se ha nacido. No complicó ni falseó la vida.

A través de sus palabras he creído descubrir algo así como una clave de su vida. Estas son sus palabras (y me atengo a sus afirmaciones referidas al mundo real y práctico): "En tres ocasiones he tenido modesta fortuna y en las tres la he derrochado. Hoy mis recursos para la vida son muy modestos. Vivo sin estrechez y porque he aprendido a no estirar los pies más allá de la sábana. Ya ve usted, no tengo biografía. En mi existencia nada hay de original ni de curioso. Nada que me singularice ni que valga la pena de contarse. Como privado no he sido más que adorador de Venus. En la intimidad de mi hogar con mi esposa y mis retoños vivo tranquilo y alejado de la política que no proporciona sino sinsabores y desengaños ni soy devoto de Baco ni he sido partidario de Bejan, el inventor de los naipes".

Es decir: supo adecuarse a las circunstancias. Esta es la palabra clave: adecuación. Palma, como quería Kipling, miró al triunfo y al desastre como a dos impostores. Por eso tal vez alcanzó la escasa alegría a que los mortales podemos aspirar.

Si pienso en el episodio de la Torre de la Merced, que todos conocen, digo que era un predestinado. Si pienso que, como escribió su hijo Guillermo en una nota que apareció en el diario *La Nación* de Buenos Aires el 15 de febrero de 1933, Palma dejó este mundo murmurando un poema, digo de nuevo: Ricardo Palma fue un poeta. Lo importante es vivir como un poeta y —si es neces-

rio o se impone por sí— escribir. Prosa o verso, ¡qué importa!

El poeta escribe palabras sobre una página en blanco. La forma la da el contenido. El poeta Ricardo Palma no ha muerto. Se ha ido con las manos tendidas hacia esa orilla de oro de la vida que es la gloria, orientado y atraído por el resplandor eterno de nuestra Gran Madre, la Poesía. Este es el “Ricardo Palma, poeta” que, modestamente, quería rescatar para ustedes. Muchas gracias.

JORGE CALVETTI

LA OBRA Y LA FISONOMÍA DEL PADRE RODOLFO M. RAGUCCI

1. *Datos biográficos*

Hijo de padres italianos, el P. Ragucci nació en Buenos Aires el 13 de setiembre de 1887, hace precisamente un siglo. Por eso estamos aquí para celebrar el centenario de este cultor realmente extraordinario de las letras. Su vida es muy sencilla. Transcurre casi toda ella en el noviciado y el Colegio de los Padres Salesianos de Bernal. Allí ingresó al Colegio en 1898; allí también inició su vida religiosa de hijo de Don Bosco desde 1902; y allí también hizo sus estudios de Filosofía y Teología y fue ordenado sacerdote en 1910.

Desde entonces comienza su actividad docente y luego también simultáneamente de Rector del Estudiantado del Magisterio de los Padres Salesianos de Bernal. Esta consagración por entero a la enseñanza y a la investigación y a los escritos sobre las letras llenan cuarenta años consecutivos de su vida. Una vida realmente consagrada a la literatura.

El P. Ragucci muere en Bernal el 25 de abril de 1973, a los 85 años de edad.

2. *La producción literaria*

Los escritos literarios del P. Ragucci son realmente numerosos y de gran valor. Citemos sus principales obras:

- 1) *Antología de autores españoles y argentinos.*
- 2) *Rutas de luz por tierra Santa. Crónica de viaje.*
- 3) *Cervantes y su gloria.*
- 4) *Letras castellanas.*
- 5) *Literatura Española* (cinco volúmenes).
- 6) *Cumbres del idioma* (dos volúmenes).
- 7) *Manual de Literatura Española.*
- 8) *Palabras enfermas y bárbaras.*
- 9) *Cartas a Eulogio* (dos volúmenes).
- 10) *Floreció el Vergel. Vida de Santo Domingo Savio.*
El niño educado y santificado por Don Bosco.
- 11) *La amistad de dos Grandes (Pío IX y Don Bosco).*
- 12) *Don Bosco en mi camino. Impresiones de viaje.*
- 13) *Obras en verso* (algunas firmadas con el pseudónimo de "Pedro Romero de la Vega").
- 14) *Al partir.* Poemas.
- 15) *Tarsisio Niño mártir.* Acción dramática en tres cuadros.
- 16) *Empresas de Clerecía.* Romancero don Boscano.
- 17) *Caminos de Juglaría.* Romancero don Boscano (dos tomos).
- 18) *Tu es Petrus.* Escenas sobre el Pontificado.

Algunas de estas publicaciones tuvieron varias ediciones. Pero la obra cumbre del P. Ragucci es sin duda: *El habla de mi tierra*, gramática castellana de constante actualidad y continuamente perfeccionada por su autor. La última y 28ª edición es póstuma, de 1983.

3. *El escritor*

El P. Ragucci no sólo escribió sobre letras, él mismo fue un eminente y cuidadoso escritor. Con un estilo limpio y claro supo exponer las normas gramaticales, defender la pureza del idioma y ejercer con sus observaciones una verdadera influencia en la Real Academia Española de la Lengua sobre numerosos vocablos y reglas gramaticales.

Pero a más de la parte compilatoria de textos, tan importante para el estudio y los alumnos, el P. Ragucci fue ante todo un gramático. Por eso quiero detenerme un tanto sobre su obra principal *El habla de mi tierra*.

Esta obra ha sido puesta a la par, por eminentes autores, a la obra de Bello y de Cuervo, a los que supera, creemos, por su riqueza y pureza del idioma en no pocos puntos.

Sobre esta obra quiero transcribir parte de una carta autógrafa que le enviara su amigo y colega de la Academia Argentina de Letras, Hugo Wast, desde Buenos Aires, con fecha 22 de abril de 1960: "Aunque me tiene acostumbrado S.R. a estas sorpresas el envío de su ejemplar de la 23ª edición de *El habla de mi tierra* me ha producido azoramiento.

Es tan enorme el material literario, el material acumulado en la obra y tan difícil su composición tipográfica y la corrección del texto y además tan sabias sus lecciones numerosísimas, que de ello bastaría para honrar al más erudito escritor.

El éxito asombroso que ha tenido (su obra), se justifica, porque no solamente es un libro para los alumnos. Lo es para los maestros, que por mucho que sepan siempre hallarán extremadamente provechosa su lectura y querrán conservarlo como su libro de consulta, tan claro

en el método y su distribución tipográfica que se hace fácil encontrar el punto que uno quiere precisar.

Pienso que S.R. ha de tener un poco de miedo cada vez que le anuncian que se ha agotado la edición de uno de sus libros, porque una nueva edición es para S.R. una ocasión (encomiable) de introducir tantas mejoras que lo conviertan en un nuevo libro". Hasta aquí Hugo Wast.

Esta obra cumbre del P. Ragucci, que reúne su inmensa erudición y saber gramatical, posee los siguientes valores: 1) una amplia exposición de las normas gramaticales; 2) reglas de ortografía, recuadros con listas de barbarismos con su debida corrección, de frases, refranes, proverbios, máximas, sinónimos, homónimos, parónimos, sintónimos, de recursos bibliográficos y retóricos, curiosidades del lenguaje, etc.; 3) finalmente contiene abundantes ejercicios gramaticales. Con tales ejercicios el autor ayuda a una mejor comprensión de las normas gramaticales, a veces un tanto áridas.

Por eso Ragucci, en esta obra cumbre de su vida, se muestra como un gran maestro y pedagogo del idioma para alumnos y maestros.

4. *El docente*

Sus alumnos recuerdan a su ilustre profesor, sus lecciones llenas de sabiduría y a la vez tan interesantes y eruditas. El P. Ragucci era un tanto exigente sin dejar de ser siempre bondadoso y pedagogo al estilo de Don Bosco.

Como hijo de Don Bosco era un enamorado de la juventud, a la que dedicó todos sus esfuerzos de su vida sacerdotal y literaria. Como en otros muchos sectores, también no pocos de sus escritos nacieron de su preparación docente y de la enseñanza misma.

Sacerdocio, docencia y labor literaria estuvieron siempre unidas en Ragucci.

Conviene insistir que la Congregación a la que pertenecía fue fundada por un Santo que se dedicó a la educación de la juventud, y que hizo de la Argentina su segunda patria, donde los salesianos han cubierto todo el territorio, especialmente la Patagonia, con sus Colegios dedicados a las ciencias, a las letras, a las artes y a artesanía.

Era Ragucci un hombre enamorado de las letras, y, por eso redactó muchos escritos en defensa del idioma y de su pureza. Puso de manifiesto la riqueza del mismo y se opuso con vigor a los barbarismos y desviaciones de la lengua.

Por otra parte hay que recordar el estilo limpio y cuidadoso con que redactó todos sus escritos. Practicó lo que enseñaba.

A más de sus escritos, mantuvo una densa correspondencia con literatos y con personas que acudían a él para consultarlo.

5. *Distinciones académicas*

Tan proficua y relevante labor literaria, continuada sin descanso a través de toda su larga vida, pese a su modestia, atrajo sobre él las más calificadas distinciones. Fue miembro correspondiente, primero, y más tarde miembro de número de esta Academia Argentina de Letras. Fue incorporado como miembro correspondiente a la Real Academia Española de la Lengua y a las Academias Nacionales de Colombia, del Uruguay, de Chile y de Cuba.

Por sus relevantes contribuciones al acervo de la lengua y al tesoro de la hispanidad, el Gobierno de España lo honró con el título de Comendador de la Orden de

Isabel la Católica y lo nombró miembro titular del Instituto de Cultura Hispánica. La Academia Argentina de Letras lo delegó en varias ocasiones para representarla ante la Real Academia Española de la Lengua —en la cual se lo estimaba por sus valiosos aportes gramaticales y literarios— y a otros Congresos y reuniones internacionales.

En atención a su sobresaliente personalidad literaria y sacerdotal, la Universidad del Salvador de Buenos Aires, lo incorporó desde un principio como miembro fundador de la misma.

6. *Su personalidad*

En medio de tanta labor docente y literaria, Ragucci fue ante todo un sacerdote y un salesiano ejemplar.

Amaba a su Congregación a la que dedicó sus desvelos como sacerdote y escritor. Baste recordar que varios de sus libros y obras que hemos mencionado al principio están dedicados o vinculados con la vida de Don Bosco, a su amistad con Pío IX y al discípulo de Don Bosco, Santo Domingo Savio.

El P. Ragucci era muy modesto, tal vez por eso se lo conoce poco, pese a su ingente y extraordinaria contribución a la literatura en todos los sectores.

Un día el superior le pidió una lista de sus escritos, Ragucci redactó con meticulosidad su respuesta al pedido que se le formulaba. Pero al final añadió: "Quid prodest..." la frase entera; "Quid prodest ad aeternitatem". El humilde salesiano quería decir con esto que todo lo que había escrito no era importante, sino lo que se refiere a la eternidad. Este episodio recuerda el de Santo Tomás de Aquino, cuando Fray Reginaldo, su fiel secretario, le instaba a que acabase la Suma Teológica. El Santo, próximo ya a su muerte, elevado a la más alta

contemplación de Dios, respondió: "Omnia quae scripsi palese sunt" (Todo lo que he escrito no es nada más que paja). A los ojos del Santo Doctor, como a los de Ragucci, todo lo escrito no era nada frente al Fin trascendente divino y eterno del hombre.

Los santos pueden ser literatos, filósofos, teólogos o científicos y también humildes obreros, pero todos ellos tienen siempre fija su mirada más allá del quehacer del tiempo, en Dios, en la eternidad. Y desde este punto de apoyo sobrenatural, surge su trabajo tenaz e incesante que realizan en el tiempo, no por gloria humana, sino para glorificar a Dios y contribuir generosamente al bien de sus hermanos, los hombres, en el tiempo y en la eternidad.

Esta vigorosa y múltiple personalidad que fue el P. Ragucci es, en última instancia, la de un humilde sacerdote de Don Bosco, quien, enamorado de Dios, de su Congregación y de la juventud, consagró con austeridad y sin descanso las mejores horas de su vida al cultivo amplio y profundo de las letras, como el mejor servicio que podía tributar a sus tres amores: a Dios, a su Congregación y a la juventud.

OCTAVIO N. DERISI

AÑAPA, ALOJA Y PATAY

Llega diciembre con sus días anchos y luminosos, como días de infancia. Desde el alba la claridad se tiende sobre el paisaje con el frescor de las mañanas vírgenes. Pero a medida que maduran las horas, el sol, con tenacidad joven, se aprieta sobre la tierra. Un calor que brota con aliento de surcos y de frutos sazonados va extendiéndose de cerro a cerro. El aire se hace más denso. Los pájaros pían con el pico abierto y buscan la sombra de los árboles. Los *coyuyos* (cigarra de la algarroba) carretean su monótono canto hasta que con ininterrumpido son llenan las horas soleadas.

El mediodía avanza en soledad y silencio, pero el coyuyo sigue martillando las siestas de color de miel con su acento soñoliento. Es que los algarrobos se van poblando de vainas amarillas. Y no dejará de cantar mientras la fruta gualda permanezca en la fronda verde. Y cuanto más cante, más fructificarán los árboles, según la creencia de los campesinos; así como cuando canta con interrupción la cosecha será escasa y flaca.

¿Qué relación tiene el algarrobo con el coyuyo? Están hermanados en el vivir. Para la gente del campo, es él el que hace madurar la algarroba; otros aseguran

que es la ninfa de la cigarra, que canta antes de desaparecer, y la algarroba comienza a madurar. Y cuando está en completa sazón y cae cubriendo el suelo, el coyuyo calla: deja su caparazón en el tronco rugoso de la planta y se despide hasta el año venidero. Pero mientras el árbol amontona soles en los terrenos de su predilección, arenosos y sequeros, el coyuyo no aparece; lo hace cuando el algarrobo comienza a *pichusquear* (a florecer) en gusanitos verdes. Él inicia su canturreo que alegra los días del árbol. Y canta en todas las horas de luz. Sólo cuando el día se duerme detrás de los cerros en un lecho de color de rosa y la tarde entra en *tuta-tuta* (en oración), entonces calla.

La noche baja de las cumbres, sembrando al voleo un mundo de estrellas, y el silencio se empapa de claridad de amanecer. La tierra descansa, el algarrobo acartucha apenas sus hojas y se hunde en el claror lunar.

Tacu le decían al algarrobo los quichuas y los diaguitas; *ihopé*, lo llamaban los guaraníes; *árbol* lo llamó el criollo, como síntesis de toda la vida vegetal; *algarrobo* lo nombró el español, como en su tierra, y de él se nutrió en los momentos difíciles, de los muchos que tuvo la conquista del noroeste.

Para el indio fue árbol sagrado y venerado. Bajo él se realizaban las fiestas propiciatorias, en rogativas al *chiqui*, la deidad maléfica, causante de todos los males. De sus ramas colgaban las cabezas de las *aves* (todo animal que anda por los cerros) arrebatadas al *llastay* (Dios tutelar de los animales de la montaña).

A este respecto nos cuenta Adán Quiroga, en *Folklore Calchaquí*, que el *chiqui* es una deidad importada del Perú, la que con esa característica ha arraigado de tal modo en nuestros pueblos de los Andes que hoy día no hay gente en Calchaquí que no conozca el nombre del numen funesto. Para el buen logro de cualquier empresa

el indio tenía que invocarle, sino las cosas salían al revés de lo que se quería. Imposible era la vida de la tribu en la aridez de la llanura, sin el sustento de la algarroba y del maíz. Y había que implorar al chiqui para que la cosecha fuera pingüe. Tampoco era concebible la fiesta del chiqui sin el árbol, el tacu que da la algarroba, con la que se elabora la *chichà* de las libaciones a la divinidad funesta. El árbol, con cuyo nombre se llama al algarrobo, fue siempre venerado, más que la palmera en el desierto. La cabeza del sacrificio se colgaba de él. En las fiestas hay cintas, masas y guaguas (pequeños muñecos hechos con masa), sin duda en substitución de la carne humana. Bajo el árbol se hacen las libaciones de la aloja fermentada.

La cosecha de la algarroba:

Ya ha madurado la algarroba
 porque ha cantado el coyuyo
 y con su canto, vidita,
 se ha secao el amor tuyo.

(copla popular)

Ay, mi vidita,
 fresca algarroba,
 sabroso charqui
 que el alma adora.

Después de las fiestas navideñas en los primeros días de enero, los lugareños de algunas aldeas de los departamentos del oeste de Catamarca, Pomán, Belén, Andalgalá, Santa María, van a los *baldes* (algarrobales) para la cosecha de la algarroba. Se agrupan en familia: arreglan fecha y lugar. Llegado el día, y todos montados a caballo y arreando burros cargados con los utensilios que necesitarán para una jornada de una semana o quizá

más, se ponen en marcha. Llegan al balde elegido con la algarabía de la gente joven y de los niños. Eligen los árboles más frondosos, los cuales serán, en todo el tiempo que dure la cosecha, la casa-árbol, y se instalan a su sombra. Bajan de los animales los cacharros que han traído. Lo primero que hacen es colocar los barrilitos de agua para beber en un lugar fresco. Preferido siempre el tronco del árbol. Luego limpian bien alrededor, y allí acomodan, sobre manteles y servilletas, el pan, el charqui, el azúcar, la yerba, la bolsa con el maíz molido para el locro o la mazamorra, el mate y cuelgan de las ramas la pava, la parrilla . . .

Pa' recoger la algarroba
se hace de cualquier modo.
Pa' criar el montón
le pego con siesta y todo.

(copla popular)

Se eligen los árboles para comenzar la faena. Y allí van mujeres, hombres y chicos, con sus bolsas al hombro. Los niños limpian el suelo en todo el contorno que cubre el árbol y recogen las vainas que encuentran en el suelo. En este afán no es raro encontrar alimañas peligrosas: víboras, arañas pollito. . . Entonces interviene el hombre para eliminarlas.

Los hombres se trepan a las ramas más cargadas de frutos y sacuden los gajos para que la algarroba se desprenda y caiga. Llueven las vainas doradas, costilladas de azúcar. Todos las recogen y las echan en las bolsas, que una vez llenas transportan al árbol-casa.

—; Mirá, Rosalinda !: esta algarroba parece una vaina de oro —dice un mozo, levantando una vaina gorda.

—Linda es —contesta ella—. Ojalá fueran todas así.
; Cuánta añapa tomaríamos y cuántos patayes haríamos !

—¿Y la aloja? ¿Te olvidas de la aloja que tomáramos?

—¡Es cierto! ¡La aloja que tomáramos pa' chaya!

—¡Qué lindo!

La algarroba es un apetitoso manjar para el hombre y los animales. "Canta el zorro porque abunda la algarroba", dicen los campesinos. Al zorro le gusta tanto la algarroba que a veces la prefiere a una gallina gorda.

El *suri* (avestruz) anda cerca del campamento con sus trancos largos, escondiéndose de los perros, esperando que el hombre deje algunas vainas para su buche.

También los chicos sacuden los gajos de las plantas, y la algarroba cae en lluvia de luz. Las muchachas y los hombres la recogen. La blanca en una maleta y la negra en otra, y en el campamento se van llenando los *hinchis* (bolsas grandes hechas con ponchos o mantas unidas por las puntas y costados con *prendines* de jarilla preparados especialmente con forma de alfiler y aguja), en los que entran unos 80 kilos.

El sol de estío aprieta, y se hace necesario hacer añapa para calmar la sed y refrescar la garganta.

La añapa:

Es un refresco simple hecho con agua y algarroba machacada. En un mortero de piedra —que se encuentra siempre en los algarrobales— bien lavado, se echa un puñado de algarroba blanca, y con la mano de mortero de piedra se muele hasta que largue el jugo. Para que no salte al majarla se le echa un poco de agua. Así se hace un bagazo, al que dan el nombre de *ayoca*. Se saca el bagazo y se pone en una fuente o en una olla, y se le agrega agua. Se deja que el bagazo absorba, y cuando está bien empapado se lo *chagua* (exprime) sobre un jarro de

beber, y el líquido cae jalde, grueso por entre los pies de la mujer encargada de este menester. Bien exprimido el bagazo, se vuelve a echar en el agua, para que absorba más líquido, y se estruja nuevamente, y así hasta que la algarroba pierde todo su gusto.

Es un refresco dulce y áspero que corre fácil por la garganta. Se lo gusta y se lo paladea. En él va todo el frescor del verano.

Es tu cariño
dulce y sincero
como el añapa
de mi mortero.

(*copla popular*)

Después de la faena del día, y cuando se enciende la primera estrella, los campesinos se buscan en los ojos y en el contentamiento de los días felices. De la boca de una guitarra salen voces que llaman al baile y al canto. La luna se cuele por entre las hojas de los árboles y deja caer azahares de novia.

Ha terminado la cosecha. Los lugareños, con los hinchis repletos atravesados en el lomo de los burros, vuelven tranquilos y alegres a los hogares.

Pero ya pronto comienza la *chaya* (carnaval). Entonces hay que prepararse para la fiesta grande del año, la fiesta del olvido y de la mascarada.

Atrás han quedado los *baldes* con una que otra algarroba, dándole tinte al paisaje.

En las casas se guarda la algarroba negra en *pirguas* (depósitos pequeños, hechos más o menos a un metro del suelo con ramas y plantas de maíz secas), la que se utilizará para elaborar patay, y la otra para hacer la alojá y festejar la chaya.

La alojá:

Una tibia miel con olor a fruta sazónada baña el sol en todo el paisaje. Los tunales se pueblan de higos chumbos con algunas pinceladas de oro en su cáscara verde. En las quebradas frescas y llenas de helechos gotean negro los molles de beber. Su fruta broncea y madura tiembla en sus gajos. Está lista para cortarla y preparar aloja, la gente va a los molles, tienden cobijas y ponchos bajo las plantas, y golpean los molles para que caiga la fruta. Una vez que tienen las bolsas llenas, vuelven a los hogares para preparar la aloja:

Ya el carnaval está cerquita,
viene por la lomita pelada,
aquí lo estoy esperando
con la alojita colada.

Y llega con golpes de caja, despertando alegrías dormidas. El hombre, que durante el año ha trabajado la tierra sobre el surco hasta casi besarla en el afán diario, descuelga su caja vidalera; ve si está bien la chirlera, si los parches no están rotos, ajusta los cueros, la templea y la prueba:

Ya es tarde, vidita mía,
ya está arribita la luna,
carnaval viene al galope
y la alojita madura.

Los tinajones están preparados para recibir la fruta del molle. Las mujeres se afanan en hacerlo. El molle morado cae en los tinajones llenándolos hasta la tercera parte, les echan agua hasta la boca y los tapan. A las veinticuatro horas la algarroba fermenta y está lista; pero si se desea que sea más fuerte, se la deja un día más.

Se bebe, y cuando se termina no se tira el resto o *concho* (residuo que queda cuando se ha bebido todo). Sobre ello se agrega una porción de semillas de molle, y de agua. Así se abrevia tiempo. Unas horas más tarde está la aloja a punto, más rica, más sabrosa y con un gusto silvestre muy agradable. Pero si la alcoholizan mucho se sube pronto a la cabeza, sobre todo la de algarroba, que es la más conocida. Por eso dice el coplero popular:

Alojita de algarroba,
molidita en el mortero,
se me sube a la cabeza
como si fuera sombrero.

La aloja de algarroba se prepara moliendo previamente las vainas secas y echándole poca agua. Hecho el bagazo se echa en la tinaja con la proporción de un quilo de algarroba molida por cinco litros de agua, y se tapa la vasija. A las veinticuatro horas está lista la aloja, y si se la quiere alcoholizar más se la deja fermentar uno o dos días más.

Para este tiempo también se hallan crecidas las plantas de albahaca, porque el

Carnaval sin albahaca
es como chinita flaca.

(del coplero popular)

Con los gajos de esta planta se castigan los unos a los otros.

Según la creencia popular, el aroma de la albahaca aleja las tentaciones y el diablo no mete la cola.

Y el carnaval llega golpeando tiempo en el bombo legüero.

El trájín diario se detiene y un raudal de alegrías detenidas, de deseos reprimidos, de sueños viejos, se desbordan en cantos y decires. La vidala se eleva como un grito ahogado en el tiempo, como un llanto quebrado para adentro; sin embargo, el sol tiene otro color y se derrama en chorros de luz en la algarroba y en la aloja.

Las comparsas cabalgan y van de rancho en rancho sembrando alegría. Y cuando se encuentran, se cubren de almidón y papel picado, mientras las risas y los gritos de alegría empapan el aire de la noche joven:

Tengo mi pecho de coplas,
que parece un avispero,
se empujan unas a otras
pa' ver cuál sale primero.
Canten, canten buenas mozas,
que coplas no han de faltar,
tengo una petaca llena
y otra por desatar.

Pero como en la vida todo termina, también la *chaya*, a los siete días, comienza a declinar. A la tarde, cuando el sol brilla como una fragua en las cumbres y se detiene grande, por un instante antes de caer al otro lado del cerro poniente, se saca el *pujllay* (muñeco de paja y de trapo que simboliza el carnaval), para enterrarlo.

Ya se acabó el carnaval,
ya lo llevan a enterrar
échele poquita tierra,
para que se vuelva a levantar.

Cavan un pozo y allí colocan al muñeco cubierto con papel picado, con harina, con almidón, con dos chifles (vaso hecho con astas de vacuno) llencs de aloja. Y mien-

tras lo van tapando, los chayeros cantan vidalas de adiós:

Cacharpaya, cacharpaya (adiós, adiós)
 se fue y me dejó;
 despachala que se vaya
 pa'l año ha de volver
 si es que le gustó.

La tarde se apaga entre nubes de color de la achira, que se van trozando en abanico rosado. El lucero de la tarde aparece soñoliento con luz de plata. Un perro aúlla a lo lejos. Los caminos, senderos de cabras y de llamas, han quedado desiertos.

Y la noche se arropa de luz de luna.

El patay:

En algunas aldeas de los departamentos de Catamarca: Pomán (en los primeros años de la conquista española en el noroeste fue capital de la provincia); Tinogasta (reunión de pueblos), Belén y Santa María de Andalgalá, se empeñan en la elaboración del patay.

El invierno en estas zonas es casi siempre riguroso, y los días se alargan en lloviznas persistentes. El frío baja de las cumbres blancas de los cerros y entolda los ranchos. Entonces se hace necesaria una alimentación fuerte para soportar las helazones. ¿Y qué mejor que el patay, que nada cuesta? El pan de la algarroba está a mano. Es nutritivo y de grandes calorías; lo encontramos en las crónicas de la conquista como el principal alimento de los indios cuando escaseaba la carne y el maíz.

Sacan la algarroba negra que fue guardada en los *tipiles* para la elaboración del patay. Con el aire seco del otoño y de los primeros fríos, la algarroba está seca

y suena, al quebrarla, como bizcocho. Es cuando está en excelentes condiciones para llevarla a la *cimbra* y a los morteros, es decir a la molienda. La *cimbra* es un primitivo aparato para triturar la fruta. Consiste en un palo largo que cabalga por la parte media sobre un horcón de un metro de alto, bien plantado en tierra. En una punta del palo atan con tiras de cuero una piedra de unos treinta quilos, y en el otro extremo sujetan un trozo de palo en cruz que sirve de manubrio, para subir o bajar la piedra o *maray*, que así la llaman.

Quien muele con la *cimbra*, levantando y bajando el *maray* sobre un fuentón de madera de algarrobo donde se halla la fruta, debe tener baquía. Lo que parece muy fácil, es un tanto difícil, porque debe imprimir al palo cierto movimiento para que el golpe del *maray* tenga buen efecto. Como las vainas están bien secas, saltan con los primeros golpes. Entonces intervienen las *reempujadoras*, dos mujeres una frente a la otra, sentadas o arrodilladas, que son las encargadas de empujar la algarroba hacia el centro del fuentón para que el *maray* golpee con eficiencia.

La mañana se estremece en cada golpe de la *cimbra* que despedaza las vainas morenas. Los hombres se turnan para el manejo de la *cimbra*.

Desde lejos se oyen los golpes acompasados del *maray*, cayendo al plato de madera. En cada casa la *cimbra* trabaja desde la mañana hasta la noche, haciendo su descanso durante el cual se extiende la algarroba al sol, para que se seque más.

De cada molienda de cuarenta kilogramos de algarroba se obtienen unos veinte patayes, y se llega a cuatro o cinco morteriadas por día. Cuando las vainas se han convertido en harina, se la pasa por un cedazo. Un polvo blanco amarillento cae sobre un lienzo limpio, y queda en el cernidor lo más grueso, llamado *aunchi*. Se obtie-

nen dos tipos de harina: una fina y la otra gruesa. A esta altura de la operación se preparan los moldes o escudillas, llamados *pucos*, donde se echa la harina para hacer el patay. A cada mujer se le entrega cierta cantidad de vasijas para que las llene y las atienda hasta obtener el pan de la algarroba. Primero las calienta con un poco de ceniza rescoldada; luego vuelcan la ceniza, espolvorean harina fina (que servirá para lustre) y le echan harina gruesa; presionan y otra vez le echan harina fina; tapan bien, las cubren con ceniza caliente y las ponen al rescoldo. A los quince o veinte minutos están los patayes listos. Estos son los quemados, en los que la harina se adhiere por el calor. Hacen otros, los atados, a los cuales se los comprime fuertemente con un lienzo y se los expone al sereno. Estos son blandos y no resisten, como aquéllos, el transporte a grandes distancias, porque se desmoronan.

¿Para qué quiero la vida?
 Mátame, ay, ay, ay,
 con pistola de queso
 y balas de patay.

(del coplero popular)

A fines de agosto, cuando se termina la elaboración del patay, los cosecheros cargan sus burros y transportan el producto a los centros más poblados: Tinogasta, Belén, Andalgalá, y muchas veces llegan hasta Tucumán, para venderlos o trocarlos por mercadería.

Ha dejado de moler la cimbra y los días se alongan en un invierno duro que llena los cerros con pinceladas de lluvia. Los baldes han quedado solitarios, esperando el canto dormilón del coyuyo para que pinte las vainas de oro y vuelva la alegría de los lugareños a despertar la aletargada soledad del algarrobal.

LA INVESTIGACIÓN SOBRE HISTORIA DE LA LENGUA EN LA ARGENTINA

1. En los últimos años se ha producido un significativo avance en el conocimiento de la evolución histórica de diversas variedades del español de la Argentina. De tal modo, en lo que va de la década de 1980, E. Rojas ha publicado un volumen sobre la evolución del español en Tucumán, Inés Abadía de Quant ha ido adelantando diversos aspectos de la historia del español de Corrientes, mientras que nosotros hemos avanzado decididamente en el estudio del español bonaerense, sobre el que hemos publicado diversos estudios parciales y recientemente ha aparecido un volumen de conjunto sobre el tema (Fontanella de Weinberg, *El español bonaerense. Cuatro siglos de historia lingüística*, Buenos Aires, 1987).

Todas estas investigaciones se basan fundamentalmente en documentación de archivo, tanto édita como inédita, y en el caso del español bonaerense ha sido completada con observaciones de viajeros y cronistas, reproducción a partir de fines del siglo XVIII del habla rural y subestándar por parte de la literatura costumbrista, fuentes periodísticas, etcétera.

2. En la evolución del español bonaerense, el avance de la investigación permite distinguir cuatro etapas: la primera, que abarca desde 1580 hasta 1700, corresponde a la llegada y asentamiento del español en la región; la segunda, de 1700 a 1800, se caracteriza por la constitución de una variedad regional, como resultado de un proceso de koinización; en la tercera, que comprende los primeros ochenta años del siglo XIX, se cumple un proceso de estandarización; mientras que en el último período, que comienza hacia 1880, la región bonaerense presenta un nuevo perfil lingüístico, determinado por el multilingüismo y el multidialectalismo ocasionado primero por la intensa inmigración europea y luego por las migraciones internas y de los países vecinos.

La etapa inicial comienza con la segunda y definitiva fundación de Buenos Aires, ocurrida en 1580, y buena parte de sus características lingüísticas están determinadas por los rasgos propios del poblamiento regional. En este sentido, cumple un papel sumamente destacado la diversa proveniencia regional de los pobladores.

La consecuencia lingüística directa de la pluralidad de origen regional de los distintos colonizadores, que coexistieron en este primer siglo con la población criolla, es el multidialectalismo. En el aspecto internamente lingüístico esto se refleja especialmente en la coexistencia de distintos sistemas fonológicos y de distintos usos morfológicos y léxicos.

En cuanto al plano léxico, la coexistencia en esta primera etapa de distintas variedades lingüísticas se observa por la presencia de dialectalismos procedentes de diferentes regiones de la península ibérica, tales como los andalucismos *amarrar* y *limosnero*, los leonesismos *carozo*, *fierro*, *lamber* y los galleguismos *cardumen*, *bosta*, *laja*, todos los cuales perduraron en el habla bonaerense.

La segunda etapa que comprende desde 1700 hasta 1800, muestra ya la existencia de una variedad regional, en la que a partir del multidialectalismo señalado para los primeros años del poblamiento, se ha producido una selección de los rasgos propios del habla bonaerense.

Las diferencias con la etapa anterior resultan claramente observables en el caso de las sibilantes en que el seseo está absolutamente generalizado entre los criollos y aún muchos de los peninsulares procedentes de regiones distinguidoras presentan grafías seseantes, como consecuencia de su contacto con el habla rioplatense. Por otra parte, otros fenómenos alcanzan gran difusión en la época: la variación de /-r/ \sim /-l/, la aspiración de /-s/ y la caída de /-d-/, mientras que a partir del primer tercio del siglo XVIII se nota un franco avance del yeísmo. También se observan otros rasgos fonológicos, que luego retrocedieron en el habla urbana, tales como el refuerzo consonántico de /ue/ y la confusión de /b/ y /g/ en contacto con /u/, la vacilación de vocales átonas, el cierre de /e/ y /o/ en grupos vocálicos, etcétera.

Por todo esto, podemos considerar que en esta etapa existe ya una variedad lingüística regional relativamente estabilizada como resultado de la decantación producida a partir de distintos dialectos coexistentes en el período anterior, por lo que se ha cumplido el proceso de koinización, ya que tal como éste ha sido definido, se ha producido "the stabilized result of mixing of linguistic subsystems such as regional or literary dialects" (Siegel, 1985: 363).

La tercera etapa, que abarca los primeros ochenta años del siglo XIX, está caracterizada por un marcado proceso de estandarización que determina un conjunto de cambios lingüísticos que dan una fisonomía nueva al español bonaerense y lo acercan a nuestra habla actual.

Estos cambios en el uso lingüístico son en gran medida consecuencia de los cambios demográficos, políticos y sociales, que transforman a Buenos Aires de una pequeña capital virreinal en centro político de una nueva y pujante república. En el aspecto demográfico, la transformación es notable, ya que se pasa de unos 44.000 habitantes en 1810 a 286.000 en 1880. Esta evolución es acompañada por un creciente desarrollo cultural que se refleja tanto en el surgimiento de una pujante literatura como en la creación de la Universidad (1821), la inauguración de escuelas secundarias y la multiplicación de las primarias.

En el plano internamente lingüístico la normalización tiene como resultado el retroceso de un conjunto de fenómenos característicos del habla bonaerense en el siglo XVIII, entre los que se cuentan rasgos fonológicos, como la variación en la realización de /—l/ y /—r/, la caída de /—d—/, la vacilación de vocales átonas y el cierre de vocales agrupadas, junto con rasgos morfológicos y morfosintácticos, tales como el uso de la forma verbal *haiga*, la representación fonológica de determinados lexemas —*leste* 'este', *cera* 'acera', *badía* 'bahía'—, determinados órdenes de los pronombres átonos: 'me se', 'te se', etc. Perduran en cambio otros fenómenos que van a constituirse en típicos del habla bonaerense, tales como el seseo, el yeísmo, el rehilamiento y el voseo, en cuyo paradigma se eliminan las variaciones generalizadas con formas tuteantes que existieron en etapas anteriores.

La última etapa, que comienza hacia 1880, está caracterizada por un nuevo perfil lingüístico que presenta la región bonaerense y en particular la ciudad de Buenos Aires. En efecto, a partir de 1880 se acelera la llegada de inmigrantes extranjeros —ya iniciada en el período anterior—, que pronto transforman los caracteres

demográficos del país y la ciudad. De tal modo, Buenos Aires en cincuenta años decuplicó su población, pasando de 286.000 habitantes en 1880 a 2.254.000 en 1930, lo cual tuvo como consecuencia directa un acentuado multilingüismo y multidialectalismo que se prolongó por más de medio siglo.

Si bien no contamos con datos precisos sobre las lenguas habladas, ya que en ningún censo se incluyeron preguntas de tipo lingüístico, los datos por nacionalidad son concluyentes al respecto: en el censo de 1887 Buenos Aires contaba con un 47,4 % de nacidos en territorio argentino, un 32,1 % de italianos, un 9,1 % de españoles y un 4,6 % de franceses, junto a un 6,9 % de otros extranjeros. Pese a la complejidad que plantea interpretar lingüísticamente estas cifras, no hay dudas sobre la existencia de un marcado multilingüismo. Si tenemos en cuenta que los argentinos nativos y españoles sumados apenas llegaban al 56,5 %, y que entre los que figuran censados como argentinos nativos se incluye un elevado número de hijos de extranjeros, especialmente de italianos, cuya lengua materna no sería el español, podemos ver con claridad, la compleja situación lingüística del Buenos Aires finisecular.

Por otra parte, el papel cumplido por el francés, como lengua de estudios era especialmente relevante y es similar al descrito por Kahane en distintos países europeos como lengua que expresaba los valores de la "elegancia burguesa" de la época. Sobre este empleo del francés existen numerosos testimonios de su difusión en la alta burguesía nortea (véase, por ejemplo, los escritos de Jules Huret y de Georges Clemenceau).

3. Esta investigación de conjunto sobre la evolución del español bonaerense se complementa con diversos estudios parciales realizados en la Universidad Nacional

del Sur por jóvenes investigadoras que trabajan sobre la evolución de las actitudes lingüísticas en el ámbito bonaerense, el desarrollo de las fórmulas de tratamiento en los dos últimos siglos y el léxico intelectual de las primeras décadas del siglo XIX.

En cuanto al futuro avance de estos estudios, se prevé en estos momentos dos líneas de desarrollo. Por una parte, la profundización del estudio de determinadas variedades lingüísticas utilizadas en distintos períodos en el ámbito bonaerense, como por ejemplo el habla rural, el habla urbana subestándar, o las variedades empleadas por la población negra. Por otra parte la ampliación de la perspectiva, tendiente a la elaboración de un estudio de conjunto de la evolución de diferentes variedades regionales del español de la Argentina, que incluya a las que ya están en vías de estudio y se extiendan a otras nuevas, tales como el español cuyano o el de la zona central del país.

MARÍA BEATRIZ FONTANELLA DE WEINBERG

LOS GENTILICIOS DE LA MESOPOTAMIA (Misiones, Corrientes y Entre Ríos)

1. *Generalidades*

Además de atractivo, el tema de los *gentilicios* reúne ciertos aspectos que lo tornan polémico.

Cuando hablamos de *gentilicio* pensamos en los pobladores o habitantes de una localidad, de una región o de un determinado paraje topográfico. Pero cabe que nos preguntemos, ¿se trata sólo de habitar, o es menester (e imprescindible) ser oriundo? Veamos: Juan Pérez vivió el año pasado en Santa Fe; hogaño habita en Corrientes, y el próximo venidero sentará reales en Formosa. ¿Es lícito afirmar, entonces, que el año pasado era santafesino, que ahora es correntino, y que el año próximo será formoseño? Ante tales razonamientos, el interlocutor menos avezado indagará dónde nació y dónde se crió Juan Pérez. Justificada inquietud el querer saber tanto lo primero como lo segundo, porque si es válido el lugar de nacimiento, no lo es menos el de la crianza. Supongamos que Juan Pérez haya nacido en la ciudad de San Luis, y que a los pocos meses lo hayan llevado a vivir a Córdoba, en donde, sobrepasando la adolescencia, obtenga el título de bachiller, de maestro o de lo que sea.

En ese momento de su existencia, ¿cabe considerarlo puntano? ¿O corresponde que se lo declare cordobés? La respuesta pareciera obvia. Al pasar luego de una provincia a otra, según la hipótesis inicial, ¿va modificando su *gentilicio*? No; será un cordobés (o un puntano si se prefiere) residente en Santa Fe, Corrientes, Formosa . . .

Sutilezas aparte, demos por sentado que los pobladores de un lugar son oriundos de allí mismo. Lo cual es una realidad que atañe a la gran mayoría, si nos atenemos a las estadísticas.

El vocablo *gentilicio* ha tomado su raíz del sustantivo *gente*. De allí su definición y empleo.

El *gentilicio* es un adjetivo (con frecuencia sustantivado) que se refiere a la gente en relación con el espacio en donde vive o de donde proviene; quiere decir que cada adjetivo de esta clase nos está señalando una ecuación gente/espacio geográfico, la que conlleva implícita la ecuación gente/tiempo histórico; porque todo lo que se da en el espacio, se da fatalmente en el tiempo. Veamos, si no, qué estamos significando cuando decimos persa, caldeo, egipcio, celta, griego, germano, árabe, español, azteca, inca, araucano . . . En tal sentido debe tomarse la acepción de “perteneciente al linaje”, que nos da el Diccionario. En este punto se anudan, quizás, *gentilicio* y *patronímico*; por aquello de “cuna de su nacimiento” y “padre que le dio el nombre”. Pues si López es el hijo de Lope, González de Gonzalo, Núñez de Nuño . . ., no es difícil suponer que tanto Lope como Gonzalo o Nuño fueran oriundos de un lugar ubicable en la geografía española, en donde fundaron o prolongaron estirpes, durante algún siglo del cabalístico medioevo.

De referirse a la gente, su origen o lugar de radicación, pasó a designar también los bienes espirituales y los objetos materiales poseídos por esa gente. Francés, v.gr., es el individuo y el pueblo de Francia; pero es adjetivo

que también puede aplicarse a la cultura, al arte, al idioma, al gusto, a la economía, al dinero, al comercio, a la geografía, a las piedras, al paisaje... de esa nación (cultura francesa, idioma francés, economía francesa, paisaje francés).

2. Nacimiento de los gentilicios

Para que se produzca un *gentilicio*, es necesario que exista previamente un sitio o paraje, región, país o continente, con población real o potencial. Dicho de otra manera, habiendo un lugar habitado o habitable, habrá un adjetivo que sirva para ubicar y caracterizar a los habitantes de ese lugar con sus autonomías y pertenencias. Ese adjetivo, según se infiere, es el *gentilicio* que les corresponde.

Decimos “gentilicio que les corresponde”, y enseguida se nos ocurre preguntar quién y de qué manera, en base a qué norma, determina que así sea. ¿Acaso los vecinos, los pueblos hermanos? ¿Por ventura las naciones rivales? ¿O los propios interesados?

Durante las guerras de la Independencia, contra España, nuestro pueblo no llamaba *españoles* a los soldados del Rey, sino *godos*. El *gentilicio* asignado aludía a la invasión y dominio de aquellos bárbaros, que sentaron reales en España en el siglo IV. Un anacronismo, como se ve; pero cargado de connotaciones.

Los alemanes han sido aludidos con diversos *gentilicios*, según fuera el grado de simpatía o antipatía con que se los juzgara: *germanos*, *tudescos*, *teutones*... y *alemanes*.

Los aliados de Hungría, en bélicas contingencias, han calificado de heroicos *magiares* a los soldados de aquella nación; los enemigos, en cambio, los habrán llamado

simplemente *húngaros*, o quizás de otra manera que desconocemos.

La historia dice cómo llamaban y por qué a los habitantes de una u otra región del mapa (del mapa entonces conocido). A menudo encontramos en sus páginas la expresión "eran llamados...", y seguidamente la explicación: "se los llamaba así por...". Buen ejemplo nos lo suministran los *bárbaros*, que no eran mucho más brutales en sus costumbres que los *griegos*, que fueron quienes les asignaron ese nombre. Se trataba de gente que no hablaba el griego, simplemente; es decir, de gente extranjera, de otro idioma. Como en no pocas circunstancias (dada la hegemonía de Grecia), se veían en la necesidad de mantener relaciones con aquel pueblo, procuraban hacerse entender, para lo cual apelaban a lo que hoy denominaríamos griego básico. Su pronunciación era tan defectuosa, que sus interlocutores los tomaban a risa. Y así, en son de burla, los apodaron *bar-bar-bar* en un remedo de su mala pronunciación. De allí, fácil es deducirlo, devino el *gentilicio* que los identificaba. Naturalmente que ellos ni lo reconocían por tal, ni lo utilizaban para nada. Andando el tiempo, los romanos y los pueblos romanizados emplearon el mismo vocablo para referirse a los extranjeros; es decir, a las gentes que no hablaban en latín. Y dado que los pueblos que estaban del otro lado de las fronteras del Imperio Romano, eran germanos (visigodos, ostrogodos, vándalos, suevos...), se comprende el desplazamiento semántico que nos condujo a la más corriente de las acepciones actuales del vocablo.

Para cada pueblo es válido, sin duda, el *gentilicio* por él creado y difundido. Es necesario no perder de vista este carácter: el *gentilicio* es una creación popular; por lo tanto, tradicional, y anónima. No se sujeta a norma. Si hay alguna imposición, es la del gusto o prefe-

rencia del pueblo. Veamos lo que sucedió en nuestro país con el habitante de Santa María del Buen Ayre, luego Buenos Aires. Por tratarse de un puerto y desarrollarse su más intensa actividad comercial, social, artística y deportiva en la zona de la dársena y barrios aledaños, fue llamado y se llamó a sí mismo *porteño*. En cambio, al poblador de Puerto de la Cruz (Canarias) se le llama *portero*. Agreguemos, aunque es notorio, que el habitante de Puerto Rico (Islas de las Antillas, actualmente posesión de Estados Unidos) es *portorriqueño*. Y el Diccionario nos indica que *portuense* es el *gentilicio* de "cualquiera de las ciudades denominadas Puerto".

3. Raíz y sufijo

Está probado que la mayoría de las creaciones, en materia lingüística, se produce en los niveles medios e inferiores; es decir, que su difusión y generalización en el habla registra un desplazamiento diastrático de abajo arriba. Sin embargo, hay algunas que nacen en el nivel culto; lo que también ocurre en el campo de los *gentilicios*. Cuando esto sucede, es imprescindible que descienda a las capas intermedias e inferiores, para que se consagre; de lo contrario, carecerá de vigencia (será sólo un producto de gabinete, restringido a una minoría pensante). Un ejemplo de esto nos lo suministra Alcalá de Henares, cuyos habitantes (con sus bienes y posesiones) son denominados *complutenses*. Tanto el sufijo como la raíz de este *gentilicio* denuncian un origen intelectual (en época de la dominación romana, esta ciudad española se llamó Complutum). El hecho de que haya perdurado a través de largo tiempo, y de que sea de universal empleo, es un indicio de aceptación; pero cabe preguntarse: ¿hasta qué punto es popular? ¿Lo es en la propia población?

Reparemos en estos otros casos en los que el *gentilicio* denuncia también un origen intelectual: *regiomontano*, de Monterrey; *hidrocálido*, de Aguascalientes; *mejiquense*, del Estado de Méjico (a diferencia del *mejicano*, de la ciudad).

Regiomontano e *hidrocálido* se han formado tomando el significado y no la estructura del nombre; *mejiquense*, cuyo sufijo configura un cultismo, lo es hasta en la intención diferenciadora, toda vez que los capitalinos han reservado para sí el tradicional y eufónico *mejicano*, dejando el otro para quienes están fuera de la Capital, si bien dentro del Estado.

Hidrocálido reviste, además, un toquecito de humor muy mejicano; pero tan intelectualizado como el tipismo de exportación.

Decíamos que la creación de *gentilicios* no está sujeta a norma. Y así es; pero pongámonos de acuerdo: no está sujeta a norma en cuanto al nombre propio y su derivación para formar el adjetivo pertinente; sí lo está en lo que atañe al procedimiento gramatical. En los casos anteriormente enunciados tenemos la pauta: *complutense* se ha hecho derivar del nombre antiguo (latino) de Alcalá de Henares, y no de éste; *porteño* deriva de Puerto, nombre que servía para diferenciar el puerto que propiamente dicho de la ciudad de Buenos Aires (antiguamente, de la Santísima Trinidad); *portero* deviene de uno solo de los componentes del nombre de la ciudad canaria de Puerto de la Cruz; *portorriqueño*, en cambio, deriva de los dos componentes de Puerto Rico, como si se tratase de una sola palabra.

Ahora bien; tomemos uno de esos *gentilicios* para observar cuál ha sido el procedimiento gramatical de la derivación. Si elegimos *portero*, comprobamos que a la raíz de *puerto* se le ha añadido el sufijo *ero*; pero advertimos algo más: la raíz *puert* se ha modificado en *port*.

según la norma gramatical que señala que al desplazarse el acento de una sílaba con diptongo *ie*, *ue*, el diptongo se convierte en una sola vocal: *e*, *o* (para lo cual se da también una razón etimológica); v.gr.: de *pedra*, *pedrada*; de *hielo*, *helado*; de *pueblo*, *población*; de *mueble*, *moblaje*.

De los mismos ejemplos extraemos otra observación: el sustantivo puerto derivó en *porteño*, para uno de los *gentilicios*; para el otro, en *portero*. Dos terminaciones diferentes, según gusto y preferencia de los usuarios respectivos. La elección es libre; pero no se aparta de la tendencia natural del idioma, en lo atingente a derivación. En nuestro país se dan seis sufijos entre los más utilizados para la formación de los *gentilicios*, a saber: —*ano*, —*ino*, —*ense*, —*eño*, —*ero*, —*és* (entrerriano, correntino, chubutense, salteño, misionero, cordobés).

Nos hemos aproximado al punto que más nos interesa: la vigencia y el empleo de los *gentilicios* que se refieren a las tres provincias de que vamos a ocuparnos, sus zonas, parajes, pueblos y ciudades.

La base de este trabajo es el estudio sobre *Los gentilicios en Misiones*, que la UNAM tuviera a bien editarnos en 1982. Nuevos aportes, unidos al interés que despertara en la región el tema y su tratamiento, nos llevaron a ampliar la investigación de campo hacia Corrientes y Entre Ríos; es decir, a incluir en este estudio la variada geografía sobre la que se cierra el "fresco abrazo de agua" de los ríos Uruguay y Paraná: la Mesopotamia.

Anotemos, de entrada, que cada una de las tres provincias que integran la Mesopotamia forman su gentilicio con un sufijo diferente: de Misiones, *misionero* (-ero); de Corrientes, *correntino* (-ino); de Entre Ríos, *entrerriano* (-ano). Luego, la singularidad que, de las tres, sólo Corrientes denomina a su capital con el mismo

nombre de la Provincia. También las tres capitales forman *gentilicios* de diferente terminación: de Posadas, *posadeño* (-eño); de Corrientes, *correntino* (-ino); de Paraná, *paranaense* (-ense) y *paranacero* o *paranasero* (-ero) en el habla de los pobladores.

Como vemos, en los *gentilicios* de las tres provincias y sus capitales se registran cinco (5) de los seis (6) sufijos habituales en el español de los argentinos.

4. *Gentilicios y toponimia*

El estudio de los *gentilicios* guarda estrecha relación con el de la toponimia. Porque se trata de ubicar primero a las distintas zonas o parajes (con sus peculiaridades topográficas), a los núcleos poblados (grandes o pequeños), para luego establecer cómo se llaman o cómo son llamados los respectivos habitantes con sus autonomías y pertenencias. Damos por cierto, según dijéramos anteriormente, que esas personas son oriundas del lugar en donde habitan. De esa manera, eludiremos suspicacias.

Recordemos que hablábamos de lugares habitados o habitables; es decir, con población real o potencial. En este sentido, aunque actualmente no haya población estable en torno de los saltos del Moconá (en Misiones), por ejemplo, es dable que imaginemos un futuro demográfico de relativa densidad. Sean diez, veinte, cien o mil, de alguna manera se los adjetivará para situarlos o diferenciarlos de la gente de otro lugar. Quizás a alguien se le ocurra decir *moconenses*, y sea aceptado; aunque pienso como más probable que la ocurrencia inicial (luego ampliamente difundida) sea *moconeros* o *moconeños*. Por aquello de que *-ense* es un cultismo, mientras que *-ero* y *-eño* son sufijos de manifiesta índole popular.

En tr en de suposiciones, trascendamos los límites de nuestro pícaro mundo para proyectarnos a los aledaños astrales (sin salirnos todavía de la modesta galaxia que nos contiene). All  nom s está la Luna, de cuyos imaginarios habitantes y sus cosas diremos que son *selenitas* (del griego Sel nion); más lejos está Marte, con sus reales o potenciales *marcianos*, y poco más allá nos encontramos con Venus y sus virtuales *venusinos*. . . Claro que tales *gentilicios* se los hemos aplicado nosotros, desde acá; habría que ver si ellos los aceptan.

Retornemos de este breve pero fantástico periplo a nuestra tierra del sur americano, y dentro de ella, a la Mesopotamia. Comencemos por considerar el *gentilicio* de esta región: *mesopotámico*, *a*. Anotamos, como hecho singular, la preferencia de una terminación at pica respecto del uso habitual en la Argentina; es decir que, en lugar de haber tomado alguno de los seis sufijos usuales entre nosotros, ha tomado *-ico*, a la manera de *hispanico* (de Hispania: España) o de *británico* (de Gran Bret a).

Proseguimos con otros dos gentilicios de región: *litoral o* y *norteño*. Ambos nos competen, al menos a los *misioneros*. No cabe duda de que estamos todos en el Litoral; pero se torna en cambio discutible la aplicación de *norteño* para los *entrerrianos*, porque Entre Ríos está casi sobre la mitad de la República Argentina. Acotemos, luego, que *norteño* en el consenso nacional se refiere al habitante del noroeste. Quizás para nosotros (los *misioneros*) sea más propio *nordestino*, que alguna vez escuchamos en boca de un poblador.

Nórdico, muy usual para referirnos a ciertos pueblos europeos, no tiene aplicación para los de nuestra geografía.

Así son de imprecisas estas denominaciones.

5. *Enunciados básicos*

Llegados a este punto, conviene que formulemos algunos enunciados básicos:

a) La formación de gentilicios es totalmente libre, tanto en su raíz cuanto en su terminación.

b) Seis son las terminaciones preferidas en el español de la Argentina, según hemos visto: *-ano*, *-ino*, *-ense*, *-eño*, *-ero*, *-és*; sin embargo, puede ser cualquiera, como lo hemos constatado en el caso de *mesopotámico*. Recordemos, al respecto, otros sufijos que se han usado a través del tiempo, y que se usan actualmente en diversas partes del mundo: asirio, caldeo, celta, griego, egipcio, israelita, ruso, polaco, suizo, alemán, español...

c) *-ense* es un cultismo (del lat. *-ensis*); por lo tanto, es una terminación que no goza del gusto popular, y suele ser fácilmente reemplazada.

d) La libertad de crear implica la libertad de *no* crear; significa que hay lugares en donde no se ha acuñado ningún *gentilicio* (y quizás nunca se acuñe).

e) Para que un *gentilicio* se arraigue y difunda hace falta tiempo (50 ó 60 años no son nada).

6. *No es cosa de inventar*

De lo dicho se infiere que hay lugares que no poseen *gentilicio*, lo cual no debe preocupar a sus pobladores. Si no se ha producido, es porque no hace falta; o sea, porque no se experimenta la necesidad de poseerlo. Lexicalmente, los vocablos nacen por necesidad; tienen vigencia mientras esa necesidad subsiste, y desaparecen del diario comercio del habla, cuando su empleo se torna superfluo, o cuando otros vocablos los sustituyen.

Un maestro de prestigiosa trayectoria me ha confesado la preocupación que se originó en su medio por igno-

rar ellos de qué manera deban llamarse. Me consultó al respecto. Le aconsejé que no se inquietaran. Si ellos no lo saben, es porque no existe, y si no existe es porque no hace falta. En nada desmerece al lugar ni a sus habitantes.

No se trata de inventar ahora un *gentilicio* para cada localidad, sitio o paraje. No tendría objeto, carecería de autenticidad y arraigo, y difícilmente alcanzaría la necesaria difusión.

7. Himnos y proclamas

Recordemos algunas etapas, ciertos momentos difíciles de la historia de nuestros pueblos, y nos encontraremos con himnos (o marchas patrióticas) en cuyos versos aflora el *gentilicio* auténtico como ineludible reclamo. ¡URUGUAYOS: *la patria o la tumba!*, expresa el himno de la República Oriental; el del Paraguay, ¡PARAGUAYOS: *república o muerte!*, y el nuestro dice *Al gran pueblo ARGENTINO ¡salud!* en sus versos cantables, y en la parte que hoy se omite, encontramos: *A vosotros se atreve, ARGENTINOS...*

Otro tanto ocurre con las proclamas bélicas y políticas. Y cuando digo proclama, digo también comunicación, manifiesto, pacto, tratado y todo otro documento de similar estilo.

En un manifiesto dado en Cádiz ante el avance de los franceses, leemos: *Animo pues GADITANOS, el enemigo no es muy temible y nos consta que podemos vencerlo...* (1810). Notamos dos cosas: 1º) el *gentilicio* de los habitantes de Cádiz se ha formado sobre la raíz de Gades, antiguo nombre de la ciudad; 2º) se le daba valor de nombre propio, lo que se verifica asimismo en otros textos del siglo XIX.

En una proclama producida por alguien que se identifica como ciudadano mendocino, encontramos: *MENDOCINOS patriotas. El que os habla tiene el honor de apellidarse con este honroso título. Ya sabéis que el pueblo CHILENO [...] ha realizado la remisión de 500 hombres de tropa veterana...* (1811).

En 1817, el General San Martín exhorta a los hermanos trasandinos en estos términos: *¡CHILENOS generosos! Corresponde a los designios de los que arrostran la muerte por la libertad de la patria.* Al año siguiente se dirige, de modo similar, a los *LIMENOS* y habitantes de todo el Perú.

Ya en plena lucha por la autonomía de las provincias, el general Francisco Ramírez endilga a sus comprovincianos una proclama que comienza en esta forma: *ENTRERRIANOS, un día grande estaba reservado para demarcar nuestras glorias.* (1821).

En cuanto a lo que estaba sucediendo en nuestras tierras del N.E., tenemos el llamado Pacto de "La Cruz", del 19 de abril de 1830, del que extraemos el siguiente trozo: *Depositán los ARGENTINOS MISIONEROS el derecho que tienen al territorio en el Exmo. Gobierno de Corrientes para que mantenga la integridad de ellos...*

Por último, para no abundar demasiado, estas expresiones de Felipe Arana en respuesta de las pretensiones de Inglaterra: *Y por todo lo expuesto el Gobierno ARGENTINO declara al de su Majestad BRITÁNICA [...] y que por lo tanto, no reconocerá en el Gobierno BRASILEIRO...* (1851).

(En todas las citas, lo que está compuesto en mayúscula nos pertenece).

Hemos visto, en un pantallazo histórico que abarca de 1810 a 1851, algunos testimonios de *gentilicios* uti-

lizados por una necesidad expresiva que no ofrece dudas. De la misma manera fueron surgiendo los *gentilicios* del interior de la República, hoy existentes; quiero decir por necesidad.

Creo oportuno hacer referencia, en ese punto, a nuestra acción descolonizadora en las Malvinas, acción que produjera —como bien sabemos— la agresión de Gran Bretaña y la consiguiente lucha armada. Hubo, entre otras manifestaciones, una convocatoria que se escuchó con insistencia en esos días, a través de la radio y la TV, en esta última con imágenes de inobjetable composición. Música y versos (*jamás nos han vencido / jamás nos vencerán*) se cerraban con una exhortación vibrante: *ARGENTINOS ¡a vencer!* No hace falta que señale el valor del *gentilicio*.

8. *Entre adeptos, partidarios y seguidores*

Los naturales de San José de Costa Rica son *josefinos*; como también lo son las pertenencias de esa ciudad (ciudad y cantón), nos dice el Diccionario. También el Diccionario nos da otras dos acepciones: 1) la de seguidores de personajes históricos llamados José; 2) la de miembros de congregaciones de personas devotas de San José.

En Corrientes y Entre Ríos hay varias localidades denominadas San José, a solas o con un aditamento; en Misiones hay una sola. No tenemos noticia de que para alguna de ellas exista el *gentilicio josefino, a*.

Pasemos ahora a un hombre público, un tribuno epónimo de una localidad misionera: Leandro N. Alem. Es frecuente escuchar *alemnista*, en el ambiente deportivo: el equipo o la escuadra *alemnista*. La terminación *-ista* significa profesión, oficio, ocupación, por un lado, y por otro, parcialidad, adhesión. Esta última ha sido hasta ahora

la acepción de *alemnista*. De aquí en más puede ir afirmandose como *gentilicio* de los pobladores de Leandro N. Alem y sus autonomías. No sabemos si ello ocurrirá. La terminación atípica no es por sí sola un impedimento. Tampoco lo es la existencia de otra u otras acepciones para la misma forma.

Hace poco me encontré con un colono radicado en aquella jurisdicción. Procuré sonsacarle:

—Nosotros, por ejemplo, que somos de Oberá, nos llamamos obereños —le dije, tratando de orientarlo.

—No, señor; yo soy de Leandro Alem —me replicó con viveza—. Nosotros somos derechos: tenemos un solo nombre. Ustedes son como los brasileños, que tienen dos.

Con respuesta tan singular, mi entrevistado corroboraba, sin saberlo, la inexistencia de un *gentilicio* para Leandro N. Alem.

Lo mismo que con *alemnista* acaece con *yrigoyenista*, si bien no hemos obtenido ningún registro directamente del habla. Hay dos localidades con el mismo nombre; pero una memora a Bernardo, y la otra, a don Hipólito.

Ignaciano es el seguidor de San Ignacio; el que practica sus ejercicios espirituales; el que pertenece a la Compañía de Jesús, orden por él fundada. Presuntamente se llama así el habitante de San Ignacio, ex-reducción y residencia de Horacio Quiroga. En otro sector, tenemos *alberdiano*: el que es afecto a las teorías y al pensamiento de Juan Bautista Alberdi. Los habitantes de la localidad que lleva este nombre, podrían denominarse de igual forma. O quizás *alberdinos*, que es como se denomina a los entrerrianos procedentes del núcleo poblacional denominado Alberdi.

El sufijo *-ano* es corrientemente usado en la formación de *gentilicios*, según lo hemos señalado repetidas veces. Además, es uno de los más antiguos, al punto de

que aparece en el vocablo *castellano*, inserto en el Poema del Cid, como nos lo recuerda Antonio R. Turi¹. Pero también es sufijo que denota seguidor o adepto, de acuerdo con lo que recientemente dijéramos de San Ignacio y Alberdi: *ignaciano*, *alberdiano*. A este respecto, Turi agrega *urquiciano* y *ramiriano*, si bien “los habitantes de las localidades de la provincia llamadas Villa Urquiza, Estación Urquiza y Villa Ramírez no son denominados con aquellos gentilicios”².

9. *Una encuesta*

Los teóricos extranjeros recomiendan acudir a la encuesta, para este tipo de investigaciones. A tal propósito, suelen elaborar un cuestionario simple, al que se responde en forma concisa e indubitable (a veces, sólo por sí o por *no*).

Entre nosotros, en el interior de la República, una encuesta suele significar una experiencia fallida. Primero, porque las respuestas son escasísimas; luego, porque los encuestados que responden, lo hacen con el afán de demostrar que “saben”. Y aquí es donde inducen a error: a menudo contestan según suponen que “debe ser”, y no como es en realidad.

Con todo, intentamos una encuesta, en un ámbito limitado. Pocas las preguntas y muchos los encuestados, como aconsejan los expertos. Estas fueron las preguntas; solamente cuatro:

- a) ¿Cómo se llama la localidad o el lugar geográfico en donde vive?

1. Turi, Antonio Rubén: *El castellano en nuestros labios*, Ediciones Colmegna, Santa Fe, 1971. ‘Gentilicios Entrerrianos’. VI p. 34.

2. *Ibidem*, p. 35.

- b) ¿Cuánto tiempo hace que vive allí?
- c) ¿Conoce su *gentilicio*? ¿Cuál es?
- d) ¿Ha escuchado otra forma, sea con valor afectivo, sea con sentido humorístico?

Más que cartas me llegaron voces. Voces de adhesión, voces de aliento, las que he agradecido y agradezco cumplidamente.

10. *Los que vivimos en Misiones*

Los que vivimos en Misiones somos *misioneros*. No desconozco que hay gente en la Provincia que defiende el uso de *misionense*, basándose en lo que ellos consideran una razón lógica irrefutable. Sostienen que *misionero* es el religioso que ejerce su apostolado, sea donde fuere, y que para diferenciarlo de aquél, el habitante de Misiones debe llamarse *misionense*. Olvidan que el lenguaje carece de lógica (por fortuna). Y luego, que poco importa y nada le quita al *gentilicio* el ser homónimo de otro vocablo, de cualquier categoría y significado que sea. Nos lo demuestra un ejemplo que ya hemos utilizado, el de *portero* como habitante de Puerto de la Cruz (Canarias). La Academia Argentina de Letras, que tomara cartas en el asunto a pedido de calificados contendientes, agrega otros ejemplos, a saber: *aguileño* (Águilas, Murcia), *almendrero* (El Almendro, Huelva), *molinero* (Arroyomolinos de León, Huelva), *barroso* (Barro, Pontevedra), *buñuelero* (Buñuel, Navarra), *campanero* (La Campana, Sevilla), *carbonero* (Carboneras, Almería), *pajare-ro* (Pajares, Zamora), *pollo* (Pollos, Valladolid), *conejero* (Vivaconejos, Madrid), *freilero* (Fraile, Jaén). No creo que ni los *aguileños*, ni los *barrosos*, ni los *carboneros*... se sientan menoscabados por coincidir sus gentilicios con atributos físicos o profesiones humildes. Por otra parte, casi siempre el contexto evitará confusiones.

Durante no años sino siglos, se empleó *misionero* sin dudas ni titubeos de ninguna especie. Hasta que de alguna forma, por algún motivo quizás extralingüístico, se plantea la cuestión y surge la polémica con inesperado pasionismo. Se llega a increíbles extremos, como el de arrojar volantes en las calles. Uno de ellos es el que reproducimos seguidamente, digno de tomarse en cuenta, más que por la fuerza de su argumento (menos consistente de lo que su autor suponía), por su valor testimonial: *A los hijos de Misiones y público en general / NO CONFUNDIR MISIONERO CON MISIONENSE / SAN MARTIN MISIONENSE Y MISIONERO DE LA LIBERTAD / Misionero es el hombre que predica sin distinción de culto y nacionalidad y que anda con una misión.* Sigue la firma, número del documento de identidad y dirección; rasgo de coraje y honestidad que nos parece laudable, pese a la insensatez que entraña.

La polémica alcanza su más alta temperatura entre los años 68-69. Es entonces cuando la señora Carmen C. G. de Lampugnani, que desempeñaba el cargo de Directora de Cultura (si no me engaña la memoria) solicita y obtiene de la Academia Argentina de Letras un dictamen que a su pedido es publicado en la edición del 28 de diciembre de 1969 del diario *El Territorio*. Poco después, la Academia de Letras tiene a bien enviarme una copia de ese dictamen, que he reproducido textualmente en *Las figuras del habla misionera*, Colmegna, 1975. Según se infiere de lo antedicho, el autorizado organismo se pronuncia por *misionero*, basándose en contundentes razones de carácter histórico y socio-lingüístico. El curioso lector puede consultarlo in extenso en mi libro o en la citada edición de *El Territorio*.

Considero que es ocioso proseguir la discusión. Para mí no existe la menor duda de que el pueblo ha preferido y prefiere el uso de *misionero*. Lo escuchamos y lee-

mos cotidianamente. No hace mucho se representó, en escenarios de la Provincia, *Medea* de Jean Anouilh. ¿Qué grupo o conjunto teatral la representó? “La Comedia *Misionera*”. De tanto en tanto se realizan carreras de auto, en uno u otro circuito; entonces oímos hablar de automovilismo *misionero* y de la Asociación *Misionera* de Automovilismo Deportivo. Si nos referimos al panorama que nos ofrecen las bellezas naturales, las involucramos en la expresión “paisaje *misionero*”. Nuestra música es “música *misionera*”. Hay una hermosa canción titulada “*Misionerita*” (de Lucas Braulio Areco), ¿se imaginan lo que sería llamarla “*Misionensita*”?

Si bien damos por cerrada la discusión, y denunciamos por inútil la polémica en torno de nuestro *gentilicio*, admitimos: 1º) la posibilidad de un cambio, ya que nada es definitivo en materia lingüística, y 2º) la libertad de cada hablante para utilizar una u otra forma, de acuerdo con su criterio.

11. *Posadeño*

Continuamos con la capital de la Provincia, cuyo *gentilicio* es tradicional, se muestra firmemente arraigado y goza de general aceptación entre propios y extraños. Su condición capitalina, su antigüedad, le confieren particular prestigio, pese a que el nombre de Posadas provenga del Primer Director de las Provincias Unidas del Río de la Plata, quien no favoreció, que digamos, la autonomía de Misiones.

En época no muy lejana (y poco feliz) ese punto geográfico se denominó “Trinchera de los Paraguayos”, nombre que los brasileños cambiaron, al ocupar el sitio, por el de “Trincheras de San José”. Traigo a colación este dato histórico, no para ilustrar a los lectores (que sin duda lo conocen) sino para llamar la atención sobre

la posibilidad de que se hubiese preferido para el núcleo que a partir de allí se fue desarrollando, el *gentilicio* de *trincerinos* o *trinchereños*, y que ese *gentilicio* subsistiera no obstante el cambio posteriormente impuesto por decreto en homenaje al Director Gervasio Antonio Posadas. Porque, si con mucho más tiempo a sus espaldas, Alcalá de Henares mantuvo para sus hijos el de *complutenses*, originado, como vimos, en el nombre que la ciudad tuviera en época de la dominación romana . . . , bien podría haber ocurrido otro tanto con Posadas, ex-Trincheras.

Pero no ocurrió. Y es sabido que en lingüística de nada vale el "hubiera sido" o "debió ser". Las conjeturas no cuentan.

El caso es que prevaleció *posadeño* y es el *gentilicio* que hoy se usa, tanto en Posadas como en cualquiera otra parte de la Provincia y fuera de ella. Pero aun hay algo más: el prestigio y atracción de la capital (por el solo hecho de serlo), la difusión y eufonía de su *gentilicio*, han obrado y continúan obrando a manera de pauta. Tanto es así, que cuando surge la necesidad de resolverse por una u otra forma para designar a los habitantes de una población nueva o de un sitio recientemente colonizado, se prefiere aquella terminada en *-eño*, siempre que la estructura del vocablo lo permita.

12. *En torno de la toponimia*

La toponimia comprende, como se sabe, no sólo los lugares geográficos sino también los núcleos poblados; es decir, lo que es obra de la naturaleza y lo que ha sido creado o modificado por el hombre. Los *gentilicios* guardan estrecha relación con la toponimia, según lo hemos anticipado. De allí que optemos por seguir este camino, toda vez que el asunto lo requiera.

Con el manejo de mapas, censos, estadísticas, hojas de ruta . . . podemos obtener el nombre de la mayoría de las poblaciones, colonias, picadas o accidentes geográficos de la Provincia. Tras una rápida lectura de esa nómina advertimos que cabe un ordenamiento en tres grupos, a saber: 1) de origen tradicional español, entre los que predominan los de carácter religioso (Corpus, Santa Ana, Eldorado, San Ignacio, El Alcázar . . .); 2) de origen guaraní (Iguazú, Capióví, Cuñá Pirú, Oberá, Yabebirí . . .); 3) de carácter histórico (San Martín, Andresito, 25 de Mayo, Alberdi, Leandro N. Alem . . .).

Esta clasificación no incide en las preferencias respecto de la terminación de los *gentilicios*. La elección sigue siendo tan libre como siempre. Al hacerla nos ha guiado un propósito didáctico, exclusivamente; es decir, la intención de identificar mejor a las poblaciones, ubicarlas en el tiempo (si fuere necesario) y conocer el origen y procedencia de su nombre.

13. *Eldorado y Oberá*

Comenzaré con las dos ciudades que se disputan, dentro de Misiones, la primacía demográfica y urbanística. La más antigua es Eldorado, fundada en 1919 sobre el Alto Paraná; de allí que no sea extraña la referencia localizadora, cuando se la nombra. Víctor D. Verón, en el editorial del número aniversario (septiembre-octubre de 1978) de su revista *Eldorado*, escribe: "En el mes aniversario de Eldorado, expresión de prosperidad *altoparanaense* . . ." (La letra en bastardilla nos pertenece). *Altoparanaense* es un *gentilicio* que los habitantes de Eldorado comparten con los pobladores de toda la zona ribereña del Alto Paraná.

De acuerdo con la clasificación toponímica que hicieramos anteriormente, Eldorado pertenece al grupo de

localidades con nombre de origen tradicional español. Es un magnífico testimonio de la imaginación de aquellos soldados que protagonizaron la empresa del Descubrimiento y la Conquista. Fantasía y ambición se aunaban en la búsqueda de la ciudad soñada, asiento del bienestar y la riqueza. En la citada edición de la revista *Eldorado* se inserta un romance del que es autor el Dr. José Manuel Cardozo. Al aludir a la conformación de la ciudad, edificada a lo largo de una avenida a la que se diera el nombre de San Martín, expresa:

Con ella eldoradenses
quisieron eternizar
al gran Padre de la Patria . . .

El uso ha popularizado *eldoradense*; la tradición lo ha afirmado. No es de las terminaciones preferidas, por tratarse, como dijéramos, de un cultismo de origen latino; sin embargo, se ha impuesto y difundido en amplitud. No tenemos noticia de que exista otra forma que le haga competencia con posibilidades de cambio. El periodismo lo utiliza sin titubeos. Quizá no incida en su estructura la influencia capitalina por dos motivos: 1) la distancia; 2) la atracción de *altoparanaense*, de antigua data y de notable vigor expresivo.

Pasemos ahora a Oberá, cuya grafía debió ser *Overá*, pues la fonética guaraní carecía del sonido bilabial *b*, salvo en el fonema nasalizado *mb*: *mburucuyá*, *mbotaví*, *mbaracá*. Debió ser, pero no fue . . .

Oberá emergió al consenso de los pueblos misioneros en 1928. Adquirió un prodigioso ritmo de crecimiento, lo que hizo que atrajera la mirada y concitara el interés de la gente de toda la Provincia.

Cuando llegué a Oberá, en 1958, a sus habitantes se les llamaba *oberenses*. Allí me radiqué con mi familia,

me integré y fui un *oberense* más, sin duda alguna. Al poco tiempo comenzamos a escuchar *obereño*, forma que fue alternándose con la primera, hasta imponerse casi por completo. Actualmente goza de indiscutible preferencia, al menos en la zona centro. *Oberense* no ha desaparecido del todo; pero acusa una marcada línea declinante.

La preferencia por *obereño* reconoce dos motivos: uno de ellos es el varias veces mencionado rechazo a la terminación *ense*, de origen culto; el otro, la influencia poderosa del *gentilicio* de Posadas. Poderosa, no sólo por la proximidad geográfica, sino también (y principalmente) por un espíritu de competencia emanado del impetuoso progreso que ha hecho de Oberá la más importante población del interior misionero. Si de Posadas, *posadeño*, ¿por qué no habría de ser *obereño* el *gentilicio* de Oberá? Pues si aquella era la capital de la Provincia, Oberá venía a serlo de toda una área de producción variada y abundante, rodeada de imponente vegetación selvática; es decir, venía a ser la "Capital del Monte". Estas infu-las se explican por el rápido y significativo desarrollo de aquel núcleo poblacional de 1928, que en menos de tres décadas había alcanzado un alto nivel estructural y humano.

Sea como fuere, la forma que va camino de arraigarse, al parecer, es *obereño*. Y digo "al parecer", porque en esta materia nada es seguro: un factor inesperado puede producir, en cualquier momento, un cambio de rumbo. Hay que estar preparado para las sorpresas. Por lo demás, se necesita tiempo: cincuenta o sesenta años no son nada para un *gentilicio*...

Permítaseme completar el panorama con una referencia a *oberaseros*, calificativo que pobladores de lugares vecinos solían aplicar a los habitantes de Oberá cuando alguna contienda deportiva exaltaba los ánimos; *genti-*

licio intencionado, que a mi entender sustituía y recordaba al mismo tiempo el apodo de *mandioqueros* con que se pretendía desmerecerlos.

14. *Ese otrora importante puerto*

Quizá porque se halla a mitad de camino entre Posadas y Oberá, en el cruce de dos rutas principales, me sienta ahora impulsado a ocuparme de esa ciudad que pudo ser mayor, y que hoy abandona la costa placentera y tranquila para asomarse al vértigo de los automotores que van y vienen por el asfalto, del interior a la capital de la Provincia y viceversa. Por allí hay que pasar para dirigirse a las dos ciudades más adelantadas del interior misionero: Oberá y Eldorado, y para llegar, más al norte de Eldorado, a la primordial atracción turística del N.E. argentino: las Cataratas del Iguazú.

Rafael Hernández, hermano del autor de *Martin Fierro*, se ocupa especialmente de Santa Ana en "Cartas misioneras". Era entonces el más importante puerto de este territorio, después de Posadas, y él le augura un futuro de progreso que no se produjo por algo que nadie podía prever: la ventaja del transporte automotor sobre el fluvial. Dice Rafael: "Candelaria y Santa Ana serán ciudades en menos tiempo que el que han necesitado Baradero, La Esperanza y San Carlos; porque tienen terreno más fértil, mayor variedad de productos, naturaleza más favorecida, población indígena diseminada en los alrededores y vía de comunicación más fácil y barata por sus excelentes puertos sobre el Río Paraná". (Carta VI).

No fue así. Por mi parte, sin crearme visionario ni mucho menos, le auguro una inesperada recuperación (después de la caída, por el ya señalado receso fluvial) en virtud de haberse recostado a la red caminera, favorable ubicación en el crucial empalme de dos rutas.

Me he apartado un poco del tema, a impulsos de mi preocupación por el destino de los *santaneros*. Y aquí pues, al decir *santaneros*, estoy manifestando la forma de su *gentilicio*, que corroboro con estos sugestivos versos dedicados a una de sus pobladoras, de sobresalientes cualidades, por lo que se aprecia:

Santanera santanera
dulce como rapadura

.....

Santanera santanera
oye esta copla galana:

“Si por tu amor me muriera
que me entierren en Santa Ana”.

15. *Cerro Azul*

Saltemos por entre riscos y maraña para adentrarnos en el paisaje hasta un lugar pródigo en bellezas naturales. Si fuera Sierra diríamos que habitan allí hermosas serranas, y hasta podríamos echar mano a las famosas “Serranillas” del Marqués; pero no es sierra sino cerro, lo que nos llevaría a pensar o suponer que sus agraciadas pobladoras son cerriles; pero no, que rudas y espantadizas no son, sino al contrario: dóciles y bonitas.

En fin, que a tan buen lugar ha correspondido un lindo nombre, y éste ha derivado en *gentilicio* donoso: *cerroazulero*. Ahora me dicen que se anda oyendo *cerroazuleño*, ya sabemos por influencia de quién. Sería una lástima que se consumara el desplazamiento, si bien el virtual sustituto no carecería de prestancia.

16. *San Javier*

Como la provincia es de reducida superficie, poco importa pasar de punta a punta, de costa a costa... Po-

co importa, digo, en lo que hace al tema que nos ocupa. El orden que estamos siguiendo responde a un reclamo práctico más que a un definido criterio metodológico.

Nos trasladamos, pues, a San Javier, población nacida merced al impulso fundacional de los jesuitas, en 1629. La existencia de una completa dotación de Prefectura en su puerto, y de un destacamento de Gendarmería en el ejido de su municipio, confiere particularidad al habla, por la influencia del personal de ambas instituciones, a menudo proveniente de otras provincias y de la Capital Federal. Esta influencia se deja sentir en el ámbito social; es decir, en los estratos medio y superior. Los estratos más bajos conservan en su habla caracteres que son comunes, en lo fundamental, al habla de los demás pobladores de la Provincia (lleísmo, leísmo, omisión de *s* al final de sílaba, etcétera).

Del trabajo realizado por la Sra. Gertrudis M. Ulrich de Holze (Instituto del Profesorado de la UNAM, 1978) obtenemos el siguiente dato: "El gentilicio más escuchado, el de uso corriente, es *sanjaviereño*. También se da, pero con menor frecuencia, *sanjavierense*...". No sabemos cuál fue el *gentilicio* originario; quiero decir, en tiempo de los jesuitas o poco después. Por algunas referencias, suponemos haya sido *sanjavierino*. A este respecto, la autora de la monografía asegura que actualmente no se escucha en el lenguaje oral; pero se registra sí "en escritos de antiguos vecinos". Para probarlo, reproduce el siguiente fragmento de un ensayo de carácter histórico elaborado por una maestra lugareña: "Los sanjavierinos gustaban llamar a su pueblo la llave del Alto Uruguay". (1895). La maestra, de apellido Truquín, era "nativa de la localidad y con profundas raíces aquí".

La señora de Holze nos dice que el *gentilicio* predominante es *sanjaviereño*, y que con menos frecuencia se emplea también *sanjavierense*. Me asiste el convenci-

miento de que este último ha tenido su primacía en una etapa anterior, hasta que se ha hecho sentir la influencia de *posadeño* como resultado de un contacto más asiduo, por el progreso de las comunicaciones: teléfono, correo, ruta . . . La tradición pudo hacer que se revirtiera a *sanjavierino*; pero esa tradición se vio turbada por el continuo ir y venir de gente de otra procedencia.

En cuanto a *sanjavielero*, que por nuestra parte habíamos registrado, la señora de Holze asegura que no se usa, apelando al testimonio de algunos vecinos por ella consultados. Sin embargo, en una carta recibida con motivo de un tema dialectal, precisamente, Alfonso Jaime Amaro me dice: "Debo aclararle que *sanjavielero* es el *gentilicio* que nos hemos impuesto los de allá . . ." (el subrayado me corresponde). Más adelante manifiesta que "el sanjavielero habla bastante correctamente el brasilero . . .". Estimo que en este punto está la clave de un uso que sin duda existe: el de *sanjavielero*. ¿Por qué no lo detectó la autora de la monografía? (lo cual no desmerece el trabajo, por descontado). Porque *sanjavielero* se ha de dar en un nivel libre de la influencia de las inmigraciones que se producen por razones de profesión, oficio o empleo (maestros, profesionales, personal de Prefectura y Gendarmería, empleados bancarios y de aduana); es decir, en otro nivel respecto del estrato en el cual la señora de Holze realizara su consulta.

Dado que la influencia brasileña es tan preponderante, resultaría extraño que no se dejara sentir también en este aspecto del habla . . .

La extensión con que nos hemos dedicado a San Javier se halla justificada por ofrecer su *gentilicio* cuatro posibles terminaciones, sin perjuicio de que sea una la que mantenga actualidad y vigencia: *sanjaviereño*, *-ense*, *-ino*, *-ero* (cuatro de las seis más comunes en español); caso único en la provincia, a mi entender.

17. *Aristóbulo del Valle*

Este es uno de los nombres de carácter histórico, condición que no suele ser percibida por el grueso de la población. Es el homenaje de Misiones a un político, un tribuno (como gustaba decirse entonces) de principios de siglo.

Núcleo de reciente origen, alberga en la actualidad a los descendientes de quienes fueron sus primeros pobladores, en buena proporción inmigrantes polacos, rusos, alemanes, japoneses. A ellos se agregaron brasileños y paraguayos, afluencia que ha continuado ininterrumpidamente (aunque en proporción variable) hasta nuestros días.

Me valgo, para tratar el *gentilicio* de esta localidad, del trabajo realizado por la Srta. Senda N. Engel (Instituto del Profesorado de la UNAM, 1978). Con referencia a la conformación demográfica, señala la autora que los residentes brasileños son mayoría (superan a los paraguayos); dato de particular significación para el estudio del habla, pues explica ciertos hábitos (uso de *desmanchar*, *cu digo*, *non tein yeito*, etc.). Aparentemente no nos sirve para explicar *aristobuleño*, que es el *gentilicio* predominante, porque la influencia brasileña tendría que manifestarse en la elección de un final en *ero* al modo de *brasileiro*; pero también es de su gusto la terminación *eño*, que se aproxima a la suya de diminutivo: *iño* (*inho*). Y no es extraño escuchar a un residente brasileño cerrar un poco más la *e* y pronunciar *aristobuliño*. Sin contar con que la terminación *ense* se da asimismo en Río Grande do Sul, cuyos habitantes son *riograndenses*.

Aparte del registro logrado por ella misma en la localidad (de donde es oriunda), la Srta. Engel realizó una encuesta "a un grupo aproximado de veinte perso-

nas”, en la que fueron entrevistados “maestros, profesores, estudiantes, comerciantes, empleados públicos y amas de casa”. La casi totalidad respondió que el *gentilicio* usado es *aristobuleño*. La mayoría admitió haber escuchado *aristobulense*; “pero muy poco”, y sólo en boca de personas cultas, sobre todo en discursos de circunstancia.

En la tercera pregunta de su encuesta indaga el porqué de preferir la raíz de Aristóbulo a la de Valle para la formación del *gentilicio*. Según se desprende de la curiosa respuesta obtenida, se reconocen dos causas: una de ellas, la exactitud con que *aristobuleño* señala el lugar y sus pobladores (opinión, como se aprecia, muy personal y subjetiva); la otra, la imprecisión que implica, a su vez, la palabra Valle, que se considera simple complemento de Aristóbulo, y como tal, especificación de un accidente geográfico que no existe. Un encuestado se creyó en la obligación de aclarar, al respecto, que la ciudad no está enclavada en un valle. . .

Naturalmente, se ha perdido conciencia del origen del nombre; con lo que desaparece el sentido de evocación y homenaje con que fuera impuesto.

Reflexiones aparte, digamos que de nuestra observación directa hemos obtenido la comprobación de que el vocablo Valle entra en la composición de sustantivos que designan entidades socio-económicas y firmas comerciales, entre otras *AGROVALLE*, *AUTOVALLE*, *MACOVALLE S.A.*, y como especificativo, en *MIEL DEL VALLE*, noble producto elaborado en el Km. 205. Es evidente, pues, que Valle no se desecha como denominación identificatoria, lo que podría inducir a la formación de un *gentilicio* sustitutivo del actual (que deriva de Aristóbulo).

Sea como fuere, no está todo dicho en este punto, toda vez que el *gentilicio* necesita tiempo para formarse y

afirmar~~se~~, según ya lo hemos manifestado; necesita bastante tiempo. . .

18. *Los apostoleños*

Digno representante de Misiones, honra y prez de la tierra colorada, es el pueblo de Apóstoles.

En la margen oriental del Río Uruguay, en la sierra del Tape, hoy territorio brasileño, Pedro Alfaro S. J. fundó en 1633 un pequeño poblado al que bautizó Natividad. Cinco años más tarde, los mamelucos lo destruyeron. Aquellos pocos sobrevivientes que se libraron del cautiverio, cruzaron el río, se adentraron unas leguas y refundaron la población, en las proximidades del Arroyo Chimiray y al sur de la reducción de San José. Era el 29 de junio de 1638; festividad de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo, en homenaje a los cuales le asignaron este nombre.

Con la expulsión de los jesuitas sobrevino el abandono y estancamiento, a tal grado que al cabo de dos siglos sólo quedaban algunas ruinosas viviendas en las que moraban muy pocos individuos, la mayoría de dudosa condición. Hasta que en 1897 se asientan allí doce familias: seis ucranianas y seis polacas. Número significativo el doce, y notable destino el de esas familias, si tenemos en cuenta el rápido desarrollo de la población y la prosperidad que alcanzó la zona en corto tiempo. Quizá en esos años comenzó a formarse el *gentilicio* que los distinguiría de los demás habitantes de Misiones. No tenemos la suerte de contar con los testimonios necesarios para conocer la trayectoria de ese *gentilicio*, de entonces a nuestros días; dicho en términos lingüísticos, para apreciar el panorama diacrónico en este aspecto del habla. Actualmente, el uso ha consagrado *apostoleño*; pero no sabemos si décadas atrás predominó algún otro, o si hubo

otro que compitiera con éste en el gusto de los pobladores. El caso es que hoy se escucha y se lee en todas partes *apostoleño*. Aquí tenemos, ocasionalmente, una información emanada de la Liga *Apostoleña* de Fútbol. Y ya sabemos de qué manera señala el deporte la preferencia popular.

El empleo de *apostoleño* es a la sazón amplio, difundido, y se nos presenta como bastante arraigado. No es ajeno, al igual que en otros casos anteriormente vistos, el atractivo de *posadeño*.

19. *Puerto Rico*

He aquí otro nombre formado por dos vocablos, de los cuales el primero (sustantivo) es el muy usado y tradicional *Puerto*. Si nos atenemos al Diccionario, el resultado sería *portuense*, *gentilicio* "de cualquiera de las ciudades denominadas Puerto". Y si no, podríamos pensar en *portero*, muy a lo español, o en el argentinísimo *porteño*.

Pero sucede que tanto el antiguo como el reciente poblador de esta ciudad han dejado de sentir como núcleo el sustantivo *Puerto*, y eliminándolo del habla cotidiana, han asumido el adjetivo *Rico* como único nombre. "Me voy a Rico", "En Rico tenemos un negocio", son expresiones que confirman el aserto. Esto nos induce a suponer que quienes así hablan se dicen *riqueños* o *riquenses*, por ejemplo. Alguien nos asegura que se prefiere *riqueños*, y pienso que así ha de ser; pero no he obtenido un testimonio indubitable.

20. *Montecarlo*

¿Cómo se escribe: Monte Carlo o Montecarlo? ¿Subsiste la polémica? ¿Es válida? ¿Lo fue en algún momen-

to? Importa saber cómo ha quedado el nombre en los autorizados registros de la Geografía provincial. Nos enteramos de que en el acta de fundación figura Montecarlo; es decir, un solo vocablo. Igualmente, en el decreto en virtud del cual se efectuó la división departamental de la Provincia (1956).

En principio, la polémica sobre la grafía del nombre es ociosa, como toda polémica de este tipo; pero a la postre, la determinación de escribirlo en un solo vocablo (composición perfecta) ha servido para definir el *gentilicio*. De otro modo, hubiera existido la posibilidad de que se partiera tanto de Monte como de Carlo.

Cabe una acotación aún, respecto del origen del nombre. Como todos los lugareños saben, el nombre proviene de su fundador, Carlos Culmey o Kulmey. El lugar escogido por éste para asentar el nuevo núcleo de población era un puerto denominado Retiro, al que los operarios le pusieron "Puerto de Carlo" por Carlos Seguin, un francés que era administrador del obraje allí instalado. La omisión de la *s* final es un rasgo común en la zona, y volverá a manifestarse cuando Culmey inaugure su poblado. Entonces se dirá Monte de Carlo por asentarse aquél en la parte de adentro, a unos cuantos metros del puerto; es decir, en donde la selva comenzaba a retomar su señorío. De Monte de Carlo a Monte Carlo es un paso corriente; luego, la unión de ambos términos para formar un solo vocablo.

En lo que hace al *gentilicio*, vuelve a ocurrir algo semejante a lo ocurrido con el de Oberá: en un momento dado conviven *montecarlense* y *montecarleño*. Actualmente predomina este último por influencia notoria de *posadeño*. Aún se escucha *montecarlense*, pero en una proporción menor.

21. *Capioví*

El profesor Renato Luft ha editado un ensayo elaborado con método, idoneidad “y con el interés apasionado de un descendiente de los protagonistas de la historia” (M. O. Guerra: Palabras de presentación).

El profesor Luft procura establecer el origen del nombre Capioví. “En cuanto a la etimología de esta palabra —expresa— podemos decir que posiblemente CAPIOVÍ deriva de dos vocablos de la lengua guaraní: KAPI' I HOVY, que traducido al castellano significa: KAPI' I, paja o pasto alto; HOVY, verde. Es decir, paja o pasto verde”. Más abajo añade: “No hemos podido constatar quién puso el nombre de Capioví a esta localidad. Lo más probable es que los guaraníes o quizás algún viajero haya dado ese nombre al arroyo, que corre por la margen Norte del Pueblo. Y decimos al arroyo ya que por aquellos tiempos todo era selva y el único accidente geográfico existente en el lugar y al que tenía sentido darle un nombre, era el mencionado arroyo Capioví. Cuando se inició la colonización de la zona, ésta pasó a denominarse en forma homónima”. (De *Capioví*, de Renato Luft, Ed. Montoya, Posadas, 1981).

Se nos aparece como muy significativo el dato de que inicialmente el nombre se le hubiera asignado a un accidente geográfico. Es un hecho que se repite constantemente: el accidente geográfico es epónimo de la colonia o población fundada en su seno o en su proximidad.

En fin, ¿cuál es el *gentilicio* de Capioví? No lo dice el autor del ensayo, ni hemos hallado nosotros un dato cierto, indubitable. Aun más: presumimos que no lo tiene; si bien es admisible la suposición (recogida en nuestro medio) de que sea *capiovisero* o *capioviseño*, con un fonema *s* antepuesto al sufijo.

22. *Sampedrinos*

En el momento en que transcribo a máquina estos párrafos, recibo la información de que los habitantes de San Pedro se llaman *sampedrinos*. Me la suministra un docente que ha ejercido también el periodismo, y que fuera, en otro tiempo, intendente municipal de esa lejana localidad.

No quiero dejar para el archivo un dato tan preciso; máxime cuando nos presenta un sufijo en *-ino*, que no es habitual en los *gentilicios* de la Provincia.

23. *Alba Posse*

Si no me equivoco, son mayoría los puertos o ciudades costeras de los que me he ocupado en este estudio. ¿Será un dato para tomar en cuenta? ¿Existirá en la zona ribereña, del Paraná y del Uruguay, una más pronunciada tendencia a formar *gentilicios*? ¿O se trata de un hecho fortuito?

Quede el interrogante para que lo respondan los sociólogos. Mientras tanto, digamos que de nuestras personales indagaciones en el lugar, hemos extraído el dato de que los habitantes de Alba Posse se dicen y son llamados *albaposseños*. Una derivación sobre el compuesto de ambos términos del nombre, y un sufijo *-eño* que nos recuerda la influencia de Posadas.

24. *Cerro Corá, entre la tradición y la historia*

“¡Cerro Corá, Cerro Corá!... En tu cumbre culminó aquella noche la tragedia...”.

exclamaba el poeta entrerriano Guillermo Saraví en su poema “La última revista”, y más adelante:

“¡Cerro Corá, Cerro Corá!... Tú eres del Paraguay, pero también de América”.

Aquí tenemos igualmente una localidad con ese nombre, de la cual dice Ángel P. Arzamendia (*El Territorio*, 8 oct. 1973): “Tiene Cerro Corá la virtud de haber echado la base de su población con gente en cuyas venas fluye la sangre guaraní”. Caso poco común, ya que hay otros núcleos con nombre guaraní, pero cuya población originaria fue europea en proporción dominante.

“Creado como colonia nacional por Decreto del 20 de febrero de 1894 con una superficie de 18.387 hectáreas, mensura practicada por el agrimensor don Juan Queirel en 1903...” —continúa diciendo el mismo autor, y añade: “En ese momento se denominaba ‘La Serranía’, por el accidente topográfico que presenta, de cuya circunstancia habrá nacido y como nombre epónimo el de Cerro Corá, ya que, en efecto, es un corral de cerros.”

En lo que concierne a nuestro tema, es notable lo que el autor expresa: “En 1966 fui consultado por el señor Luis Alfonso, de la Academia Argentina de Letras, quien en ese momento presidía la Comisión Permanente de la Academia Latino Americana (sic) sobre cuál sería el adjetivo gentilicio para denominar a los naturales de Cerro Corá. Contesté que los nacidos en Cerro Corá deben ser designados ‘Serranos’ y no cerrocoreños, etc. como se los designaba con posterioridad, aunque el uso y la costumbre han consagrado en la actualidad esta última designación: *cerrocoreños*”. (Ibidem). Es exactamente lo que hace falta: la consagración por el uso y la costumbre... Nos asiste, por lo tanto, la convicción de que ése es el *gentilicio*. Ángel P. Arzamendia, autor de la nota de referencia, pensó tal vez en casos en los que ha prevalecido la raíz del nombre antiguo sobre el actual (v.gr.: *gaditano* para Cádiz), y creyó que analógicamente debía

imponer~~se~~ aquí el español La Serranía sobre el guaraní-tico Cerro Corá de posterior y definitivo predominio. Una vez más se prueba que de nada valen razones, cuando se trata de usos lingüísticos.

Cerro Corá, antigua colonia, núcleo de población que palpita, en virtud de nombre tan significativo, entre la tradición y la historia... A los *cerrocoreños*, ¡salud!

25. *Los que viven en Corrientes*

Lo decimos así, y en seguida surge la duda sobre tal referencia: ¿nos estamos refiriendo a los habitantes de la provincia toda, o exclusivamente a los de la capital? Porque tanto la provincia como su capital se denominan Corrientes, según lo adelantáramos.

Pero no es de tal manera, en rigor; porque el nombre de la capital provinciana es el de San Juan de Vera de las Siete Corrientes, nombre armonioso y significativo que reclama renovada vigencia por sí mismo. Entonces tenemos que pensar que al decir "los que viven en Corrientes" estamos aludiendo a los hermanos del Taragüí, esa grande y singular provincia argentina ubicada en el centro mismo de la Mesopotamia.

A propósito de Taragüí, su significado parece ser el de "pueblo cercano", como lo señala Lisandro Gayoso en el prólogo a *Entre lagunas y esteros*. Dice allí: "Toda la esencia del viejo Taragüí (pueblo cercano), está en esta nueva obra de Ana Soto". La frase que da origen al vocablo Taragüí sería *tava agüí*, luego, *tavagüí*, y por sustitución de fonema, Taragüí (con categoría de nombre propio). Esto nos indica que el nombre se aplicó, en principio, a la ciudad (*tava*).

El substrato de Corrientes es guaraní-tico, orgullosamente asumido y celosamente custodiado. Renée del Castillo, en su novela *Hombres del silencio*, expresa:

“La provincia guaraní es ancha como un cuero estaqueado al sol, con sus patitas arrugadas sobre la cabeza de Entre Ríos y el corazón de agua tal como sus flancos. Corazón laguna, herida abierta con sus aguas brillantes y sus islas viajeras y sin bordes definidos, pues el estero se extiende confundido con la tierra mojada y arenosa entre juncos y cardales”.

El *gentilicio* de Corrientes es *correntino*, como se sabe. Tanto para el provinciano cuanto para el capitalino. No podemos asegurar que no haya perdurado en la conciencia de los habitantes, oriundos de la ciudad, el nombre de San Juan de Vera (el Vera en homenaje a su fundador); pero está a la vista que no pegaba el *sanjuanino*, propio de la provincia cuyana. Desgajar el Vera para darle sustantividad telúrica, no entraba (ni entra, al parecer) en el esquema mental del pueblo. Se me ocurre pensar en la paronomasia que se da entre este nombre y la forma *verá* del guaraní, tan usado en el habla cotidiana. La semejanza habría obrado, en este caso, como factor negativo.

Correntino vale tanto para quien pertenece a la ciudad capital, cuanto para el que es oriundo de cualquier sitio de la provincia. Y digo exprofeso oriundo, porque nadie es tan fiel a la estirpe, tan arraigado a su tierra, como el *correntino*. De ley, suele decirse.

“Nunca afloja un correntino”, asevera el personaje de “La changa de los domingos”, de Teresa Parodi. Y en esa misma página escuchamos:

“Buenos Aires no es tan grande,
somos muchos correntinos,
y por la radio se escucha
casi siempre un chamamé.”

Velmiro Ayala Gauna tituló uno de sus libros *Cuentos Correntinos*, y *correntinos* son sus personajes, como el

muy mentado don Frutos Gómez, Comisario de Capibara Cué. “El correntino” titula Enrique Gamarra uno de sus sonetos, y en *Romancero Guaraní* de Osvaldo Sosa Cordero, leemos: “Es correntina y se llama / Feliciana Altamirano” (“Feliciana Altamirano”); “Así juegan su romance / el río y la luna mía / en el misterio embrujado / de la noche correntina”. (“La luna y el río”).

No se trata de hacer literatura, sino de consignar algunos pocos testimonios (de los muchos, muchísimos, que podríamos hallar). En el reino de la Fortuna, con sus sueños de riqueza, se nos propone la Lotería Correntina. Y en este punto dejamos las ejemplificaciones. Agreguemos, sí, que en la casi totalidad de los casos, el uso del *gentilicio* tiene como referente a la provincia. Sólo cuando explícita e inequívocamente se alude a la capital, *correntino*, a tiene por referente a la ciudad.

26. *Hacia el interior*

El *correntino* es *correntino* siempre, sobre todo si está frente a extraños, o si se encuentra —transitoria o definitivamente— fuera de su terruño. En Corrientes, sin embargo, se operan diferenciaciones y se registran no disimulados celos. Como en cualquier otra provincia, los del interior se juzgan más auténticos y más fieles a las esencias. Incontaminados. Los capitalinos se sienten más representativos.

Por lo demás, dada la extensión del territorio, es natural que se produzcan caracterizaciones zonales, no siempre fáciles de distinguir por los extraños. Estudiosos de la historia y la antropología, nos han manifestado que existen diferencias notables entre los pobladores de uno y otro lado de la laguna Iberá, hasta el punto de que podría hablarse de dos provincias de Corrientes; sin embargo, en lo que hace a *gentilicios*, no se advierten

dos tendencias o dos modalidades distintas, pues de uno y otro lado predominan las formas con sufijo *-eño*.

Si bien en este campo la arbitrariedad del signo se da en mayor proporción, nos llama la atención el hecho de que el *gentilicio* de la capital no rija en lo más mínimo. En efecto; no sabemos de otro *gentilicio* en *-ino*.

Comenzaremos por la zona este, de arriba abajo.

27. *Ituzaingó*

El nombre de *Ituzaingó* se relaciona históricamente con el de *Alvear*, en tanto en cuanto ambos memoran la derrota de los brasileños (20 de febrero de 1827) por las armas argentinas al mando del General Carlos María de Alvear, en la Banda Oriental.

El *gentilicio* de *Ituzaingó* es *ituzaingueño*. Lo hemos recogido del habla; pero también hemos logrado un testimonio escrito. Se trata del siguiente: "Funcionarios correntinos recepcionaron inquietudes de la comunidad *ituzaingueña*" (diario *El Territorio*, 19 mar. 1984, p. 18. La letra bastardilla nos pertenece).

28. *Virasoro*

Virasoro es el apellido de un ingeniero que fue Gobernador de Corrientes, es decir, se trata de una persona a quien la población recuerda como benefactora, y a quien rinde su tributo dándole a la ciudad ese nombre. Decimos esto para evitar suposiciones a partir de *vira* que nos transporta automáticamente al muy usual *viracambota*, de origen brasileño, equivalente al español *vuelta de carnero* o *vuelta carnero*.

El nombre completo de la localidad es Gobernador Ingeniero Valentín Virasoro. El *gentilicio* que distingue a

los nacidos en ese centro, o que habitan o proceden de él, es *virasoreños*. En un artículo periodístico en el cual se evoca la personalidad de D. Navajas Centeno, se lo llama “el pionero *virasoreño*”, y luego, en la misma página, registramos una referencia a las “costumbres y anécdotas *virasoreñas*” (*El Territorio*, 20 jul. 1985, p. 18. La letra bastardilla es nuestra).

29. *Santo Tomé*

Entre *Virasoro* y *Santo Tomé*, andando por la ruta, nos encontramos con *Caza Pava* o *Casa Pava*, que de una y otra manera la hemos visto escrita en los indicadores de Vialidad. Nos gustaría saber cuál es el *gentilicio*, aunque dudamos que lo tenga por dos motivos: primero, por lo extraño del nombre y la ambigüedad del segundo componente; luego, porque nadie ignora por allí que no se trata de “cazar una pava” ni menos aún de una “vivienda pava” (o tonta, o que atonta), sino de Caa Sapa-va. De este nombre rescatamos *caa*; es decir, yerba; lo demás se lo dejamos a los guaranistas.

Santo Tomás Apóstol o *Santo Tomé*, fue una Reducción jesuítica fundada en la región del Guairá entre 1628 y 1632; años más tarde pasó al occidente del Río Uruguay, ante la amenaza de una invasión de paulistas bandeirantes, “y a principios de 1639, se establece en el sitio donde hoy está emplazada la actual ciudad de Santo Tomé”. (Casiano Néstor Carvallo: “Síntesis de Historia de la Provincia de Misiones”). Como se comprende, Tomé es la versión guaraní de Tomás.

Es una ciudad antigua, con mucha historia. “El viejo municipio de Santo Tomé —nos dice Salvador Cabral—, donde transcurrieron la infancia y la juventud del futuro Andresito, pertenecía a la antigua provincia cristiana

de Misiones". ("Andresito Artigas en la Emancipación Americana").

Santo Tomé ha conformado su *gentilicio* haciendo de ambos términos uno solo, y añadiendo el sufijo *-eño*. Así como es de vieja data el nombre de la ciudad, lo es también el *gentilicio*, según officiosos informantes.

En reciente crónica política, hemos leído: "... Ángel Blanco... , quien vivió entre 1856 y 1919, fundador del partido Radical *santotomeño*..." (*El Territorio*, 16 de julio de 1985, p. 19).

30. *La Cruz*

Fue fundada por los jesuitas en 1628, sobre el Mbororé o "Arroyo Once Vueltas". Huyendo de los bandeirantes, la población se incorpora más tarde a Yapeyú, de la que se separa en 1657, "para instalarse ocho leguas al N. en las cercanías de la confluencia del río Aguapey con el río Uruguay" (Casiano N. Carvallo, op. cit.), donde actualmente está asentada la ciudad de La Cruz, cuyo nombre originario fue, posiblemente, La Santa Cruz.

El *gentilicio* se ha formado sobre el sustantivo solo; es decir, omitiendo el artículo *la*: *cruceño*. Lo hemos recogido del habla, y nos ha sido confirmado por estudiosos de la zona.

31. *Alvear*

Como hemos dicho, el nombre de esta ciudad es en homenaje al General Carlos María de Alvear. Por el uso, el nombre se ha reducido —cual en otros casos— a sólo el apellido del prócer. La reducción obedece a esa natural tendencia que se denomina "economía del lenguaje". La pérdida o disminución del sentido histórico (evocador) hace que el hábito se afiance.

¿Cuál es el *gentilicio* de *Alvear*? Dentro de la Feria Regional del Libro, en un ambiente que podríamos calificar de intelectualizado, hemos escuchado *alvearense*; pero estimamos que en el habla popular predomina *alveareño*, conforme a una preferencia generalizada por el sufijo *-eño*.

32. *Yapeyú*

Casiano Néstor Carvallo dice: "Nuestra Señora de los Tres Reyes de Yapeyú o Nuestra Señora de Yapeyú. Fundada el 4 de febrero de 1627 por el Padre Roque González de Santa Cruz, con la asistencia del Padre Pedro Romero y del Provincial Padre Nicolás Mastrilli Durán". ("Síntesis de Historia de la Provincia de Misiones").

Por su parte, Manuel Florencio Mantilla, en "Crónica Histórica de la Provincia de Corrientes", asevera: "Reducción de los Santos Reyes Magos de Yapeyú fue el verdadero nombre. Lo fundó el P. Pedro Romero el año 1622...". Y el Dr. Hernán F. Gómez: "A ocho leguas del pueblo de La Cruz se encuentra el de los Santos Reyes Magos conocido vulgarmente con el nombre de Yapeyú. Fue fundado en este sitio por el padre Pedro Romero el año 1626...".

No hay coincidencia en las fechas de fundación, ni en el nombre, salvo el especificativo de *Yapeyú*.

En torno de esta denominación, de indudable raíz guaranítica, se produce una singular polémica con opiniones divergentes. Adherimos al criterio del guaranista José Miguel Irigoyen; para quien el nombre proviene de una planta de cuyas raíces "emergen cinco o seis estolones de veinte centímetros de longitud", que le sirven para aferrarse a la tierra. "El nombre guaraní de esa planta es *yahapé* y también *yahapeyú*. Muchos, los pa-

raguayos entre ellos, pronuncian *yaapeyú*. Ese nombre responde exactamente a su anatomía porque la sílaba *yu* significa aguja, púa, estolón". (*Clarín*, Cultura y Nación, Bs. Aires, 17 de agosto de 1978).

Lo singular de este asunto es que ignoramos si *Yapeyú* tiene *gentilicio*. Sabemos que *Iguazú*, de terminación en *ú*, aparece en viejos documentos con el *gentilicio* de *iguazuanos* (creación de gabinete, sin duda). De *Yapeyú* podría haberse dicho en la misma época y a igual nivel: *yapeyuanos*; pero no nos consta.

33. *Paso de los Libres y Monte Caseros*

Tomo al mismo tiempo ambas poblaciones, porque estimo que sus nombres no nacieron del espíritu correntino, sino de una sugerencia (o imposición) de Buenos Aires.

Como es notorio, *Paso de los Libres* y *Monte Caseros* memoran hechos históricos relativos a la lucha entre unitarios y federales (época de Rosas).

Paso de los Libres cambió su destino, su fisonomía y sus posibilidades al inaugurarse el Puente Internacional que la une directa y estrechamente con Uruguayana (Brasil). Sus habitantes y sus cosas son denominados *libreños*; es decir, que el *gentilicio* se ha formado sobre el segundo sustantivo de los dos que componen el nombre de la localidad.

Monte Caseros se llamaba anteriormente, según anotación del Dr. Hernán F. Gómez (op. cit.) *Paso de Higos*, lo que nos confirma en la opinión de que el nombre actual no es de extracción correntina.

De *Monte Caseros* ha derivado el *gentilicio casereño*. Se ha tomado, como es evidente, el segundo término de la frase-sustantiva. Por cierto tiempo tuvimos dudas al respecto; pero a los datos recogidos ha venido a sumarse

un testimonio poético-musical: el chamamé "A Néstor Atamañuk" de A. Tarragó Ros, que dice:

"Don Néstor Atamañuk,
buen amigo *casereño*
que se afincó en Curuzú. . ."

(La letra en bastardilla es nuestra).

34. *Curuzú Cuatiá*

Derivamos ahora hacia el N.O., por la Ruta 14. Nos encontramos con *Curuzú Cuatiá*, núcleo de población nacido hacia fines del siglo XVIII, y fundado oficialmente el 1º de diciembre de 1810 por decreto del General Belgrano.

El Dr. Hernán F. Gómez (op. cit.) dice lo siguiente: "El vecindario del otro lado del Río Corrientes convertido en 'partido de Curuzú Cuatiá', gestiona en 1779 la fundación de un pueblo y el establecimiento de una capilla, la que es erigida y consagrada dos años después."

El *gentilicio* es *curuzucuateño*, *a*; es decir, que se ha formado sobre la unión de los dos componentes del nombre.

En una ocasión, mientras viajaba en un micro, escuché que alguien hacía elogiosa referencia de los *curuzucuateños*. Valga como testimonio oral.

35. *Mercedes*

En la obra varias veces citada, dice el Dr. Hernán F. Gómez: "Mercedes y Monte Caseros (Paso de Higos) son ya contemporáneos. . .".

El nombre de esta localidad proviene, como es fácil de comprender, de la advocación de la Virgen de las Mercedes. Hay varias provincias con localidades de nombre *Mercedes*: Buenos Aires, San Luis, Santiago del Estero (con tres localidades), Tucumán (con dos), Formosa con Mercedes Cué y Santa Fe con Merceditas.

El habitante de *Mercedes*, Buenos Aires, y el de *Mercedes*, San Luis, con sus pertenencias y autonomías, son *mercedinos*. No sabemos cuál es el *gentilicio* respectivo de las *Mercedes* de Santiago del Estero ni de Tucumán; tampoco de la Mercedes Cué de Formosa. Acotemos, como dato curioso, que en la República Oriental del Uruguay existe otra *Mercedes*, cuyos habitantes son llamados *mercedarios*.

Según testimonios orales concordantes, los que habitan en esta *Mercedes* correntina, o que proceden de ella, tienen por *gentilicio*: *mercedeños*.

36. *Los del oeste del Iberá*

Nos referimos, como dijéramos al principio, a las poblaciones que están en la franja de territorio comprendida entre la Laguna del Iberá y el Río Paraná.

Completamos esta marcha de estudio con un movimiento de circunvalación, que avanza de sur a norte, luego de cruzar de este a oeste. Como lo venimos haciendo, nos detendremos en algunas localidades que despiertan nuestro interés por su origen, su significación y, sobre todo, por la manera como se ha formado su *gentilicio*. Comenzaremos por *Esquina*, de donde pasaremos a *Goya*; de allí a *Bella Vista*, y hacia arriba, a *Saladas*, *Empedrado*, *San Luis del Palmar*, *San Cosme*, cerrando hacia el Este con *Itati* e *Itá-Ibaté*. Sin olvidar *Concepción* al centro.

37. *Esquina*

Dice Manuel Florencio Mantilla (op. cit.): “La Esquina, que en 1784 se componía de ‘tres ranchos’, dio su nombre al curato de una gran sección establecida en 1805”. Más adelante expresa el mismo autor: “El 10 de febrero de 1806 creó el Obispo el curato de *Santa Rita de la Esquina* . . .”. Éste parece ser el origen de la actual ciudad de *Esquina*. No sabemos cuál sea el *gentilicio* de sus habitantes, si lo tienen. Podrían ser *esquineros*, aunque suene un tanto cómico; pero más probable es que sea *esquinenses*.

38. *Goya*

Las referencias a *Goya* son abundantes y notables, incluidas las que se difunden por tradición oral. A este respecto, alguien calificó de “distinguida”, y más de uno (o de una) la nombró con el epígrafe de “perla del oeste”.

Manuel F. Mantilla (op. cit.) nos habla de “una especie de factoría” que se estableció en el campo de Juan Francisco Soto, “para comerciar con los navegantes”. A renglón seguido, añade: “La iniciativa fue de una emprendedora china mestiza, de nombre Gregoria, que puso allí un miserable negocio; sus clientes la llamaban *ña Goya*”. En torno de su boliche, “se formó rápidamente una ranchería”, de donde nació el “puerto de Goya”.

Si el origen de la población y del nombre estriba en el espíritu de empresa y la personalidad de una “china mestiza”, nos parece poco probable que de allí surja la prosapia que le atribuyen los *goyanos* y, sobre todo, las *goyanas*.

He anticipado el *gentilicio*. Difundido, ratificado, innegable; pero extraño al común de los registrados para otros sitios y localidades del amplio territorio correntino,

en donde advertimos, en efecto, un predominio rotundo del sufijo *-eño*, con la utilización de *-ino* para la provincia y su capital, y algún dudoso *-ense*, según hemos visto.

Goyano, a parece tan afirmado como el nombre de la ciudad. El escritor Efraín Maidana, nacido precisamente en *Goya*, nos dice que un cuento suyo se inserta en "Ayer y hoy en las letras *goyanas*", recopilación de Wenceslao Moora. (La letra bastardilla es nuestra).

39. *Bella Vista*

Dice Manuel F. Mantilla que el Gobernador Ferré, en busca de un paraje sobre el cual asentar un pueblo para prever el avance de los indios chaqueños, se detuvo en "el lugar denominado *Crucecita* (donde había una guardia permanente), y allí delineó la planta urbana y los ejidos del pueblo de *Bella Vista*. Púsole este nombre, por la bella vista del lugar". (Op. cit.).

De acuerdo con lo que hemos podido saber, el *gentilicio* actualmente en uso es *bellavistense*; pero informantes de nivel intelectual nos han asegurado que tal *gentilicio* convive con *bellavistano*, a que fue la forma preferida antaño (si no la única); por influencia de *Goya*.

40. *Saladas*

El *gentilicio* de *Saladas* es *saladeño*, a. Lo hemos escuchado repetidas veces; contamos con testimonios escritos.

Lo notable es el nombre de la ciudad. El Dr. Hernán F. Gómez denomina al pueblo San José de las Saladas. Dice que se estableció para contener las incursiones de tapes y charrúas. Expresa que "se fundó, por el Cabil-

do de la ciudad capital, la llamada *guardia de las lagunas saladas*". Manuel F. Mantilla suministra iguales antecedentes. "El Cabildo estableció entonces —manifiesta— un fortín en las Lagunas Saladas...". Y más adelante: "A los pocos años aumentó la población con gente de la mejor clase de la ciudad, se levantó capilla y quedó erigido en pueblo, bajo el nombre de *San José de las Lagunas Saladas*". (Op. cit.). La ciudad que menciona es, por supuesto, la capital: Corrientes.

El Dr. Gómez nos explica (op. cit.) que "se dio al núcleo formado el nombre de *Las Saladas*, por hallarse ubicado entre lagunas pintorescas de agua salobre la mayor parte". Y es en Mantilla donde hallamos el primer testimonio escrito sobre el *gentilicio*: "Los *saladeños* —dice— vivían de la ganadería y del cultivo de pequeñas chacras". (La letra bastardilla es nuestra).

Osvaldo Sosa Cordero incluye en la edición de *Romancero Guaraní* su poema "¡Cuchillero!", donde expresa:

"Avanzando con San Martín, el grande,
semidiós sempiterno,
y con aquel sargento inolvidable:
Cabral, el *saladeño*...".

(La letra bastardilla nos pertenece).

41. *Empedrado*

Al referirse a la administración de Pedro Ferré, dice Mantilla (op. cit.): "Nuevos pueblos fueron creados: Bella Vista y Empedrado, ambos sobre el río Paraná". Y a pie de página explica: "A principios de 1826, el Gobierno compró a Dionisio Suárez un terreno de mil quinientas varas en cuadro para el pueblo y sus ejidos.

La planta del pueblo fue una plaza cuadrada y dos calles paralelas a cada costado, de una cuadra cada una”.

La tradición lugareña habla de un camino empedrado que descendía hasta el río. Obra de los mercedarios. Al respecto, manifiesta H. F. Gómez que el nombre data de los años de traslación de la estancia de los frailes mercedarios, quienes dan este nombre al río que figuraba en el padrón de 1591 como río de Santiago Sánchez; “se le designa así: río del *Empedrado*. Ignoro cuál sea la causa. Acaso haya sido algún *empedrado* hecho por los mercedarios para el fácil tránsito de su estancia. Aquel nombre ha predominado, y se hizo propio sucesivamente del *pago*, del *distrito*, de la *comandancia*, del *departamento* y del *pueblo*: todos los cuales han sido del *Empedrado*, vale decir, del ‘río Empedrado’ ”.

El *gentilicio* es tan tradicional como el nombre del pueblo: *empedradeño, a*.

42. *San Luis del Palmar*

Los habitantes, sus autonomías y sus cosas fueron de antiguo *sanluiseros, as*. Actualmente aún subsiste este *gentilicio*; pero se advierte una tendencia a substituirlo por *sanluiseño, a*, forma que goza de la preferencia de los correntinos, según lo podemos apreciar. Estos datos responden a informaciones suministradas oralmente por gente de la Provincia. No sabemos cómo se originó esta población.

43. *San Cosme*

“Señores, yo soy / el *sancosmeño*, / un hombre formal / a carta cabal”, reza la letra de un chamamé de Tránsito Cocomarola y Pedro Cervi. (La letra bastardi-lla es nuestra).

Es todo lo que sabemos. Todo, no; porque del habla de la gente correntina, hemos recogido testimonios concordantes.

Al igual que con *San Luis del Palmar*, desconocemos cómo y cuándo nació *San Cosme*, nombre de un santo poco conocido, patrono de los médicos junto con San Damián, su hermano.

El *gentilicio* no sólo es en *-ño*, como el de la mayoría de los núcleos, sino que se ha formado sobre los dos componentes unidos en un solo vocablo; al igual que el de *San Luis* y el de *Santo Tomé*.

44. *Itati*

Manuel F. Mantilla nos habla de las campañas de Hernandarias para someter a las tribus alzadas (1610), y de cómo se resolvió a "reunir a los indios en pueblos vigilados por los conquistadores". Así "fueron establecidas las reducciones de *Ytaty*, *Guacarás* y *Ohóma*...". En llamada al pie de página, sobre *Ytaty*, manifiesta: "No hay conformidad entre los cronistas sobre la fecha cierta de la fundación, ni conoce el que esto escribe documento que la establezca con verdad insospechable". (Op. cit.). Más adelante se extiende sobre la etimología de *Itati*, presentando una serie de significados según la pronunciación natural, nasal o gutural, principalmente en lo que atañe a las *ies*.

Por su parte, H. F. Gómez toma a la reducción de *Itati*, hacia fines del siglo XVIII, aún como núcleo de aborígenes. "La zona de influencia de este pueblo o reducción era extensa. Se internaba en el sentido del actual territorio de Misiones hasta cerca de la llamada 'tranquera de Loreto'...". Y continúa señalando la jurisdicción *itateña*, en toda su enorme extensión.

Hemos entrado en el tema de nuestro estudio, que no es otro que el *gentilicio* de cada núcleo, poblado o paraje. De *Itatí, itateño, a*.

45. *Itá Ibaté*

Está a mitad de camino entre Corrientes y Posadas, sobre la Ruta 12. Su nombre significa "piedra alta"; de esto no parece existir dudas.

El origen de esta población sería una de las estancias pertenecientes a *Itatí*. Nos dice el Dr. Gómez (op. cit.) que entre las tales estancias "se encontraban la llamada de Itá-Ibaté, sobre el estero del mismo nombre, y la de San Antonio después de la cañada llamada Ibajay". Más adelante completa esta información haciendo notar "que las estancias de Itá-Ibaté y San Antonio dieron origen en la época independiente a los pueblos de Itá Ibaté y Berón de Astrada...".

Ya que hemos tocado a Berón de Astrada, digamos que desconocemos su *gentilicio*, si lo tiene. En cambio, sabemos que el de *Itá Ibaté* es *itaibateño, a*, cuya pronunciación entre los pobladores de la zona establece un hiato suave entre la *a* de *ita* y la *i* de *ibateños*.

46. *Concepción*

Concluimos con la localidad de *Concepción*, cuyo origen presumimos de antigua data, porque se llamó anteriormente *Yaguareté Corá*. Así nos dice Osvaldo Sosa Cordero, en un poema titulado "Cuando usted vaya a Corrientes": "Allí está mi pueblo cuna, / mi Yaguareté Korá". El mismo Sosa Cordero nos da el *gentilicio* de la población con su nombre actual:

"Y después con Belgrano
—¡tambor de Tacuarí *concepcionero!*—"

(La letra ~~en~~ en bastardilla nos pertenece). Estos versos son de “¡Cuchillero!”, página de la que tomáramos anteriormente otros versos, para ejemplificar sobre el *gentilicio* de Saladas.

Con el precedente, hemos tocado dos *gentilicios* con sufijo *-ero*, supuesto el caso de que aún subsista *sanluisero*; habíamos visto uno en *-ano* (*goyano*); uno en *-ino* (*correntino*); conjeturalmente dos en *-ense* (*esquinense*, no confirmado, y *alvearense*, sospechoso de ser un producto intelectual); todos los demás en *-eño*, lo que pone de manifiesto una marcada preferencia por esta terminación.

Para concluir insisto en esta particularidad: ni la provincia, ni su ciudad capital, rigen la formación de los *gentilicios*.

47. *Los que viven en Entre Ríos*

Dice Antonio Serrano, en su libro sobre *Los primitivos habitantes de Entre Ríos*, que el territorio provincial “puede dividirse para el estudio de su arqueología en tres regiones: la paranaense, la uruguaya-déltica y la del noreste”. Luego, al hacer referencia a los vestigios arqueológicos hallados en el interior, pertenecientes a los charrúas y tribus afines, manifiesta: “Puede considerarse aquí una cuarta región: la central”.

La división establecida apunta, como lo señala el propio autor, a sistematizar los estudios arqueológicos del territorio entrerriano; pero sirven a nuestro propósito, en cierta medida, por cuanto dan la pauta de la raíz de las diferenciaciones, que más tarde contribuyeron a acentuar y definir los factores de la geografía, los sucesos de la historia y el devenir socio-cultural. Además, en ese enunciado descubrimos tres *gentilicios*: *paranaense*,

uruguaya y *déltica*. De los tres, sólo el primero se ha construido con uno de los seis sufijos típicos que tantas veces hemos consignado.

48. *En las Islas del Delta*

Ya que hemos considerado las zonas de Entre Ríos, y hemos tocado este punto, veamos el *gentilicio* de quienes habitan en los parajes insulares del Delta, en los cuales la vida del hombre es posible, bajo ciertas condiciones. Antonio Serrano llama a esta zona “uruguaya-déltica”. Dejemos de lado el *uruguaya*, referido sin duda al río Uruguay (hacia su desembocadura), y reparemos en *déltica*, adjetivo que alude a la topografía del Delta, sus realidades y, consecuentemente, a la existencia humana.

Acotemos, a modo de ilustración, que en el Delta crece una especie arbórea conocida como álamo “Carolina”, la que en latín se denomina *populus deltoides*.

El escritor y dialectólogo entrerriano Antonio Rubén Turi asevera que de nada sirve “probar sufijos para acertar con el *gentilicio* de quienes viven en el delta del río Paraná”, los que no son, a su juicio, “ni deltaicos, ni deltanos, etc. Son isleños”. Así lo hemos sabido desde siempre; pero estamos seguros de que entre los pobladores de la zona y de zonas aledañas, es común (y quizá excluyente) el empleo de *isleros*, aunque no lo registre el Diccionario. Es lo que refleja la literatura autóctona; v.gr. en “La crecida” de Velmiro Ayala Gauna: “—Ta creciendo fiero'l río... —decían los *isleros*...” (la letra bastardilla nos pertenece). “Los isleros” se titula el filme dirigido por Hugo Del Carril, con la interpretación de Tita Merello y Arturo García Buhr.

49. *Entrerrianos*

Hemos dado prioridad al *gentilicio* de los seres y las cosas del Delta, por una razón de oportunidad, como ha podido apreciarse.

Si bien ya lo hemos mencionado en párrafos precedentes (puntos 47 y 48), nos detendremos ahora en el *gentilicio* que corresponde a los habitantes de Entre Ríos y sus autonomías.

El Decreto N° 1781/58, por el cual se declara el 11 de agosto Día de Don Tomás de Rocamora, expresa en uno de los considerandos que éste (Rocamora) “en uno de sus históricos oficios, el del 11 de agosto de 1782, fechado en Gualeguay Grande, crea el nombre de *Entre Ríos* y la considera *Provincia*...”.

El *gentilicio* es de ese entonces, y se ha formado sobre la unión de los dos componentes del nombre: *entrerriano*, *a*. Los testimonios son innumerables. En páginas anteriores hemos reproducido la proclama de Pancho Ramírez dirigida a los *entrerrianos* (1821).

Justamente, en el capítulo que A. R. Turi intitula “Gentilicios Entrerrianos”, leemos: “En realidad, *-ano* origina contadas formas en Entre Ríos. Quizá la única, además de *entrerriano*, sea *victoriano* (op. cit.). El sufijo *-ano* no es de los más populares, sin duda; pero sí uno de los más añejos, ya actuante en el Poema del Cid: *castellano*...” (ibídem).

50. *Gualeguaychú*

Esta ciudad se asienta sobre la desembocadura del río epónimo. Dice Leoncio Gianello en su *Historia de Entre Ríos (1520-1910)*: “Desde 1764 existía en Gualeguaychú un pequeño templo erigido bajo la advocación de San

José, en las proximidades de la desembocadura del río Gualeguaychú". Y más adelante, manifiesta que "el 18 de octubre de 1783 Rocamora levantó el acta de fundación procediendo al reparto de ochenta y cinco solares, y presidió el acto de elección de Cabildo...".

En cuanto al origen y significado del nombre, existen teorías y suposiciones poco convincentes. Desconcierta el final *chú*, y la presencia de la sílaba *le* pone en duda su procedencia guaraní.

Tampoco hallamos definición sobre el *gentilicio* de *Gualeguaychú*. La extensión del vocablo, su final en *ú* acentuada, dificultan una derivación eufónica; por lo que aparentemente no existiría un *gentilicio*, ni para el Departamento ni para la ciudad cabecera de dicho Departamento: *Gualeguaychú*.

51. *Gualeguay*

Nace como resultado de un proyecto de fundaciones puesto en ejecución por Tomás de Rocamora, con la expresa autorización del Virrey Vértiz. Leoncio Gianello (op. cit) nos dice que "el pueblo se llamó Villa de San Antonio de Gualeguay Grande, y quedó constituida como capital de Entre Ríos...". Esto sucedía en los primeros meses de 1783.

No sabemos cuál sea la procedencia de este nombre, ni creemos aceptables las acepciones que suelen atribuirsele; pero conocemos su *gentilicio*: *gualeguayense*. Lo corrobora A. R. Turi, quien además atestigua que entre la gente del lugar se usa asimismo *gualguaycero* (op. cit.). Nótese cómo en el primer caso la *y* pasa de semi-vocal en el nombre a consonante en el *gentilicio*; en el segundo, la *y* afirma su condición de vocal.

52. *Concepción del Uruguay*

Cuna de Pancho Ramírez —el Supremo Entrerriano— *Concepción del Uruguay* se llamó en sus orígenes Arroyo de la China. Al procederse a la fundación de la villa, consagrada a la Inmaculada Concepción, Rocamora libra un oficio al Virrey “indicando que el pueblo y su distrito deben llamarse Concepción del Uruguay”. (L. Giannelo, op. cit.). Mediaba el año 1783.

El *gentilicio* es *uruguayense*. Lo ratifica Antonio R. Turi (op. cit.), quien agrega que “en la mencionada ciudad no faltan vecinos que también postulan eso de *concepcionense*”.

Acotemos que lo de *uruguayense* muestra una tendencia (acaso una necesidad) diferenciadora, pues el sufijo *-ayo*, más eufónico y menos cultista que *-ense*, daría lugar a confusiones con el *uruguayo* de la Banda Oriental.

En un folleto editado en 1971 por la Secretaría de la Gobernación (“Entre Ríos - la isla de Calipso”), dice Facundo Arce: “De 1860 a 1883 fue capital de la Provincia, Concepción del Uruguay”, circunstancia histórica de la que los *uruguayenses* se vanaglorian.

53. *Colón*

El historiador entrerriano Aníbal S. Vázquez señala que *Colón* se fundó por Ley del 9 de mayo de 1862, en el terreno de la calera contigua a la Colonia San José. “La piedra fundamental de la Villa se colocó, puede decirse, el 12 de abril de 1863 —añade Vázquez—, con la correspondiente a la primera escuela que se construyó en la localidad”. (Reproducido por Horacio Romero en “Entre Ríos”).

El nombre configura, obviamente, un homenaje al Descubridor, Cristóbal Colón. Decimos esto, porque los

nombres evocadores de tal hecho histórico o de los que a partir de él se sucedieron, son excepcionales en la toponimia de la Provincia.

El *gentilicio* es *colonense*. Lo confirma A. R. Turi.

54. *Concordia*

Según nos anoticia Erich L. W. Edgar Poenitz (“Dos fundaciones de Concordia”, folleto), este núcleo nace por decisión del Cabildo de Yapeyú, el cual manifiesta, a través de un documento suscripto el 20 de noviembre de 1769, “la voluntad formal de erigir una localidad-puerto, que sirviera de nudo de comunicaciones entre el Alto Uruguay y la capital del Plata”. Se la llamó entonces San José de Salto Chico. Como consecuencia de las guerras del Litoral, el poblado fue destruido, y volvió a ser fundado en 1831 con el nombre de Villa de la Concordia; “pero la religiosidad y tradición popular —expresa Poenitz— conservó la denominación de San Antonio de la Concordia”.

El *gentilicio* es conocido, se lo encuentra en documentos y en el nombre de instituciones del lugar: *concordiense*. El propio Poenitz lo utiliza en el trabajo mencionado: “Son dos centurias de continuada ocupación de este suelo *concordiense*...” (La letra bastardilla es nuestra).

55. *Federación*

Nace sobre el viejo núcleo de *Mandisoví*, núcleo originado, a su vez, en torno de la estancia del mismo nombre. Paso obligado de tropas, en época de contiendas, el pueblo de *Mandisoví* se dispersa. Por acuerdo entre el Gobernador Urquiza, el Coronel Urdinarrain y el Comandante de Mandisoví, Domingo Acevedo, se funda

“la nueva Villa, que por orden superior, se llamó Federación, en homenaje a la causa popular”. (Erich L. W. Edgar Poenitz: “El futuro de Federación. ¿Un traslado sin retorno?”, folleto).

Aquí se da un caso original, en materia de *gentilicios*; prueba (una más) de la espontaneidad con que se producen los hechos del habla. Se ha preferido el sufijo *-ense*; pero utilizando sólo la raíz del nombre: *federaense*. Antonio R. Turi nos dice, al respecto, que “el gentilicio resultante ofrece una conformación especial: *federaense...*”.

56. *Chajari*

No contamos con las obras del profesor César Manuel Varini, para conocer la historia de *Chajari*. Una de ellas nos da la pauta del *gentilicio*; es la que se titula *Efemérides Chajarienses*. No coincide con la forma que anota Turi en su obra *El castellano en nuestros labios*, que venimos utilizando. Dice allí que “en *chajareense* cae la *i* final acentuada de Chajari...”. Nos inclinamos por *chajariense*, sin pérdida de la *i*.

Otro de los libros del Prof. Varini es *El escudo de Chajari*. A propósito, tenemos aquí un artículo sin firma, publicado en la revista *Entrerriana*, Nº 13, de noviembre de 1973, en medio del cual se reproduce el escudo de Chajari. Domina la figura de un chajá con las alas abiertas; bordeando el escudo se lee: “Antigua Villa Libertad 1872-1876”, lo que parecería indicar el nombre primitivo y la fecha (o las fechas) de su fundación.

Retornando al *gentilicio*, consideramos auténtica la forma *chajariense*, no sólo por el testimonio del Prof. Varini, sino por un motivo eufónico fácilmente perceptible; por igual motivo, nos parece indudable la vigencia y difusión

de la forma *chajarisero*, que registra A. R. Turi (en donde la *i* se conserva).

57. *San José de Feliciano*

Hemos hecho una recorrida de Sur a Norte, abarcando la mayor parte de la zona que Antonio Serrano (op. cit.) denomina *uruguay-a-déltica* y del *noreste*. Descendemos ahora por el centro.

“Don Feliciano Rodríguez, compañero de Juan de Garay, en la fundación de Santa Fe, recibió mercedes de campo sobre el río que conserva su nombre”. Es lo que nos dice Margarita Grimaux de Gil (“Toponimia de Entre Ríos”). Más tarde los nietos cedieron tierras y bienes a los padres jesuitas, quienes habrían consagrado la población a San José. De allí el nombre de la ciudad.

De San José de Feliciano, tenemos registrado como de uso común *felicianero*, uso corroborado por Linares Cardozo en una de sus celebradas canciones, en la cual hace referencia a “la copla *felicianera*”. (La letra bastardilla es nuestra).

No sabemos si el *gentilicio* se extiende a todo el Departamento; tampoco sabemos si esta forma alterna con otra, como podría ser *felicianense*.

58. *Villaguay*

Podemos decir que *Villaguay* nació y creció casi misteriosamente. Nudo, enlace, posta entre las villas de Bajada del Paraná y de Arroyo de la China (Concepción del Uruguay), sufrió los avatares de su ubicación geográfica, en circunstancias históricas muy particulares.

“No existe acta de fundación de la ciudad ni nombre del fundador. La Villa fue creciendo rodeada de montes, ante el peligro de los gauchos ‘alzaos’ que buscaban am-

paro en ía selva de Montiel, y el merodeo de los indígenas que asaltaban los establecimientos ganaderos de la zona" —dice Margarita Grimaux de Gil ("Toponimia de Entre Ríos"). Horacio Romero en "Entre Ríos", manifiesta que algunos relatos y tradiciones de esa zona montaraz han sido recogidos "en un interesante libro por el escritor *villaguayense* por adopción, Manrique Balboa..." (La letra bastardilla es nuestra). Como se advierte, aparece aquí el *gentilicio* en *-ense*, confirmado por A. R. Turi, quien consigna además la forma *villaguayero*.

Es notable la diferencia existente entre la formación de los respectivos *gentilicios* de Uruguay (República Oriental) y de Paraguay: *uruguayo, a* y *paraguayo, a*, respecto de éstos de *Villaguay* y del *uruguayense* oportunamente anotado para Concepción del Uruguay.

59. *Montielero*

No puedo alejarme de Villaguay sin mencionar la *Selva de Montiel*, agreste escenario de épicas contiendas.

"¿Cuándo aparece el nombre de Montiel en el territorio entrerriano?" —se pregunta Margarita Grimaux de Gil. Y ella misma se responde: "En el año 1694, con motivo de la cesión de derechos de ganado vacuno cimarrón, hecha por Melchor Gómez Resio al presbítero Toledo, rector del Colegio de los Jesuitas en Corrientes; aparece en un documento el nombre de Alonso Fernández Montiel...". En el transcurso de los años, el apellido se reitera. En opinión de la Sra. Grimaux de Gil, estos apellidos "son los que dan nombre a la selva". (Op. cit.).

El *gentilicio montielero* es muy conocido y utilizado en Entre Ríos. Se habría originado al tiempo de darse a la selva el nombre de Montiel, o poco después. Turi

lo registra, y tenemos noticia de un uso literario bastante asiduo. Aquí, en nuestras manos, tenemos la novela de Manrique Balboa Santamaría, titulada *Montielero*. El propio Balboa Santamaría ha escrito unas páginas dedicadas a las mujeres de ese lugar, en las que realiza una entusiasta semblanza. Entre otros elogios, manifiesta que “casi todas son morochas de trenzas renegridas y lacias”, y que “en general son bonitas”, de “ojos muy lindos, que nos recuerdan a las mujeres de Andalucía”. (“La mujer montielera. El trabajo que nunca se ve”).

60. *Los talenses*

Tala es el Departamento, cuya ciudad capital es *Rosario del Tala*, más comúnmente denominada *Rosario Tala*, con elisión de la contracción *del*.

El departamento se extiende en parte de lo que fue la Selva de Montiel; de modo que los *talenses* son también *montieleros*. Aclaremos, sin embargo, que si bien el *gentilicio* podría servir para las gentes y las tierras de todo el departamento, pareciera haber quedado reducido a la ciudad. Así nos lo dice Antonio R. Turi: “los de Rosario del Tala, *talenses*” (op. cit.).

M. Grimaux de Gil alude a un Decreto de 1960, por el cual se confirma el nombre de *Rosario del Tala* para la ciudad, “dándose como fecha de fundación el 7 de noviembre de 1799”, bajo la advocación de la Virgen del Rosario (op. cit.).

61. *Nogoyá*

Seguimos por la zona centro hacia el suroeste, y nos detenemos en *Nogoyá*. Leoncio Gianello expresa: “El Padre Quiroga y Taboada, en los primeros días de julio de 1782, reunió al vecindario del paso del Nogoyá ‘aba-

jo' para *convenir* con ellos la erección de una capilla", la que estuvo construida antes de fin de mes. En el altar se colocó una imagen de la Virgen del Carmen, tallada por el propio padre Quiroga, quien cursó la correspondiente comunicación a Rocamora, fechando la carta en *el Carmen de Nogoyá*. En torno de la Capilla se desarrolló la población.

Para el *gentilicio* nos atenemos exclusivamente a lo manifestado por Antonio R. Turi en la obra tantas veces citada, pues carecemos de otros testimonios. Turi consigna *nogoyaense*, en donde, como puede apreciarse, "persiste la última vocal del topónimo básico..."; pero admite la coexistencia de *nogoyacero*, que se nos ocurre más popular a fuer de eufónico. En cuanto a la grafía de esta forma en *-ero*, así como a la similar de Gualeguay y Villaguay (ya vistas), nos ocuparemos al tratar el *gentilicio* de Paraná.

62. *Victoria*

Un bello nombre para ocultar un mal recuerdo, como que el núcleo de población inicial se conoció con el nombre de *La Matanza*. Así era denominado el arroyo a orillas del cual se produjo el exterminio de las últimas tribus minuanes; quizá en la misma colina donde más tarde se edificó la ciudad.

M. Grimaux de Gil denomina *Matanzas* (en plural) a la primitiva población; pero el escritor *victoriense* Carlos Sforza nos asegura que el nombre originariamente asignado fue el de *La Matanza*, y que así se conserva en las tradiciones populares. Coincide con Leoncio Gianelli, quien afirma que "no hay ninguna constancia oficial de esa derrota del indio, que dio lugar al nombre de *La Matanza*". (Op. cit.).

El propio Sforza nos informa que el nombre fue cambiado por el Gobernador Juan León Sola, por Decreto del año 1826. M. Grimaux de Gil lo confirma; pero da como año del Decreto el de 1829. "Desde entonces —concluye— se llama Nuestra Señora de Aranzazú de la Victoria".

En líneas precedentes anotamos el *gentilicio*, con la anuencia de Carlos Sforza. Es el mismo que registra Turi: *victoriense*; pero Turi agrega la forma *victoriano*, con la cual "es frecuente denominar a los habitantes del departamento y de la ciudad de Victoria". Sforza sostiene que *victoriano*, *a* es un uso del siglo pasado.

63. *Los gentilicios de Paraná*

Entramos en la zona que Antonio Serrano denomina *paranaense*, dándonos la pauta de este *gentilicio*, el más generalizado y el más reproducido en documentos y escritos literarios.

Paranaense, como puede apreciarse, conserva la *a* final del nombre; es decir que el sufijo *-ense* se añade al sustantivo sin desplazar la vocal *a*, por su condición de acentuada y por su índole.

El historiador César Blas Pérez Colman nos explica que "la Villa de la Bajada del Paraná no tuvo fundación oficial, pues se formó paulatinamente por acción espontánea de la Parroquia instituida en 1730..." (Reproducido por Horacio Romero en "Entre Ríos"). De esos años, o pocas décadas después, data quizá el *paranaense*, gentilicio que solamente hemos hallado en los portales del Arzobispado de Paraná, lo cual nos hace suponer que se trate de una creación erudita, de gabinete. En esta forma se opera, sí, la caída de la *a* final del topónimo.

Existé un tercer *gentilicio*, respecto del cual leemos en la citada obra de Turi: "En el habla corriente del común de los habitantes o nativos de la ciudad de Paraná, es frecuente y hasta resulta habitual oírlos denominarse a sí mismos *paranaceros*". La aseveración de Turi es rotunda: *paranaceros* es "frecuente" y "habitual" entre los hablantes de la ciudad. No lo ponemos en duda; pero nos parece oportuno señalar que el fonema interpuesto delante del sufijo *-ero*, puede escribirse con *c* (como lo hace Turi) o con *s*, como lo escriben otros; v.gr. Velmiro Ayala Gauna en su libro *Paranaseros...* (cuentos). Aunque allí se refiere a los que *viven* en el río, la observación es válida.

En definitiva, *paranaense* se nos presenta como un *gentilicio* de antigua data, corrientemente utilizado en testimonios de carácter diverso; *paranacero* (o *paranasero*) surge como alternativa más reciente, popularizada al punto de hacer posible su afianzamiento.

64. *La Paz*

Se llamó inicialmente *Cavayú Cuatiá*, que significa algo así como caballo de papel. De haber conservado el nombre, el *gentilicio* sería *cavayucuateño*; pero de nada sirven las conjeturas. Por Decreto del Gobernador Pascual Echagüe (1835), se dispone que sea fundada, en ese mismo lugar, la Villa de La Paz, "bajo la advocación de Nuestra Señora del mismo nombre". Hay una segunda fundación en 1848, pues el poblado había sido destruido como consecuencia de las guerras. Esta segunda fundación es efectuada por Antonio E. Berón de Astrada, bajo el gobierno del General Urquiza.

El *gentilicio* de *La Paz* es *lapaceño*, según referencias orales. Turi agrega que este uso alterna con *lapacero* y *pacero*, que él califica de vulgares. En lo atingente a la

escritura, no es este el caso de paranacero, pues aquí la *c* no es epéntesis, sino la transformación de la *z* en *c* por razones ortográficas: el fonema no cambia.

65. *Santa Elena*

No sabemos cómo ni cuándo haya sido la fundación de *Santa Elena*. Quizás se nos haya pasado por alto alguna referencia sobre el particular. De todos modos, lo que nos interesa son los *gentilicios*: el de *Santa Elena* en este punto. Acudimos, con tal propósito, a la información que nos suministra A. R. Turi: “y *santa-elenenses*, como también únicamente *elenenses*, se llama a los habitantes de Santa Elena, en el departamento La Paz”. Como se ve, hace el primer *gentilicio* con los dos elementos del topónimo; pero en una unión imperfecta. Sin embargo, un par de páginas más adelante, nos ofrece la misma forma en una composición perfecta: “. . . la forma *elenense*, que, según queda indicado, alterna con *santaelenense* en el caso de Santa Elena”.

Aquí también se da el sufijo en *-ero*, por lo que podemos apreciar: en el chamamé “A Santa Elena”, Linares Cardozo alude a “la luna *santelenera*” (la letra *bas-tardilla* es nuestra). Obsérvese que se ha formado con los dos componentes del topónimo; pero al unirse uno y otro, la *e* inicial de Elena ha absorbido la *a* final del adjetivo.

66. *Villa Hernandarias*

Hernando Arias de Saavedra, comúnmente conocido como Hernandarias, es “el primer gran criollo del Río de la Plata”. En su homenaje se puso este nombre a la Villa, ubicada en las riberas del Paraná, varias leguas

al Sur de La Paz (ex-Cabayú Cuatiá). No poseemos datos sobre su fundación; pero no es errado suponer que haya contribuido a su nacimiento y favorecido su desarrollo, la condición de puerto, en la ruta de Paraná al norte.

El caso es que en la Provincia se ha conocido a *Villa Hernandarias* como "la Villa". Ser de la Villa, ir a la Villa o venir de ella, eran expresiones comunes. Ignoramos la formación de un *gentilicio*. La tendencia entrerriana a conformarlos con el sufijo *-ense*, corroborada por A. R. Turi, nos induce a presumir que el de *Villa Hernandarias* sería *hernandariense* (o *villense*, si se prefiriere). Pero es sólo una presunción.

67. *Diamante*

Dice Leoncio Gianello, en su *Historia de Entre Ríos* (1520-1910), que el Gobernador Pascual Echagüe "se preocupó por la fundación de pueblos; en este sentido debe ser destacada la fundación de la Villa Cabayú Cuatiá (julio de 1835) y Diamante (febrero de 1836)".

Cabayú (en guaraní, mejor *Cabayú*) se convierte a poco andar en *La Paz*, según vimos; *Diamante* conserva su lindo nombre hasta nuestros días. Nos gustaría conocer la exégesis de esta denominación. El caso es que sus habitantes son llamados *diamantinos*. Por lo que sabemos hasta aquí, sería el único *gentilicio* de la Provincia con sufijo *-ino*.

En conclusión, el sufijo *-ense* predomina; lo que estaría indicando que el de Paraná, capital de la provincia, ha influido sobre la formación de los *gentilicios* de las localidades del interior, en su mayoría. El sufijo *-ero*, que le sigue en número, se presenta como alternancia, más popular y eufónico, por lo que podría prevalecer.

Sólo en *entrerriano*, y quizá en *victoriano* como alternancia, se da el sufijo *-ano*; hemos registrado un caso en *-ino* (*diamantino*), y otro en *-eño* (*lapaceño*).

HUGO WENCESLAO AMABLE

LA 'BARBARIE' DE LAS COMEDIAS BARBARAS

A Celina Sabor de Cortazar

1. *Un adjetivo con historia*

Cuando Valle-Inclán calificó de *bárbaras* a sus comedias lo hizo siguiendo una tradición literaria. Leconte de Lisle había usado el adjetivo al publicar dos poemas en la *Revue Contemporaine* en octubre de 1858, poemas que luego incluiría en la primera edición de *Poésies barbares* (1862). Diez años después, con agregados y modificaciones, el libro se llamaría *Poèmes barbares*. Dejando aparte a Grecia y la India, Leconte agrupa bajo este título poemas que tratan sobre Egipto, Finlandia, Escandinavia, Polinesia, sobre los celtas, los árabes y los indios americanos, sobre el Cid y Don Pedro el Cruel.

En principio, “el más griego de los artistas” despreció a los bárbaros, como despreció a la Edad Media y al cristianismo oficial. Lo expresó con claridad en su discurso de ingreso en la Academia (31 de marzo de 1887), donde usa la palabra *barbarie* con connotación negativa: “. . . les noires années du Moyen Age, années d’abominable barbarie, qui avait amené l’anéantissement presque total des richesses intellectuelles héritées de l’anti-

quité" 1. Pero la elección de un tema implica una cierta fascinación por él, y parece evidente que el autor se sintió atraído por "les passions vigoureuses des races jeunes et naïves" 2. Es cómo si, a pesar de sí mismo, Leconte de Lisle se convirtiera en el abanderado de quienes exaltan la fuerza redentora de la barbarie. Es la interpretación, creo, de Rubén Darío, quien en la semblanza de *Los raros* afirma:

Como había en su reino poético, suprimido todo anhelo por un ideal de fe, la inmensa alma medieval no tenía para él ningún fulgor; y calificaba la Edad Media como una edad de abominable barbarie. Y he aquí que ninguno entre los poetas, después de Hugo, ha sabido poner delante de los ojos modernos, como Leconte de Lisle, la vida de los caballeros de hierro, las costumbres de aquellas épocas, los hechos y aventuras trágicas de aquellos combatientes y de aquellos tiranos; los sombríos cuadros monacales, los interiores de los claustros, los cismas, la supremacía de Roma, las musulmanas barbaries fastuosas, el ascetismo católico, y el temblor extranatural que pasó por el mundo en la edad que otro gran poeta ha llamado con razón, en una estrofa célebre, "enorme y delicada" 3.

1. Cit. por Joseph Vianey, *Les "Poèmes barbares" de Leconte de Lisle* (Paris: E. Malfère, 1933), p. 94.

2. *Derniers poèmes*. Cit. por Alison Fairlie, *Leconte de Lisle's Poems on the Barbarian Races* (Cambridge: Cambridge University Press, 1947), p. 396. Interesante la interpretación de esta autora: "In his barbarians Leconte de Lisle is seeking the virility in his own age [...] is so lamentably lackin", *loc. cit.*

3. "Leconte de Lisle". en *Los raros, Obras Completas*, XVIII (Madrid: Biblioteca Rubén Darío, 1929), p. 35.

Darío revaloriza la Edad Media y esta descripción concuerda con la que hará al referirse a las *Comedias bárbaras*, cuando intenta definir el adjetivo usado por Valle-Inclán. Veremos la cita más adelante.

Unos años después de Leconte de Lisle, Carducci calificó sus *Odas* de bárbaras, pensando no en el contenido sino en la forma. Él mismo lo afirma en el *Colofón* a la primera edición de 1877: "Queste odi le intitolai barbare, perché tali sonerebbero agli orecchi e al giudizio dei greci e dei romani, se bene volute comporre nelle forme metriche della loro lirica, e perché tali soneranno pur troppo a moltissimi italiani, se bene composte e armonizzate di versi e accenti italiani" ⁴.

También Eça de Queiroz usó el adjetivo *bárbaras* para sus *Prosas*, pero el título sólo apareció en la edición póstuma de 1903. Habían sido publicadas en la *Gaceta de Portugal* a partir de marzo de 1866 con el título de *Notas marginales*. Si hemos de creer a las anécdotas, Eça usó el adjetivo por modestia, con su tradicional connotación negativa: cuando en 1871 Jaime Batalha Reis le aconsejó que reuniese en un volumen los folletines, Eça le habría contestado: "Tal vez tengas razón. Tal vez debe publicarse esto en libro (...). Pero bajo el subtítulo crítico y severo de *Prosas bárbaras*" ⁵.

Rubén Darío tiene un *Epitalamio bárbaro en Prosas profanas*, donde el bárbaro es Sagitario, "que ha robado una estrella". El adjetivo no parece tener un signo po-

4. Sobre la polémica desatada en torno a la métrica de las *Odas bárbaras*, v. Giorgio Santangelo, *Carducci*, 5ª ed. (Palermo: Palumbo, 1973), p. 25 y ss.

5. Repite la anécdota Julio Gómez de la Serna en la "Acotación marginal" que precede a *Prosas bárbaras* en su traducción de las *Obras completas* de Eça de Queiroz (Madrid: Aguilar, 1948), II, pp. 1189-1190.

sitivo en este título, como tampoco lo tiene en “Los bárbaros, Francia, los bárbaros, cara Lutecia”, la famosa poesía fechada en 1893 e incluida en *El canto errante*; los bárbaros tampoco están idealizados en el primer poema de *Los cisnes*:

Brumas septentrionales nos llenan de tristeza
 (.)
 ¿Seremos entregados a los bárbaros fieros?
 ¿Tantos millones de hombres hablaremos inglés?

En *El triunfo de Calibán*, escrito, como lo anterior, a raíz de la derrota española de 1898, vuelve a considerar bárbaros a los *yanquis*: “Son enemigos míos, son aborrecidos de la sangre latina, son los bárbaros”⁶.

En 1897 aparece *Castalia bárbara* de Ricardo Jaimes Freyre. El extraño y sonoro título concuerda con la serie de trece poemas, en los que el gran modernista boliviano expone su fascinación por una idealizada Edad Media nórdica. El autor lo explica prolijamente al justificar la elección del título:

. . . una serie que he llamado *Castalia bárbara* porque mi pensamiento artístico se ha abrevado para su concepción en las nebulosas fuentes septentrionales, adonde no llegaron los fulgores del gran sol helénico. Allí donde el espíritu cree ver agitarse un extremo del manto de la divina Poesía, allí encontrará las aguas límpidas de Castalia. Yo las he buscado en la Edad Media, soñadora y heroica, por-

6. Son ecos de la polémica sobre la superioridad o no de la raza latina sobre la anglosajona que se produjo en Europa durante el siglo XIX. V. Lily Litvak, *Latinos y anglosajones. Orígenes de una polémica* (Barcelona, Puvill, 1980). L. Litvak trae otros ejemplos sobre el uso de la palabra “bárbaro”.

que he visto en ese mar inmenso las olas armoniosas de la leyenda y el ensueño, al mismo tiempo que el triunfo del valor, de la energía y de la fuerza ⁷.

Valle-Inclán utilizó el título *Comedia bárbara* para un adelanto de *Aguila de blasón* que publicó en *El Imparcial* el 18 de junio de 1906 ⁸. Quizá inspiró a Ortega y Gasset el título de una crónica de pocas semanas después, ya que el 6 de agosto aparece, también en *El Imparcial*, su *Crítica bárbara*, en la que Ortega elogia la barbarie, pero la opone a quienes hacen literatura de decadencia, es decir, a quienes "se desentienden de todos los intereses humanos y nacionales para cuidarse del virtuosismo" (y de Valle-Inclán había dicho que era un virtuoso poco antes) y agrega: "Para ese desdén hacia la calle, propio de la aristocracia femenina, sólo hay una respuesta: la crítica bárbara, la que no se deja llevar a discusiones sutilísimas de técnica ni a sensiblerías estéticas (...) sino que, como los bárbaros de Alarico entrando en Roma..." ⁹. Ortega y Gasset cree que la barbarie salva, que dio nuevas fuerzas al Imperio romano decadente, y no es extraño que extienda el concepto a la Generación del 98. En una carta dirigida a Unamuno, fechada el 6 de enero de 1904, expone esta

7. "Castalia bárbara" en *El cojo ilustrado* (Caracas), año VI, nº 127 (1 de abril de 1897), p. 286. Cit. por Emilio Carilla, *Ricardo Jaimes Freyre* (Buenos Aires: Ediciones Culturales Argentinas, Ministerio de Educación y Justicia, 1962), pp. 23-24.

8. Después de la publicación en forma de libro de *Aguila de blasón* (1907) y *Romance de lobos* (1908) Valle-Inclán parece que pensó en calificar *El embrujado* de "nueva comedia bárbara". Así se anuncia el folletín en *El Mundo* el 6 de noviembre de 1912.

9. J. Ortega y Gasset, *Obras Completas*, I. 4ª ed. (Madrid: Revista de Occidente, 1957), pp. 47 y 48. Agradezco este dato a Antonio Ramos Gascón.

idea: "Aquellos traían algo de frescura y de vida anti-literaria, e hicieron una irrupción de bárbaros en estos campos de las ideas"¹⁰ y la hace más explícita en un artículo sobre Baroja inédito hasta 1964:

Unamuno, Benavente, Valle-Inclán, Maeztu, Martínez Ruiz, Baroja... Fue una irrupción insospechada de bárbaros interiores. No vinieron de fuera: todo lo contrario. Vinieron del centro mismo de la mitología nacional (...)

Todos poseían la conciencia de que una España fuerte no podía salir por evolución normal de la vieja España (...)

Y los bárbaros aquellos, nuevos Hércules, se pusieron a limpiar los establos de Augias¹¹.

Después de Valle-Inclán, un autor casi desconocido, Fernando López Martín, publicó sus *Sinfonías bárbaras* en 1915. Quizá no lo recordaríamos, si no hubieran provocado unas páginas críticas de Rafael Cansinos Assens, reveladoras de las asociaciones imaginativas que la palabra provocaba en la época. Cansinos se refiere a los poemas de Wagner "en que se canta la bárbara belleza de los combates" (p. 175), a los libros de Nietzsche, en especial *Los orígenes de la tragedia* y *Zaratustra*, donde se "fija el verdadero alcance del arte y el pensamiento bárbaro" (p. 176), a la obra de Darío, exaltadora de los mitos pánicos y a las de Villaespesa, Valle-Inclán, Manuel

10. La carta apareció en el ensayo "Almas de jóvenes", *Nuestro Tiempo*, año IV, No. 41 (mayo 1904).

11. Ortega y Gasset, *Obras Completas*, IX, 2ª ed. (Madrid: Revista de Occidente, 1965), pp. 494, 495 y 496.

Machado y Marquina, en las que "se ensalzan las infan-zonas góticas y las libres alegrías paganas". "Este amor a la fuerza —dice Cansinos Assens— resucitó en el novecientos bajo las formas del arte llamado bárbaro, que simpatiza —y he aquí su sentido pánico— con todas las fuertes energías no academizadas". Afirma luego (p. 178) que "Unamuno adopta el epíteto de bárbaras para un haz de poesías, a ejemplo de Carducci", pero no he podido confirmar este dato ¹².

2. *Civilización vs. barbarie*

Son extrañas las vicisitudes que han sufrido en español, a lo largo de la historia, estos conceptos. Como pareja bien avenida, se han intercambiado simbióticamente los significados. *Civil*, hasta el siglo XVII significó, por oposición a *militar*, "desestimable, mezquino, ruin y de baja condición y procedere" y quería decir 'cruel' cuando calificaba a "muerte" y "guerra". *Acivilar* está documentado en los siglos XVI y XVII con el significado de 'envilecer' ¹³.

En el extremo opuesto tenemos el significado ponderativo de *bárbaro*, extendido en todo el ámbito hispánico, del que se duele María Moliner considerándolo "un neologismo usado por gente joven". Sus ejemplos son "hace un frío bárbaro", "tengo un plan bárbaro", "lo hemos pasado bárbaro".

12. Vid. R. Cansinos Assens, *Poetas y prosistas del 900* (Madrid: Editoria! América, 1919), p. 177.

13. Vid. María Rosa Lida, "Civil 'cruel'," *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 1 (1947), pp. 80-85 y Luis Jaime Cisneros, "Civil 'cruel,'" *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 8 (1954), pp. 174-176 y también el *Diccionario crítico etimológico* de Corominas s.v. "civilización".

La palabra *civilización* entró en España en el siglo XVIII importada, con la ideología correspondiente, desde Francia. Se han ocupado de su uso y de las polémicas que surgieron con el uso, W. Krauss, J. A. Maravall y J. Escobar ¹⁴.

La ponderación de la barbarie tiene viejos antecedentes, aunque el Diccionario Histórico de la RAE de 1936 no trae ningún ejemplo en el que bárbaro sea usado con algún sentido positivo. Entre las papeletas compiladas para el próximo, que pude consultar en la Academia, figuran, sin embargo, ejemplos en los que *bárbaro/barbarie* no tienen un contenido negativo. Valgan los siguientes:

A este Don Luis, por su gran resolución en ejecutar,
lo llamaron el bárbaro, más por honra que
[desprecio. . .

Correas, *Vocabulario de refranes* (1631).
(Madrid: Tipografía de la Revista de
Archivos, Biblioteca y Museos, 1924),
p. 330, c. 2.

De nuestros bellos cantos populares,
y el lujo oriental de su riqueza,
considerad su bárbara grandeza.

Zorrilla, *Granada* (Madrid: Imprenta y
Litografía de los Huérfanos, 1895), I,
p. 199.

14. Vid. José Escobar, " 'Civilizar', 'civilizado' y 'civilización', una polémica de 1763", en *Actas del VII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, Venecia, 1980, (Roma: Bulzoni, 1982), pp. 419-427 y "Más sobre los orígenes de 'civilizar' y 'civilización' en la España del siglo XVIII", en *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 33 (1984), pp. 88-114.

Puede haber un bárbaro muy sabio que almacene (...) complicados conocimientos.

Unamuno, *Por tierras de Portugal y España* (Buenos Aires: Austral, 1944), p. 160.

Un héroe tiene siempre algo de *bárbaro*, indudablemente.

Zorrilla San Martín, *La epopeya de Artigas*, (Barcelona: L. Gili, 1916), I, p. 222.

La faz, bárbara e ingenua de Tigre Juan, guardaba cierta semejanza con la de Atila. (1926).

Pérez de Ayala, *Tigre Juan* (Buenos Aires: Austral, 1944), p. 11.

Te quiero precisamente por tu magnífica barbarie, contrapuesta al sentido burgués y artificial de la vida.

Ricardo León, *Cristo en los infiernos* (Madrid: V. Suárez, 1941), p. 202.

Era un arte, digamos [y digámoslo sin sentido peyorativo] bárbaro.

Dámaso Alonso, *Poesía española*, (Madrid: Gredos, 1950), p. 132.

Este breve excursus en el léxico español refleja un aspecto de las conflictivas relaciones que a lo largo de la historia tuvieron los conceptos de civilización y barbarie. Saliendo del léxico español para llegar a historia de las

ideas, es sabido que la civilización ha sido considerada desde muy antiguo como corruptora y debilitadora. Basta recordar el conocido comienzo de *De Bello Gallico*, donde Julio César elogia a los belgas:

Horum omnium fortissimi sunt Belgae, propterea quod a cultu atque humanitate provinciae longissime absunt, minimeque ad eos mercatores saepe commeant atque ea, quae ad effeminandos animos pertinent, important.

Los mitos de la Edad de Oro y el buen salvaje son testimonio de cómo el primitivismo ha excitado la imaginación del hombre más o menos civilizado. La maldad de la civilización y las virtudes de la naturaleza llegaron, a través de Rousseau, a ser parte de la sensibilidad romántica.

A medida que avanza el siglo XIX, la idea adquiere un *frisson nouveau*. No es sólo que la barbarie puede salvar a una civilización envilecida, es que se exalta la crueldad y el horror. Gautier lo hace en *Mademoiselle de Maupin* (especialmente en el cap. VIII), tras las huellas del divino Marqués, y vuelve sobre el tema en el conocido prólogo a *Las flores del mal*: "Mezclando en su caldero mágico toda clase de filtros envenenados, Baudelaire puede afirmar, como las brujas de Macbeth, 'Lo bello es horrible y lo horrible es bello'"¹⁵.

Estamos tratando, pues, una palabra con abolengo literario. Y hasta tenemos la suerte de que el mismo Darío nos haya dado su definición al referirse a las *Comedias*

15. *Baudelaire por Gautier/Gautier por Baudelaire*, (Madrid: Nostromo, 1971), p. 41. Cfr. Baudelaire, "Hymne à la Beauté": "Tu marches sur des morts, Beauté, dont tu te moques; / De tes bijoux l'Horreur n'est pas le moins charmant".

bárbaras y haya hecho una lista de las asociaciones imaginativas que le suscitaba:

Bárbaro en esta extensión de la palabra es lo que en expresión, simbolismo o manera de ser, representa una mentalidad medieval, ásperamente expresiva, invasora y gótica; popular en lo del fondo del corazón del pueblo: feudal, caballeresca, burgrave, mística, llena de conocimientos o suposiciones milenarios, y al mismo tiempo ingenua, pagana en lo mucho que de paganismo tenía la Edad Media; con el sentido de fatalidad que había en tiempos de peses extrañas y fulminantes que supiera comprender un Edgar Poe; y de peregrinos con sus conchas en las caperuzas; y de leprosos que, para atraer o alejar al viandante, tocaban sus esquilas en los caminos, mientras todo el orbe, desde el montículo papal, temblaba por el advenimiento de lo Extraordinario¹⁶.

Al acercarnos a fin de siglo, el movimiento decadentista contribuyó a propagar la idea de que era necesaria una inyección de sangre nueva para revitalizar un mundo demasiado viejo¹⁷. Los bárbaros que habían visitado esporádicamente la imaginación europea desde el prerromanticismo, la invaden entonces. Son citas obligadas de cualquiera que trate este tema, el famoso *Plainte d'Automne* de Mallarmé:

16. "Algunas notas sobre Valle-Inclán", *Obras Completas*, II, (Madrid: Afrodisio Aguado, 1950), p. 581.

17. Sobre este tema, vid. Alfred E. Carter, *The Idea of Decadence in French Literature 1830-1900* (Toronto: Toronto University Press, 1958), pp. 3 y ss.

... la littérature à laquelle mon esprit demande une volupté sera la poésie agonisante des derniers moments de Rome, tant, cependant, qu'elle ne respire aucunement l'approche rajeunissante des Barbares et ne bégaie point le latin infantin des premières proses chrétiennes ¹⁸;

el soneto *Langueur* de Verlaine (1883), y el famoso artículo de Paul Bourget sobre Charles Baudelaire en *Essais de psychologie contemporaine* (1881) en el que el crítico define el estilo de la decadencia.

Los bárbaros aparecen como salvadores en una curiosa asociación con los obreros en *Charles Demailly* de los hermanos Goncourt:

Quand une société était perdue, épuisée au point de vue physiologique, il lui transfusait le jeune sang d'Hercule. Qui sauvera le monde de l'anémie du XIX e. siècle? Sera-ce-dans quelques centaines d'années une invasion d'ouvriers dans la société?... ¹⁹.

Azorín repite la idea en *Anarquistas literarios*, pero cita el *Journal*. La cita es importante y ha merecido un comentario de Blanco Aguinaga en *Juventud del 98*. Escribe Azorín:

“El salvajismo es necesario cada cuatrocientos o quinientos años para revivificar el mundo”, dicen los Goncourt en su *Journal*.

El mundo muere de civilización.

18. Stéphane Mallarmé. *Oeuvres complètes* (Paris. Gallimard. 1945), pp. 270-71. Este poema en prosa se tituló originariamente “L'Orgue de Barbarie”.

19. (Paris: G. Charpentier. 1877). p. 283.

Antes, en Europa, cuando los viejos habitantes de una hermosa comarca sentíanse debilitados, caían sobre ellos, desde el Norte, bárbaros gigantes, que vigorizaban la raza. Ahora que ya no hay salvajes en Europa, son los obreros quienes realizarán esta obra en una cincuentena de años.

Llamaráse a esto la revolución social ²⁰.

Pero la barbarie, asociada con la aristocracia, tendría más poder de sugestión con la reelaboración literaria de la idea del superhombre nietzscheano. Es célebre el pasaje 1, 11, de *La genealogía de la moral*, donde Nietzsche se refiere a la "bestia rubia" y relaciona la barbarie con la verdadera nobleza y la aristocracia:

Son las razas nobles las que han dejado tras de sí el concepto "bárbaro" por todos los lugares por donde han pasado (...). Esta "audacia" de las razas nobles, que se manifiesta de manera loca, absurda, repentina, este elemento imprevisible e incluso inverosímil de sus empresas (...) su indiferencia y su desprecio de la seguridad, del cuerpo, de la vida, del bienestar, su horrible jovialidad y el profundo placer que sienten en destruir, en todas las voluptuosidades del triunfo y de la crueldad... ²¹.

La descripción, qué duda cabe, se acomoda a Juan Manuel Montenegro y sus hijos. Lo vio perfectamente Gon-

20. Vid. Carlos Blanco Aguinaga, *Juventud del 98* (Madrid: Siglo Veintiuno, 1970), p. 134.

21. Cito por la edición de la Editorial Alianza (Madrid: 1972), pp. 46-49. Introducción, traducción y notas de Andrés Sánchez Pascual.

zalo Sobejano, siguiendo a Cansinos Assens, en su *Nietzsche en España* ²².

Pero la exaltación de la barbarie y de lo que podemos llamar "criminalidad heroica" es anterior a Nietzsche, como hemos visto, y pasa por la línea Sade-Gautier que, por los meandros Swinburne-D'Annunzio, llega a Valle-Inclán (no pretendo excluir a otros autores, pero me parece que nombro a los más importantes).

Es en este contexto que hay que situar la exaltación del horror y la violencia en la *Sonata de invierno*:

Yo sentí alzarse dentro de mí el ánimo guerrero, despótico y feudal, que haciéndome un hombre de otros tiempos, hizo en éstos mi desgracia (. . .). Yo siento, también, que el horror es bello, y amo la púrpura gloriosa de la sangre, y el saqueo de los pueblos, y a los viejos soldados crueles, y a los que violan doncellas, y a los que incendian mieses, y a cuantos hacen desafueros al amparo del fuero militar ²³.

En las *Comedias bárbaras* se vuelve sobre estas ideas en la escena IV de la Jornada Segunda de *Aguila de blasón*, cuyo origen sadiano ha sido señalado hace muchos años. Don Pedrito viola a Liberata casi instrumentalizado por una tradición estético-literaria:

Bajo la vid centenaria revive el encanto de las epopeyas primitivas, que cantan la sangre, la violación y la fuerza. Liberata la Blanca suplica y llora.

22. (Madrid: Gredos, 1967), pp. 213 y ss.

23. Cito por la 1ª edición (Madrid: Tipografía de la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, 1905), p. 193.

El primogénito siente como un numen profético el alma de los viejos versos que oyeron los héroes en las viejas lenguas, y contiene a sus perros con grandes voces, y se acerca a la molinera, y le ciñe los brazos, y la derriba y la posee...²⁴.

No sólo el Marqués de Sade ha sido convocado: bajo la vid dionisiaca, los perros, la mujer desnuda y los "hilos de sangre roja" evocan la historia de Nastaggio degli Onesti reproducida por Botticelli. De haber sido juzgado por un tribunal, Don Pedrito hubiera podido aducir en su descargo que él también, y no sólo Liberata, era víctima de una tradición estética. Quizá por la misma razón debemos sobreseer a Alejandro Lerro, ese azote de la burguesía catalana, quien en su célebre discurso del 1 de septiembre de 1906 —el mismo año en que *Águila de blasón* aparece en *El Imparcial*—incurre en un tópico decadentista:

Jóvenes bárbaros de hoy, entrad a saco en la civilización decadente y miserable de este país sin ventura, destruid sus templos, acabad con sus dioses, alzad el velo de las novicias y elevadlas a la categoría de madres para virilizar la especie, penetrad en los registros de propiedad y haced hogueras con sus papeles para que el fuego purifique la infame organización social, entrad en los hogares humildes y levantad legiones de proletarios, para que el mundo tiemble ante sus jueces despiertos²⁵.

Podemos decir que no sólo la naturaleza, también los políticos imitan al arte. Pues bien, así como al marqués

24. Cito por la 1ª ed. (Barcelona: F. Granada, 1907).

25. Publicado en *De la lucha* (Barcelona, s.a.).

de Bradomín le parecía correcto en la *Sonata de invierno* que los soldados violaran doncellas y a Lerroux que los jóvenes bárbaros hicieran hijos a las novicias, muchos años antes Algernon Swinburne había conmovido el pudor británico con idéntica ideología. Cuando en 1876 Turquía sofocó una rebelión en Bulgaria, *The Times* publicaba con indignación las noticias de la masacre de mujeres y niños y de cómo un líder turco, llamado Sadick Bey, había violado y torturado a más de cien mujeres antes de asesinarlas. Swinburne defendió a Sadick Bey porque como su predecesor, el Marqués, había logrado la total liberación²⁶.

Quizá tanto por influencia de Swinburne como de Nietzsche llega D'Annunzio al siguiente párrafo (que citaré con el comentario de Emilio González Blanco) en un artículo aparecido en *La España Moderna* (mayo de 1903) con el título "D'Annunzio y el anarquismo aristocrático":

D'Annunzio tampoco es socialista. ¿Ni cómo puede serlo desde que loa y canta con entusiasmo a sus aristócratas antepasados "por las bellas heridas que produjeron, por los bellos incendios que causaron, por las bellas copas que vaciaron, por los bellos palafrenes que blandieron, por las bellas ropas que vistieron, por las bellas mujeres que gozaron, por todos sus estragos, sus magnificencias, sus lujurias?"²⁷.

26. Vid. Donald Thomas, *Swinburne. The Poet and His World* (New York: Oxford University Press, 1979).

27. Veamos la versión original:

"O molteplice Bellezza del Mondo", io pregava allora "non a te soltanto sale la mia lode; non a te soltanto, ma anche ai miei maggiori, ma anche a que'li che seppero gioire di

Es, en todo caso, la misma exaltación de la "audacia de las razas nobles" frente al "animal doméstico", "incurablemente mediocre y desagradable" de que habla Nietzsche en el párrafo citado.

3. *Y en suma...*

En su referencia a lo bárbaro Rubén Darío había puesto el acento en lo imaginario medieval y su posible interpretación por una figura admirada a fin de siglo: Edgar Allan Poe. Pero su definición encuadra mejor con *Flor de santidad* que con las *Comedias bárbaras*. En las Comedias hay algo más, tal como lo vio R. Cansinos Assens al definir el arte bárbaro: Nietzsche, claro está, y su descripción de la aristocracia bárbara, que tan bien se acomoda a los Montenegro. Y Wagner, que pobló de bárbaros los escenarios del mundo y cuya influencia en las *Comedias bárbaras*, en lo que hace a la fascinación por la obra de arte total y al tono musical con que hablan los personajes, señaló Rivas Cherif y aceptó don Ramón ("El vagnerismo [sic] que usted señala es indudable")²⁸. Más

te nei secoli remoti e mi trasmisero il loro fervido e ricco sangue. Lodati sieno ora e sempre per le belle ferite che apersero, per i belli incendii che suscitarono, per le belle tazze che votarono, per le belle vesti che vestirono, per i bei palafreni che blandirono, per le belle femmine che godettero, per tutte le loro stragi, le loro ebrezze, le loro magnificenze e le loro lussurie sieno lodati; perché così mi formarono essi questi sensi in cui tu puoi vastamente e profondamente specchiarti, o Bellezza del Mondo, come in cinque vasti e profondi mari!"

Le Vergini delle Rocce (Milano: Arnoldo Mondadori, 1964), p. 419.

28. "La comedia bárbara de Valle-Inclán", en *España*, año X, Nº 409, p. 104. Respuesta de Valle-Inclán en *España*, año X, Nº 412, p. 150.

la huella del Marqués de Sade y el prestigio de una palabra con tradición literaria, eufónica y llena de connotaciones ²⁹.

LEDA SCHIAVO

29. Terminado este artículo, pude consultar el *Diccionari etimològic i complementari de la llengua catalana*, de Joan Corominas, quien, *sub voce* "bàrbar", reconoce que hacia 1900, los autores más representativos le otorgan un sentido ponderativo, y trae numerosos ejemplos. Cita también *Proses barbares* de P. Bertrana. Y quiero agregar aquí *Contes Barbares*, de Paul Gauguin, pintado en 1902.

TEXTOS Y DOCUMENTOS

Enmiendas y adiciones a los Diccionarios de la Real Academia Española

I *

- abolir.** [*Enmienda a la etimología.*] (Del lat. *abolēre*.)
- adherir.** [*Enmienda a la etimología.*] (Del lat. *adhaerēre*; de *ad*, *a*, y *haerēre*, estar unido.)
- adjetivar.** [*De la 1ª acep. se suprime:*] ... como en la gramática el sustantivo con el adjetivo.
- adorno.** ... || **de adorno.** ... || **2.** Que sólo sirve como nota decorativa. Se emplea mucho jocosamente. *Este está en la oficina DE ADORNO.*
- agua.** ... || **2.** [*Suprímese.*]
- aire¹.** ... || **2. bis.** [*Suprímese.*]

* Aprobadas por la Real Academia Española (Comunicados de enero a abril de 1987).

NOTA: Las diferencias que pueden advertirse entre estas definiciones tomadas de los *Comunicados* que envía periódicamente la R. Academia Española, y las que se publican luego en forma definitiva en el *Boletín* de dicha Institución, se deben a que este último suele aparecer con posterioridad al de la Academia Argentina debido al distinto período del año en que sesionan ambas instituciones.

- alinear.** ... || 3. Vincular o vincularse a una tendencia ideológica, política, etc. Ú. t. c. prnl.
- alpende.** [Enmienda a la etimología.] (... *appen-dēre* ...)
- alta.** ... || **dar el alta.** ... || 2. Aludiendo a objetos, herramientas, etc., incluirlos en un inventario.
- alusión.** [Enmienda a la etimología.] (... *retozo*, juego.)
- alvino, na.** [Enmienda a la etimología.] (... *alvīnus* ...)
- ameba.** [Enmienda a la etimología.] (... *amoibē*...)
- anacanto.** [Enmienda a la etimología.] (Del gr. *anákanthos*, sin espinas.)
- antecesor, ra.** [Enmienda a la etimología.] (... *antecessor* ...)
- anticipar.** [Enmienda a la etimología.] (... *anticipāre* ...)
- antistrofa.** [Enmienda a la etimología.] (... *antistrofē* ...)
- antítesis.** [Enmienda a la etimología.] (... *antíthesis* ...)
- apio.** ... || 2. Hombre afeminado.
- apócema.** [Enmienda a la etimología.] (... *cocimiento*.)
- apoyatura.** [Enmienda a la etimología.] (Del ital. *appoggiatura* de *appoggiare*, apoyar.)
- árabe.** [Enmienda a la etimología.] (Del lat. *Arabs*, *-ābis*, y éste del gr. *Araps*, *-abos*.)
- aterosclerosis.** [Enmienda a la etimología.] (Del gr. *athēra*, ...)
- axonometría.** f. Sistema de representación de un cuerpo o figura en el espacio mediante la medida o proyección según tres ejes.
- baja.** ... || **dar de baja.** ... || 3. [Enmienda.] Cumplir las formalidades necesarias para poner a alguien o algo en situación de **baja**. Apl. a pers. ú. t. c. prnl.
- barógrafo.** [Enmienda a la etimología.] (Del gr. *báros*, pesadez, y ...)

- barómetro.** [*Enmienda a la etimología.*] (Del gr. *báros*, pesadez, y ...)
- Batuecas.** (Valle de la provincia de Salamanca.) ...
- bauzador.** [*Enmienda a la etimología.*] [*Se suprime del final.*] (y este del ant. alto al. *bosa*, engaño.)
- bestialidad.** ... || 2. [*Enmienda.*] Anormalidad sexual consistente en realizar el coito con animales.
- bestialismo.** m. **bestialidad**, anormalidad sexual.
- bisexual.** ... || 2. Dícese de la persona que alterna las prácticas homosexuales con las heterosexuales. Ú. t. c. s.
- bolchevique.** [*Enmienda.*] ... adj. Perteneciente o relativo al bolchevismo. || 1. bis. Dícese del partidario del bolchevismo. Ú.t.c.s. || 2. Dícese del miembro. Ú.t.c.s.
- bolcheviquismo.** m. [*Enmienda.*] **bolchevismo**.
- bolchevismo.** m. [*Pasan a este artículo las acepciones de bolcheviquismo.*]
- botarate.** ... || 2. [*Enmienda.*] *Can.* y *Amér.* ...
- cabaré.** (Del fr. *cabaret*.) m. Lugar de esparcimiento donde se bebe y se baila y en el que se ofrecen espectáculos de variedades, habitualmente de noche.
- cabeza.** ... || **magnética.** *Eléctr.* Dispositivo electromagnético que sirve para registrar, borrar o leer señales en un disco, cinta o hilo magnético.
- campus.** (Voz latina.) m. Conjunto de terrenos y edificios pertenecientes a una universidad.
- canelo, la.** ... || 1 bis. *Can.* Aplícase en general al color castaño. || ... || **hacer el canelo.** **hacer el primo.**
- caprino,** na. [*Enmienda a la etimología.*] (Del lat. *caprinus*.)
- caribe.** ... || 4. [*Enmienda.*] **piraña.**
- central.** ... || **nuclear.** Instalación productora de calor o energía eléctrica, utilizando reacciones nucleares en cadena debidamente controladas.
- cera.** ... || **hacer la cera.** Depilar por el procedimiento

de extender sobre el cutis cera derretida y retirarla cuando se enfría y solidifica. Ú. t. c. prnl.

cilindro. ... [*Enmienda a la 1ª acep.*] m. *Geom.* Cuerpo limitado por una superficie cilíndrica cerrada y dos planos que la cortan.

cobertura. ... || 4 bis. Cantidad o porcentaje abarcado por una cosa o una actividad.

cocedero, ra. ... || 2. [*Enmienda.*] m. Pieza o lugar en que se cuece algo, como vino, mariscos, etc.

cocinero, ra. [*Como 1ª acep.*] adj. Que cocina. || 2. m. y f. ...

coche¹. ... || 1 bis. Vagón del tren o del metro.

coleta¹. ... || 2. [*Enmienda.*] ... la espalda. Se pone en algunos peluquines y, generalmente postiza, la usan los toreros.

colofón. ... || 2. Frase, actitud, decisión complementaria que pone término a un asunto, obra, situación, etc.

comandar. [*Enmienda a la etimología.*] (Del ital. *comandarc*, ...)

como². ... || 2. [*Pasa a 6 bis.*]

cómodo, da. [*Enmienda a la etimología.*] (Del lat. *cōmodus*; ...)

concluir. ... || 4. [*Enmienda*] ... que no tenga qué responder. ...

cono. ... || 2. *Geom.* [*Enmienda.*] Cuerpo limitado por una superficie cónica cerrada y un plano que la corta.

consueto, ta. [*Enmienda a la etimología.*] (... *consuetus* ...)

contradanza. [*Enmienda a la etimología.*] (Del fr. *contredanse*, y este del ing. *country dance*, danza campestre.)

corpus². (Voz latina.) m. Conjunto de datos, textos u otros materiales científicos que pueden servir de base a una investigación.

- costa.**² *✓*. [*Enmienda a la 1ª acep.*] Orilla del mar, de los ríos, lagos, etc., y tierra que está cerca de ella.
- crimen.** ... || 1 bis. Acción voluntaria de matar o herir gravemente a una persona.
- criminólogo, ga.** adj. Dícese del experto en criminología. Ú. t. c. s.
- curángano.** m. cura, sacerdote. Ú. con valor despectivo.
- chanfle.** m. *Argent.* chaflán. || 2. *Argent.* Golpe o corte oblicuo producido en alguna cosa.
- chanflear.** tr. *Argent.* achaflanar.
- chisgua.** (Del muisca *chisua*.) f. *Col.* Achira o cañacoro. || 2. *Col.* Mochila o talega tejida con fibras de fique.
- debajo.** [*Enmienda.*] ... superior. Cuando antecede a un nombre y tiene conexión con él, se convierte en la loc. prepos. **debajo de.** DEBAJO *de techado.* ...
- decemnovenal.** [*Enmienda a la etimología.*] (Del lat. *decemnovennālis*.)
- decibelímetro.** m. Aparato de medida graduado en decibelios.
- delante.** ... || 3. [*Enmienda.*] loc. prepos., siguiendo *de.* A la vista, ...
- deleto, ta.** [*Enmienda a la etimología.*] (... *delēre* ...)
- deporte.** ... || 2. [*Enmienda.*] Actividad física, ejercida como juego o competición, cuya práctica supone entrenamiento y sujeción a normas.
- detentar.** [*Enmienda.*] ... Retener uno lo que manifiestamente no le pertenece. || 2. Retener y ejercer ilegítimamente algún poder o cargo público.
- doler.** [*Enmienda a la etimología.*] (Del lat. *dolēre*.)
- empatar.** ... || 5. *Col.* Gastar el tiempo en cosas molestas.
- empato.** m. *Col.* Acción y efecto de empatar el tiempo.
- emputecer.** [*Añádese.*] ... y en sent. fig.
- emputecimiento.** m. Acción y efecto de emputecer o emputecerse. U. t. en sent. fig.

- esmeraldero, ra. adj. Col.** Dícese de la persona que se ocupa en la explotación de esmeraldas o en negociar con ellas. Ú. t. c. s.
- estallar.** [*Enmienda a la etimología.*] (Metátesis de un ant. *astellar, hacerse astillas.)
- etnocéntrico, ca. adj.** Que practica el etnocentrismo.
- etnocentrismo. m. Etnol.** Tendencia emocional que hace de la cultura propia el criterio exclusivo para interpretar los comportamientos de otros grupos, razas o sociedades.
- euclidiano, na.** [*Enmienda.*] adj. Perteneciente o relativo a Euclides o al método de este matemático griego del S. III a. de Cristo.
- exedra.** [*Enmienda a la etimología.*] (... y hédra, silla.)
- exequátor.** [*Enmienda a la etimología.*] (Voz lat. que significa 'ejecútese'.)
- extracción.** ... || **4. Col.** En ganadería, veterinaria, etc., parte de la producción de un hato que se puede retirar de él, en un período de tiempo, sin afectar su productividad.
- extralimitarse.** [*Enmienda.*] ... atribuciones. || **2. fig.** Abusar de la benevolencia ajena. [*Se suprime:*] Ú. t. c. rr.
- fitopatología.** [*Enmienda a la etimología.*] (De fito- y patología.)
- fuego.** [*Enmienda.*] ... || **1.** Calor y luz producidos por la combustión. || **2.** ...
- geo-.** [*Enmienda a la etimología.*] (Del pref. gr. *geō-*, de *gê*, tierra.)
- guapo, pa.** ... || **3.** [*Pasa a 1ª acep.*]
- guizgar.** [*Se suprime la etimología.*]
- guizque.** [*Se suprime la etimología.*]
- heterosexual.** [*Enmienda.*] ... adj. Dícese del individuo que practica la heterosexualidad. Ú, t. c. s. || **2.** [*La*

- acepción actual* || 3. Perteneciente o relativo a la heterosexualidad.
- heterosexualidad.** ... || 2. Práctica de la relación erótica heterosexual.
- hígado.** ... || 2. Zool. [*Enmienda.*] Por ext., cierta glándula de diversos invertebrados que cumple funciones semejantes a las que desempeña el **hígado** en los vertebrados. || 3. [*Suprímese.*]
- impedido, da.** ... || 2. adj. [*Enmienda.*] Que no puede usar alguno o algunos de sus miembros. Ú. t. c. s.
- impudicia.** [*Enmienda.*] (De *impudicia*.) f. [*Pasa aquí la definición de impudicia.*]
- impudicia.** ... [*Enmienda.*] **impudicia.**
- inconsciencia.** [*Enmienda a la 1ª acep.*] Estado en que el individuo no se da cuenta del alcance de sus palabras o acciones.
- indexación.** f. *Inform.* **indización.**
- indexar.** tr. *Inform.* **indizar.**
- infalible.** ... [*Enmienda a la 1ª acep.*] adj. Que no puede equivocarse.
- iridáceo, a.** [*Enmienda a la etimología.*] (De *iride*, ...)
- judío, a.** ... || 4 bis. **avaro.** Ú. t. c. s.
- juzgar.** ... || 2. [*Enmienda.*] Formar juicio u opinión sobre algo o alguien.
- legui.** (Del ingl. *legging*, polaina.) m. Polaina de cuero. Ú. m. en pl.
- levante**². ... || 1 bis. *Col.* Edad de un bovino comprendida entre el destete y el principio de la ceba. || 1 ter. *Col.* Actividad pecuaria que produce esa categoría de bovinos.
- líbico, ca.** [*Enmienda.*] ... adj. Perteneciente o relativo a la Libia antigua. || 2. **libio.** || 3. V. **álamo libico.**
- limitador, ra.** adj. Que pone límites, impidiendo sobrepasarlos. || 2. m. Dispositivo mecánico o eléctrico que

impide sobrepasar ciertos límites en el consumo o en el desarrollo de cualquier energía.

lisiado, da. ... || 3. [*Añádese.*] desus.

llanisto, ta. adj. *Argent.* Natural de los llanos de La Rioja. Ú. t. c. s. || 2. *Argent.* Perteneciente o relativo a esa región de la Argentina.

macho¹. ... || 8. [*Enmienda.*] Cada una de las borlas que cuelgan en la indumentaria de los toreros, en especial las que sujetan el calzón a las corvas. || ... || **apretarse los machos.** fr. fig. y fam. Prepararse cuidadosamente para una empresa difícil.

manijero. ... || 2. [*Suprímese:*] *And.*

magnético, ca. ... || 4. [*Enmienda.*] V. **aguja, cabeza, declinación,** ...

marcen. f. márcena, amelga.

matón. ... [*Enmienda.*] Hombre jactancioso y penden-
ciero, que procura intimidar a los demás.

media¹. ... || 5. fam. Precedido del artículo *la* y refiriéndose a una hora consabida, equivale a esa hora seguida de la expresión y **media.** *Empezamos a LA MEDIA en punto.*

medio, dia. ... || 36 bis. Con valor hiperbólico, una gran parte de la cosa expresada. **MEDIO** *Madrid fue a los toros.*

menchevique. adj. Dícese del miembro del grupo minoritario del partido socialdemócrata ruso en la revolución de 1917. Ú. t. c. s. || 2. Perteneciente o relativo a este grupo.

minutar. [*Enmienda.*] **minutar¹** ... || 2. Pasar una minuta al cobro.

minutar². ... || 2. *Radio.* Distribuir el tiempo correspondiente a las diversas emisiones o programas.

mito. ... || 3. Persona o cosa rodeada de extraordinaria estima.

motivo. . . . || 4. [*Enmienda.*] En las bellas artes, en decoración, filatelia, etc., tema o asunto de una composición.

nuclear. . . . || 2. [*Suprímese el ejemplo*] || 2 bis. Que emplea energía nuclear.

nuclear. . . . || 3. [*Enmienda*] V. central, desintegración, . . .

ociosidad. . . . || 1. [*Enmienda.*] . . . trabajar, perder . . . || 2. [*Enmienda.*] Efecto del ocio, como juegos, diversiones, etc.

parvulario. (De *párvulo*.) m. Lugar donde se cuida y educa a párvulos. || 2. Conjunto de los niños que reciben educación preescolar.

pensión. . . . || **completa.** Régimen de hospedaje que incluye habitación y todas las comidas del día. || **media**

pensión. Régimen de pensionado que incluye la enseñanza y la comida del mediodía. || 2. Régimen de hospedaje en que los huéspedes tienen derecho a habitación y una comida diaria.

petaso. [*Enmienda.*] **pétaso.** (Del lat. *petāsus*, y este del gr. *pétasos*.) m. Sombrero de ala ancha que usaban griegos y romanos para protegerse del sol y de la lluvia, especialmente en los viajes y en la caza.

pingüino. [*Enmienda.*] . . . m. Nombre común de varias aves caradriformes del hemisferio norte, como el alca y sus afines. || **pájaro bobo.**

pinjar. [*Enmienda a la etimología.*] (. . . de *pendēre*.)

piraña. f. Pez teleósteo de los ríos de América del Sur, de pequeño tamaño y boca armada de numerosos y afilados dientes. Vive en grupos y es temido por su voracidad, que le lleva a atacar al ganado que cruza los ríos. Existen varias especies del mismo género.

ponteadero. m. *Col.* Lugar escogido para la construcción o montaje de un puente.

- porteño, ña.** ... || 2. [*Suprímese.*] || 3. [*Enmienda.*] Perteneciente o relativo a estas ciudades.
- preescolar.** adj. Perteneciente o relativo al período educacional anterior al de la enseñanza primaria.
- productividad.** ... || 3. *Econ.* Aumento o disminución de los rendimientos físicos o financieros, originado en la variación de cualquiera de los factores que intervienen en la producción: trabajo, capital, técnica, etc.
- propender.** [*Enmienda a la etimología.*] (... *propendēre.*)
- provisorio, ria.** (Del lat. *provisum*, supino de *providēre*, proveer.) adj. **provisional.**
- pudivia.** (De *pudivia.*) f. (*Pasa aquí la definición de pudicia.*)
- pudicia.** ... [*Enmienda.*] **pudivia.**
- radar.** [*Enmienda a la etimología.*] (Del ingl. *radio detection and ranging*, detección y situación por radio.)
- refulgir.** [*Enmienda a la etimología.*] (Del lat. *refulgēre.*)
- reír.** [*Enmienda a la etimología.*] (Del lat. *ridēre.*)
- resistencia.** ... || 1 bis. Conjunto de las personas que, clandestinamente de ordinario, se oponen a los invasores de un territorio o a una dictadura.
- respaldo.** m. [*Enmienda a la 1ª acep.*] Parte de un asiento en que descansa la espalda.
- restar.** ... || 7. intr. [*Enmienda.*] Quedar. ...
- restear.** (De *resto.*) tr. *Venez.* Poner el jugador en la apuesta todo el dinero que le queda sobre la mesa. Ú. t. c. prnl. y en sent. fig.
- retén.** ... || 3. *Col.* Puesto fijo o móvil que sirve para controlar o vigilar cualquier actividad.
- siniestralidad.** (De *siniestro.*) f. Frecuencia o índice de siniestros.
- sonido.** [*Enmienda a la etimología.*] (Del lat. *sonitus*, por analogía prosódica con *ruido*, *chirrido*, *rugido*, etc.)

- superficie.** ... || **-cilíndrica.** *Geom. [Enmienda.]* La superficie generada por una línea recta que se mueve paralelamente a sí misma y recorre una curva dada. || **cónica.** *Geom. [Enmienda.]* La generada por una recta que pasa por un punto fijo, llamado vértice, y recorre una curva dada.
- suplir.** [*Enmienda a la etimología.*] (Del lat. *supplēre.*)
- tapajo.** [*Enmienda.*] tapajos. m. *Col. y Venez.* Frontal de la cabezada o jáquima, dispuesto para cubrir los ojos del ganado mular o caballar, en caso necesario.
- temblador, ra.** ... || 3. m. *Col.* torpedo, pez selacio.
- término.** ... || 11. [*Enmienda.*] palabra, sonido o conjunto de sonidos articulados que expresan una idea.
- tiempo.** ... || 6. compuesto. *Gram. [Enmienda.]* El que se forma con el participio pasivo y un verbo auxiliar. [*Suprímense los ejemplos.*]
- tierra.** ... || 1 bis. [*Suprímese.*]
- tila.** [*Enmienda a la etimología.*] (De *tilo.*)
- tilo.** [*Enmienda a la etimología.*] (Del fr. ant. *til.* y éste del lat. *tilia.*) || 1. [*Enmienda.*] ... de gran uso en escultura ...
- topador, ra.** ... || 3. f. *Argent.* Pala metálica, acoplada frontalmente a un tractor de oruga, que se emplea en tareas de desmonte y nivelación de terrenos. || 4. *Argent.* Por ext., el tractor mismo.
- tramitología.** f. *Col.* Arte o ciencia de resolver, perfeccionar o facilitar los trámites.
- tramitomanía.** f. *Col.* Empleo exagerado de trámites.
- transducción.** f. *Pat.* Transformación de una vivencia psíquica en otra psicósomática.
- transductor.** ... || 2. Entidad biológica, por lo general una proteína o un conjunto de proteínas, que lleva a cabo la transformación de una acción hormonal en una actividad enzimática.

- transferente.** adj. *Biol.* Dícese del ácido ribonucleico que transfiere aminoácidos y posibilita la incorporación específica de ellos en la estructura de las proteínas.
- vallisto, ta.** adj. *Argent.* Natural de los Valles Calchaquíes. Ú. t. c. s. || **2.** *Argent.* Perteneciente o relativo a esa región de la Argentina.
- veer.** [*Enmienda a la etimología.*] (... *vidēre.*)
- vigente.** [*Enmienda a la etimología.*] (... *vigēre* ...)

II *

- agalla.** ... || **11.** [*Enmienda.*] *Col., Ecuad. y Venez.* ...
- agua.** ... || **aguas blancas.** *Venez.* Las aptas para el consumo. || ... || **negras. aguas residuales.** || ... || **media agua.** [*Añádese:*] y *Venez.*
- aguaje.** ... || **3.** [*Añádese:*] y *Venez.*
- aguajero, ra.** ... [*Añádese:*] y *Venez.*
- agujeta.** ... || **5.** [*Añádese:*] y *Sto. Dom.*
- ahorrista.** com. *Argent. y Venez.* Persona que tiene cuenta de ahorros en un establecimiento bancario.
- ají.** ... [*Enmienda a la 1ª acep.*] Planta herbácea de la familia de las solanáceas, de diferentes formas y colores. Se usa para condimentar y, según sus variedades, puede ser dulce o picante.
- ajicero, ra.** ... || **3. m.** *Amér.* [*Enmienda.*] Frasco o vaso en que se pone el ají en la mesa.
- ajustar.** ... || **10.** [*Enmienda.*] *Cuba, Nicar. y Sto. Dom.*
- ...
- alcabala¹.** ... || **2.** *Col. y Venez.* Puesto de policía en las salidas de las ciudades y carreteras.
- alfiler.** ... || **de gancho.** [*Añádese:*] y *Venez.*

* Aprobadas por la Real Academia Española (Comunicados de mayo y junio de 1987).

- alfondoque.** m. *Venez.* **alfandoque.**
- aluzar.** ... || 2. [*Añádese:*] y *Sto. Dom.*
- amellar.** [*Añádese:*] Ú. t. c. prnl.
- amoralismo.** ... [*Enmienda.*] Tendencia filosófica del siglo XIX que elimina de la conducta las nociones de bien y mal moral, así como las de obligación y sanción. || 2. Actitud o comportamiento amor.
- anaiboa.** [*Enmienda.*] (Voz arahuaca.) m. *Cuba* y *Sto. Dom.*
- anamnesis.** ... || 2. **reminiscencia**, representación o traída a la memoria de algo pasado.
- anamú.** m. [*Enmienda.*] *Ant.* y *Venez.*
- apendejarse.** prnl. [*Enmienda.*] *Col., Pan.* y *Sto. Dom.* ... || 2. [*Enmienda.*] *Cuba, Nicar.* y *Sto. Dom.* ...
- aplanador, ra.** ... || 2. f. [*Enmienda.*] *Amér.* **apisonadora.**
- arepa.** ... [*Enmienda.*] f. *Amér.* Especie de pan de forma circular, hecho con maíz ablandado a fuego lento y luego molido, o con harina de maíz precocida, que se cocina sobre un budare o una plancha.
- azuquita.** [*Enmienda.*] ... Ú. en *Andalucía, Chile* y *Santo Domingo.*
- baba.** ... || 5. [*Añádese:*] y *Sto. Dom.*
- bahareque.** ... [*Añádese:*] y *Venez.*
- balay.** ... || 2. [*Añádese:*] y *Sto. Dom.*
- bija.** ... [*Se añade al final de 1ª acep.:*] En *Venezuela* se utiliza también para colorear los alimentos.
- boche³.** ... || **echar a uno un boche.** fr. fam. [*Añádese:*] y *Sto. Dom.*
- bomba.** ... || 10 fig. [*Enmienda.*] *Col., Hond.* y *Sto. Dom.* ...
- bombillo.** ... || 3. [*Enmienda.*] *Amér. Central, Ant., Col., Méj.* y *Venez.* ...

boruga. [*Añádese:*] y *Sto. Dom.*

búcaro². m. *Sto. Dom.* Ave zancuda, en vías de extinción, que emite un sonido particular a intervalos, por lo cual la gente dice que da la hora.

budare. [*Enmienda.*] ... se usa para cocer el pan de maíz y el cazabe.

burdo, da. [*Enmienda a la etimología.*] (Del lat. *burdus.*)

cacao². [*Enmienda.*] ... Méj., *Sto. Dom.* y *Venez.*

cacimba. ... [*Enmienda a la 1ª acep.*] Hoyo que se hace en la playa o en el lecho seco de un río para buscar agua potable. || 1 bis. Oquedad natural de las rocas en que se deposita el agua de lluvia.

cachapa. f. [*Enmienda.*] *Venez.* Pan hecho con masa de maíz tierno molido, leche, sal, papelón o azúcar; se lo prepara en forma de bollo envuelto en la hoja de la mazorca y hervido, o cocido y a manera de torta.

caimito. [*Enmienda a la etimología.*] (Voz arahuaca.)

califa. ... || 2. fig. y fam. Apodo que se da a los toreros ilustres naturales de Córdoba. Ú. t. c. adj.

caney. ... || 3. *Venez.* Cobertizo con techo de paja o palma.

cao². [*Añádese:*] y *Sto. Dom.*

capuchino¹, na. ... || 5. [*Añádese:*] y *Sto. Dom.*

caribe. ... || 2 bis. *P. Rico, Sto. Dom.* y *Venez.* **picante**, que excita el paladar. *Ají caribe.* || 2 ter. *P. Rico, Sto. Dom.* y *Venez.* **picante**, que punza o muerde. *Hormiga caribe.*

caribeño, ña. adj. Dícese del habitante de la región del Caribe. Ú. t. c. s. || 2. Perteneciente o relativo al mar Caribe, o a los territorios que baña.

caries. ... [*Enmienda a la 1ª acep.*] f. *Pat.* Destrucción localizada de tejidos duros.

carite. m. [*Enmienda.*] *Ant.* ...

casabe. ... || 2. [*Añádese:*] y *Sto. Dom.*

- caucho.** ... || 2. *Venez.* Neumático de los automóviles, bicicletas, motocicletas, etc. || 3. *Venez.* Prenda de vestir que se usa para resguardarse de la lluvia.
- cazabe.** [*Enmienda a la etimología.*] (Del arahuaco *cazabí*, ...)
- cerrero, ra.** ... || 5. *Venez.* [*Enmienda.*] Dícese de líquidos, como el café, muy cargados o fuertes y sin endulzar.
- cojinúa.** [*Añádese:*] y *Sto. Dom.*
- coleto², ta.** m. y f. *Venez.* **coletón**, tela basta. || 2. *Venez.* Paño que sirve para limpiar o fregar el piso.
- competencia.** ... || 8. [*Enmienda.*] *Argent., Col., Par. y Venez.* ...
- consultoría.** f. *Col., Sto. Dom. y Venez.* Actividad del consultor. || 2. *Col., Sto. Dom. y Venez.* Despacho o local donde trabaja el consultor.
- conuco.** ... || 3. [*Añádese:*] y *Sto. Dom.*
- cosquillar.** [*Enmienda.*] intr. ... Ú. t. c. tr.
- cuarta.** ... || 12 bis. *Argent.* Soga, cadena o barra que se utiliza para tirar de un vehículo atascado o detenido por fallas mecánicas.
- cuarteador, ra.** ... || 2. m. *Argent.* [*Enmienda.*] **encuartero.**
- cuartear.** ... || 7 bis. *Argent.* **encuartar**, enganchar a un vehículo para ayuda otra yunta o caballería.
- cuchillazo.** m. [*Enmienda.*] *And. y Ant.* ... || 2. *And. y Ant.* ...
- cuenta¹.** ... || **atrás.** En astronáutica, lectura en sentido inverso de las unidades de tiempo (minutos y segundos) que preceden al lanzamiento de un cohete. Por ext., se designan con el nombre de **cuenta atrás** las operaciones de verificación previa y de disparo. Termina en el instante cero, en que se acciona el disparador que pone en marcha el cohete.

- culebrilla.** ... [Enmienda a la 1ª acep.] Enfermedad viral que se manifiesta por un exantema en el que las vesículas se disponen a lo largo de los nervios, por lo cual son muy dolorosas.
- cundiamor, m.** [Enmienda.] Ant. y Venez.
- chacho², cha.** [Enmienda.] ... guate², que se presenta a pares.
- chamico.** [Enmienda.] ... Amér. Merid., Cuba y Sto. Dom. ...
- chapear.** ... || 2. [Añádese:] y Sto. Dom.
- embromar.** ... || 5. [Se añade:] Sto. Dom. || 6. [Se añade:] Sto. Dom.
- encampanar.** [Enmienda.] ... P. Rico, Sto. Dom. y Venez. ...
- encuerar.** [Enmienda.] ... Cuba, Méj. y Sto. Dom.
- endrogarse.** p.r.n.l. [Enmienda.] P. Rico y Sto. Dom.
- enredo.** ... || 9. [Enmienda.] Argent., Sto. Dom. y Urug. ...
- equipar.** [Enmienda a la etimología.] (Del fr. *équiper*, ant. *esquíper*, y este del ingl. ant. *scípián*, equipar un barco.)
- equipo.** ... || 6. *Inform.* (Calco del ingl. *hardware*.) Conjunto de aparatos y dispositivos que constituyen el material de un ordenador.
- erasmismo, m.** [Enmienda.] Forma de humanismo representada por Erasmo y sus seguidores.
- ergotina.** ... [Enmienda.] ... , empleado en medicina para provocar contracciones uterinas y detener sus hemorragias.
- estancia.** ... || 8. [Enmienda.] Cuba, Sto. Dom. y Venez. ...
- fajar.** ... || 4. [Añádese:] y Sto. Dom. || ... || 6. [Añádese:] y Sto. Dom. || 7. [Añádese:] y Sto. Dom.
- fajazo.** ... || 2. [Añádese:] y Sto. Dom.

- fañoso**, *śa.* adj. [Enmienda.] ... P. Rico, Sto. Dom. y Venez. ...
- féferes**. [Enmienda.] ... Ecuad., Méj. y Sto. Dom. ...
- filiforme**. [Enmienda a la etimología.] (Del lat. *filum*, y *-forme*.)
- flacuchento**, *ta.* adj. [Enmienda.] Chile, Ecuad. y Venez. ...
- forme**. [Enmienda a la etimología.] (Del elemento compositivo lat. *-formis*, der. de *forma*.)
- fungosidad**. ... [Enmienda.] Excrecencia carnosa producida por hongos patógenos.
- gancho**. ... || 13. [Enmienda.] ... Méj., Perú y Sto. Dom. ...
- gañafón**. m. Derrote que tira un toro cuando embiste de forma descompuesta.
- gofio**. ... || 3. [Enmienda] Ant. ...
- grajo**. ... || 3. [Enmienda.] ... Perú, P. Rico y Sto. Dom. ...
- greca**. ... || 2. [Añádese:] y Venez.
- guachimán**. [Enmienda a la 1ª acep.] ... Pan., Perú y Sto. Dom. ...
- guagua**¹ ... || 3. [Enmienda.] Can., Cuba, P. Rico y Sto. Dom. ...
- hanoveriano**, *na.* ... || 2. [Enmienda.] Perteneciente a esta ciudad o al antiguo reino del mismo nombre.
- hato**. ... || 5. [Enmienda.] Col., Cuba, Sto. Dom. y Venez. ...
- hemorroide**. ... [Enmienda.] Tumorcillo del ano debido a la inflamación de las venas hemorroidales.
- inconmensurable**. ... || 2. fig. Enorme, que, por su gran magnitud, no puede medirse.
- inerrancia**. f. Cualidad de estar libre de error.
- inerrante**. [Enmienda.] ... adj. Que posee inerrancia. || 2. [La acep. actual.]

inmensurable. ... || 3. fig. Enorme, que, por su gran magnitud, no puede medirse.

jaiba. ... || 2. com. [*Enmienda.*] *Ant. y Méj.* ...

jaibería. f. [*Enmienda.*] *Ant.* ...

jojoto. [*Enmienda.*] **jojoto, ta.** adj. *Venez.* Dícese del fruto verde, que no está en sazón. || 2. m. Fruto del maíz tierno.

jutía. [*Añádese:*] y *Sto. Dom.*

lama³. ... 2. Maestro de la doctrina budista tibetana.

lija. ... || **dar lija.** [*Añádese:*] y *Sto. Dom.* || **darse lija.** [*Añádese:*] y *Sto. Dom.*

manjarete. [*Se añade al final de la 2ª acep.:*] En Venezuela se lo prepara también con la pulpa del coco.

mano. ... || 4. bis. *Zool.* Tipo de extremidad par cuyo esqueleto está dispuesto siempre de la misma manera, terminado generalmente en cinco dedos; constituye el llamado quiridio, característico de los vertebrados tetrápodos.

maraca. ... || 2. [*Enmienda.*] *Ant.* ...

maratón. [*Del final de la 1ª acep., se suprime:*] *Ú. t.* en sent. fig.

maratónico, ca. adj. *Argent. maratoniano.*

marca. [*Enmienda a la etimología.*] (Del b. lat. fr. *marca*, y este del germ. *mark*, territorio fronterizo.)

marcial. [*Enmienda a la 1ª acep.*] Perteneciente a la guerra, la milicia o a los militares.

marqués. [*Enmienda a la etimología.*] (Der. de *marca*, territorio fronterizo, como el fr. *marquis*, procedente del ital. *marchese*.)

máscara. ... || 12. *Zool.* Órgano de las larvas de las libélulas y caballitos del diablo, que, en reposo, queda plegado bajo la cabeza y se extiende hacia delante para capturar las presas de que el animal se alimenta.

mata¹. ... || **de pelo.** [*Enmienda.*] Conjunto o gran porción de la cabellera.

- mecate.** [*Enmienda.*] ... Méj., Nicar. y Venez. ...
- mediagua.** [*Añádese:*] y Venez.
- melino, na.** ... || 2. [*Enmienda.*] Perteneciente a esta isla.
- membrana.** ... || **basal.** *Histol.* Capa de naturaleza colágena que se encuentra en la base de casi todos los epitelios.
- menopausia.** ... [*Enmienda a la 1ª acep.*] Interrupción natural de la menstruación en la mujer, aproximadamente entre los cuarenta y cinco y cincuenta y cinco años de edad. || 2. Época de la vida de la mujer en que deja de presentarse la menstruación.
- mercantilizar.** tr. [*Enmienda.*] Convertir en mercantil algo que no lo es de suyo.
- meretricio, cia.** ... || 2. [*Enmienda.*] m. Trato carnal con una meretriz.
- metropolitano, na.** ... || 5. [*Enmienda.*] Tren subterráneo o al aire libre que circula por las grandes ciudades.
- microscopia.** [*Enmienda.*] **microscopia** o **microscopía.** ...
- miedo.** ... || **de miedo.** expr. coloq. y vulg. intensamente ponderativa, con valor adjetival: *Hace un frío de miedo* (= "grandísimo"), *Fulanita está de miedo* (= "enormemente atractiva"), o adverbial: *Fulano canta de miedo* (= "estupendamente"), *presume de miedo* (= "muchísimo").
- mime.** m. [*Enmienda.*] P. Rico y Sto. Dom.
- motete².** [*Enmienda.*] ... Nicar., P. Rico y Sto. Dom. ...
- nematodo.** [*Enmienda a la etimología.*] (Del pl. fr. *nématodes* o ital. *nematodi* y estos del gr. *nēmatôdēs*, filiforme.)
- nordista.** adj. Dícese del partidario de los estados del Norte en la guerra de secesión de los Estados Unidos de América. Ú. t. c. s.
- nucir.** [*Enmienda a la etimología.*] (Del lat. *nocēre.*)

- ñangotarse.** prnl. [*Enmienda.*] *P. Rico y Sto. Dom.* ... oficina. ... [*Enmienda a la 1ª acep.*] Local donde ...
- organigrama.** ... || 2. *Tecnol.* Representación gráfica de las operaciones sucesivas en un proceso industrial, de informática, etcétera.
- pajón.** ... || 2. [*Añádese:*] y *Sto. Dom.*
- palo.** ... || **ensebado.** [*Enmienda.*] *Chile, Méj. y Venez.* ...
- pallador.** [*Enmienda.*] ... m. *Amér. Merid.* Cantor popular errante.
- pantalla.** ... || **electrónica.** Superficie sobre la que se proyectan imágenes en los aparatos electrónicos.
- pañó.** ... || 14. *Sto. Dom.* Decoloración pruriginosa de la piel provocada por un hongo.
- patilla.** ... || 9. [*Enmienda.*] *Col., P. Rico, Sto. Dom. y Venez.* ...
- pedículo.** ... || 3. piojo, insecto.
- peinero** [*Enmienda.*] **peinero, ra.** ... m. y f. Persona que. ...
- piña.** ... || [*Enmienda.*] Ananás, planta y fruto.
- pitiriasis.** ... || **alba.** Decoloración de la piel producida por un hongo.
- platanero, ra.** ... || 4. [*Suprímese:*] *Col.*
- plátano.** ... || 2. [*Enmienda.*] ... países llaman banana; pertenece a la familia de las musáceas; alcanza una altura ...
- polisemia.** [*Enmienda a la etimología.*] ... (*sêma*, significado.)
- preparador, ra.** ... || 2. [*Enmienda.*] Entrenador o responsable del rendimiento de un deportista o de un equipo.
- programa.** ... 11. *Inform.* [*Enmienda.*] (Calco del ingl. *software*.) Conjunto de instrucciones que se dan a un ordenador para obtener determinados resultados.
- provocar.** ... || 6. [*Añádese:*] y *Venez.*

- quimbámbaras.** f. pl. [*Enmienda.*] *Ant.* ...
- quiridio.** (Del gr. *kheirídion*, d. de *kheir*, mano.) m. Extremidad tipo mano, modelo seguido en el esqueleto de los vertebrados tetrápodos.
- realengo, ga.** ... || 5. [*Enmienda.*] *Méj., P. Rico y Sto. Dom.* ...
- rechazar.** [*Enmienda a la etimología.*] (Del fr. ant. *rechacier*, der. de *chacier*, del m. or. que el esp. *cazar*.)
- regular².** ... || 2. [*Enmienda al ejemplo.*] **Regular el tráfico.** || ... || 4. *Econ. reajustar*, aumentar o disminuir coyunturalmente. **Regular las tarifas, los gastos, la plantilla de empleados.**
- reír.** ... || 1. [*Enmienda.*] Manifestar regocijo ante algo que se considera divertido o cómico, mediante determinados movimientos del rostro, acompañados frecuentemente por sacudidas del cuerpo y emisión de peculiares sonidos inarticulados. Ú. t. c. prnl.
- reivindicar.** ... || 1. bis. Reclamar algo como propio.
- rodillera.** ... || 6. [*Añádese:*] y *Sto. Dom.*
- sancocho.** ... || 2. [*Enmienda.*] *Amér.* Olla ...
- sudista.** adj. Dícese del partidario de los estados del Sur en la guerra de secesión de los Estados Unidos de América. Ú. t. c. s.
- tarantín.** ... || 2. [*Añádese:*] y *Sto. Dom.*
- tejamani.** m. [*Enmienda.*] *Ant.* ...
- tique².** ... || 2. [*Enmienda.*] *Amér. Central, Col., Sto. Dom. y Venez.* ...
- tono.** ... || **de buen o mal tono**, loc. adj. [*Enmienda.*] Propio de gente distinguida o elegante, o al contrario.
- trato.** ... || **carnal.** Relación sexual.
- tulipán.** [*Enmienda a la etimología.*] (De una variante del turco *tülbant*, turbante, por su forma.)
- urbanización.** ... || 2. [*Enmienda.*] Terreno delimitado

para establecer en él un núcleo residencial urbanizado.

|| 3. Ese mismo terreno una vez edificado.

ventajero, ra. [*Enmienda.*] ... *P. Rico, Sto. Dom. y Urug.* ...

yagua. ... || 2. [*Enmienda.*] *Ant.* ...

yaguasa. f. [*Enmienda.*] *Cuba, Hond. y Sto. Dom.* ...

ACUERDOS

Las consultas aprobadas por la Academia después de considerar los informes presentados por el Departamento de Investigaciones Filológicas corresponden a las sesiones ordinarias indicadas al margen.

844a.. 23 de julio.

Definición, resolución

(Consultas formuladas al Depart. de Investig. Filológ.
de la Academia)

En la última edición de su *Diccionario* mayor, la Real Academia Española incluye el sustantivo *definición* con el sentido, en óptica, de "Poder resolutivo o separador de un telescopio, que determina la nitidez y bondad de sus imágenes" (t. I, 1984, 447).

Al respecto, conviene advertir que la definición que contiene esa acepción quinta resulta un tanto restringida. En efecto, la voz no se aplica sólo a las imágenes observadas a través de un telescopio, sino también a las obtenidas por otros medios ópticos, el microscopio por ejemplo. Tampoco puede olvidarse que está bastante ex-

tendido en el habla estándar el empleo de *definición* para aludir a la nitidez de una fotografía, producto del proceso de revelado y de ajuste de la lente. Por otra parte, con similar sentido, el término resulta conocido en la tecnología de la transmisión digital de las imágenes, donde, pese a la considerable diferencia de los procedimientos, la valoración de la imagen continúa siendo el criterio unificador. Mediante una comparación, podría decirse que la imagen formada sobre la pantalla de un televisor responde al mismo principio de reticulado que las producidas por fotograbado: la calidad visual de ambas guarda relación directa con el número de puntos impresos o iluminados que éstas contienen por unidad de superficie.

A diferencia de lo que ocurre en óptica y fotografía, en este último campo la voz compite con *resolución*. Tal comportamiento, más allá de la sinonimia que establece el *Diccionario* (*definición* se da como equivalente a "poder resolutivo") y documentan también algunos repertorios especializados¹, parece obedecer a la tendencia hacia la consolidación de terminologías propias en dominios técnicos diversificados. Y al ser este, además, un

1. Cf. entre otros: Sell, L. L., *Comprehensive Technical Dictionary*, N. York, 1944; Robb, L. A., *Engineers' Dictionary* (ingl.-esp.), N. York, 1956; Gray, H. J., *Dictionary of Physics*, London, 1958; Michels, W. C., (ed.), *The International Dictionary of Physics and Electronics*, Princeton, 1961; Heflin, W. A., (ed.), *The United States Air Force Dictionary*, Princeton, s.a.; National Aeronautics and Space Administration (NASA), *Dictionary of Technical Terms for Aerspacc Use*, Washington, 1965; Clason, W. E., *Elsevier's Dictionary of Electronics and Waveguides*, Amsterdam, 1966; Gilbert, P., *Dictionnaire des mots contemporains*, Paris, 1980; Dubois, F. P., *Dictionary of Remote Sensing Terms*, (ingl.-esp.), Perú-Canadá, 1980; Dieguez, I. S., *Satellite Communications*, Washington, 1982; Saroka, R. H., Tesoro, J. L., *Glosario de Informática*, Bs. Aires, 1984.

sector de gran dinamismo por influjo de los medios informativos, *resolución* se hallaría en vías de incorporarse al habla estándar.

Los distintos fragmentos periodísticos que se citan a continuación ilustran el estado del uso de ambas en nuestro país: "Para obtener suficiente resolución como para medir los pequeños diámetros de las cuasares, las antenas receptoras tienen que estar separadas por una distancia" (*La Prensa*, Bs. Aires, 26 nov. 1967); "[el microscopio] funciona con una frecuencia de 100 megahertz [...] y tiene una resolución de 20 micrómetros" (*La Prensa*, Bs. Aires, 9 nov. 1978, 16); "Microprocesadores [...] con 44 KB para resolución gráfica" (*Clarín*, Bs. Aires, 31 may. 1987, 17); "*Definición*: Impresión de claridad de detalle que da una fotografía al observarse [...], regularmente se refiere al poder de resolución alcanzado" (*La Prensa*, Bs. Aires, 25 sep. 1985); "la capacidad de la pantalla se mide en líneas por columna y la definición (resolución) en pixels" (*Clarín*, Bs. Aires, secc. Ciencia y Técnica, 14 oct. 1986, 2).

En vista de las razones expuestas, la Academia Argentina de Letras solicita a la Corporación de Madrid que considere la oportunidad de enmendar la acepción tratada del artículo *definición* en la siguiente forma: "*Fot., Ópt. y Telev.* Nitidez con que se perciben los detalles de una imagen observada mediante instrumentos ópticos o bien formada sobre una película fotográfica o pantalla de televisión". También sugiere, dada la posible fragmentación del léxico técnico en los países de habla hispana, que consulte a las restantes academias sobre el grado de afianzamiento de *resolución* en el sentido aquí considerado.

Canal, Radiodifusora

(Consultas formuladas al Depart. de Invest. Filológ.
de la Academia)

La Real Academia Española define en la última edición (1984) de su *Diccionario* mayor el sustantivo *canal* mediante un número considerable de acepciones, próximas casi todas a su significado etimológico —del lat. *canālis* ‘tubo’, ‘conducto o cauce de agua’— o a asociaciones más o menos inmediatas, v. gr., “parte más profunda y limpia de la entrada de un puerto”, “Cualquier conducto del cuerpo”. Consigna además otras que suponen analogías visuales, como “Cavidad que se forma entre las dos ancas del caballo cuando está muy gordo”, “Corte delantero y acanalado de un libro encuadernado no siendo en rústica”.

A diferencia de éstas, la decimonovena acepción, “Cada una de las bandas de frecuencia en que puede emitir una estación de televisión”, ofrece la particularidad de aludir a un referente no sensible. Antes de considerar el desplazamiento del sustantivo hacia la abstracción, como lo da a entender la Corporación de Madrid (*op. cit.*) al incluir por primera vez en 1984 el posnominal *canalizar* “fig. Recoger corrientes de opinión, iniciativas, aspiraciones, actividades, etcétera, y orientarlas eficazmente, encauzarlas”, resulta oportuno señalar que en nuestro país *canal* es tanto la denominación de la banda de frecuencia como el conjunto de instalaciones que posibilitan la emisión. Convendría, pues, que su descripción lexicográfica sea similar a la del artículo *radiodifusión* donde se distinguen ambas acepciones y, en ese caso, que se le dé cabida también al sustantivo *radiodifusora* como ‘empresa de radiodifusión’.

Canal, decíamos, ha extendido considerablemente sus límites iniciales, como lo muestra la difusión del derivado *canalizar*, cuya documentación en nuestra Academia data de más de veinte años. Así lo testimonia, entre otros, el siguiente ejemplo periodístico: “Los amigos de Celestino Gelsi están sorprendidos por la forma en que éste se canalizó (como dicen los psicoanalistas) hacia el trabajo” (*El Mundo*, Bs. Aires, 6 feb. 1963, 6).

El lenguaje contemporáneo, permeable, como es sabido, a los tecnicismos, ha asimilado este desplazamiento al punto de hacer de *canal* un sinónimo de vía o cauce —otras extensiones del mismo tenor— o medio, aunque debe reconocerse que el empleo figurado resulta más habitual en el verbo que en el sustantivo, exceptuando tal vez las vertientes dominadas por el lenguaje económico y el de las comunicaciones.

Para la teoría de la comunicación, *canal* (al. *Kanal*, ingl. *channel*, fr. *canal*) es la denominación que recibe el medio físico a través del cual se transmite un mensaje, por ejemplo, los cables eléctricos del teléfono, las bandas de frecuencia de las emisoras, el papel en un escrito, el aire en la comunicación oral, etcétera ¹.

Como este sentido se encuentra, naturalmente, más documentado en léxicos y trabajos específicos, se mencionarán tan sólo algunos testimonios que pueden indicar el uso en la lengua general de las voces y acepciones hasta aquí consideradas: “La secta [...] planea fundar en este país dos radiodifusoras” (*Convicción*, Bs. Aires,

1. A. Moles - C. Zeltmann, “Les canaux de la communication” en *La communication et les mass media*, Paris, 1973; H. B. English - A. Ch. English, *Dicc. de psicol. y psicoan.*, trad. esp., Bs. Aires, 1977, 110; J. Dubois y otros, *Dicc. de ling.*, trad. esp., Madrid, 1979, 93; W. Abraham, *Dicc. de term. ling. actual.*, trad. esp., Madrid, 1981, 89.

6 sep. 1981, 6); "Un informe [...] califica la situación económico-financiera de los cuatro canales de TV metropolitanos como crítica (*Clarín*, Bs. Aires, 6 sep. 1981, 6); "Fue arrasado por el fuego un depósito de Canal 11" (*Clarín*, 26 sep. 1982, 19); "La Sala Nº 1 de la Cámara Nacional en lo Contencioso Administrativo ordenó [...] que suspenda el trámite para la adjudicación de licencias de prestación y explotación de LS83 Canal 9 y de LR3 Radio Belgrano, ambas radiodifusoras de esta Capital" (*Clarín*, Bs. Aires, 1 nov. 1983, 32); "Cuando se lo muestra por los canales masivos se muestran cosas que no tienen nivel" (*Clarín*, Bs. Aires, 6 mar. 1983, 18).

Por las razones expuestas, la Academia Argentina de Letras solicita a la Real Academia Española que incluya en la próxima edición de su *Diccionario* el sustantivo *radiodifusora* remitiendo a *radiodifusión* y, como nuevas acepciones en el artículo *canal*, las de "Instalación destinada a realizar emisiones de televisión. // Empresa dedicada a hacer estas emisiones", haciendo notar en ambos casos su uso en la Argentina. Estima asimismo conveniente que se incluya como acepción propia de *canal* la que posee para la teoría de la comunicación: "Medio material de un mensaje", y que se considere, si es necesario a través de la consulta a corporaciones hermanas, el empleo figurado de *canal* en el sentido de 'cauce', 'medio' o 'vía'.

845a., 13 de agosto.

Paisajista

(Consultas formuladas al Depart. de Invest. Filológ. de la Academia)

Desde su primer registro en el *Diccionario de Autoridades*, el vocablo *pais*, al igual que otras voces pertene-

cientes al mismo grupo léxico, ofrece una duradera relación entre las nociones de 'territorio' y 'percepción artística'. De ese modo se puede observar allí que *país* aparece como sinónimo de *paisaje*, ya que el primero (2ª acep.) figura como "la pintura en que están pintados villas, lugares, fortalezas, casas de campo y campañas", en tanto que *paisaje* es el "pedazo de país en la pintura". Esta asociación se mantiene por largo tiempo, como lo indica que apenas en 1837 ingresase al léxico mayor *paisista*: "pintor de países".

Progresivamente, empero, ambas nociones tienden a diferenciarse. Los puntos destacables de este proceso conforme al registro académico son: en 1869 *paisaje* no es sólo el "Trozo de un país, más o menos extenso, pintado en un cuadro [sino que] también se dice de un terreno en que fijamos la atención considerándolo artísticamente"; en 1884 ingresa la voz *paisajista* remitiendo a *paisista*, que sólo a partir de 1914 deja de ser el pintor de países para serlo de paisajes y, finalmente, en 1970 se invierte el sistema de remisión. Por último, completa este grupo el adjetivo *paisajístico*, incorporado en 1956, cuya redacción actual es: "Perteneiente o relativo al paisaje en su aspecto artístico".

Nótese también que, por un lado, *país* (2ª acep.) y *paisaje* se definen como sinónimos y, por otro, que el concepto de lo artístico en tales definiciones se limita a la representación pictórica de los elementos que componen el paisaje y no a la disposición u ordenamiento de los mismos con miras a suscitar emociones estéticas. Precisamente a esto último se refiere el arquitecto R. de Bary —vicepresidente del Centro de Arquitectos Paisajistas y amable colaborador en este informe— al caracterizar las disciplinas paisajísticas como singularmente comprometidas con la ciencia, la naturaleza y el arte, en

la tarea de organizar el suelo y las cosas que lo cubren a los efectos de satisfacer las necesidades del hombre.

El término *paysagiste* se comenzó a usar en Francia a mediados del s. XVII para calificar a aquellos pintores que como Poussin o Claude Lorrain relegaban el personaje a un segundo plano para asignar prioridad al paisaje. En Inglaterra, frente a la proliferación de parques geométricos al estilo de Le Nôtre o los aún más rígidos de procedencia holandesa, estas telas sirvieron de motivo innovador. Así, arquitectos, pintores y jardineros como W. Kent (1686-1748), entre los primeros, concibieron la idea de realizar sus parques inspirándose en los cuadros de los paisajistas. Es decir, "crear en el espacio algo semejante a los motivos representados en las telas [...] a éstos para diferenciarlos de los tradicionales se los llamó *Landscape gardeners* [empleado por primera vez por W. Shenstone (1714-1769) en su obra *Unconnected Thoughts on Garderind*] o *Landscape Architects*; es decir jardinero paisajista o arquitecto paisajista"¹.

Ante las complejas, y a veces contradictorias, relaciones que la moderna sociedad industrial establece con la naturaleza, las disciplinas paisajísticas han extendido considerablemente su campo de empleo. En efecto, éstas no se limitan ya a la realización de parques sino que fundamentalmente atienden a la conservación ecológica del entorno, dentro de una vasta concepción interdisciplinaria preocupada tanto por el desarrollo en las regiones agrícolas como por el mismo paisaje urbano.

Esta nueva situación se refleja —como lo destaca la *International Federation of Landscape Architects* (IFLA) en su "Education Report, 1981"— en el incre-

1. Arc. R. de Bary Tornquist, "La Horticultura, la Jardinería y la Arquitectura Paisajista", en *El Jardín y sus plantas*, Bs. Aires, oct. 1980, 16.

mento de los establecimientos educativos y reformas a los planes de estudio para responder a las nuevas demandas de preservación del entorno. Baste señalar que en ese informe se mencionan, entre otras, las actividades que desarrolla la *Escuela de Jardinería y Paisajismo*, en España, o el "Curso Superior de Planificador del Paisaje" que se dicta en la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad Nacional de Buenos Aires. Igualmente, asociaciones como la *Deutsche Gesellschaft für Gartenkunst und Landschaftspflege*, el *Landscape Institute*, la *Associação Brasileira de Arquitetos Paisagistas* o la *Fédération Suisse des Architectes Paysagistes* testimonian la creciente importancia de la disciplina.

Por las razones expuestas, esta Academia solicita a la Corporación de Madrid que incluya en la próxima edición de su *Diccionario*, como nueva acepción de *paisajista*, la de: "Dícese del especialista en la creación de parques y jardines y también en la planificación y conservación del entorno natural de acuerdo con las necesidades de la comunidad". Asimismo sugiere la conveniencia de, previa consulta ante las restantes corporaciones hermanas, considerar la vigencia y extensión de la voz *paisista*.

Casete, casetera, disquetera, cartucho

(Consultas formuladas al Depart. de Invest. Filológ.
de la Academia)

En un reciente *Comunicado* de enmiendas y adiciones (nov.-dic. 1986), la Real Academia Española anuncia la incorporación al *Diccionario* mayor de dos nuevas voces pertenecientes al léxico de la informática. Se trata de *disco magnético*: "disco rotatorio con una superficie mag-

netizable en la que puede almacenarse información” y *disquete*: “disco magnético de pequeñas dimensiones, de fácil manejo y transporte”.

La inclusión de estos neologismos, particularmente del último, al igual que en su oportunidad *casete*, parece conveniente tanto por lo que respecta a la actualización de un campo terminológico de gran productividad como por favorecer la necesaria uniformidad ortográfica frente a las vacilaciones que ocasiona la incorporación a nuestro idioma de estas voces, en buena parte extranjeras. Basten, para ilustrar tal situación, los siguientes fragmentos periodísticos: “Al hacer esto [las terminales portátiles] virtualmente eliminan la necesidad de [...] grabar cintas o cassettes o diskettes” (*La Prensa*, supl. esp. Bs. Aires, 6 may. 1979, 3); “Teclados, pantallas de rayos catódicos, receptáculos para disquettes de proceso o de memoria” (*Clarín*, supl. Ciencia y Técnica, Bs. Aires, 16 jun. 1981, 2); “se los distingue del disco flexible (o disquete)” (*Clarín*, sec. Inform., Bs. Aires, 5 nov. 1981, 1).

Similar vacilación puede observarse también en el derivado regular *disquetera*, que en alternancia con el más técnico *unidad de disquete* (ingl. *diskette* [drive/unit]), designa el “dispositivo compuesto por el impulsor de disquetes, el control y las cabezas lectograbadoras para la lectura y escritura de disquetes” (R. H. Saroka-J. L. Tesoro, *Glosario de informática*, Bs. Aires, 1984, 245).

Por último, ya que el *disco magnético* y el *disquete* son sólo un tipo de los actuales soportes de las memorias externas con las que puede operar la computadora, parece oportuno considerar aquí otras dos modalidades ampliamente difundidas: el *casete* y el *cartucho*.

En el empleo doméstico de computadoras es común que la información se conserve sobre la cinta magnética contenida en el casete. De allí que, en tal sentido, resulte

limitada la descripción que figura en el léxico mayor, pues restringe su función al “registro y reproducción del sonido”. Interesa también notar, en cuanto a la productividad, que si bien este empleo se halla firmemente establecido, no sucede lo mismo con la unidad donde se lee o graba la información, cuyo nombre usual es *casetera*, en alternancia con *dataset* (*datassette*), e incluso con *grabador*, aunque técnicamente no lo constituya, pero que se explica por el papel que desempeñaron los grabadores comunes en la comercialización de las microcomputadoras. Dentro del léxico de *audio*, por su parte, *casetera* se ha impuesto, en razón del desarrollo de esa industria, como denominación de la unidad de casete contenida en un *radiograbador* o en un equipo electrónico de sonido.

El *cartucho* (ingl. *cartridge*) es, finalmente, otro tipo de soporte para almacenamiento de la información que puede contener tanto cinta o disco magnéticos como circuitos integrados —esta última referencia, tal vez más usual— y que se caracteriza por su manejo como unidad sellada.

No faltan en la prensa de divulgación o en la publicidad ejemplos del empleo de estas voces. Así: “AUDIO-LOGIC, doble cassette, 3 Bandas” (*Clarín*, Bs. Aires, 3 may. 1981, 31); “El sistema sonoro cuenta con tres bandejas y tres cassetes” (*Clarín Rev.*, Bs. Aires, 25 sep. 1983, 8); “más de la mitad de los modelos que se venden en nuestro país usan solamente grabadores de cassetes —la Commodore 64, por ejemplo, fue diseñada para emplear disquetera como accesorio secundario y de allí que sea más simple operarla con casetera” (*La Nación*, Bs. Aires, 13 nov. 1985, 4); “Sobre el panel superior de la consola se encuentra protegido por una cubierta rebatible, el *slot* standard de conexiones para cartuchos de expansión o soft de aplicación” (*Programación Popular*, n° 15, Bs. Aires, 1985, 35); “Consolas, Diskette-

ras, Monitores, Datassette [...]. Conversión de TV y Videocassetera a binorma PAL-N, NTSC en el día" (*Clarín*, supl. Ciencia y Técnica, Bs. Aires, 14 oct. 1986, 1).

Por las razones expuestas, la Academia Argentina de Letras sugiere a la Corporación de Madrid la conveniencia de incluir en la próxima edición de su *Diccionario*, en el artículo *casete*: "... o, en informática, el almacenamiento y lectura de la información suministrada a través del ordenador". Asimismo que incorpore los artículos *casetera*: "Dispositivo donde se inserta el casete para su grabación o lectura" y *disquetera*: "Dispositivo donde se inserta el disquete para su grabación o lectura". En cuanto a *cartucho*, estima prudente solicitar se consulte a las restantes corporaciones hermanas con el fin de documentar mejor su vigencia y grado de difusión.

846a., 27 de agosto.

Zen

(Consultas formuladas al Depart. de Invest. Filológ.
de la Academia)

Procedente del japonés, el término "*Zen* (*ch'an*, en chino) —escribe D. T. Suzuki— es una forma abreviada de *Zenna* o *Ch'anna*, que es la versión china de *dhyána* o *jhána*, y por este solo hecho es evidente que el Zen tiene mucho que ver con esta práctica llevada adelante desde los primeros tiempos del Buda y, en verdad, desde el principio de la cultura hindú" (*Ensayos sobre el budismo zen*, Primera serie, trad. esp., Bs. Aires, 1981, 86).

Sin embargo es en China donde esta rama del budismo *mahayánico*, influido en parte por el taoísmo, adquiere

una fisonomía propia que lo distingue de su origen hindú. Este proceso se inicia a mediados del siglo sexto con la llegada a Cantón del monje hindú Bodhidharma, considerado el primer patriarca *zen* en China, y se consolida con la labor del sexto patriarca Hui-Neng, en los tiempos de florecimiento del *ch'an*, bajo las dinastías T'ang (618-906) y Sung (960-1279).

A través de Corea el Budismo se propagó luego hacia el Japón, donde el *zen*, primero con Eisai (a. 1190) y luego Dógen (1200-1253), dio un nuevo impulso a la espiritualidad y cultura del período Kamakura, es decir, en los comienzos del régimen feudal.

El *zen*, a través de una vía intuitiva antes que racional o lógica, pretende representar la esencia de la enseñanza búdica: hallar el estado en que la conciencia superando los condicionamientos de la errada percepción de lo cotidiano adquiere plena armonía con la realidad última. De allí que las instrucciones impartidas por los maestros, o la tradición, no sean seguidas si no media un íntimo convencimiento. Estas, al igual que los rigurosos ejercicios físicos y espirituales a los que se someten sus seguidores, son meros indicadores de la meta o entrenamiento para alcanzarla. El desarrollo de la energía vital por sí misma, la doctrina de la acción desinteresada y sin límites, la noción de una suprema inutilidad fundamenta, casi paradójicamente, tanto el *Bushido*, el código de honor guerrero, como las más delicadas manifestaciones culturales.

“Tal vez, como en ningún otro pensamiento —nota O. Svanascini—, el *zen* se halla ligado a la estética. La pintura *ch'an-zen*, por ejemplo, intenta aludir a un estado del alma y mediante la utilización del espacio, de los grandes vacíos se simboliza la armonía interior [. . .]. Pero además existen las artes manuales o espirituales (*Michi-do*) ligadas al *zen*, tales como la ceremonia del

té (*Chanoygu*), el arreglo floral (*Ikebana*), los poemas de diecisiete sílabas (*Hai-ku*), el teatro *Noh*, la arquería, la caligrafía y la jardinería [...]. El jardín zen es también una experiencia: meditación, contemplación, asociación con el vacío" ("Jardines zen" en *La Prensa*. Sec. Lit., 16 mar. 1980, 2).

En vista de que el vocablo *zen* designa una de las más importantes manifestaciones de la religiosidad japonesa y que, por su vigencia e influjo, es ampliamente conocido en Occidente, la Academia Argentina de Letras sugiere a la Corporación de Madrid la conveniencia de incluirlo en la próxima edición de su *Diccionario* como: "(Del chino *ch'an*) m. *Rel.* Rama del budismo, vigente sobre todo en el Japón, que aspira a suscitar, mediante técnicas minuciosas, la plena conciencia del ser y su identificación con el universo".

848a., 24 de septiembre.

Periplo

(Consultas formuladas al Depart. de Invest. Filológ.
de la Academia)

Tomado del latín *periplus*, y este del griego *periploos*, el cultismo *periplo* se incorpora al léxico mayor a partir de su decimosegunda edición (1884). En la actual vigésima (1984) el vocablo se encuentra definido en dos acepciones: según la primera es sinónimo de "*circunnavegación* —aunque, continúa— empléase únicamente como término de geografía antigua". La segunda, en cambio, alude genéricamente a la "obra antigua en que se cuenta o refiere un viaje de circunnavegación —y ejemplifica— *El PERIPLO de Hannon*".

Tal es la caracterización del término que por lo común siguen actualmente los diccionarios usuales del español. Sin embargo, más allá del desusado empleo marítimo o la pervivencia literaria para nombrar obras, como la ya citada de Hannon, que narra su viaje sobre la costa africana (s. V-VI a.C.), o la *Navegación del Bósforo* de Dionisio de Bizancio (s. III d.C.), es innegable que su uso actual ha ampliado su designación. En efecto, conservando las nociones de 'recorrido circular' y de 'exploración', en español al igual que en italiano, según nota el *Dizionario Treccani* (IX, Roma, 1958, 253), *periplo* designa simplemente viaje relativamente extenso, por lo común con regreso al punto de partida, o incluso itinerario, con prescindencia de la superficie o el medio sobre el que se realiza.

También, aunque acaso más limitado al lenguaje escrito de carácter ensayístico, este vocablo se emplea figuradamente con el sentido de trayectoria, itinerario espiritual de un sujeto a lo largo de una problemática vital. De allí que sus connotaciones sean generalmente positivas por analogía con las dificultades que supone la exploración o por la profundización en los conocimientos que esta implica.

Entre los ejemplos que pueden mencionarse, tanto de su actual designación como de su uso figurado, basten los siguientes: "El periplo periodístico de *Clarín* por las adyacencias del Atuel [...] no concluyó con la visita a estas obras" (*Clarín*, Bs. Aires, 19 mar. 1970, 12); "Luego de su periplo por España y por algunos países de América [...] decidió pasar algunos días de descanso" (*La Razón*, Bs. Aires, 1 dic. 1982, 18); "Naturalmente no es posible abarcarlo todo, y por ello se han resumido o subdividido en periplos los itinerarios más bonitos e interesantes" (*Periplos de Ensueño - Guía práctica para el turista*, Bs. Aires, 1984, 3); "Se ha callado, pero ellas

ya están recorriendo su periplo. Se apresuran para volver más pronto" (Enrique Anderson Imbert, *Vigilia. Fuga*, Bs. Aires, 1963, 50); "El doloroso periplo de un intelecto que naufraga definitivamente en la sombra en 1911 intentando hasta el final la transferencia de su claroscuro" (M. E. Dubecq, "Un caso estudiado por Freud y Lacan" en *La Prensa*, Bs. Aires, 26 ag. 1979, 3); "Desde su fase arltiana [. . .], Cortázar ha cumplido un intenso periplo sucesivamente estético, psicológico, temático y político, todo sin cambiar, es lo cierto, de color y fisonomía propios" (B. E. Korembli, "*Queremos tanto a Glenda* de J. Cortázar" en *Clarín*, supl. Cultura y Nación, Bs. Aires, 6 ene. 1983, 6); "El doctor Jaime Bernal L. pronunció en nombre del Instituto Caro y Cuervo las siguientes palabras [. . .] 'Hablar del doctor Flórez es también ocasión propicia para recordar su vasto periplo al servicio del Instituto'" (Instituto Caro y Cuervo, *Noticias Culturales*, Bogotá, nº 21, nov.-dic. 1985, 12 sg.).

Visto que estos empleos si no totalmente habituales no resultan infrecuentes en diversos estilos de lengua, la Academia Argentina de Letras sugiere a la Corporación de Madrid que, en la próxima edición de su *Diccionario*, incorpore como nuevas acepciones del artículo *periplo* las de: "2. bis. p. ext. Dícese también genéricamente de todo viaje, por lo común con regreso al punto de partida" y "fig. Recorrido o trayectoria espiritual de un sujeto".

Investigación - Investigar

(Consultas formuladas al Depart. de Invest. Filológ.
de la Academia)

Desde 1843 hasta la actual vigésima edición (1984) del léxico mayor, el término *investigador* se halla mor-

fológicamente definido como: “adj. Que investiga. Ú.t.c.s.”. De igual modo, *investigar* es genéricamente el “hacer diligencias para descubrir alguna cosa”. Sin embargo, tales descripciones no proporcionan una representación acorde con el uso general de estas voces, ya que con ellas se alude hoy a la investigación científica; de allí que modernos diccionarios de la lengua, como por ejemplo el *Kapelusz* (Bs. Aires, 1979, 872), en una suerte de compromiso, definen *investigador* como “se aplica a la persona que investiga —añadiendo a continuación—: particularmente a la que se dedica a la investigación científica”. En cambio, en el artículo *investigar* conserva como primera acepción prácticamente la misma redacción del diccionario académico, pero incorpora una segunda según la cual el verbo expresa la noción de “estudiar cierta materia empleando métodos científicos, para llegar a descubrimientos o nuevos resultados”.

Con la posterior publicación del *Diccionario manual*, se resuelve buena parte de esta discordancia, pues si bien el artículo *investigador* permanece invariable, se ha añadido a *investigar* la acepción de “estudiar y trabajar en cualquiera de las ramas de la ciencia y del saber para averiguar o aclarar algún hecho o descubrir alguna cosa”. Empero, el corchete que le precede indica —como lo señalan las ADVERTENCIAS— que pertenece al grupo de vocablos que “la Academia aún no se decide a incorporar a su léxico, fundada las más de las veces en que se trata de voces o acepciones demasiado recientes y no es posible presumir si llegarán a arraigar en el idioma”.

Parece difícil suponer que las voces tratadas aquí se hallen en tal situación, dado que su incorporación al léxico culto general se ve favorecida no sólo por la difusión internacional del concepto en la moderna sociedad tecnológica, sino también por la existencia de organis-

mos que contribuyen a su afianzamiento, como por ejemplo el *Consejo Superior de Investigaciones Científicas* de España o el *Consejo Superior de Investigaciones Científicas y Técnicas* de la Argentina, en cuya ley de creación (Decreto-Ley n° 1291/58 y modificaciones: Decreto n° 200/81, art. 1° f) puede leerse que entre sus funciones se halla la de: "Atender a la organización y desenvolvimiento de la Carrera de Investigador Científico y Tecnológico".

Igualmente ilustran el alcance actual de estos vocablos los siguientes fragmentos: "Dijo Houssay [...] 'Necesitamos cultivar la investigación científica si queremos consolidar la independencia y el poder de nuestra nación' [...] A fuerza de repetir estas ideas Houssay logró persuadir a muchas personas de la importancia de la investigación" (L. F. Leloir, "Discurso de recepción" en *BAAL*, t. XLV, n° 175-178, ene-dic. 1980, 106); "El Instituto [de Biología y Medicina Experimental] dispuso desde un primer momento de la *capacidad científica y técnica* de investigadores formados. Baste recordar que dentro del grupo inicial de cinco, hubo dos que serían laureados por el premio Nobel los años 1947 y 1970. Fueron los doctores Bernardo A. Houssay y Luis F. Leloir, respectivamente" (V. G. Foglia, *Bernardo A. Houssay. Su vida y su obra*, Bs. Aires, 1981, 70).

En razón de los argumentos expuestos, la Academia Argentina de Letras sugiere a la Real Academia Española que incorpore en la próxima edición de su léxico mayor la enmienda del artículo *investigar* ya anticipada en su *Diccionario manual*, aunque destacando que tal actividad reposa sobre un método científico.

849a., 8 de octubre.

Consola

(Consultas formuladas al Depart. de Invest. Filológ.
de la Academia)

Consola, cuyo primer registro académico se realiza a fines del siglo XIX (1884), es adaptación castellana del francés *console*, derivado de *consoler* 'consolar', "que en el lenguaje monacal de la Edad Media se empleó en el sentido de sostener materialmente". Precisamente con este uso se relaciona, en opinión de Corominas¹, el valor de 'ménsula fija a una pared y empleada como sostén de un balcón o cornisa, o como pedestal de una estatua', documentado hacia 1600 en lengua francesa, en la que además se lo empleaba como denominación de una 'mesa sin cajones, arrimada a la pared, destinada a sostener un reloj, candelabros, etc.'. Si bien estos eran sus valores corrientes al ingresar como préstamo en otras lenguas romances —la voz se documenta también en portugués, inglés y alemán—, en nuestro idioma predominó el uso de *consola* como 'mueble'; única acepción, por otra parte, que incluye hasta hoy el *Diccionario mayor* (1984)².

En cuanto a su adecuación a nuestro sistema, hasta las primeras décadas de este siglo, al menos en el área americana, la forma llana alternó con la variante *cónsola*, que A. Rosenblat en *Buenas y malas palabras*

1. J. Corominas - J. A. Pascual, *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico*, t. II, Madrid, 1980, 179.

2. *consola* [...] f. Mesa hecha para estar arrimada a la pared, comúnmente sin cajones y con un segundo tablero inmediato al suelo, la cual suele colocarse en la sala u otra pieza principal de la casa, y se destina de ordinario a sostener reloj, candelabros y otros adornos. t. I, 364.

(1956)³ atribuía a “la atracción de otra esdrújula, de uso tradicional: *cómoda*”. Sin embargo, más allá de esta asociación y de las recomendaciones de algunos trabajos finiseculares, como el de B. Rivodó *Voces nuevas en la lengua castellana* (1889)⁴, donde se sugiere mantener la doble acentuación, con el tiempo se ha afianzado en el habla como vocablo grave. Prueba de ello, el contraste de registros léxicos y testimonios literarios, como los siguientes: “Lía había llenado [la salita] de flores de trapo: en la repisa de Pilarica [...], sobre la consola negra del centro y hasta en derredor del retrato fotográfico” (C. M. Ocantos, *La Ginesa*, Bs. Aires, 1894, 76); “el pesebre, armado sobre la consola [...] no tenía sino tonos de castaño, verde oliva, crema y oro en una gama delicadísima” (A. Jurado, “Pequeño cuento de Navidad” en *Los rostros del engaño*, Bs. Aires, 1968, 147).

No obstante lo apuntado, Rosenblat restaba importancia al problema del acento, pues, centrándose en el referente, decía que “[las consolas o consolas] están pasando de moda, relegadas a las ciudades del interior, más fieles a sus costumbres tradicionales y a los viejos muebles”. Sin embargo, como lo afirma el hecho de que *consola* sea hoy palabra viva en el idioma, la permanencia léxica no se corresponde necesariamente con la de las realidades aludidas.

Así, ya sea por semejanza de forma o por cumplir alguna función análoga a la del mueble, la voz ha extendido su denotación y denomina actualmente diversas clases de objetos. En música, v.gr., se llama *consola* a la parte del órgano desde donde el instrumentista ejerce su acción sobre el teclado manual, los registros y la pe-

3. t. I, 1960, 106.

4. Parte sexta. “Venezolanismos”, París. 220.

dalera, y, más recientemente, al mueble que, separado del mecanismo sonoro del instrumento, encierra todos los teclados, botones, pisas y tiradores. Por otra parte, en áreas técnicas, el término se refiere genéricamente a diferentes tipos de mesas o tableros que contienen controles, indicadores o llaves desde donde se dirige un sistema, se observa su funcionamiento o se realiza el seguimiento de determinados procesos. Por ejemplo, en cinematografía se llama así al "Panel [...] que gobierna una serie de dispositivos que permiten controlar la imagen [...] y el sonido en monitores separados"⁵ y, en el campo de la informática, a la parte de una computadora que se emplea para dirigir manualmente la máquina. *Consola* designa, pues, tanto a un tablero de control que incluye instrumentos como a un mueble especialmente proyectado para empotrar los diversos elementos de un equipo electrónico: estación de radar, de radio o televisión, torre de control de un aeropuerto⁶.

Aunque este uso neológico se halla escasamente registrado en diccionarios generales, su difusión en niveles medios de habla resulta innegable, tanto por la creciente familiarización de la sociedad con este tipo de tecnología como por el conocimiento del vocablo a través del lenguaje periodístico: "Rodeado de consolas, grabadores, instrumentos electrónicos de todo tipo, además, naturalmente de un piano y de una pantalla para proyección de filmes [...], parece más bien el comandante de una nave espacial" (Rev. *La Nación*, Bs. Aires, 25 may. 1980, 29); "El desarrollo de una consola selectora de líneas permite conectar este contestador a más de una línea te-

5. D. Spencer. *Diccionario focal de tecnología fotográfica*, Barcelona, 1979. 144.

6. *Diccionario McGraw-Hill de términos científicos y técnicos*, Barcelona, 1981. 486.

lefónica" (*Clarín*, supl. esp., Bs. Aires, 17 may. 1983, 7) "Desde la consola de operaciones, es posible [...] manejar un dispositivo instalado a cientos de kilómetros" (*Clarín*, Bs. Aires, 10 jun. 1983, 32); "eficientes plomos tratando de acomodar las cajas de graves a los costados del escenario [...] y la manguera nueva que es un infierno, con dieciséis canales y treinta metros de largo. Buena consola. Y la cámara de eco que llegó recién por avión" (E. Gowsza, "El sol de Bahía" en *Tiempo Argentino*, Bs. Aires, 12 mar. 1984, 4); "Sobre el panel superior [...] se encuentra, protegido por una consola rebatible, el slot standard de conexiones" (*Programación popular*, Bs. Aires, nº 15, 1986, 35).

De acuerdo con lo expuesto, la Academia Argentina de Letras sugiere a la Corporación española que incorpore, *s.v. consola*, el valor aquí considerado: "Dispositivo que, integrado o no en una máquina, contiene los instrumentos para su control y operación".

850a., 22 de octubre.

Cabotaje

(Consulta de la *Comisión Permanente*, Madrid)

La Asociación de Academias de la Lengua Española, por intermedio de su *Comisión Permanente*, ha solicitado a esta Corporación informes sobre el léxico empleado en la Argentina dentro del ámbito de la navegación aérea. Precisamente por el contraste que puede verificarse respecto del español peninsular, interesa tratar ahora el término *cabotaje*, usual aquí para referirse al 'transporte aeronáutico por remuneración, efectuado entre puntos de un mismo Estado'.

Documentada por Corominas hacia comienzos del siglo XIX, la voz ingresa al léxico mayor en su edición de 1822. Esta, del francés *cabotage*, proveniente del anticuado *caboter* (< esp. *cabo* 'lengua de tierra que se adentra en el mar'), se halla definida, luego de diversas enmiendas, en la actual vigésima edición (1984) como: "Navegación o tráfico que hacen los buques entre puertos de su nación sin perder de vista la costa, o sea siguiendo la derrota de cabo a cabo. La legislación marítima y aduanera de cada país —continúa el artículo— suelen alterar sus límites en el concepto administrativo, pero sin modificar su concepto técnico".

Sin embargo, tal como se ha señalado, en nuestro país *cabotaje* ha extendido su empleo al área de la aeronavegación. En efecto, según la tendencia generalizada al traslado de términos náuticos a la aviación, que testimonian entre tantos otros *aeronave*, *aeropuerto*, *embarcarse*, la voz ha pasado a designar también el tipo de vuelo de corto recorrido que en España suele llamarse *doméstico*.

"El transporte aéreo —informa a esta Academia el Instituto Nacional de Derecho Aeronáutico y Espacial— puede ser internacional y nacional. El primero es el que se realiza entre los Estados y se clasifica en Transporte Internacional de largo recorrido o larga distancia, y Transporte Regional. Este último es el que se realiza entre países limítrofes. El segundo tiene lugar dentro del territorio de un solo país y se efectúa entre los puntos de un mismo Estado. Recibe el nombre de *cabotaje aéreo*".

Vale observar, vista la referencia que hace el *Diccionario* mayor al concepto administrativo, que el informante destaca que "no es aceptable la noción de *cabotaje* internacional o *cabotaje* largo que proviene del transporte marítimo y que se relaciona con el realizado a puerto de países limítrofes. Dentro de la actividad

aeronáutica el transporte entre países limítrofes se llama transporte regional”.

Finalmente baste comprobar que, más allá de su conocido empleo tanto en el lenguaje técnico coloquial como en niveles cultos de lengua, *cabotaje* figura en distintos nomencladores terminológicos, por ejemplo en el *Léxico de términos usados en Aviación Civil Internacional* (publ. OACI - Organización de Aviación Civil internacional) bajo la referencia 424 (Aero Transporte).

Ecualización, ecualizador, ecualizar

(Consultas formuladas al Depart. de Investig. Filológ. de la Academia)

El desarrollo técnico en los sistemas de registro y reproducción musical ha impulsado la formación de denominaciones neológicas, correspondientes a los nuevos objetos y conceptos así producidos. Voces que, por otra parte, conforme a las modalidades de la sociedad contemporánea, pronto abandonan el ámbito exclusivamente técnico para incorporarse, con mayor o menor fortuna, al léxico estándar. Al grupo de voces de ese modo introducidas en el español, cuyo étimo latino y considerable difusión permiten suponer su arraigo en nuestra lengua, pertenece el verbo *ecualizar* y sus derivados *ecualización* y *ecualizador*, que reconocen un origen inmediato en el inglés *to equalize*.

En *electroacústica* se denomina *ecualización* al procedimiento de compensación sobre la respuesta de frecuencia de un amplificador o preamplificador que consta por lo común de una atenuación progresiva de los altos y de una acentuación progresiva de los bajos. “El objeto de esta doble corrección —puede leerse en el *Diccionario*

de electrónica y técnica nuclear— es el de compensar cierto desequilibrio que se introduce intencionalmente durante la grabación o registro original del disco, de lo contrario sería muy grande la amplitud de las ondulaciones del surco correspondientes a las notas graves, y muy pequeñas el de las notas agudas”. Así corregida, la reproducción del sonido tiende a igualarse con el originariamente emitido.

De allí las denominaciones de *igualación*, *igualamiento*, *nivelación*, o *compensación*, que compiten en el léxico técnico con el préstamo *ecualización*¹, aunque vale notar que esta última es la más difundida en el uso general de nuestro país y también en el de otra lengua latina, el italiano, tal como puede verse en el *Dizionario Treccani*.

Los fragmentos periodísticos que a continuación se transcriben testimonian este empleo: “El sistema ejecutivo Atea 800 tiene inmejorables ventajas: [...] micrófono y receptor ecualizados” (*Clarín*, Bs. Aires, 2 jun. 1970, 23); “para obtener inmejorables resultados con las viejas piezas de colección se torna imprescindible contar con un ecualizador capaz de reproducirlas de acuerdo a la curva de grabación con que cada una de ellas fue grabada” (*La Opinión*, Bs. Aires, 4 ag. 1976, 21); “La ecualización cumple dos funciones: eliminar en lo posible el ruido de superficie en las frecuencias altas y evitar que las grandes excursiones de las notas

1. Cf., entre otros, L. Sell, *Comprehensive Technical Dictionary*, N. York, 1944; Louis A. Robb, *Engineer's Dictionary* (sp.-eng., eng. - sp.), N. York, 1956; H. J. Gray, *Dictionary of Physics*, London, 1958; W. E. Clason (comp.), *Elsevier Dictionaries of Electronics, Nucleonics and Telecommunication*, Supl., Amsterdam, 1963; J. Markus, *Diccionario de Electrónica y Técnica Nuclear* [trad. esp.], Barcelona, 1978; J. L. Collazo, *Encyclopedic Dictionary of Technical Terms* (eng.-sp., sp.-eng.), III, N. York, 1980.

bajas rompan el surco" (*La Prensa*, Bs. Aires, 27 jul. 1978, 17); "nuevo modelo desarrollado en Japón, basado en un doble par de dipolos conectados al televisor — videocassette— mediante un ecualizador electrónico" (*Clarín*, Bs. Aires, 21 abr. 1982, 3).

La necesidad de atender a los procesos de la neología técnica, particularmente en razón de la diversidad de traducciones a nuestro idioma, fue recientemente destacada durante el Congreso de Academias celebrado en Madrid (oct. 1985) por Rafael Lapesa en su disertación sobre "La lengua española ante las técnicas actuales". En tal sentido, y teniendo en cuenta tanto su base latina como la existencia de un paradigma básico, indicador ya de cierto afianzamiento, la Academia Argentina de Letras sugiere a la Corporación de Madrid la conveniencia de incluir en la próxima edición de su *Diccionario* los artículos: "*ecualizar* (Del ingl. *to equalize* 'igualar') tr. En alta fidelidad, ajustar dentro de determinados valores las frecuencias de reproducción de un sonido con el fin de igualarlo a su emisión originaria; *ecualización* f. Acción y efecto de *ecualizar*; *ecualizador* m. Dispositivo que en los equipos de alta fidelidad sirve para ecualizar el sonido".

852a., 26 de noviembre.

Eco-, eco.

(Consultas formuladas al Depart. de Investig. Filológ. de la Academia)

El griego *ôikos* 'casa, lugar donde se habita' generó en esa lengua un considerable número de compuestos y derivados, algunos de los cuales, vinculados en su mayor parte a la noción de 'casa', fueron cultismos de docu-

mentación relativamente temprana en el español, v. gr.: *economía* (<*ôikos* y *némō* 'administro'), *ecónomo* (<*oikonómos*), *económico* (<*oikonomikós*), presentes ya en el *Tesoro de las dos lenguas francesa y española* (1607) de C. Oudin¹.

Otro grupo, en el que domina una extensión del primero, con el sentido de 'hábitat, ambiente', en cierto modo anticipado ya en formaciones como *agrôikos* 'que vive en el campo, campesino', o *perioikéo* 'vivir en la vecindad', ingresa más tardíamente y sirve de base para numerosas voces técnicas. Así *ecología* (al. *Ökologie*), empleada en 1866 por E. Haeckel, biólogo alemán discípulo de Darwin, documentada para el francés (*écologie*) en 1874² y que el *Diccionario* mayor incorpora en su edición de 1936. Al mismo grupo pertenecen, entre otros, los derivados *ecológico*, *ecologista*, *ecólogo*, *ecosistema*, que hoy figuran en el léxico académico, y los aún no registrados *ecotipo* o *ecotopo*.

Es de suponer que a ello se deba que el *Diccionario* de la Real Academia Española haya incluido en esta de 1984 el artículo *eco-* como: "Elemento compositivo que entra en la formación de algunas palabras españolas con el significado de 'casa', 'morada', 'ámbito vital'", según la descripción simplificada a los fines de un léxico general.

Sin embargo, la existencia de voces ya incorporadas o próximas a serlo, tales *ecosonda*, *ecografía*, *ecolocación*, suscita dos observaciones: una, atinente a la actual caracterización del sustantivo *eco*; a la formación de estas voces, la otra.

1. Cf. J. Corominas - J. A. Pascual, *Dicc. crítico etimológico castellano e hispánico*, II, Madrid, 1980, 540.

2. Cf. H. Cottez, *Dict. des structures du vocabulaire savant*, Paris, 1980, 128.

Respecto de la primera es de notar que *eco* se encuentra asociado, en las diversas acepciones de sentido recto que incluye el *Diccionario* mayor, a la noción tradicional de 'onda sonora', lo cual implica limitar su empleo contemporáneo. Según este, *eco* es la "onda que ha sido reflejada o de otro modo devuelta con retardo y magnitud suficiente para ser recibida de alguna forma como onda distinta de la directamente transmitida", conforme con la definición que puede leerse en el *Diccionario McGraw-Hill de términos científicos y técnicos* (trad. esp., Barcelona, II, 1981, 684). Véase este uso en los fragmentos que siguen: "Inventos tan eficaces como el *Sonar* y el *Radar* [...] emplean el eco sonoro transmitido bajo el agua o el eco de la energía electromagnética a través del aire respectivamente" (*Enciclop. Durvan*, Bilbao, VI, 1970, 1088); "las técnicas de contramedida electrónicas se dividen en dos grupos: medidas de confusión [...], y medidas de engaño o fingimiento, con las cuales se producen ecos falsos" (E. Lutwak, *Dicc. de la guerra moderna*, Bs. Aires, 1978, 109).

La segunda observación, ya anticipada, es que si se tiene en cuenta el orden de la relación habitual en español entre el elemento determinado y el determinante, no parece adecuado, a los fines de una clara descripción lexicográfica, considerar que voces como *ecosonda* sean compuestos que incluyen el sustantivo *eco* sino el formante *eco*-². Esta última, por otra parte, es la solución que adopta, para otra lengua latina, el prestigioso *Trésor de la langue française*.

Por las razones expuestas, la Academia Argentina solicita a la Corporación de Madrid la posibilidad de incorporar en la próxima edición de su *Diccionario* mayor como nueva acepción del artículo *eco* la de: "P. ext. Onda electromagnética reflejada o devuelta de modo tal

que se percibe como distinta de la originariamente emitida”, y que incluya como nuevo artículo *eco*-2: “(Del lat. *echo* y este del gr. *ἠχώ*). Elemento compositivo que entra en la formación de algunas palabras españolas con el significado de ‘onda electromagnética o sonido reflejados’ ”.

Extracción, levante

(Consulta de la *Comisión Permanente*, Madrid)

La *Comisión Permanente* de Madrid solicita a esta Corporación un informe sobre el “uso y significado que tienen en la Argentina” dos vocablos propuestos por la Comisión de Vocabulario Técnico de la Academia Colombiana. Se trata de las voces *extracción*: “En ganadería, veterinaria, etc., parte de la producción de un ható que se puede retirar de él, en un período de tiempo, sin afectar su productividad” y *levante*: “Edad de un bovino comprendida entre el destete y el principio de la ceba. // 2. Actividad pecuaria que produce esa categoría de bovinos”, ambas recientemente incorporadas por la Real Academia Española en un *Comunicado* de enmiendas y adiciones a los diccionarios (marzo-abril 1987, 3 sg.).

De acuerdo con los datos proporcionados al Departamento de Investigaciones Filológicas por distintas asociaciones de criadores de ganado, *extracción* o, mejor *casa de extracción*, son formas conocidas en nuestro país con el significado por el que se consulta. En efecto, dentro del léxico comercial ganadero, estas aluden al balance entre la producción de un rodeo, cuya cantidad se calcula a partir del momento en que comienzan las pariciones (hacia principios de julio), y las ventas. Así por ejemplo cuando las categorías de hacienda retiradas exceden el

número posible, esto es, cuando se realizan en desmedro de la productividad del *rodeo*, la *tasa de extracción* se considera negativa. Valga notar que *hato* es inusual en la Argentina, donde se emplea con singular sentido las voces *hacienda* o *rodeo*.

En cuanto a *levante*, no se trata de un vocablo corriente aquí en ámbitos rurales o en el lenguaje técnico de la ganadería. Para aludir a la etapa que comienza con el *destete* y concluye al empezar el *engorde* o la *invernada* —la *ceba* del español general—, nuestro medio utiliza el término *recria*. Se nombra de este modo la fase siguiente a la de la *cria*, vale decir, la que se extiende entre la *concepción* y el *destete* o *desmadre*, como suele decirse en el noroeste. Son tres, entonces, las etapas de la producción de hacienda previas a las ventas para faenar o al comienzo de un nuevo ciclo: la *cria*, la *recria* y el *engorde*, período a cuyo fin el novillo se encuentra *terminado*. A través de los pasajes periodísticos que ahora se citan puede verse el empleo de algunas de estas voces: “La Estación Experimental Regional Agropecuaria de Anguil en la provincia de La Pampa, dependiente del Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA), dio a conocer un estudio [...] sobre la recria de novillitos utilizando el silaje de sorgo como alimento básico” (*La Prensa*, 2^a secc. Bs. Aires, 7 sep. 1975); “Colombo y Magliano S.A. realizó en las instalaciones de la Estancia El Rodeo un remate de haciendas de invernada y cría” (*Clarín*, Bs. Aires, 11 oct. 1980, 40); “Entre Ríos [es], sin duda la provincia más afectada [...] ante el rudo golpe infligido a la actividad forestal y a la ganadería de engorde” (*Clarín*, Bs. Aires, 17 abr. 1983, 16); “Estos vaivenes, en definitiva alimentarios, resultan de un alargamiento de los períodos de *recria* y *terminación* y llevan a una concentración de la oferta de animales en condiciones de ser faenados sobre el fin del verano y

principios del otoño, como consecuencia de la abundancia y calidad de la producción forrajera estival. [En] Reconquista la invernada se realiza principalmente en la zona denominada de islas [...] las características actuales en las que se desarrolla la actividad llevan a un retraso de aproximadamente un año [...] para el logro de un novillo terminado. Por ejemplo [...], con posterioridad al destete la falta de pasturas adecuadas para la zona lleva a un bache forrajero que hace que los terneros mantengan su peso hasta pasado el invierno" (*Clarín*, secc. "Clarín rural", Bs. Aires, 18 abr. 1987, 6 sg.).

853a., 10 de diciembre.

Sinalefa

(Consultas formuladas al Depart. de Investig. Filológ. de la Academia)

Con posterioridad a la última edición del *Diccionario de la lengua* (1984), la Real Academia Española ha dado a conocer su intención de enmendar el término *sinalefa*, hasta entonces definido como: "f. Trabazón o enlace de sílabas por la cual se forma una sola de la última de un vocablo y de la primera del siguiente, cuando aquel acaba en vocal, precedida o no de *h* muda. A veces la sinalefa enlaza sílabas de tres palabras. *Partió A Europa*". Precisamente en torno de la nueva redacción¹, que considera este fenómeno sólo como una

1. *sinalefa*. ... [Enmienda.] *Métr.* Licencia poética por la cual se forma una sola sílaba de la última de un vocablo y la primera del siguiente, cuando aquél acaba en vocal y éste empieza en vocal, precedida o no de *h* muda. A veces la sinalefa enlaza sílabas de tres palabras. *Partió A Europa*. Se opone al hiato. R. Acad. Esp., *Comunic. de enm. y adic.*, oct. 1986.

“licencia poética” y, por lo tanto, circunscribe el empleo de la voz al campo de la métrica, giran algunas de las observaciones del presente informe.

La lingüística, particularmente en fonética sintáctica, se ocupa de estudiar la confluencia de vocales o consonantes entre palabras diferentes. Como es sabido, no existen en español —y así lo expresa el *Esbozo de una nueva gramática* (1973)— “caracteres fonemáticos de tipo general capaces de determinar el límite entre dos voces contiguas dentro del grupo fónico [...] como no sea la pausa natural”. El encuentro de vocales presenta características propias, ya que en la mayoría de los casos se integran en una única sílaba. A esta fusión de fonemas vocálicos se la denomina *sinalefa*, un hecho que, tal como lo describen la gramática académica y los estudios lingüísticos en general, puede considerarse común en el habla, pues ocurre por contracción o unión de sonidos que únicamente en el caso de una pronunciación deliberadamente lenta y afectada se emitirían separados. En cuanto al vocablo, distintos repertorios especializados —v.gr. el *Diccionario de términos filológicos* de F. Lázaro Carreter² o el *Diccionario de lingüística* de J. Dubois³— coinciden en incluirlo como un tecnicismo de la nomenclatura fonética.

Al definírsela ahora como “licencia poética”, vale decir, facultad que se le concede al creador convencionalmente para que pueda someterse a las exigencias de la métrica violentando los hábitos gramaticales o prosódicos del idioma, se otorga a la *sinalefa* un carácter excepcional que no posee, dado que son escasas las oportunidades en que ocurre como contravención a la norma. “La sinalefa —dice R. James Freyre— no es una licen-

2. Madrid, 1968, 371 sg.

3. trad. esp., Madrid, 1979, 567.

cia, es una necesidad del idioma”⁴. Tal es la perspectiva del *Esbozo* académico⁵, donde, luego de clasificar detalladamente los casos de *sinalefa* habituales en el habla, se afirma que: “El verso de metro regular emplea algunas libertades en la formación de la *sinalefa*. En el endecasílabo de Gerardo Diego [...]: *Mi nombre espera. Un día y otro día*, la pausa destruye silábicamente el grupo /áu/, pero métricamente se computa como una sílaba, es decir, como una *sinalefa*. [...] Otra curiosa “licencia poética”, que en este caso afecta también a la rima, aparece en el endecasílabo de Garcilaso [...]: *Y por nuevo camino el agua sE Iba*, donde se computa como sílaba el grupo silábico /éi/, con dislocación del acento, lo que no impide que *iba* sea consonante de *estiva*”. A modo de síntesis señala la Real Academia: “Acabamos de ver cómo la expresión poética se halla a veces constreñida por las exigencias métricas del verso, y que una formación silábica como *sE Iba* /séiba/ no rechaza la consonancia en *-iba*, a pesar de coincidir con el acento final que favorece notoriamente el hiato”, término con el que se alude a la emisión separada de dos vocales contiguas que pertenecen a sílabas diferentes, también un fenómeno normal en el habla que cuando se utiliza como licencia poética suele expresarse a través de una pausa forzada, como por ejemplo la ruptura de un diptongo, que se indica por medio del diacrítico llamado *diéresis* (*Oriente /o.ri.en.te/*).

De acuerdo con lo expuesto hasta aquí, la Academia Argentina de Letras sugiere a la Corporación española

4. Cf. *Leyes de versif. castellana*, Bs. Aires, 1912, 113, cit. por R. Baehr, *Manual de versif. española*, trad. esp., Madrid, 1970, 48.

5. El estudio de la *sinalefa* se halla desarrollado en el capítulo dedicado a “Fonología sintáctica”, párrafos 1.6.4 - 1.6.8 del *Esbozo de una nueva gramática de la lengua española*, de la Real Academia Española.

mantener, como primera acepción de *sinalefa*, la definición que actualmente figura en el *Diccionario* mayor, indicando que se trata de un término propio de la fonética. En cuanto a su uso en versificación, estima conveniente incluirlo del siguiente modo: "*Métr.* Por ext. Este mismo enlace, computado como sílaba conforme a las normas regulares de versificación. Sólo constituye licencia cuando fusiona vocales en hiato para acortar el verso, como en *Mi nombre espera. Un día y otro día*".

Kril

(Consultas formuladas al Depart. de Investig. Filológ. de la Academia)

Plancton, voz empleada por V. Hensen en 1889, es la denominación del conjunto heterogéneo vegetal (fitoplancton) o animal (zooplancton), que vive en suspensión en las aguas de los océanos, lagos, estanques y ríos.

La especie dominante del zooplancton antártico es la *Euphausia superba*, que junto con otras recibe el nombre genérico de *kril* (del noruego *krill* 'pequeño pez') y constituye el eslabón más importante de ese ecosistema marítimo. Estos pequeños crustáceos, que recuerdan por su forma al camarón, llevados en parte por las corrientes alcanzan concentraciones de tal densidad que, como notan A. P. Tomo y E. R. Marschoff al referirse a su primera documentación histórica, pudieron ser confundidos a primera vista por Cook, en 1775, con un banco de arena.

En razón de la comprobada riqueza en vitaminas del grupo B y también en proteínas (del orden del 13 % al 18 %), puede esperarse que, con el mejoramiento de las técnicas de captura y elaboración, el *kril* constituya una

nueva fuente alimentaria para el hombre, ya sea en forma directa, ya indirecta, a través de alimentos balanceados destinados a animales de consumo.

Frente a las demandas de la creciente población mundial, la utilización del *kril* representa una posibilidad de aprovechamiento de los recursos renovables, y así fue destacado durante una presentación en nuestro país a la que asistieron, entre otras, autoridades del Instituto Antártico Argentino y de la Facultad de Farmacia y Bioquímica: "La producción mundial de pesca de mariscos es de 17 millones de toneladas. La de pescado, de 50 millones y se calcula que la de *kril* puede variar entre 70 y 150 millones de toneladas sin afectar la biología y con la ventaja de su concentración en áreas determinadas" (Rev. *La Nación*, Bs. Aires, 18 sep. 1977, 15).

En cuanto al aspecto léxico, cabe observar que la voz no resulta desconocida fuera del ámbito especializado ya que artículos de la prensa escrita o revistas de apoyo escolar, como los que seguidamente se transcriben, son indicativos de su incorporación al léxico culto medio: "La cadena comienza con los seres microscópicos o fitoplancton y finaliza en el zooplancton uno de cuyos integrantes es el krill" (*Esquiú*, Bs. Aires, 28 nov. 1976, 32); "la prensa trasandina dio cuenta de la puesta en venta de pequeñas cajas [con] barritas de *krill* apanado" (*La Prensa*, Bs. Aires, 9 ag. 1978); "Como era de prever, la extinción de los cetáceos originó un serio desequilibrio ecológico y la proliferación de los cardúmenes de krill" (*La Nación*, Bs. Aires, 8 jul. 1981, 8); "Alimento de ballenas, lobos de mar y pájaros, el krill superabunda en el Antártico en los meses de primavera y verano" (Rev. *Petete*, Bs. Aires, 16 ag. 1982, 6).

Por las razones señaladas y de acuerdo con la conveniencia de uniformar el léxico técnico en español, esta Academia sugiere a la Corporación de Madrid que in-

cluya en la próxima edición de su *Diccionario* el artículo *kril* —simplificación gráfica que ya figura en el *Diccionario Kapelusz* (Bs. Aires, 1979)— con la siguiente definición: “(Del noruego *krill* ‘pez pequeño’). Nombre genérico de varias especies de crustáceos marinos de alto poder nutritivo que integran el zooplancton”.

NOTAS SOBRE EL HABLA DE LOS ARGENTINOS *

(Argentinismos)

844a., 23 de julio.

Manopla

La actual vigésima edición del *Diccionario* mayor (1984) incluye bajo el artículo *manopla* las siguientes acepciones: “Pieza de la armadura antigua, con que se guarnecía la mano. // 2. Látigo corto de que usan los postillones para avivar a las mulas. // 3. *Al*. Manaza o manota. // 4. *Chile*. Pieza de metal en forma de eslabón, con agujeros para meter cuatro dedos y para golpear

* Con el fin de dar a conocer las modalidades del español hablado en nuestro país y, también, las obras que han contribuido a describirlas, se reúnen en esta sección voces y usos lingüísticos que, a juicio de la Corporación, merecen ser tenidos en cuenta, ya para solicitar se los incorpore, ya para enmendar o ratificar su actual registro en los *Diccionarios* de la Real Academia Española.

La diferente redacción que puede observarse entre las anteriores advertencias y esta obedece a lo resuelto por el Cuerpo académico en sesión ordinaria (Nº 805) del 25 de julio de 1985.

Las notas aprobadas por la Academia corresponden a las sesiones indicadas al margen.

con ella; llave inglesa. // 5. *Sal*. Tira de suela con que los zapateros se envuelven la palma de la mano para no lastimarse ésta en el trabajo". Con posterioridad, la Real Academia Española anuncia la futura inclusión de una 1ª bis cuyo significado, conforme al *Comunicado* de enero de 1985, es: "Guante sin separaciones para los dedos. A veces tiene una para el pulgar".

Al respecto, puede notarse que la 3ª, localizada sólo para Álava, sin bien no frecuente, tampoco es desconocida en la Argentina, como puede verse por el siguiente fragmento literario: "El chauffeur acarició la robusta manopla de don Beretta" (F. Lima, *Pedrin*, Bs. Aires, 1924, 173).

Interesa también su significado como 'arma', ya que carece de registro lexicográfico para nuestro país pese a la difusión del término, ocasionalmente documentado en la prensa; p. ej.: "[los detenidos] tenían en su poder una pistola de guerra [...] y una importante cantidad de *manoplas*" (*Clarín*, Bs. Aires, 5 feb. 1987, 36). En efecto, entre los repertorios usuales, sólo el de L. Segovia hace referencia al objeto, aunque bajo la denominación *puño de fierro*. Si se atiende a la datación (1911), o al hecho de que tal instrumento, como puede verse en las leyendas explicativas en el Museo de la Policía Federal, era empleado por los *biabistas* (del italiano dialectal *biava* 'paliza', es decir, los asaltantes que acostumbraban golpear a sus víctimas, no es difícil suponer que la expresión sea un calco de la italiana *pugno di ferro*. Empero, esta, tal como se desprende de las consultas realizadas por el Departamento de Investigaciones Filológicas, prácticamente ha caído en desuso¹.

1. Consultadas 25 comisarías de la Capital Federal, se obtuvieron para *manopla* 24 respuestas afirmativas (2 de ellas como mero conocimiento de la palabra) y 1 negativa; para *puño de fierro* 20 negativas, 5 afirmativas (4 de ellas como conocimiento).

Manopla, como tantos otros usos americanos, ingresa en el léxico mayor en la edición de 1925, con una redacción que recuerda lo expresado por M. A. Román en 1913: "En Chile se conoce también con este nombre un instrumento de hierro en que se meten los cuatro últimos dedos de la mano, de tal manera que ésta se mantenga empuñada y dé con más fuerza puñadas o puñetazos. Es —concluye— acepción que merece entrar en el Diccionario" (*Dicc. de chilenismos*, t. III, Sgo. de Chile, 419) ². Desde entonces, hasta el actual *Diccionario del habla chilena* (Academia Chilena, 1978), abundan los testimonios para ese país y no faltan los que hacen referencia a su empleo en Colombia ³. De los repertorios generales, sólo el de Santamaría la incluye como americanismo, en tanto que en el de Neves se mantiene la localización académica. Malaret y Morínigo, por último, no registran la voz en sus diccionarios.

En vista de las razones expuestas, la Academia Argentina de Letras sugiere a la Corporación de Madrid que en la próxima edición de su *Diccionario* haga extensivo a la Argentina el empleo de la voz *manopla* 'arma', con el valor que así figura para Chile.

2. En 1925 la acepción ingresa como "4. Chile. Instrumento de hierro en que se meten separadamente los cuatro últimos dedos de la mano para dar con más fuerza puñadas o puñetazos". *Llave inglesa*, por su parte, se incluye por primera vez en el Suplemento de la edición de 1947 y, a partir de la siguiente (1956), se incorpora la remisión.

3. Cf. entre otros, A. Sundheim, *Vocabulario costeño*, París, 1922, 418; G. Rojas Carrasco, *Chilenismos y americanismos*, Valparaíso, 1943, 143; J. Tobón Betancourt, *Colombianismos*, Bogotá, 1953, 165.

845a., 13 de agosto.

Hachazo

De acuerdo con el modo regular de derivación, la Real Academia Española registra en su *Diccionario* mayor (ed. 1984, s.v.) el sustantivo *hachazo* como "Golpe dado con el hacha". Incluye, además, las acepciones visualmente motivadas de "2. Golpe que el toro da lateralmente con un cuerno, produciendo contusión y no herida. // 3. Col. Reparada del caballo, espanto súbito y violento".

La potencialidad sugestiva del *hachazo* ha dado también lugar a desplazamientos metafóricos que, aunque no lexicalizados como sucede por ejemplo con *sablazo* 'pedido de dinero', ofrecen una sostenida continuidad. Baste mencionar al respecto los siguientes versos de Miguel Hernández: "Un manotazo duro, un golpe helado, / un hachazo invisible y homicida, / un empujón brutal te ha derribado" (*El rayo que no cesa*, "Elegía").

En la Argentina, al menos, la noción de 'golpe' supera los límites que indica la base léxica, por atracción de la de 'filo', presente en otras armas cortantes y contundentes como el sable, el machete o el facón. "En la esgrima del cuchillo o el facón —señala D. Abad de Santillán— los tiros se hacen *de punta*, *de plano* o *de filo*, y este último es el que se denomina también hachazo, cuando el golpe es lanzado con toda la fuerza del brazo, de arriba abajo y especialmente a la cabeza del adversario".

Con este sentido es voz muy común en la literatura argentina, según puede verse en los siguientes testimonios literarios. "El más engolosinao / Se me apió con un hachazo; / Se lo quité con el brazo" (J. Hernández, *Martín Fierro* [1872], t. I, v. 1597 sgs.); "Es un pedazo

de lanza. < Cortada de un hachazo. Las miradas se dirigieron al sable del dragón. —; Qué tajo!” (L. Lugones, *La guerra gaucha*, Bs. Aires, 1926, 25); “Con la ancha cuchilla que apretaba en su derecha, tiró al aire dos hachazos como para partir el cráneo de un enemigo invisible” (R. Güiraldes, *Don Segundo Sombra* [1926], Bs. Aires, 1962, 422); “Parece que a su dueño le hubieran asestado un hachazo en la espalda, con un machete de cortar pasto” (A. M. Vargas, “El hombre que olvidó las estrellas” en *Cuentos de La Rioja*, La Rioja, 1940, 95).

También en la fraseología popular son frecuentes las expresiones en que aparece, v.gr. *más peligroso que hachazo de zurdo*, propio de la esgrima criolla, *dar con el hacha* ‘castigar, reprender, exigir’, en la jerga estudiantil y bastante conocida fuera de ella, o en una copla popular que alude a la guerra sostenida por la Argentina frente al Paraguay: “Por el río Paraná / Navega un piojo / De la guerra ‘el Paraguay / Con un hachazo en el ojo”¹, y que permite suponer que se refiere a un sablazo o machetazo. Valga mencionar que con ligeras variantes, y ya desprendida de su contexto histórico, esta copla sigue vigente en unos conocidos versos con que se canta la *flor* en el juego del truco: “Por el río Paraná / venía navegando un piojo / Con un hachazo en el ojo / Y una flor en el ojal”².

En vista de estas razones, la Academia Argentina de Letras solicita a la Real Academia Española que incluya en la próxima edición de su *Diccionario, s.v. hachazo*,

1. J. A. Carrizo, *Cancionero popular de Jujuy*, Tucumán, 1925, c. 3330.

2. Entre las ocasionales referencias lexicográficas, cf. F. J. Santamaría, *Dicc. gener. de americ.*, t. II, México, 1942; M. A. Morinigo, *Dicc. man. de americ.*, Bs. Aires, 1966; G. A. Terrera, *Sociol. y vocab. del habla popul. argent.*, Bs. Aires, 1968; D. Abad de Santillán, *Dicc. de argent.*, Bs. Aires, 1976.

las acepciones de: “*Argent.* Golpe violento dado de filo con arma blanca” y, “*Argent.* La herida y cicatriz así producida”.

846a., 27 de agosto.

Jinetear, jineteada

Dos son los valores que para *jinetear* registra la Real Academia Española en su *Diccionario* mayor (ed. 1984). El primero, anotado como intransitivo y sin localización de empleo: “Andar a caballo, principalmente por los sitios públicos, alardeando de gala y primor”; propio del habla americana el otro: “Domar caballos cerriles”.

En nuestro país, sin embargo, tales definiciones y su caracterización gramatical, no resultan totalmente adecuadas. En efecto, como lo documentan numerosos repertorios y estudios del habla argentina, la noción de ‘lucimiento’ confluye en cierto modo con la de ‘domar’ en razón de la valoración afectiva que *jinete* tiene en nuestra tradición rural. Así pues en el habla campesina esta voz no designa al que cabalga sino que es calificativo, como enfáticamente lo es *jinetazo*, del buen jinete. Vale decir, según señala D. Abad de Santillán, el hombre “cuyo arrojo para montar un potro, un animal chúcaro, está acreditado por su destreza para mantenerse sobre el bagual o, si este consigue desmontarlo, por su habilidad para *caer parado*” (*Dicc. de argent.*, Bs. Aires, 1976, 334).

Del verbo, así entendido, procede el sustantivo *jineteada* ‘acción de jinetear’ y también, por extensión, la fiesta campestre donde los participantes lucen sus condiciones sobre potros a medio domar, *reservados* para tal fin. La muestra se constituye, pues, en una suerte de concurso cuyo ganador es aquel que manifiesta mayor

coraje y dominio del caballo. Entre las pruebas más comunes pueden mencionarse la *jineteada de media espalda*, en la que el jinete se toma de una soga que pasa apretada por la cruz, pecho y una de las manos del potrero, o la *j. a cuatro espuelas*, en las que montan dos hombres al mismo tiempo. De esta comenta E. Rapela: "a veces el paisano [...] a más de montar en ancas lo hace *cara para atrás*, es decir, los jinetes montan juntando las espaldas" ¹.

Más allá del abundante registro lexicográfico de estas voces ², véase su empleo sostenido a través de los siguientes fragmentos: "¡Ah tiempos! ¡Si era un orgullo / ver jinietar un paisano!" (*Martín Fierro*, I, vv 181, 182); "Ya se acabaron también aquellos oficialitos de kepi sobre la oreja, jineteando sobre la chasca enaceitada" (J. S. Álvarez (Fray Mocho), *Cuadros de la ciudad*, Barcelona, 1906, 281); "Al lado del lucido momento de la jineteada, está la tarea pacienzuda de guerrear los animales durante la amansadura" (R. Güiraldes, *Don Segundo Sombra* [1926] en *Obras completas*, Bs. Aires, 1962, 380); "El niño que lo jinetea, acurrucado en el lomo de la bestia, grita ¡leña!" (A. M. Vargas, *El hombre que olvidó las estrellas*, La Rioja, 1940, 142); "El numeroso público [...] ocupó literalmente las tribunas [...] para seguir las incidencias de la jineteada criolla" (*La Prensa*, Bs. Aires, 31 mar. 1983, 5); "Quizá no sean muchos los lectores aficionados al deporte de las jinetea-

1. *Cosas de nuestra tierra gaucha*, Bs. Aires, 1945, 102.

2. Cf., entre otros, E. F. Tiscornia, "*Martín Fierro*" coment. y anotado, t. I, Bs. Aires, 1925, 428; F. J. Santamaría, *Dicc. gener. de americ.*, t. II, Méjico, 1942, 150; T. Saubidet, *Vocab. y refran. criollo*, Bs. Aires, 1943, 201 sg.; M. A. Morínigo, *Dicc. man. de americ.*, Bs. Aires, 1966, 338; A. N. Neves, *Dicc. de americ.*, Bs. Aires, 1975, 327; D. Abad de Santillán, *loc. cit.*; J. Barcia, *Dicc. hipico. Voces y expres. rioplat.*, Bs. Aires, 1978, 118.

das [...], pero quien sabe algo de ello no me dejará mentir cuando sostengo que [el reservado] no sufre ni la mitad del maltrato de un caballo de carrera" (*La Nación*, Bs. Aires, 23 mar. 1986, 8).

Por lo expuesto hasta aquí, la Academia Argentina de Letras sugiere a la Corporación de Madrid que en la próxima edición de su *Diccionario* incorpore como nueva acepción de *jinetear* la de: "tr. *Argent.* Montar potros luciendo el jinete su habilidad y destreza", y que lo mismo haga con el artículo *jineteada* "f. *Argent.* Acción y efecto de jinetear. // 2. *Argent.* Fiesta de campo donde los jinetes exhiben su destreza".

848a., 24 de septiembre.

Chapeca - Chapecar

Voz originariamente araucana¹, recogida desde larga data en léxicos del habla regional chilena y generales de americanismos², *chape* figura en el *Diccionario* mayor de la Real Academia Española (ed. 1984) como "m. *Argent.* y *Chile.* Trenza de pelo. // 2. *Chile.* Ciertas

1. Cf. entre otros, A. Febrés, *Dicc. arauc. esp.*, Bs. Aires, 1882, 41; F. J. de Augusta, "Pequeño dicc. arauc-cast." en *Gramát. araucana*, Valdivia, 1903, 366; E. Erize, *Dicc. coment. mapuche-esp.*, Bs. Aires, 1960, 108.

2. Cf., p. ej., E. Echeverría y Reyes, *Voces usadas en Chile*, Sgo. de Chile, 1900, 156; F. J. Santamaria, *Dicc. genr. de americ.*, t. I, Méjico, 1942, 468; A. Malaret, "Correcc. al *Dicc. de americ.* y al *Lexicon de flora y fauna*", en *UPB*, t. XVII, n^o 64, abr.-jun. 1952, 315; M. A. Morinigo, *Dicc. man. de americ.*, Bs. Aires, 1966, 177; A. N. Neves, *Dicc. de americ.*, Bs. Aires, 1975, 179; Acad. Chilena, *Dicc. del habla chilena*, Sgo. de Chile, 1978, 221; F. Morales Pettorino, *Dicc. cjemplif. de chilnismos*, t. II, Valparaíso, 1985, 1018 sg.

clases de *knoluscos*, alguno comestible". Aunque sólo para Chile, en la misma obra se incluye el híbrido *chape-car 'trenzar'* que, junto con el par *chapeca* y *chapecán*, integra un reducido sistema cuya vigencia y localización interesa revisar ahora.

De las encuestas realizadas por el Departamento de Investigaciones Filológicas entre académicos correspondientes al área en cuestión, se desprende, en primer lugar, la actualidad de empleo de *chapeca* con los valores de 'trenza' y 'ristra de ajos' en el habla mendocina, preferentemente dentro de ámbitos rurales³. En opinión del académico Juan Draghi Lucero la vigencia del término se extiende a todo Cuyo, donde se lo usa coloquialmente como denominación de la "trenza de tres mechones de cabellos largos de las mujeres en un solo cuerpo. Generalmente cuelga de la espalda. *Chapecada* se les dice a las mujeres que usan esta trenza demasiado larga". Con humor comenta que este apelativo "tiene cierta relación con la falta de inteligencia de la así llamada". Agrega después que su nivel social de empleo "corresponde a la gente del pueblo" y, por otra parte, que "los chacareros cuyanos llaman *chapeca* a la trenza de las hojas de los ajos puestas a secar sobre palos horizontales

3. La testimonian, entre otros, los siguientes ejemplos escritos: "Jarilla fresquita, le vendo, señora de los ojos negros, de chapecas largas" (H. Cuadros, "Canción del jarillero" (pregón), Bs. Aires, 1945); "Tenemos que ir a pagar la manda que le hice a la Difunta Correa, ¡Cien velas te llevaré y mis chapecas cortadas por haber escuchado mis ruegos" (J. Draghi Lucero, *La cabra de plata*, Bs. Aires, 1978, 75); "hay un brillo de chapecas en los ojos del paisano" (en "Pongalé por las hileras", canción de Palorma). Un testimonio interesante lo constituye también la historieta *Chapeca y Cuzquito* de Jorge Sosa (guión) y R. Cangialosi (dibujos), publicado en el supl. dominical "Mundo infantil" del diario *Los Andes*. Su protagonista se caracteriza por llevar dos trenzas largas.

levantados a medio metro sobre el suelo. A esto se le dice *hacer chapeca de ajos*'. Respecto de los otros términos, y de la frase *gente de chape*, que como 'gente adinerada o de alto nivel social' incluyen algunos repertorios, afirma que son "chilenismos no usados en Cuyo".

En este último punto las coincidencias son casi plenas. Así, la académica Emilia Puceiro de Zuleta Alvarez, a través del informe de la lic. L. Cubo de Severino, observa que "el grupo lexemático *gente de chape* [en la acepción señalada] es desconocido en Mendoza. Sin embargo, tres hablantes femeninos de nivel alto, tercera generación [55 años o más], manifestaron conocer la expresión y usarla para referirse a 'personas arribistas, que consiguen ascender económica o socialmente perjudicando a los que las rodean' [...]. Las tres hablantes pertenecen —concluye el informe— a familias tradicionales mendocinas". Tal restricción prueba de todos modos su falta de actualidad en niveles corrientes de lengua.

Finalmente, por lo que respecta al habla chilena y de acuerdo con los datos proporcionados por el académico Rodolfo Oroz, *chape* es la palabra vigente con el valor de 'trenza' y en la frase *estar enfermo del chape*, usada familiarmente por 'sufrir algún trastorno mental' y 'enamorarse'. De *chapeca*, *chapecar* y *chapecán*, la última como 'trenza' o con valor verbal⁴, señala que se encuentran en progresivo desuso.

En vista de lo expuesto, la Academia Argentina de

4. *Chapeca* < *chapecán*, de *chape* y la partícula *-can*, que aparece en términos como *sangricán*, *charquicán* y *tomaticán* con valor factivo. *Chapecán* tuvo en araucano un uso nominal y otro verbal. Como sustantivo habría alternado con *chape* en el sentido de 'trenza' y, por extensión de la denotación, 'ristra de ajos o de cebollas'. En su función verbal valía por 'trenzar' y 'enristrar', acepciones que conservó en español junto con el híbrido *chapecar*, hoy desusado.

Letras sugiere a la Corporación de Madrid que en la próxima edición de su *Diccionario* suprima la localización correspondiente a nuestro país en el artículo *chape* y que dé cabida a la voz *chapeca* en las siguientes acepciones: “f. rur. *O. de la Argent.* Trenza de pelo. / / rur. *O. de la Argent.* Ristra de ajos”.

Criancero, ra

De uso común en Chile, *criancero, ra* (cuya base léxica es el regionalismo *crianza*, definido por la Real Academia Española en la última edición de su *Diccionario* mayor como: “*Chile.* Conjunto de animales nacidos en una hacienda o destinados a ella”) resulta también corriente en la zona limítrofe del sur de nuestro país. Conviene en principio diferenciar la voz tratada de *criador*, ya que si bien, por su formación, ambas se neutralizan en la idea de ‘encargado de cuidar animales’, presentan matices y ámbitos de empleo claramente distintos.

En efecto, el vocablo *criador, ra*, registrado en la acepción genérica de “4. m. y f. Persona que tiene a su cargo o por oficio criar animales como caballos, perros, gallinas, etc. / / 5. *vinicultor*”, se halla restringido, al menos en la Argentina, a los dueños de establecimientos rurales, en especial ganaderos. Dentro del área señalada, *criancero* alude, en cambio, a cada uno de los integrantes de grupos nómadas que se trasladan con la *crianza*—su medio de vida— en búsqueda de clima y pastos apropiados. Las familias emigran desde la zona de *invernada* a la de *veranada* llevando sus *piños*, esto es, sus arreos de caprinos y lanares. Durante la estada, los *crianceros* suelen vivir en cuevas conocidas como *chenques*, que los mapuches transhumantes frecuentan desde épocas precolombinas.

Aunque anotado para Chile en la mayoría de los repertorios del habla americana, y prácticamente sin inclusión en los particulares de nuestro país, *criancero* puede documentarse a través de abundantes testimonios escritos, provenientes de la prensa de divulgación. Véanse, entre otros, los siguientes: "El *criancero* pobre se dedica exclusivamente al ganado caprino, mientras que los de más recursos se ocupan del ganado mayor" (*La Nación*, Bs. Aires, 6 mar. 1967, 28); "Los *crianceros* acompañan a los piños con la ayuda de sus familias, razón por la cual los menores deben normalmente abandonar sus asistencias a clase" (*La Prensa*, Bs. Aires, 12 may. 1983, 6); "Rafael Campos y Vicente Mercado, como otros *crianceros* en tránsito, ya pasaron por Aguas Calientes, al pie del volcán Domuyo, al punto donde pueden llegar camiones con mercaderías no perecederas para el abastecimiento de los mapuches transhumantes. [...] es la época de movimiento. Después, cuando los *crianceros* se retiran con la hacienda, [quedan] solamente unas pocas familias" (*Clarín Rev.*, Bs. Aires, 18 en. 1987, 8).

De acuerdo con lo expuesto, la Academia Argentina de Letras solicita a la Corporación de Madrid que en la próxima edición de su *Diccionario* incluya la voz *criancero*, *ra* como "adj. Dícese, en las provincias del suroeste argentino, del pastor transhumante. Ú.m.c.s."

849a., 8 de octubre.

Pachiquil

El regionalismo *pachiquil*, de incierta etimología, al igual que sus variantes: "*pachequil*, en la ciudad de Catamarca y en la zona mediterránea de la Argentina, *pushquil* en quichua santiagueño, usada en Santiago del

Estero y en los departamentos del sudeste y noroeste de Catamarca”¹, designa, en primer lugar, el ‘rollo de trapos o tejido de hierbas en forma de anillo que se coloca sobre la cabeza para acarrear sobre ella objetos pesados’ En tal sentido equivale, pues, al español *rodete* en la segunda acepción que consigna el léxico mayor (ed. 1984)².

En repertorios del habla argentina, *pachiquil* se encuentra documentado por primera vez en el *Tesoro de catamarqueñismos* (1898) de S. Lafone Quevedo. Unos años más tarde, T. Garzón (1910) comenta al respecto: “El progreso que va desterrando poco a poco las cosas y costumbres de otra época ha sustituido estas vasijas de barro y el pachiquil por las cómodas cañerías de aguas corrientes y por los bruñidos y brillantes tarros de leche”. Sin embargo, no sólo por su posterior documentación a través de informantes, o por el hecho de hallarse incluido en léxicos de nuestra habla y generales de americanismos, sino también por su empleo relativamente presente en descripciones costumbristas, el término parece conservar cierta vigencia en ámbitos rurales. Así puede verse en los ejemplos siguientes: “Caminaba, rígida, bajo el peso de un cántaro con leche que llevaba, asentado en un pashquil, en equilibrio sobre la cabeza” (F. Mendilharzu, *¡Cruz Diablo!*, Bs. Aires, 1940, 153); “Las mujeres de la hacienda salen luego con grandes cántaros y tinas asentados en la cabeza sobre el pachiquil hecho con hojas de retamillo” (J. V. González, *Mis montañas*, Bs. Aires, 1944, 206); “Como de costumbre llenó su vasija y la equilibró en un pachiquil sobre la cabeza” (N. H. Vera, *Tradiciones y creencias del norte argen-*

1. M. E. Gómez, *Palabras que viven*, informe presentado por el señor académico D. Carlos Villafuerte.

2. *rodete* [...] 2. Rosca de lienzo, paño u otra materia que se pone en la cabeza para cargar y llevar sobre ella un peso.

tino, La Rioja, 1953, 73); "Ponte en la testá, a modo de corona el pachiquil de paño, o simplemente de olorosos montes arrancados al paso" (J. Rexach, "Canción de los viejos molinos", en *La Prensa*, secc. lit., Bs. Aires, 13 feb. 1977, 1).

El valor considerado hasta ahora es el más firmemente establecido tanto por los ejemplos literarios como por la documentación lexicográfica³. Empero, no faltan otros empleos coloquiales de esta voz. Un primer grupo lo constituye la extensión de designación, probablemente vinculada a la imagen de 'lío, enredo material'. Así un *pachiquil* de víboras para referirse al amontonamiento o trenza que suelen formar estos reptiles; un *pachiquil* de trapos, de leña o de tabaco, para referirse a atados, más o menos desordenados, de estos objetos. Un segundo, de sentido figurado, es sinónimo de *rosca* o *trenza* como "acuerdo o combinaciones entre personas, particularmente dentro del ámbito político", documentado ya en 1927 por F. Avellaneda junto con sus derivados *pachiquiliada*, *pachiquilear* y *pachiquilero*.

Por las razones expuestas hasta aquí, la Academia Argentina de Letras sugiere a la Corporación de Madrid la conveniencia de incluir en la próxima edición de su *Diccionario* el artículo *pachiquil* como: "*N. de la Argent.*

3. Cf. T. Garzón, *Dicc. argentino*, Barcelona, 1910; S. Lafone Quevedo, *Tesoro de catamarqueñismos* [1898], Bs. Aires, 1927; F. Avellaneda, *Palabras y modismos usuales en Catamarca*, Bs. Aires, 1927; F. J. Santamaría, *Dicc. general de americanismos*, II, México, 1942; F. Coluccio, *Diccionario folklórico argentino*, Bs. Aires, 1950; J. B. Selva, "Argentinismos de origen indígena" en *BAAL*, t. XX, n° 75, ene.-mar. 1951; J. V. Sola, *Diccionario de regionalismos de Salta*, Bs. Aires, 1956; L. A. Flores, "Regionalismos de Córdoba" en *BAAL*, t. XXV, n° 97, jul.-sept. 1960; C. Villafuerte, *Voces y costumbres de Catamarca*, t. II, Bs. Aires, 1961; M. Morinigo, *Dicc. manual de americanismos*, Bs. Aires, 1966; A. Neves, *Dicc. de americanismos*, Bs. Aires, 1975.

rodete, *rosea* que se pone en la cabeza para cargar sobre ella algún peso. // 2. Lío o atado de cosas. // 3. fig. Enredos, intrigas entre personas en procura de beneficios propios”.

Pisadero

Pisar, del latín vulgar *pīnsare* (var. del clás. *pīnsĕre*) ‘golpear, machacar’, en castellano es, al decir de Corominas, “voz de uso general en todas las épocas que ya en Berceo y J. Ruiz tiene el sentido de ‘hollar el suelo’, también el de ‘aplastar la uva’” (*Dicc. crit. etimol. cast. hisp.*, t. IV, Madrid, 1981, 565).

De este núcleo semántico en extremo productivo —nótese que *piso* ha extendido su significación al punto de ser sinónimo de *suelo*—, proceden numerosos derivados que denotan objetos, acciones u oficios: v.gr. *apisonadora*, *apisonar*, *pisar*, *pisotear*, *pisador* o *pisauvas* y *pisadera* ‘tina donde se pisan las uvas’.

A un concepto próximo a este último alude, en la Argentina, la voz *pisadero*, esto es, el lugar destinado a pisar el barro con el objeto de homogeneizarlo y darle consistencia adecuada para fabricar con él panes de adobe o emplearlo directamente en el recubrimiento de paredes y techos de ranchos y galpones. De acuerdo con la cantidad de material la faena es realizada directamente por hombres o bien mediante el auxilio de animales, por lo común de yeguas o caballos viejos.

Acerca de esta práctica de construcción, casi universalmente extendida desde antiguo, se refiere el Inca Garcilaso en sus *Comentarios Reales* (II, 2, 17): “Cubren las casas con esteras de aquella buena paja que allá hay. Echan sobre ella dos o tres dedos de barro pisado con la misma paja que basta para sombra”. Por otra parte,

desde el punto de vista lexicográfico, en nuestro país, la primera documentación de *pisadero* como 'lugar' corresponde a L. Segovia en el *Diccionario de argentinismos* (1911), a la que siguen luego las relativamente escasas de Saubidet, Vidal de Battini, Abad de Santillán, entre los léxicos particulares, y el de Santamaría entre los generales de americanismos¹.

Sin embargo, no faltan ejemplos que testimonien la vigencia de esta voz rural: "Todo el regimiento [...] fue dispersado en numerosas cuadrillas, una al pisadero a fabricar adobes" (M. Prado, *La guerra al malón* [1907], Bs. Aires, 1942, 64); "a veces lluvias persistentes convertían los corrales en grandes pisaderos" (R. Uballes, *Boleando chimangos*, Bs. Aires, 1942, 254); "Diga, doña, ¿por qué no me manda esa yegua nueva al pisadero?" (E. Carpena, "El doradillo" [1949], en *El doradillo y otros cuentos*, Bs. Aires, 1975, 119 sg.); "Primero fueron chozas entre las viñas; más tarde hornos de ladrillos o pisaderos de adobe" (J. B. Ramos, *Mala calle de brujos*, Bs. Aires, 1954, 33); "*Laudo para ladrilleros* [...] cortadores a pisadero, el millar raspado, planado y apilado 50 [pesos]" (*La Nación*, Bs. Aires, 6 mar. 1957, 2); "La era es un descampado similar a un pisadero, en el medio se pone un palenque donde van atados varios caballos" (*El Liberal*, Sgo. del Estero, secc. 2, 18 ene. 1987, 6).

Por las razones expuestas, la Academia Argentina de Letras sugiere a la Corporación de Madrid que en la próxima edición de su *Diccionario* incluya el artículo

1. L. Segovia, *Diccionario de argentinismos*, Bs. Aires, 1911, 447; F. J. Santamaría, *Diccionario general de americanismos*, t. II, Méjico, 1942, 490; T. Saubidet, *Vocabulario y refranero criollo*, Bs. Aires, 1945, 297; B. E. Vidal de Battini, *El habla rural de San Luis*, Bs. Aires, 1949, 260; D. Abad de Santillán, *Diccionario de argentinismos*, Bs. Aires, 1976, 666.

pisadero ~~con~~io “m. *Argent.* Lugar donde se pisa el barro para la fabricación de adobe”.

850a, 22 de octubre.

Vaquear - Vaquería

Durante la primera etapa de la historia de la ganadería argentina, la llamada *de las vaquerías*, “la propiedad del suelo y del vacuno —escribe H. C. E. Giberti— interesaban más como origen de licencias para vaquear que por su valor intrínseco. Bajo la estancia colonial tierra y ganados propios constituían únicas fuentes lícitas de la producción pecuaria” (“Cría de animales” en *La Argentina - Suma de Geografía*, IV, Bs. Aires, 1959, 270).

Estas licencias para cazar el ganado cimarrón, *vaquear*, fueron en su origen un simple reconocimiento del derecho que asistía a los primitivos estancieros para efectuar correrías en busca del ganado huido o criado en la campaña. Al generalizarse esta práctica no sólo se ponía en peligro una fuente de riqueza, como lo señala el hecho de que las vaquerías que “se realizaban durante el siglo XVII en lo que hoy consideraríamos las puertas de Buenos Aires [...] poco a poco debieron internarse para ser fructíferas centenares de leguas hacia el Occidente”¹; sino que también se multiplicaron los conflictos entre los hacendados. De allí las sucesivas reglamentaciones que se impusieron sobre ese derecho. Entre ellas puede mencionarse la del Cabildo de Buenos Aires, del 13 de abril de 1609, que ordena a los interesados declarar el número de animales alzados y exhibir las licencias que se les

1. A. R. Cortazar, *Indios y gauchos en la literatura argentina*, Bs. Aires, 1956, 187.

hubiesen dado, en razón de la "mala horden y daño que se avia en hacer las matanzas en el ganado cimarrón" (*Acuerdos del extinguido Cabildo de Buenos Aires*, II, 1609-1614, Bs. Aires, 1886, 31).

Tales matanzas tenían por principal objeto la obtención de cuero y sebo, únicos productos de interés comercial dentro de las posibilidades técnicas de la época. El grupo de jinetes, acompañado por perros, perseguía a las reses y con una suerte de lanza terminada en filo de media luna las desjarretaba para rematarlas luego. Con el incremento de la exportación de cuero el número de las manadas cimarronas fue disminuyendo paulatinamente, al punto que esta etapa se halla prácticamente extinguida hacia mediados del siglo XVIII.

En cuanto al aspecto léxico, resulta interesante notar que el P. Lozano emplea en 1745 la voz *vaquería* con el sentido espacial o colectivo que registra el *Diccionario mayor* (ed. 1984): "Manada de ganado vacuno. // 2. Lugar donde hay vacas o se vende su leche". Así puede leerse en la *Historia de la conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán*: "escendiendo [sic] los límites de la cesión van asolando las vaquerías de los castellanos" (I, 1873, 30). Sin embargo la acepción americana no le era desconocida, pese a percibirla ajena, como lo indica el paréntesis explicativo del siguiente fragmento: "Otros entraban a vaquear (así llaman el recoger este ganado) para hacer copiosas cargazones de corambre que se conducían no sólo a España, sino a Francia y otros países extraños" (*op. cit.*, 274). Sobre este sentido primero se forma pues la perífrasis *ir de vaquería*, condensa luego en el verbo *vaquear* 'recoger ganado cimarrón', que Grenón documenta en 1681.

Aunque la práctica, según se ha dicho, ha desaparecido, la voz se mantiene, más allá de su abundante docu-

mentación lexicográfica², como parte del vocabulario técnico de uso regular en ensayos o estudios históricos, del tipo del que ilustran los siguientes pasajes: “en la edad primitiva de la conquista, la faca es simple instrumento para explotar las vaquerías salvajes” (M. Leguizamón, *La cinta colorada*, Bs. Aires, 1916, 294); “Los campos centrales, pisoteados otrora por ganados salvajes, origen de las vaquerías y cuna del gaucho” (L. Gudiño Kramer, *Folklore y colonización*, Sta. Fe, 1959, 7); “La institución de las vaquerías practicada en el siglo XVII consistió en un régimen de autorizaciones para apresar y explotar el ganado vacuno sin dueño” (D. F. Casadeval, *La evolución de la Argentina vista por el teatro nacional*, Bs. Aires, 1965, 17).

Por las razones expuestas, la Academia Argentina de Letras sugiere a la Real Academia Española que en la próxima edición de su *Diccionario* incluya en los artículos *vaquear* y *vaquería* las acepciones: “tr. Cazar ganado salvaje, práctica propia de los primeros tiempos de la ganadería argentina”; “f. Durante la primera época colonial argentina, batida del campo para cazar el ganado salvaje”, respectivamente.

Anoticiar

La actual definición de *noticiar* en el léxico mayor (ed. 1984) no varía respecto de la incluida en 1734:

2. Véanse, entre otros:

D. Granada, *Vocab. rjoplatense razonado*, Montevideo, 1890, 387 sgs.; L. Segovia, *Diccionario de argentinismos*, Bs. Aires, 1931, 458; F. J. Santamaría, *Dicc. general de americanismos*, III, México, 1942, 250; A. Malaret, *Dicc. de americanismos*, Bs. Aires, 1946, 808; M. A. Morinigo, *Dicc. manual de americanismos*, Bs. Aires, 1966, 661; A. N. Neves, *Dicc. de americanismos*, Bs. Aires, 1975, 575; D. Abad de Santillán, *Dicc. de argentinismos*, Bs. Aires, 1976, 965.

“v.a. Dar noticia o hacer saber alguna cosa”, que se ejemplificaba: “SART. P. Suár. lib. 3, cap. 12. *Noticióle* este Deseo a Su Santidad el Cardenal Decio Carrafa, entonces Nuncio Apostólico en España”¹. En el habla general de nuestro país, diversamente de lo que ocurre en situaciones cuyo empleo es socialmente característico, esta voz no tiene prácticamente vigencia. En efecto, mientras que la lengua culta estándar hace uso del giro *dar noticia* o se vale de voces como *informar*, *comunicar*, etc., y en el lenguaje administrativo resulta corriente la forma *notificar*, documentada ya en Nebrija², *noticiar* subsiste en ámbito rural, donde alterna con su variante *anoticiar*. El empleo de ambas formas se explicaría, según Tiscornia³, por “El espíritu conservador del habla gauchesca [que] se revela fuertemente en la persistencia de muchos verbos que el antiguo español usaba, junto a las simples, con prefijos indiferentes *a-*, *en-* y la lengua culta hoy no los acepta”, v.gr. *amostrar*, *afigurarse*, *afijarse*, *amejorar*, *emprestar*.

A diferencia de estos últimos, *anoticiar* no suscita similar extrañeza en el hablante medio, tal vez —como ya se ha dicho— por lo inusual del verbo base. *Anoticiar* se identifica, pues, simplemente como voz propia del habla rural, tal como lo indica, por otra parte, su inclusión en registros de este tipo, así el *Vocabulario y refranero criollo*⁴ o los *Americanismos usados en Tucumán*⁵, y en diversos glosarios de obras regionales, por ejemplo el

1. R. Acad. Esp., *Dicc. de autoridades*, ed. facsim., Madrid, 1963, 682.

2. J. Corominas - J. A. Pascual, *Dicc. crít. etimol. cast. hispánico*, t. II, Madrid, 1980, s. v. *conocer*.

3. E. Tiscornia. *La lengua de “Martín Fierro”*, Bs. Aires, 1930, 191 sg.

4. De T. Saubidet, ed. Bs. Aires, 1943, 18.

5. De E. M. Rojas, ed. Tucumán. t. I, 1976, 37.

de los *Cuentos folklóricos argentinos*⁶ de S. Chertudi o el de *Paranaseros* de V. Ayala Gauna⁷. Son por cierto numerosos los textos de nuestra literatura que testimonian el empleo del término considerado. A título ilustrativo, véanse los siguientes: “Si hasta anotisiaron las gasetas que se había augau al bandiar el Uruguay” (M. Leguizamón, *Calandria* [1896], Bs. Aires, 1961, 71); “Las familias inglesas habíanse anoticiado además de la inmoral conducta de ciertos muchachos” (J. C. Dávalos, *El viento blanco* [1922], Bs. Aires, 1925, 65); “en mi pago . . . me anoticié de que usted era hombre guapo” (M. A. López Oscrnio, *Esgrima Criolla*, Bs. Aires, 1942, 13); “Anoticiado de lo que había acontecido a su ahijado, acudía a saber la verdad de los hechos” (J. Armanini, *Panta Vilca*, Bs. Aires, 1943, 29); “cualquier día su jefe escribiría el mensaje de Urquiza anoticiándole que todo estaba pronto para la gran patriada” (F. Luna, *La última montonera*, Bs. Aires, 1955, 75); “si alguien les anoticia que a dos kilómetros [...] comienza la ristísima estepa, se asombrarían” (J. Draghi Lucero, “El policía enterrado” en *Cuentos mendocinos*, Bs. Aires, 1964, 94); “Cuando llegamos a la casa ya estaba anoticiado del suceso” (C. Nalé Roxlo, *Antología total*, Bs. Aires, 1968, 132); “Anoticiada lo esperó” (H. Tizón, “Tres mujeres” en *La Opinión*, Bs. Aires, 24 mar. 1974, 9); “Y hay que aprovechar antes de que los demás se anoticien” (J. Agüero Vera, *Cuentos populares de La Rioja*, Bs. Aires, 1981, 51).

Por lo hasta aquí expuesto, la Academia Argentina de Letras solicita a la Real Academia Española que incorpore, en su *Diccionario* mayor, el verbo *anoticiar* como

6. “Léxico” en la edición del Instituto Nacional de Antropología (Bs. Aires, 1960).

7. Ed. Bs. Aires, 1965, 175.

“tr. *Argent.* Dar noticia, hacer saber alguna cosa. Ú.c.prn.l.” y que, con el objeto de comprobar la vigencia de la voz *noticiar* en nuestra lengua, realice una consulta a las corporaciones hermanas.

852a., 26 de noviembre.

Cirquero, ra

Si bien gran parte de los diccionarios de americanismos¹ y algunos repertorios del español general² —acaso debido a los procedimientos habituales de documentación— restringen a México el área de distribución del término *cirquero*, son abundantes los testimonios literarios y periodísticos que dan cuenta de su empleo en nuestro país, tanto en función adjetiva como sustantiva.

En esta última, la voz designa a la persona que por su actividad se halla ligada a un circo: acróbatas, saltimbanquis, volatineros, empresarios, todos los individuos de la compañía, se engloban genéricamente en la denominación familiar de *cirqueros*. Véase este valor en los siguientes textos: “EL PRINCIPIANTE. —Pero nosotros no somos cirqueros. Somos artistas de teatro” (S. Eichelbaum, *N. N. Homicida* [1927] en P.E. Pico y otros, *Los tres*, Bs. Aires, 1928, 134); “Estos datos, y otros afines, han sido reproducidos por José Luis Franco en un artículo periodístico [...] donde también recoge algunos re-

1. Cf., entre otros, F. J. Santamaría, *Dicc. gener. de americ.*, t. I, Méjico, 1942, 355; M. A. Morinigo, *Dicc. man. de americ.*, Bs. Aires, 1966, 137; A. N. Neves, *Dicc. de americ.*, Bs. Aires, 1975, 130.

2. Cf., p. ej., *Dicc. enciclop. UTEHA*, t. III, México, 1953, 168; M. Alonso, *Enciclop. del idioma*, t. I, Madrid, 1958, 1077; R. García Pelayo y Gross, *Pequeño Larousse color*, París, 1972, 227; *Dicc. gener. ilustr. de la leng. esp. VOX*, Barcelona, 1973, 363.

cuerdos de un veterano cirquero, don Ángel Greco, quien refiere otro episodio que le tocó vivir en ocasión de presentar con su circo en Mercedes, *Juan Moreira*" (R. H. Castagnino, *El circo criollo*, Bs. Aires, 1969, 83). Como adjetivo *cirquero* alterna con el cultismo *circense* (lat. *circensis*) sólo en su segunda acepción de "relativo al circo, lugar de espectáculos", ya que la primera, histórica, concierne "a los juegos o espectáculos que hacían los romanos en el circo" (*Dicc. de la R. Acad. Esp.*, 1984). En su acepción común, pues, ambos vocablos se diferencian por el tono neutro y generalmente circunscripto a la lengua escrita que caracteriza al segundo, frente al tono familiar y afectivo que acompaña al primero.

Finalmente, valga hacer mención de un empleo bastante difundido en la actualidad por el cual *cirquero*, *el circo*, o *hacer circo* aluden a comportamientos extravagantes o disparatados, conforme a una caracterización tomada de los rasgos más externos de la representación, tal como ocurre, por ejemplo, con las voces *teatral*, *comediante*, *novelero*, *teatralizar*, *dramatizar*, *novelar* o expresiones del tipo *hacer la comedia*, *de película*, *ser un corso*, etcétera.

A modo de ilustración de los valores mencionados al principio, se transcriben algunos fragmentos de nuestra crítica teatral y del periodismo: "Los artistas circenses iban y venían con sus carpas de un lado a otro" (L. Ordaz, *El teatro argentino*, Bs. Aires, 1971, 31); "Claro que hay gente menos peligrosa: un *loco de la guerra*, por ejemplo, puede ser más *cirquero* (teatral) que otra cosa" (*Rev. Clarín*, Bs. Aires, 22 jun. 1975, 11); "hacia 1953, emprendí el primer intento [...] de trazar [...] un panorama de las actividades y proyecciones de la institución circense" y "Realmente la vida cirquera se registra intensa y los funámbulos criollos se multiplican" (R. H. Castagnino, *Circo, teatro gauchesco y tango*, Bs.

Aires, 1981, 5); "el más audaz puede convertirse en un *cirquero*: 'Lo hizo de puro cirquero barato que es'" (E. Goldar, "¿Cómo hablamos?" en *Clarín*, Bs. Aires, 11 jun. 1981, 4); "A mí me dicen *cirquero* por todo lo que hago en el escenario" (*Clarín*, Bs. Aires, 30 abril 1983, 3).

De acuerdo con lo expuesto hasta aquí, la Academia Argentina de Letras sugiere a la Corporación española que en la próxima edición de su *Diccionario* incorpore el artículo *cirquero*, *ra* como "m. y f. *Argent.* Persona que en un circo forma parte de la compañía. // *Argent.* adj. Concerniente al circo, *circense*. // fig. y fam. *Argent.* Extravagante, histriónico. Ú.t.c.s."

Varear

Desde su primer registro, que es de 1890 en el *Vocabulario rioplatense razonado* de D. Granada, el verbo *varear* en su acepción de 'ejercitar un caballo' se encuentra abundantemente documentado en la lexicografía argentina sin mayores variantes de sentido, salvo para algunas provincias del norte de nuestro país, donde figura con el de 'hacer correr un caballo a toda velocidad'¹.

1. D. Granada, *Vocab. rioplat. razonado*, Montevideo, 1890, 390; T. Garzón, *Dicc. argent.*, Barcelona, 1910, 498; C. Bayo, *Vocab. criollo-español Sud-Americano*, Madrid, 1910, 234; L. Segovia, *Dicc. de argent.*, Bs. Aires, 1911, 459; T. Saubidet, *Vocab. y refranero criollo*, Bs. Aires, 1943, 404 sg.; R. Arrázola, *Dicc. de modismos argenti.*, Bs. Aires, 1943, 189; B. E. Vidal de Battini, *El habla rural de San Luis*, Bs. Aires, 1949, 233; J. Cáceres Freyre, *Dicc. de region. de la Prov. de La Rioja*, Bs. Aires, 1961, 191; C. Villafuerte, *Voces y costum. de Catam.*, II, Bs. Aires, 1961, 383; F. Cammarota, *Vocab. fam. y del lunfardo*, Bs. Aires, 1970, 200; D. Abad de Santillán, *Dicc. de argent.*, Bs. Aires, 1976, 966; J. Barcia, *Dicc. hipico*, Bs. Aires, 1978, 203; *Dicc. Kapelusz de la leng. csp.*, Bs. Aires, 1979, 1471; E. M. Rojas, *Americ. usados en Tucum.*, III. Tucumán, 1981, 456.

Entre las distintas hipótesis que se han sugerido para explicar estos valores merece atención la de E. Tiscornia, para quien se trataría de una especialización de sentido, propia del habla rural, presente en el más general de *varear* ('golpear. [para acicatear un animal] con una vara') tal como lo emplea Cervantes: "Esto dicho, volvió Sancho las espaldas y vareó su rucio, y don Quijote se quedó a caballo descansando sobre los estribos" (*Don Quijote*, t. II, cap. 10). "Con retención de esa idea capital —escribe Tiscornia— el vocablo ha tomado en el uso gauchesco un sentido más limitado y se ha hecho argentinismo propio, aplicado a la preparación (= *composición*) del parejero por la disciplina diaria, metódica en tiempo y distancia, de la carrera" ("*Martín Fierro*", *comentado y anotado*, t. I, Bs. Aires, 1925, 490). En favor de este argumento valga señalar que Covarrubias anota en su *Tesoro de la lengua* (1611 s.v. *vara*): "El hombre de acavallo le gobierna con la vara" y que precisamente en las representaciones asociadas a *castigar* reposa la noción de 'hacer correr' que posee el verbo en el habla norteña.

La documentación de su empleo en la literatura es también temprana y abundante, como puede verse en los siguientes ejemplos: "*CHANO*. —¿Qué dice, amigo Ramón? / ¿Qué anda haciendo por mi pago, / en el zaino parejero? / *CONTRERAS*. —Amigo, lo ando variando / porque tiene que correr / con el cebruno de Hilario" (B. Hidalgo, "Nuevo diálogo" (c. 1821) en E. Tiscornia, *Poetas gauchescos*, Bs. Aires, 1940, 63); "Baigorrita y sus amigos ensillaron los caballos que estaban en el palenque, montaron en ellos, y durante media hora los varearon, haciéndolos correr el tiro de una legua" (L. V. Mansilla, *Una excursión a los indios ranqueles* [1870], Bs. Aires, 1944, 113); "Los dos mozos conversan junto a un cerco de alambre, inmediato al si-

tio en donde Eduardito tiene la cancha para varear sus parejeros famosos" (B. Lynch, *Los caranchos de La Florida* [1916], Bs. Aires, 1958, 115); "yo mismo le daba [al potrillo] de comer, lo bañaba, lo rasqueteaba y todas las mañanitas salía a varearlo donde no me vieran" (R. J. Payró, *El casamiento de Laucha*, Bs. Aires, 1920, 37); "*ESPÍNDOLA*. —Buena vareada debe haber pegado tu lobuno. *EL CHASQUI*. —Yo he venido más ligero que él... Me le salía por la cabeza" (B. Canal Feijóo, *Pasión y muerte de Silverio Leguizamón*, Bs. Aires, 1944, 137).

De *varear* en esta acepción deriva, pues, el sustantivo *vareador*, cuya sufijación regular indica oficio u ocupación de quien ejercita los caballos de carrera.

En razón de lo expuesto, la Academia Argentina de Letras sugiere a la Corporación de Madrid la conveniencia de incluir en la próxima edición de su *Diccionario* como nuevas acepciones de *varear* las de "Ejercitar un caballo de carrera para conservar su buen estado físico. // 2. p. us. Lanzar un caballo a toda carrera" y, en el artículo *vareador*, la de "Peón encargado de varear los caballos", haciendo notar en ambos casos su uso en la Argentina.

853a.. 10 de diciembre.

Dirigencia

El participio presente activo se formó en latín, en los verbos temáticos, mediante el sufijo *-ent-*. En plural neutro dichos participios dieron origen a sustantivos abstractos: *sapientia*, *licentia*, *potentia*, *paenitentia*, etc., que se extendieron considerablemente en latín tardío sobre todo en el de los escritores cristianos (cf. Y. Malkiel,

Development of the latin suffixes -antia and -entia in the romance languages, Berkeley and Los Angeles, 1945).

Tales sustantivos pasaron casi siempre al español en calidad de cultismos, a semejanza de los cuales se constituyeron más tarde, aunque el sufijo no ha sido muy productivo, formas como *vigencia*, *falencia*, etcétera.

Origen similar tiene el neologismo *dirigencia*, que, aunque propio del ámbito político gremial, por influjo del periodismo tiende a integrarse al léxico estándar con el significado general de 'conjunto de dirigentes'. No es pues sinónimo de *dirección*: "4. Conjunto de personas encargadas de dirigir una sociedad, establecimiento, explotación, etc." (*Dicc. R. Acad. Esp.*, ed. 1984), ya que alude más bien a una estructura menos formal o institucionalizada que, por otra parte, no concierne a un único organismo sino que puede extenderse a varios. Cabe pensar también que la tendencia hacia la consolidación del término obedece a la necesidad de distinguir zonas conceptuales frente a posibles agrupamientos del tipo *director / dirigente* o *directorio / dirección / dirigencia*, y que tal posibilidad se ve favorecida por el uso socialmente diverso de estos vocablos.

Más allá de su comprobada actualidad, tal como lo indican los siguientes testimonios, puede documentarse el empleo de esta voz a partir de mediados de la década pasada: "Sería un imperdonable error de la dirigencia política argentina cerrar los ojos ante este indudable deterioro de la situación nacional" (*La Prensa*, Bs. Aires, 14 mar. 1975); "Las dirigencias obreras se enfrentan cada mañana con la dura realidad de comprobar que hay deambulando por las calles un ejército de casi dos millones de desocupados" (*Clarín*, Bs. Aires, 10 dic. 1982, 17); "La dirigencia civil considera que el Estado debe tener montado un aparato represivo controlado y legal" (*Clarín*, Bs. Aires, 22 may. 1983, 14).

Por las razones que anteceden, la Academia Argentina de Letras sugiere a la Corporación de Madrid la conveniencia de incluir en la próxima edición de su *Diccionario* el artículo *dirigencia*: “f. *Argent.* Conjunto de dirigentes políticos o gremiales”.

Lobear, lobería, lobero

La última edición del *Diccionario* mayor (1984) incluye en su artículo *lobería* las siguientes acepciones: “Abundancia de lobos. // 2. Cacería organizada para exterminar estas fieras”. Se trata pues de un derivado del sustantivo *lobo* ‘mamífero carnívoro’ y no de la apelación truncada del compuesto *lobo marino*, de la que procede la acepción americana que E. Tovar en “Hacia el gran diccionario de la lengua española” definía como: “*Lobería, Perú.* Paraje solitario, a inmediaciones del mar, donde se retiran las focas a hacer su vida en tierra” (*BAAL*, IX, nº 35, julio-set. 1941, 575).

Escasa, o mejor dicho, tardíamente documentada en repertorios del habla argentina y por consiguiente en léxicos generales de americanismos, esta acepción posee actualmente vigencia en nuestro país, como lo indican los fragmentos técnicos o periodísticos que a continuación se mencionan: “Los lugares de la costa o islas donde estos animales (*Otaria flavescens*) se reúnen para reproducirse o descansar se llaman loberías” (J. A. Haedo Rossi, “Mamíferos” en *La Argentina. Suma de geografía*, Bs. Aires, 1960, 41); “Durante la parición y por espacio de cuatro a seis semanas, la lobería presenta un aspecto sumamente animado” (*Clarín*, Bs. Aires, 19 jun. 1980, 38). También nuestra toponimia atestigua la tradición de la voz en denominaciones como *Lobería*, par-

tido de la provincia de Buenos Aires, en la costa atlántica, fundado por Rosas el 20 de diciembre de 1839. ¹.

Al *lobo marino*, por otra parte, alude el sustantivo *lobero* 'cazador de estos animales' — sin registro académico—, y el verbo *lobear* —en acepción diferente de la que figura en el *Diccionario mayor* ²—, tal como se desprende de los siguientes pasajes literarios: "Ahora se han despertado mucho, pues los loberos y buscadores de oro, que los frecuentan, les han comenzado a enseñar todo género de pillerías" (J. S. Álvarez, *En el Mar Austral*, Bs. Aires, 1898, 183); "Somos cuatro que andamos por irnos a lobear y uno más no nos hace daño" (*ibid.* p. 20); "Los loberos, sin mirarse, repetían golpes sobre los animales que se apretujaban deslizándose hacia abajo, como torrente, sobre la superficie lisa de las rocas musgosas" (L. Justo [L. Garra], *La tierra maldita*, Bs. Aires, 1972, 18) ³.

Por las razones expuestas, la Academia Argentina de Letras sugiere a la Corporación de Madrid que en la próxima edición de su *Diccionario* incorpore como nuevas acepciones de los términos tratados las de: "*lobería*."

1. Cf. E. Udaondo, *Nomenclatura de las estaciones ferroviarias de la República Argentina*, Bs. Aires, 1942, 212.

2. *lobear*, intr. fig. p. us. Andar, a la manera de los lobos, al acecho y persecución de alguna presa. (*Dicc. R. Acad. Esp.*, II, Madrid, 1984, 839).

3. Para el registro lexicográfico de las voces tratadas, véanse, entre otros, T. Garzón, *Dicc. argent.*, Barcelona, 1910, 282; L. Segovia, *Dicc. de argentinismos*, Bs. Aires, 1911, 237; A. Malaret, *Dicc. de americanismos*, Bs. Aires, 1946, 509; M. Alonso, *Enciclop. del idioma*, II, Madrid, 1958, 2592; M. A. Morinigo, *Dicc. manual de americanismos*, Bs. Aires, 1966, 364; A. N. Neves, *Dicc. de americanismos*, Bs. Aires, 1975, 344; D. Abad de Santillán, *Dicc. de argentinismos*, Bs. Aires, 1976, 375; *Dicc. Kapelusz*, Bs. Aires, 1979, 924; *Lexipedia Barsa*, II, Ohio, 1984, 703.

Argent. Paraje en la costa donde los lobos marinos hacen su vida en tierra"; "*lobear. Argent.* tr. Cazar lobos marinos", y el artículo *lobero* como "m. Cazador de lobos marinos".



NOTICIAS

VIAJE

El señor Presidente, académico Raúl H. Castagnino, fue invitado a participar del encuentro de Escritores Latinoamericanos e Israelíes, que se realizó en Israel entre el 24 y el 31 de julio. El Cuerpo académico le encomendó representara a la Institución en los países a los que fuera.

LICENCIA

El señor académico don Enrique Anderson Imbert solicitó licencia por tener que viajar a los EE.UU.

INVITACIÓN

El Ministerio de Cultura de España invitó a la Academia a designar postulantes para el Premio Cervantes 1987. Se eligió candidato al señor Académico don Ángel J. Battistessa.

FALLECIMIENTO

El 31 de julio falleció el señor académico don Bernardo González Arrili. El señor Vicepresidente, académico Jorge Calvetti, despidió sus restos en el Cementerio de Flores.

LICENCIA

El señor académico don Roberto Juarroz solicitó licencia por el mes de agosto para viajar a Cádiz (España) y a México, para asistir a sendos encuentros de poetas.

ELECCIÓN PARA ACADÉMICO DE NÚMERO

En la sesión 846a. del 27 de agosto, se eligió académica de número a la Prof. Dra. Ofelia Kovacci, para ocupar el sillón "Joaquín V. González", vacante por el fallecimiento del señor académico don Antonio Di Benedetto.

ELECCIÓN PARA ACADÉMICO CORRESPONDIENTE

En esa misma sesión resultó electo, como académico correspondiente con residencia en Grecia, el Prof. Jorge Hurmuziadis.

LICENCIA

El señor académico don Horacio Armani solicitó licencia por el mes de septiembre.

RECEPCIÓN ACADÉMICA

El jueves 10 de septiembre se realizó la sesión pública en la que se recibió solemnemente a la señora académica doña Jorgelina Loubet, en el Gran Hall del Palacio Errázuriz, sede de la Institución.

Entre el numeroso público asistente se encontraban: la señora Presidenta de la Comisión Nacional de Alfabetización y Educación Permanente, Prof. Nélide Baigorria; S. E. el señor Embajador de Grecia, C. Koracas y señora; el señor Presidente de la Academia Nacional de Bellas Artes, arquitecto Alfredo Casares; el señor Presidente del Instituto Nacional Sanmartiniano, Gral. de Brigada (RE) Mario E. Laprida; el señor Agregado Cultural de la Embajada de Venezuela, don Lautaro Ovalle; la señora Consejera Cultural de la Embajada de Chile, doña Cecilia Gallardo; la señora Directora del Museo Enrique Larreta, arquitecta Isabel Padilla y de Borbón; en representación del Rector de la Universidad Católica Argentina, Mons. Guillermo Blanco, la Prof. Nilda Elena Brogginí. Los señores académicos: don Raúl H. Castagnino, Presidente; don Jorge Calvetti, Vicepresidente; don Jorge Vocos Lescano, Tesorero; don Ángel J. Battistessa, monseñor Octavio N. Derisi, don Carlos Villafuerte, don Federico Peltzer, doña Alicia Jurado, don Antonio Pagés Larraya, don Roberto Juarroz y don Adolfo Pérez Zelaschi.

El señor Presidente pronunció las palabras de bienvenida y a continuación entregó a la señora académica el diploma y la medalla que la acreditan como tal. La recipiendaria disertó acerca de *Notas sobre la Novela*.

CENTENARIO

El 13 de septiembre se cumplió el centenario del nacimiento del señor académico Rvdo. Pbro. Rodolfo Ragucci S.D.B. Para esta ocasión el señor académico monseñor Octavio N. Derisi preparó una breve comunicación de homenaje al académico desaparecido titulada *La obra y la fisonomía del Reverendo Padre Rodolfo M. Ragucci*.

DONACIÓN

La familia del Prof. Juan Manuel Corcuera donó la Biblioteca que perteneciera al desaparecido estudioso, la cual ya ha pasado a formar parte del acervo bibliográfico de la Institución.

LICENCIA

El señor académico don Adolfo Pérez Zelaschi pidió licencia por lo que resta del año.

HONRA

La señora académica correspondiente, doña Emilia P. de Zuleta Álvarez fue elegida académica correspondiente de la Real Academia Española.

VIAJE

El señor Vicepresidente, académico don Jorge Calvetti, viajó al Perú para asistir en representación de la Academia, al Encuentro sobre *Lenguaje y comunicación social en Hispanoamérica*, invitado por la Academia Peruana de la Lengua que celebró su centenario.

HOMENAJE

El 23 de octubre, organizado por la Asociación de ex-alumnos de la Escuela Catedral al Norte, se rindió un homenaje al acadé-

mico fallecido don Bernardo González Arrili, que fue alumno de esta Escuela y fundador de su Biblioteca.

VIAJE

Por especial invitación y en su carácter de Asesor Cultural de la "Fundación por la Paz y la Amistad de los Pueblos", en el transcurso del mes de octubre de 1987, el señor académico don Ángel J. Battistessa cumplió un breve viaje a Italia con etapas en Roma, Florencia y Asís. En Grotta di Papa, en el complejo "Mondo Migliore" (Istituto di spiritualità), frente a la Villa papal de Castel-Gandolfo, participó en coloquios referidos a los problemas doctrinarios y culturales de la época. Frente a un público procedente de varios países ejemplificó "en qué medida la interrelación de los idiomas y los estudios de literatura comparada —aparte su finalidad específica— acercan a las naciones, a veces con mayor y más efectiva eficacia que los enlaces de las relaciones protocolares o el mero intercambio comercial, con ser aquéllas y éste plausibles y necesarios."

En el vasto "Auditorium" evocó la temprana presencia de la obra de Dante y otros escritores italianos de primera jerarquía en los comienzos de las letras rioplatenses. En la ciudad del Vaticano, en el recinto reservado para los diplomáticos, el miércoles 14 conversó con Su Santidad Juan Pablo II y le hizo entrega de los tres tomos de la nueva versión comentada y anotada de la *Divina Comedia*. El Pontífice manifestó la complacencia con que aceptaba ese testimonio de la difusión del magno poeta de Occidente en el ámbito de habla hispánica. Por la tarde el viajero recibió un pergamino congratulatorio y ulteriormente, asimismo en nombre del Pontífice, el bajorrelieve de una medalla-plaqueta con la efigie de Juan Pablo II y la figuración simbólica de la Paz y la Concordia de la República Argentina y los pueblos hermanos.

DIRECTOR DEL BOLETÍN

En la 850a. sesión el señor académico Tesorero, don Jorge Vocos Lescano, fue designado Director del *Boletín* de la Academia.

COMISIÓN DE PUBLICACIONES

La señora académica doña Jorgelina Loubet fue designada para ocupar en esta Comisión, el lugar que quedó vacante por el fallecimiento de don Bernardo González Arrili.

HOMENAJE A JUAN CARLOS DÁVALOS

El jueves 12 de noviembre se celebró la 851a. sesión pública del año en la cual se rindió homenaje al académico fallecido, don Juan Carlos Dávalos, en el centenario de su nacimiento.

Un selecto público, entre los que se encontraban familiares del académico, ocupó el Gran Hall del Palacio Errázuriz. También asistieron: en representación del señor Gobernador de la Provincia de Salta, el Subdelegado, Dr. Edgardo Oscar Álvarez; en representación de la señora Presidenta de la Comisión Nacional de Alfabetización y Educación Permanente, Prof. Nélide Baigorria, el señor Orientador pedagógico del plan de alfabetización, Prof. Gustavo Bravo; el señor Presidente del Centro de Residentes Salteños, Dr. Luis Gerardo Lerida; el señor Secretario de dicho Centro, don Diego Outes Coll; el señor Consejero Cultural de la Embajada de Italia, don Ricardo Campa.

Los señores académicos: don Raúl H. Castagnino, Presidente; don Jorge Calvetti, Vicepresidente; don Jorge Vocos Lescano, Tesorero; don Carlos Villafuerte, don Federico Peltzer, don Antonio Pagés Larraya, doña Jorgelina Loubet, don Horacio Armani, doña Ofelia Kovacci y la señora académica correspondiente, doña Emilia P. de Zuleta Álvarez.

El señor Presidente pronunció las palabras de apertura, a continuación el señor Raúl Aráoz Anzoátegui —especialmente invitado para esta ocasión— se refirió a la *Obra y figura de Juan Carlos Dávalos* y cerró el acto el señor Vicepresidente, quien disertó acerca de *Juan Carlos Dávalos, poeta*.

CONGRESO

Del 23 al 27 de noviembre de 1987 se llevó a cabo en Mendoza el IV Congreso Nacional de Literatura Argentina, convocado por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Cuyo. El tema central del mismo versó sobre: "La periodización de la literatura argentina".

La Academia Argentina de Letras auspició este Congreso y varios de sus miembros tuvieron directa participación en las diversas comisiones. El académico don Antonio Pagés Larraya abrió las actividades con una conferencia acerca de "La busca de la identidad en las Letras Argentinas: nexos y filiaciones". Los académicos correspondientes don L. Eduardo Brizuela (de San Juan), Diego F. Pró (de Mendoza) y Emilio Carilla (de Tucumán), pre-

sidieron algunas de las comisiones de trabajo, así como los académicos de número don Ángel J. Battistessa y el titular, don Raúl H. Castagnino, disertaron en algunos de los actos sociales. El primero en ocasión de la visita de los congresales a un establecimiento vitivinícola. El segundo tuvo a su cargo el cierre de las actividades, con una disertación titulada: "La periodología, una ciencia en discusión".

Fue Presidente Honorario del Congreso el académico correspondiente por Mendoza, don Adolfo Ruiz Díaz. A la clausura del mismo fue honrada por sus pares la académica correspondiente, doña Emilia P. de Zuleta Álvarez, con motivo de su designación como miembro correspondiente de la Real Academia Española.

HONRA

En la ciudad de La Banda, Santiago del Estero, se impuso el nombre del señor académico correspondiente don Domingo A. Bravo, a una Biblioteca.

LICENCIA

La señora académica doña Alicia Jurado solicitó licencia por el término de un mes.

HOMENAJE

El 1º de diciembre, auspiciado por Argentores, Asociación Amigos del Museo Sarmiento, Colegio de Graduados de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, Facultad de Humanidades de La Plata, Instituto Sarmiento de Sociología e Historia, Museo Histórico Sarmiento, Comité Argentino del Pen Club Internacional y SADE, se realizó un homenaje al señor Presidente, Dr. Raúl H. Castagnino, con motivo de su designación como Profesor Emérito de la Facultad de Humanidades de La Plata y de cumplirse los 50 años de la publicación de su primer libro.

FALLECIMIENTO

El 2 de diciembre del corriente año falleció en esta ciudad el señor académico de número don Luis Federico Leloir. En la sesión 853a. del 10 de diciembre el Cuerpo se puso de pie y guardó un minuto de silencio en su homenaje.

HOMENAJE

Los académicos Juan Carlos Ghiano, Secretario general; Ángel J. Battistessa, Elias Carpena y Carlos Villafuerte recibieron de parte de la SADE sendos diplomas de honor por su trayectoria y contribución a la cultura del país.

BREVES COMUNICACIONES DE LOS SEÑORES ACADÉMICOS

En la sesión 844a. del 23 de julio la señora académica correspondiente, doña María Beatriz Fontanella de Weinberg leyó una comunicación sobre: *La investigación sobre historia de la lengua en la Argentina.*

En la sesión 845a. del trece de agosto el señor Presidente, académico Raúl H. Castagnino, leyó una comunicación-informe sobre el Encuentro de Escritores Latinoamericanos e Israelíes en Israel, al que asistió especialmente invitado.

En la sesión 848a. del 24 de septiembre el señor académico don Roberto Juarroz leyó una breve comunicación sobre su viaje a Cádiz —España— y a México, donde asistió a sendos encuentros sobre poesía.

En la sesión 850a. del 22 de octubre, el señor académico Vice-presidente, don Jorge Calvetti, leyó una comunicación sobre su viaje al Perú con motivo del centenario de la Academia Peruana de la Lengua.

En esa misma sesión el señor académico don Ángel J. Battistessa informó sobre su viaje a Roma.

DONACIONES

Del señor Presidente, académico don Raúl H. Castagnino: 85 volúmenes de *Hispania* (revista de la American Association of Teachers of Spain —EE.UU.—) que abarcan el período 1968 a 1987; 74 volúmenes de *P. M. L. A. Publications of the Modern Language Association of America*, que abarcan el período 1971 a 1987; 11 números de la revista *Letras de Buenos Aires* y 7 números de la revista *Teatro*, del Teatro Municipal Gral. San Martín, y los dos tomos de la *Colección de Decretos y Órdenes de las Cortes de Cádiz.*

Del académico don Ángel J. Battistessa el libro *Ricardo Güiraldes* que le pertenece.

La señora académica Jorgelina Loubet donó el libro *Borges, una imagen del amor y de la muerte* del señor Osvaldo R. Sabino. que ha prologado.

El académico correspondiente don Domingo A. Bravo donó el libro, del que es autor, *Tiempo de sosiego*.

El señor Presidente del Comité Ejecutivo de la Feria del Libro. Dr. Roberto Castiglioni, donó *Primer encuentro internacional de científicos*.

La señora académica doña Alicia Jurado donó *Qué es el budismo*, obra que le pertenece junto con el señor académico Jorge Luis Borges.

La Academia Cubana donó la obra de su Directora, doña Dulce María Loynaz, *Poesías Escogidas*.

Del académico don Antonio Pagés Larraya las obras que le pertenecen *Prosas del Martín Fierro* y *La extraña poesía de Jacobo Fijman, un 'gran olvidado' de nuestra literatura*.

La familia Corcuera donó la biblioteca del Prof. Juan Manuel Corcuera.

La familia del académico Atilio Chiáppori donó la correspondencia que perteneciera al mismo.

De la Prof. Laura Cerrato las obras que le pertenecen: *Otradas, Palabras en el espejo, Ensayos sobre Poesía comparada*.

El señor Director de la Editorial Espasa-Calpe Argentina, don Rafael Olarra Jiménez, donó el *Diccionario de dudas y dificultades de la lengua española* de Manuel Seco.



**INDICE DEL TOMO LII
(1987)**

AMABLE, HUGO WENCESLAO, <i>Los gentilicios de la Mesopotamia</i>	407
ANDERSON IMBERT, ENRIQUE, <i>Max Beerbohm en nuestra biblioteca</i>	335
ARÁOZ ANZOÁTEGUI, RAÚL, <i>Obra y figura de Juan Carlos Dávalos</i>	307
BATTISTESSA, ÁNGEL J., <i>Discurso de bienvenida al Académico de Número Don Marco Denevi</i>	11
<i>Bibliografía de Don Luis Federico Leloir</i>	333
BRIZUELA, L. EDUARDO, <i>R. F. Giusti en la Universidad</i>	63
CALVETTI, JORGE, <i>Bernardo González Arrili</i>	257
CALVETTI, JORGE, <i>Juan Carlos Dávalos, poeta</i>	319
CALVETTI, JORGE, <i>Ricardo Palma, poeta</i>	369
CASTAGNINO, RAÚL H., <i>Palabras de apertura en la recepción del Académico de Número Don Marco Denevi</i>	9
CASTAGNINO, RAÚL H., <i>Introducción al homenaje a Don Roberto F. Giusti</i>	45
CASTAGNINO, RAÚL H., <i>Discurso de bienvenida a la Académica de Número Doña Jorgelina Loubet</i>	265
CASTAGNINO, RAÚL H., <i>Juan Carlos Dávalos y la Academia Argentina de Letras</i>	301
CASTAGNINO, RAÚL H., <i>Luis Federico Leloir</i>	329
CASTAGNINO, RAÚL H., <i>Ocho días en Israel</i>	341
DENEVI, MARCO, <i>El creador en su noche</i>	23
DERISI, OCTAVIO N., <i>La obra y la fisonomía del Padre Rodolfo M. Ragucci</i>	381
FERNÁNDEZ, JAVIER, <i>Roberto F. Giusti y la generación de la revista "Nosotros"</i>	71
FONTELLE DE WEINBERG, MARÍA B., <i>La investigación sobre historia de la lengua en la Argentina</i>	401
GHIANO, JUAN CARLOS, <i>Giusti en la crítica iberoamericana</i> ..	53
GIUSTI DE GUTIÉRREZ BURZACO, ELSA, <i>Agradecimiento</i>	51
<i>Homenaje a Don Roberto F. Giusti</i>	45
<i>Homenaje a Juan Carlos Dávalos</i>	301
LOUBET, JORGELINA, <i>Notas sobre la novela</i>	283

PAGÉS LARRAYA, ANTONIO, <i>Identidad de la literatura argentina</i>	83
PAOLI, ROBERTO, <i>La literatura según Borges</i>	147
<i>Recepción del Académico de Número Don Marco Denevi</i>	9
<i>Recepción de la Académica de Número Doña Jorgelina Loubet</i>	265
RÍPODAS ARDANAZ, DAISY, "Barchilón", <i>hombre y vocablo</i>	161
RONCHI MARCH, CARLOS A., <i>Claudio Sánchez-Albornoz, ya distante</i>	129
SÁNCHEZ GARRIDO, AMELIA, <i>Bibliografía de Don Bernardo González Arrili</i>	261
SCHIAVO, LEDA, <i>La 'barbaric' de las "comedias bárbaras"</i>	473
VILLAFUERTE, CARLOS, <i>De la vicuña al poncho</i>	133
VILLAFUERTE, CARLOS, <i>Añapa, aloja y patay</i>	389

Textos y Documentos:

MONTERO, MARÍA LUISA, <i>Una correspondencia entre Manuel Gálvez y Roberto F. Giusti</i>	181
Enmiendas y adiciones a los Diccionarios de la Real Academia Española	199, 491

Acuerdos:

<i>Balin, balinera</i>	218
<i>Cabotaje</i>	534
<i>Canal, radiodifusora</i>	516
<i>Casete, casetera, disquetera, cartucho</i>	521
<i>Consola</i>	531
<i>Definición, resolución</i>	513
<i>Eco-, eco</i>	538
<i>Ecualización, ecualizador, ecualizar</i>	536
<i>El elemento compositivo ergo</i>	216
<i>Extracción, levante</i>	541
<i>Generación</i>	219
<i>Investigación - Investigar</i>	528
<i>Kril</i>	546
<i>Maniqueísmo - Maniqueo</i>	222
<i>Núcleo, nuclear, nucleamiento</i>	223
<i>Paisajista</i>	518
<i>Periplo</i>	526
<i>Sinalefa</i>	543
<i>Teleprompter</i>	215
<i>Zen</i>	524

Notas sobre el habla de los argentinos:

<i>Anoticiar</i> ↙	567
<i>Cirquero, ra</i>	570
<i>Criancero, ra</i>	559
<i>Cuarta, cuartear, cuarteador</i>	230
<i>Chanchada</i>	236
<i>Chapeca - Chapecar</i>	556
<i>Dirigencia</i>	574
<i>Hachazo</i>	552
<i>Jarilla</i>	234
<i>Jinetear, jineteada</i>	554
<i>Lobear, lobería, lobero</i>	576
<i>Manopla</i>	549
<i>Maratón, maratónico, ca</i>	227
<i>Mordaza, mordacear</i>	238
<i>Pachiquil</i>	560
<i>Pisadero</i>	563
<i>Trascendido</i>	232
<i>Vaquear - Vaquería</i>	565
<i>Varear</i>	572

Noticias:

<i>Breves comunicaciones de los señores académicos</i>	247,	585
<i>Centenario del nacimiento del Pbro. R. M. Ragucci</i>		581
<i>Comisión de Publicaciones</i>		582
<i>Congreso de literatura argentina</i>		583
<i>Director del Boletín</i>		582
<i>Distinciones</i>		246
<i>Donaciones</i>	246,	581, 585
<i>Elección de académicos correspondientes</i>	244,	580
<i>Elección de académico de número</i>		580
<i>Encuentro de escritores</i>		243
<i>Encuentro con representantes de la cultura</i>		243
<i>Fallecimientos</i>		579, 584
<i>Homenajes</i>	243, 244, 245, 581, 583, 584,	585
<i>Honras</i>		581, 584
<i>Invitación</i>		579
<i>Licencias</i>	244, 247, 579, 580, 581,	584
<i>Premios</i>		244, 246
<i>Recepciones académicas</i>		245, 580
<i>Viajes</i>	579, 581,	582
<i>Visita</i>		244

Este libro se imprimió en julio de 1988
en los Talleres Gráficos de
RIVOLIN HNOS. S.R.L.
Salta 236 - (1074) Buenos Aires

SUMARIO

(Viene de retiraçión tapa)

VILLAFUERTE, CARLOS, <i>Añaapa, aloja y patay</i>	389
FÓNTANELLA DE WEINBERG, MARÍA B., <i>La investigación sobre historia de la lengua en la Argentina</i>	401
AMABLE, HUGO WENCESLAO, <i>Los gentilicios de la Mesopotamia</i>	407
SCHIAVO, LEDA, <i>La 'barbarie' de las "comedias bárbaras"</i>	473

Textos y documentos:

<i>Enmiendas y adiciones a los Diccionarios de la Real Academia Española</i>	491
Acuerdos	513
Notas sobre el habla de los argentinos	549
Noticias	579

La Academia no mantiene correspondencia sobre material no publicado.

Dirección postal: T. Sánchez de Bustamante 2663 - (1425)

